

LA VUELTA
Á LA
REPÚBLICA ARGENTINA

POR DOS NIÑOS

ó

LOS HUERFANITOS DESHEREDADOS

TOMO TERCERO

DEBER, PATRIA Y LIBERTAD

Órfica llena de hechos trágicos, contrariedades graves, episodios cómicos, escenas jocosas y demás peripecias, desdichas y aventuras que surten, alrededor de la Patria, los tiernos nietos de la Heroína de Cochabamba.

Industria, comercio, extensión, clima, etc. Producciones animales, vegetales y minerales del País

con

Instrucción cívica y recreativa y moral cristiana.

Cuanto más uno conoce su Patria
tanto más puede amarla y
sacrificarse por ella.

POR

S. AZCÓNIA MERMETO

Autor de varias obras didácticas é inéditas, premiada, con Medalla de Plata y Diploma de Honor, en la Exposición Universal de Barcelona de 1888, y aprobada por la Dirección General de Escuelas de la Provincia de Buenos Aires

TERCERA EDICION

BUENOS AIRES

PROGRESO

NEZUELA 1154

BUENOS AIRES

1893

LA VUELTA
Á LA
REPÚBLICA ARGENTINA

POR DOS NIÑOS

ó

LOS HUERFANITOS DESHEREDADOS

TOMO TERCERO

DEBER, PATRIA Y LIBERTAD

Odisea llena de hechos trágicos, contrariedades graves, episodios cómicos, escenas jocosas y demás peripecias, desdichas y aventuras que sufren alrededor de la Pátria, los tiernos nietos de la Heroína de Cochabamba.

Industria, comercio, extensión, clima etc. Producciones animales, vegetales y minerales del País

con

Instrucción cívica y recreativa y moral cristiana.

Cuanto más uno conoce su Pátria tanto más puede amarla y sacrificarse por ella.

POR

S. ALCOLEA MERMETO

Autor de varias obras didácticas é inéditas, premiadas, con Medalla de Plata y Diploma de Honor, en la Exposición Universal de Barcelona de 1888, y aprobadas por la Dirección General de Escuelas de la Provincia de Buenos Aires

PRIMERA EDICION

BUENOS AIRES

«PROGRESO LITERARIO» VENEZUELA 1154

BUENOS AIRES

1893

Obra dedicada á los niños de la República Argentina

Ved, amados niños, la dedicatoria que os dirigimos en una de las primeras páginas del *Tomo Primero*.

Advertencia al público

En este III Tomo, tratamos de estas provincias: *Jujuy, Salta, Catamarca, La Rioja, San Juan y Mendoza*; además del *Viaje por la Gobernación del Neuquen* y de la *Navegación sobre el Río Negro, Oceano Atlántico* con sus correspondientes peripecias; y en fin de la *Capital Federal* y de cuanto notable los niños vieron en ella, tal como hemos indicado en el I. Aquí damos las nociones de minería y referimos esta riqueza sobre las respectivas Provincias, ricas en minerales.

Se termina la narración de los hechos gloriosos de los Prohombres de la Pátria, sin olvidar las dos Invasiones Inglesas y los hechos gloriosos del *25 de Mayo de 1810*.

Además, terminamos la obra con un *epitogo* en el que exponemos el estado actual de nuestros tiernos *Héroes*, de sus inolvidables hermanitas, *Aurora y Rosita* y de sus queridos papás adoptivos, el estanciero *don José* y su virtuosa esposa *doña María*.

Por fin, en el *apéndice* final, damos una explicación de todos los *Territorios Nacionales* sobre sus gobernaciones, capitales, producciones, extensión, naturaleza física, etc

Ved las demás advertencias del I Tomo.

Instrucciones Pedagógicas

Los señores Preceptores y demás Institutores que se dignen honrarnos, adoptando este libro como texto de lectura, les aconsejamos lean y practiquen las instrucciones didácticas que contiene el primer Tomo.

Obras inéditas para publicar

Si la presente obra es reconocida de alguna utilidad, daremos pronto á luz otras que, segun nuestro parecer, no son inferiores á ésta, bajo el punto de vista pedagógico, á saber:

Curso Preparatorio de Gramática Nacional

Id id » Geografía id

Primer Grado de Educación Oficial

Segundo id » id id

Ved la advertencia que hacemos en el PRIMER TOMO.

S. ALCOLEA MERMEJO

La presente obra, LA VUELTA Á LA REPÚBLICA ARGENTINA
POR DOS NIÑOS ó LOS HUERFANITOS DESHEREDADOS, es pro-
piedad del autor, quien la pone bajo el amparo de la Ley.

•

LA VUELTA A LA REPÚBLICA ARGENTINA

POR DOS NIÑOS

CAPITULO I

PROVINCIA DE JUJUY

1.—Nueva tristeza de Pepito y reflexión de Juan.—Por qué bautizaron al caballo con el nombre de Independiente.—Recuerdos de los seres queridos.—De-seos y propósitos de Juan y Pepito.

Niños, os presentamos en este tercer tomo la continuación interrumpida en el segundo de las aventuras de nuestros tiernos *protagonistas* y, al mismo tiempo, la terminación de su larga *Odisea* al rededor de vuestra querida patria, *La República Argentina*.

Así, desde que los jóvenes niños se separaron del mercader ambulante, don Fermin Pons, continuaron la marcha sobre su caballo, muy tristes y pensativos, sin articular una palabra, durante largo rato; por fin, Pepito interrumpió el silencio, diciendo:—¡Dios mio que desgracia! ¡Ahora tenemos que caminar otra vez solos!

—¡Qué vamos hacer? replicó Juan. ¡Otros hay más desgraciados que nosotros! Hemos ganado con poco trabajo, y en compañía del señor Pons, lo que nos ha costado el caballo y la montura; y además tenemos ahorrados los 30 pesos del capitulo que poseíamos al partir de la casa del chacarero don Elías López. ¡Así no podemos quejarnos con razón!

—Es verdad, apoyó Pepito, ¡yo no habia reflexionado sobre eso! y exhalando un profundo suspiro, añadió:—¡Si á lo n.e.nos hallásemos bien á los amados tios en Jujuy, daría por bien empleadas todas mis amarguras pasadas!

—Yo tambien, repuso Juan, ¡Dios quiera que hallemos bien á los queridos tios!

Pepito se consoló recordando que pronto vería los ansiados tios y, despues de un momento de pausa, él continuó:

—¿Cómo llamaremos á este bravo caballo? ¿Te parece bien y hallas bonito el nombre de *Independiente*?

—Eso mismo, repuso Juan, has acertado su verdadero nombre á las mil maravillas; así lo llamaremos *Independiente*, basta que es de *Tucumán* donde se proclamó nuestra bendita *Independencia*.

Hablando de unas cosas y de otras, pasaron por *Arenal* y anochecieron en una casa de negocio. Al otro día, continuaron la marcha; cruzaron *Rosario de la Frontera* que es una villa importante y fueron á descansar á *Melán*, por donde pasa el ferro-carril, llamado *Central del Norte* que llega á Jujuy.

Siguieron caminando por aquellos valles, pasando cerca de las Sierras de *San Antonio* y del *Alumbre*; mas, ellos no se preocupaban de cuanto les rodeaba, y solo recordaban los tios, los papás y las hermanitas.

Así, despues de una larga pausa, en que se hallaron sumergidos en tales recuerdos, Pepito interrumpió el silencio, exclamando:

—Ya tengo ganas de llegar á Jujuy, para abrazar á los queridos tios, y poderles ser útil en algo en su comercio.

—Yo tambien, deseo eso, repuso Juan, y además para poder escribir á nuestros buenos papás y á las inolvidables hermanitas Aurora y Rosita, que estarán con pena, sin saber nada de nosotros, desde que les escribimos en Corrientes, diciéndoles nuestra primera contrariedad.

—Sí, es verdad, sí, añadió Pepito, pues se figurarán que ha debido sucedernos una fatal desgracia.

—En efecto, apoyó Juan, pues jamás pensarán ellos que nuestro silencio es ocasionado por olvido ó negligencia.

Despues, los niños conversaron sobre los servicios que podrían prestar á los tios en su establecimiento; luego, hablando de unas cosas y de otras, caminaron tres jornadas, pasando por *Conchas*, *Piedras*, *Palomitas*, *Santa Rosa* y *Eslampa*; y, al atravesar el rio de las *Pavas*, Juan dijo:

— Ya estamos, Pepito, en lá provincia de *Jujuy*.

—¡Oh, qué bien! interrumpió el niño y preguntó:

—¿Llegaremos hoy mismo á la ciudad de *Jujuy*?

—Hoy, no; pero mañana sí, contestó Juan, pues hoy tenemos que anochecer en el pueblo *Pampa Blanca*.

2.—Arboles útiles para la curtumbre.—Producciones de la Provincia de Jujuy. — Naturaleza física de sus sierras.—Extensión.—Habitantes.—Clima.

Despues, los niños llegaron al indicado pueblo *Pampa Blanca*, donde se hospedaron en una posada.

Al día siguiente madrugaron, pagaron el gasto y se pusieron en marcha muy contentos, al pensar que, ese mismo día, arribarían á la ciudad de *Jujuy*, donde se unirían con sus amados tios.

En esto fueron á pasar junto á una espesa selva, donde unos hombres descortezaban algunos corpulentos árboles y, al ver eso, Pepito exclamó:

¡Oh! ¡oh! ¡qué hacen esos hombres ahí! ¡parece que desnudan á los árboles, arrancándoles la corteza!

—En efecto, apoyó Juan, esos hombres desnudan ó descortezan los árboles llamados *molle*, *ceibo*, *mato*, *chanqui*.

—¿Para qué sirve la corteza de esos árboles? preguntó Pepito.

—¡Toma! contestó Juan, la corteza de esos árboles sirve para la curtumbre ó sea para la preparación del *tanino*, con el que se curten las pieles, convirtiéndolas en duros cueros.

—¡Ah, ya recuerdo! repuso Pepito, el señor Pons dijo que se obtenía el tanino de la corteza de estos árboles tropicales, además de la de *encina*, *castaño*, etc.

Después de una breve pausa, Pepito preguntó:

—¿Qué otras producciones hay en esta provincia de *Jujuy*?

—Pues las de la *zona tropical*, contestó Juan, se cosecha tabaco, café, arroz, maní, caña de azúcar, yerbas medicinales, etcétera.

Luego, á la vista de otra selva, Pepito preguntó.

—¡Oh! ¡qué árboles son esos que no conozco!

—Pues son *cactos*, especie de plantas *nopálinas* de los *Países Tropicales*, contestó Juan, esta provincia contiene varias selvas como esa.

—¿Qué otras especies de árboles hay en esta provincia? demandó Pepito.

—¡Toma! contestó Juan, en varios bosques se producen guayacos, laureles, arrayanes, quebrachos, algarrobos, cedros gigantescos, y otros muchos árboles, muy útiles, para la ebanistería, y para las construcciones.

—¡Ah! interrumpió Pepito, así es rica en árboles la provincia de *Jujuy*, y me alegro mucho de saber eso.

—En efecto, afirmó Juan, es bastante rica en esas producciones.

Después de un momento de pausa, Pepito preguntó:

—¿No hay también ganadería en esta provincia?

—Sí, contestó Juan, pero solo existe sobre un millón de cabezas, entre los ganados vacuno, caballar y lanar.

—¿Cuál es la naturaleza física de sus montañas? interrogó el niño con interés.

—Bastante rica, le dijo Juan, la *Sierra de Santa Catalina*

contiene *pórfido deorítico y negro*, y además *cuarzo pórfido y pórfido silúrico* de ángulos, y en fin hasta *granito*.

La *Sierra de la Victoria* (que se extiende sobre esta provincia y la de *Salta*, contiene *pórfido diorítico y negro*, y además la formación *silúrica, calcárea y dolomita*.

—¡Oh! interrumpió Pepito, también es rica esta provincia en minerales.

—Efectivamente, apoyó Juan, pero son mucho más ricas en estas producciones las provincias andinas.

—¿No se explotan minas en esta provincia? demandó Pepito.

—No contestó Juan, sin embargo, esas materias producen cobre, hierro, metales preciosos como *arenas auríferas**, *pedras argentíferas** y, en fin, *crystal de roca*, mármoles, j: spes, etc.

—Me alegro infinito de saber eso, interrumpió Pepito; y, después de un breve silencio, él preguntó:

—¿Cuál es la extensión de esta provincia?

—¡Caramba! contestó Juan, la extensión de esta provincia es de unos 40.900 kil. cuad.

—¿Qué número de habitantes tiene? demandó Pepito.

—Pues unas 66.000 almas contestó Juan.

—Parece cálida la temperatura de esta provincia, dijo Pepito.

—En efecto, afirmó Juan, sin embargo, su clima es vario: suele ser frío en los territorios montañosos y cálido en el Este y en sus valles; y, como nos hallamos en uno, por eso lo hallas cálido; mas, la temperatura máxima, no pasa en verano de unos 41° á 43° G; y, la mínima, no desciende en invierno de 3° á 5° C.

3.—Por qué Juan piensa mal.—La tercera contrariedad.

—*Bancarota de don Claudio.—Ruina de los tios de Juan y Pepito.—La hospitalidad del ex-coasociado.*

Así, conversando, fueron rodeando por el valle y atravesaron el río *Perico* que desagüa en el *Barrancas*, y continuaron por la ribera derecha de éste.

Pasaron por los pueblecitos *Pongos y Torre*, donde Juan dijo:

—Ya no nos quedan mas que unos 20 kilometros.

—¡Oh, qué placer! exclamó Pepito ébrio de júbilo ¡qué sorpresa vamos á dar á los queridos tios!

—¡Dios lo quiera así, Pepito; interrumpió Juan; mas, no cantemos victoria hasta el fin.

—¡Diantre! repuso Pepito, tú piensas siempre mal.

—En efecto, añadió Juan, mientras tú eres muy optimista*,

yo soy pesimista*, y no me penæ, por que así siempre acierto bien.

—Tienes razón, repuso Pepito, pues recuerdo el adagio de Picón que decía: «*Piensa siempre mal y acertarás bien*».

Así, llegaron á Jujuy y, una vez que hubieron inquirido donde vivía el coasociado* de su tío, fueron á su domicilio.

Después que hubieron llegado con sus corazones palpitantes, llamaron, y les abrió la puerta un señor de aspecto taciturno, cuyo triste semblante dejaba ver las huellas de haber sufrido una gran desgracia.

—¿Qué se os ofrece, niños? preguntó él débilmente.

—¿No es usted don Claudio Gómez el coasociado de Julio Rivadavia? dijeron los niños con impaciencia.

—El mismo soy, niños, Claudio Gómez, apoyó él; pero, desgraciadamente no soy ya el coasociado de ese pobre Rivadavia.

—¡Oh, Dios mío! exclamó Juan figurándose lo sucedido ¿qué ha sido de mis desdichados tíos! ¡han quedado arruinados!...

—¡Oh, Divina Providencia! interrumpió Pepito, casi desmayándose ¡qué será de ellos y de nosotros?

—¡Toma! repuso don Claudio ¡Vosotros sois sus sobrinos!

—Si, señor, si, añadió Juan; y, por cierto que, casi hemos dado la vuelta á la *República Argentina*, en busca de ellos.

—Pues bien, niños, añadió don Claudio, no os desmayéis: entrad á tomar asiento y un refresco, y os contaré lo que hay.

Entonces, los niños entraron, y, después que se hubieron refrescado, el señor Gómez continuó:—Hé aquí lo que hay, niños: la mitad del capital que le quedó á vuestro tío después del incendio de la cosecha, me lo entregó á mí, como práctico en el comercio, y yo le daba su tanto por ciento, como beneficio, y además un sueldo par los trabajos que prestaba.

Desgraciadamente, los negocios me han ido muy mal y, para colmo de desdichas, me he buscado una porción de deudores que no han podido pagarme por haber perdido sus cosechas y por otras causas.

Mis acreedores me han obligado á pagar y, en la imposibilidad de hacerlo, me han declarado insolvente* ó sea en quiebra ó bancarota; y, en fin, me han embargado lo que había y mi negocio se ha fundido por completo, y he quedado casi sumido en la completa pobreza.

Arruinado yo, ha sucedido lo mismo á vuestro tío; pues, como era el más pobre acreedor, no ha podido cobrar nada.

Esto ha impresionado de tal modo á vuestra tia, que ha enfermado y ha partido acompañada de vuestro tío, á tomar las aguas termales del Oeste de Mendoza, al objeto de recobrar la salud ántes de consumir los pocos recursos que les quedaba.

—¡Oh, Dios mio! ¡Desdichados tios! exclamó Juan suspirando.

—¡En efecto, pues han perdido en unos meses el fruto de los afanes de más de 20 años! apoyó Pepito, arrojando dos lágrimas.

—¿Qué quereis, niños que le hagamos? repuso don Claudio; Dios no nos ha asistido y el diablo se ha llevado todo!

No hay remedio, niños, es necesario conformarnos con lo que nos manda la Divina Providencia, sea bueno ó malo.

En fin, el mundo da muchas vueltas, queridos niños: yo fui pobre como vuestro tio y he llegado á tener riquezas, que he perdido fatalmente; pero, sin embargo, no pierdo la esperanza de recuperarlas sino por la loteria, á la que pongo mucho, será por el trabajo ó por algun heredamiento.

Entónces, tendré la dicha de pagar á todos mis acreedores, para que mi reputación y crédito queden sin mancha en el comercio, pues, yo siento más esto que cuanto he perdido.

Entonces los niños se levantaron para despedirse; más el señor Gómez dijo:—¿Dónde vais ahora, niños?

—Pues á buscar hospedaje y descansar, para partir mañana, dijo Juan.

—Eso no lo puedo consentir, replicó el señor Gómez, permaneceréis en mi casa hasta que partáis; entrad el caballo y colocadlo en la cabelleriza, mientras voy á procurarle el maíz; despues cenaremos.

Hecho esto, se pusieron á cenar en compañía de su atribulada esposa, que estaba al cuidado de dos niños.

Juan cenó muy poco y Pepito mucho ménos; pues, su amarga aficción no les permitía tomar un bocado con gusto.

Despues, dando las buenas noches, se retiraron á dormir á un cuartito donde, la esposa de don Claudio, les habia dispuesto una blanda cama.

4.—La esperanza que Pepito vé perdida.—Animo que Juan le infunde, recordándole su promesa.—Fundación de Jujuy.—Sus industrias.

Al acostarse, Pepito dijo muy afligido:—¿Qué partido tomamos ahora?

—¡Toma! repuso Juan ¡pues el ir á buscar los tios á los baños donde se hallan!

—¡Oh Juan, tanta contrariedad me desanima! exclamó Pepito! ¡yo volvería hácia la Magdalena, para unirnos con los papás y hermanitas! ¡Me parece que no los hallaremos!

—¡Cómo se entiende eso de volver atrás! interrumpió Juan.

¡Así es cómo tú quieres cumplir tu sagrada promesa! ¡Pepito, el hombre solo por la palabra vale, y, quien no la cumple, aunque sea á precio de su vida, es indigno de considerarse persona decente ó ciudadano formal!

¡Recuerda hermanito que, cuando yo prometí al moribundo papá el unirnos á los tíos aun cuando para conseguirlo, tuviéramos que dar la vuelta á la *República Argentina*, tú añadiste:—«¡Sí, sí, cumpliremos lo que dice Juan y os lo prometemos, adorado papá, por vuestra gloria, la de mamá y abuelitos!»

—¡Oh, querido hermano Juan, cuán bravo, bueno y formal eres! exclamó Pepito abrazando á su hermano, con sus ojos humedecidos y continuó:—¡Perdona mi debilidad y olvido; pues no tenía presente este sagrado juramento; ¡Ahora que me lo has recordado y que, al quitarnos el chaleco, contemplo sobre nuestros pechos las imágenes de esos adorados seres, no solo me creo con ánimo de recorrer esas cuatro provincias que nos faltan, sino aunque fuesen cuarenta ó todo el continente Sud-Americano.

Yo me he visto afligido al pensar que no tenemos muchos recursos para recorrer las cuatro provincias andinas, si es que no hemos de tocar el hada... como tú has dicho.

—Eso mismo, apoyó Juan, si hemos recorrido diez provincias, sin carecer de nada, también recorreremos cuatro ú ocho más; y, cuanto á los recursos, no te apures, pues todavía tengo dos brazos robustos que no temen al trabajo.

Hemos ganado nuestra vida dedicados al pastoreo, á la agricultura, al comercio ambulante, pues también la ganaremos del mismo modo, y sino en la minería, pues en las provincias andinas se explotan muchas minas y, quien busca el trabajo como yo, pronto lo halla en nuestra patria.

—Tienes mucha razón Juan, dijo el niño, y yo ayudaré en lo que pueda, sin acobardarme jamás como ahora.

—En hora buena, apoyó Juan. ¡Dios quiera que así sea siempre!

Dicho esto, se acostaron y, momentos despues, quedaron dormidos.

Al amanecer, Juan llevó á su hermanito á recorrer la ciudad, al objeto de distraerlo y dijo:—Veamos, Pepito, dime ¿quién fundó la ciudad de Jujuy?

—¡Diantre! contestó el niño, segun he leído la ciudad de Jujuy fué fundada por don *Juan Ramirez de Velasco* el 19 de Abril, de 1593, sobre la ribera derecha del rio *San Francisco*; tiene 7.500 habitantes.

—Es verdad, apoyó Juan, y la edificó en el valle de *Hibi-xibi*, con el nombre de ciudad de *San Salvador de Velasco*.

—¿Qué industria y comercio hay en esta provincia? preguntó Pepito.

—Pues se explotan ingenios de azúcar, fábricas de aguardiente etc., dijo Juan, y además se exportan pieles, cueros, lanas de chinchilla, etc., sal de las famosas salinas de *Cosabindo*, y ganados á *Bolivia*.

Ademas tiene de notable esta provincia sus fuentes de kerosene ó petróleo.

—¡Diantre! exclamó Pepito. ¡El kerosene mana de la tierra como el agua!

—Sí, afirmó Juan, y no faltan fuentes en Asia y América; pero, en lugar de salir claro mana como una especie de líquido espeso, y lleno de impurezas, que les extraen los hombres dejándolo refinado y clarificado, como se vende.

—Me parece que ha progresado poco esta ciudad, observó Pepito.

—Sí, apoyó Juan, mas es debido á su falta de comunicación. Dentro de algunos años el ferro-carril *Central del Norte*, (1) pasará por aquí, y llegará á la frontera de *Bolivia*; entonces progresará más. Hoy no tiene sino un camino que atraviesa los Andes hasta *Cobija* en el *Pacífico*.

5.—Sorpresa de Juan y Pepito al recibir la inesperada carta de Aurora.—Las sentimentales y afectuosas frases de la citada carta.

Despues de un momento de pausa, Juan exclamó:—¡Diantre! tenemos que escribir á los papás y hermanitas.

—¡Oh, sí! apoyó Pepito, y vamos corriendo antes que sea más tarde.

Así se dirigieron al hospedaje y, cuando hubieron llegado el señor Gómez les dió una gran sorpresa, entregándoles una carta que acababa de entregar el cartero, dirigida á Juan.

—¡Caramba! exclamó éste lleno de júbilo, segun indica la letra del sobrescrito, esta carta es de nuestra hermana Aurora.

—¡En efecto, ella nos escribe en nombre de los papás! apoyó Pepito dando un salto de alegría:

—¡Diantro! repuso Juan, la han dirigido á la colonia *Tortugas* porque les dijimos desde Corrientes que íbamos allí por la contrariedad sufrida; de esta colonia, el señor López nos la ha mandado á Jujuy.

—Efectivamente, añadió Pepito y, al ver que no escribíamos nuestra llegada, se han puesto impacientes, sospechando alguna otra contrariedad.

(1) El ferro-carril *Central del Norte* llega hoy día hasta la ciudad de Jujuy.

¡Oh, cuánto nos aman! ¡ni aunque fuéramos verdaderamente hijos, no nos podrían amar más!

—Es verdad, dijo, Juan rasgando el sobre, veamos cómo se hallan y lo que dos dicen.

Juan leyó la carta, cuyas sentidas frases, le conmovieron al extremo de humedecerle sus ojos y, dándola á leer á Pepito, exclamó:

—¡Pobres papás y hermanitas qué pena os tomáis por nosotros!

Una vez que Pepito la hubo leído, las lágrimas le afluyeron á sus ojitos, y repuso suspirando:—¡Oh, queridos papás y hermanitas! ¡Con qué podremos pagaros la pena que pasáis por nosotros!

En efecto, entre las frases sentimentales y afectuosas, con que Aurora había llenado las cuatro páginas de su carta se hallaban algunas así:

«Queridos hermanitos: la fatal contrariedad que nos habéis comunicado desde Corrientes nos ha llenado á todos de una amarga aflicción, y sobre todo á mamá y á nosotras, que arrojamos abundantes lágrimas: la pobrecita Rosita y yo no hemos podido ver nuestros ojos enjutos durante muchos días.

Todos los días y á todas las horas, nos acordamos de vosotros, sin olvidar que sois nuestros queridos hermanos, á quienes Rosita y yo debemos la vida por dos veces.

A cada momento del día, suplicamos á Dios que os conceda completa salud en compañía de vuestros amados tios; y además, rogamos encarecidamente á la Divina Providencia, que regreséis felizmente en compañía de ellos, á esta vuestra casa paterna, donde os esperamos todos con los brazos abiertos.

Los papás me encargan os diga que, si no tenéis plata para poder regresar, pidáis cuánta necesitéis, sin ningún miramiento, así vosotros como los tios; pues, ellos os la mandarán inmediatamente.

Me encargan os comunique también que se disgustarían si, por vuestra exagerada probidad, permanecéis en esa colonia largo tiempo sin regresar, por el reparo de no pedir recursos.

Así, esperamos vuestra contestación sin pérdida de correo; pues, si vuestro silencio se prolonga más, nuestro desconsuelo será interminable.

Nuestros recuerdos á los tios y recibid mil abrazos de los papás, de Rosita, y de esta vuestra hermana que os ama cordialmente,—Aurora Hernández.»

6.—Contestación de Juan.—Consoladoras y afectuosas frases de su carta.—Las buenas promesas de don Claudio.—Despedida y partida de Jujuy.

Después que hubieron dominado un poco su emoción, Juan dijo:—¡Dios mío, si una contrariedad les ha impresionado tanto, que será ahora cuando sepan dos más!

—Ciertamente, apoyó Pepito, yo no les escribiría hasta ver si hallamos los tios y les podemos comunicar buenas noticias.

—Es verdad, repuso Juan, mas ten presente que dicen que, si nuestro silencio se prolonga más, el desconsuelo será mayor; sospecharán que alguna desgracia nos ha sucedido, y esto sería peor. Así, lo más prudente es escribirles, sin decirles las desdichas que nos han sucedido, y comunicándoles que ahora tenemos la seguridad de hallar los tios.

—Tienes razón, apoyó Pepito, eso es lo más acertado y prudente.

Una vez provistos de pluma, tintero y papel que don Claudio les prestó, Juan comenzó á escribir una larga carta, como la de Aurora, llena también de frases afectuosas y consoladoras como éstas:

«Queridas hermanitas y papás: Vuestra inesperada carta nos ha conmovido hasta las lágrimas, al ver la mucha pena que pasáis por nosotros, que nos encontramos llenos de salud y contentos.

Si bien es verdad que sufrimos aquella contrariedad, la hemos vencido sin ninguna dificultad. Además, no solo ha sido esa sino dos más: en la colonia á donde me dirigiste, hermana Aurora, tu carta, no hallamos los tios porque habian partido á Jujuy, donde llegamos ayer; aqui nos han enterado de que han partido para Mendoza, al objeto de tomar las aguas termales nuestra pobre tia, que se halla un poquito delicada.

Ibamos á comunicar estas contrariedades en el mismo momento, precisamente, en que hemos sido sorprendidos con vuestra grata carta; así, si tarda á llegar un dia más; no hubiéramos tenido la dicha de recibirla.

Cuanto á los recursos, no paséis tampoco ninguna pena por ello porque nos sobran para llegar á Mendoza: tenemos algunos pesos que hemos ganado y además el hada... intacta, que pienso volverá allá, si Dios nos da salud, en el chaleco de Pepito, donde mamá la colocó...

Así, pues, me parece, que no tenéis suficiente motivo para impacientaros tanto, así vosotras, como nuestros amados papás.

Os damos las mas expresivas gracias por cuanto suplicáis

á Dios por nosotros; creemos seguramente que la Divina Providencia atiende vuestros fervientes ruegos, cual si fuesen de sus más queridos ángeles; esto lo suponemos muy cierto á juzgar por el ánimo, salud y perseverancia que nos da para vencer cuantas contrariedades se nos presentan en nuestra larga é inesperada odisea.

Entregada esta carta al correo, partimos para las aguas termales de Mendoza, donde tenemos la seguridad de hallar los anhelados tios.

Una vez allí, anunciaremos nuestra llegada y nuestro regreso á esa, donde permaneceremos eternamente en vuestra amable compañía, y prestando nuestros servicios á los inolvidables papás.

Me aventuro á decir esto, porque tengo la seguridad de que mis tios irán gustosamente con nosotros á dedicarse allí á la ganadería, que es industria más segura; pues, en los negocios que han emprendido, no han tenido muy buen éxito, y esto les decidirá á dedicarse á ella.

Solo me resta suplicaros que permanezcáis sin pena ninguna, pues conforme se han pasado 4 meses, se pasarán 2 más y tendremos la dicha de abrazarnos.

Nuestros cordiales recuerdos á los queridos papás, mil abrazos á Rosita de Pepito y míos y tú dispón de tu hermano que te ama eternamente.—*Juan Rivadavia*».

—Lee la carta, Pepito, á ver lo que te parece, dijo Juan.

Una vez que Pepito la hubo leído exclamó:—Está muy bien escrita, pues las promesas que hacemos de vernos pronto los consolará completamente.

Así Juan la cerró en un sobre, puso la dirección y la estampilla que compró y la echó al correo, dando un suspiro de satisfacción.

Ensililaron el caballo, almorzaron y al partir don Claudio dijo:—Que llevéis buen viaje y decid á vuestro tío que él cobrará primero, tan pronto como yo tenga fondos.

—Está bien, dijo Juan, y muchas gracias por todo.

—¡Dios quiera que así sea, que usted tenga suerte! añadió Pepito.

Entonces, los niños partieron, dándose el último adios.

7.—El antiguo Perú.—Los padres de nuestro ganado lanar y cabrúno.—El Alto Perú ó Bolivia.—Batallas y jefes del Ejército Patriota en el citado País.

Al salir de Jujuy, Juan dijo:—¡Qué País tenemos al Norte!

—¡Diantre! contestó Pepito, pues Bolivia y á su Nor-oeste Perú.

—Eso es, apoyó Juan, el Perú fué descubierto por los Españoles, después que Valdivia se apercibió en 1514 de la existencia del Océano Pacífico, que era desconocido de los Europeos.

El Perú fué conquistado por Almagro, Pizarro y Luque que vinieron desde el Paraná y, después de luchas encarnizadas, mataron al Inca, emperador de los Indios, y quedaron dueños del País.

Sobre las ruinas del Imperio de los Incas la Monarquía Española fundó el vireinato del Perú y continuó su conquista. Mas, la conquista de nuestro país se hizo por tierra y por agua: unos conquistadores vinieron por tierra, desde el Perú; y otros, llegaron por agua, de España, entrando por el río de La Plata.

Por los años 1546 un tal *Chaces* trajo del Perú algunas ovejas y cabras que pasaron por estos valles, y fueron llevadas al Paraguay: estos animales fueron los padres de la infinidad de millones que se cuentan en la Patria.

Al separarse, nuestro territorio del Paraguay en 1617 fué gobernado por el virey del Perú.

El *Alto Perú* llamado hoy *Bolivia* también era gobernado por el mismo virey. Los Indígenas eran de la raza *Quichua*, compuesta de las tribus *Mojos, Aimaraes, Charcas*, y otros.

Don Pedro de Anzures fundó á *Chuquisaca*, primera población española, edificada en este País.

En este territorio fué donde más sufrieron los naturales que, no pudiendo soportar las cargas que se les imponían, se levantaron en rebelión, inspirados por un tal *Tupaj-Amarú*; éste se titulaba descendiente de los Incas, y pretendía restablecer el imperio de sus supuestos mayores.

Los Españoles los combatieron y la sangre corrió por todo el Alto Perú, Jujuy, Salta y el Cuzco. *Tupaj-Amarú* fué capturado, ahorcado y descuartizado, incluso su familia; así terminó aquel sangriento acontecimiento.

—Bien, interrumpió Pepito, siento que haya sucedido eso; amo á e-e País porque nuestros abuelitos eran de Cochabamba que han defendido héroicamente.

—No solo eso, apoyó Juan; pues, el Ejército de la Pátria fué á sembrar allí las ideas de la Independencia, que germinaron en los corazones de nuestros queridos abuelos y demás compatriotas.

Nuestro ejército dominó hasta el río *Desaguadero*, luchando en *Cotagaita, Suypachá, Arukuma, Vilcapugio, Ayouma, Chilón, Sipi Sipi, La Florida, etc.*, á las órdenes de Belgrano, Pueyrredón, Castelli, Rondeau, bajo cuyas órdenes se distinguieron Levalle, Balcarce, La Madrid, Paz, Güemes, Arenales, Alvarado, Velez Diaz.

El 28 de Mayo de 1812, Cochabamba capituló porque luchaba contra fuerzas muy superiores y no tenía esperanza de recibir auxilio del exterior; pues el Ejército Libertador había sido desecho en *Huachi* y obligado á retroceder hasta Jujuy.

Esto fué ocasionado porque el Jefe realista, Goyeneche violó un tratado, y cayó de sorpresa sobre el Ejército de nuestra Patria.

Entonces fué cuando nuestros abuelitos lograron salvarse de caer en poder de los realistas, y vinieron á unirse al Ejército Pátrio que hallaron en Jujuy á las órdenes del bravo general don Manuel Belgrano.

Este intrépido Patriota habiendo recibido el mando de las tropas en Tucumán, mandadas por Pueyrredón, había avanzado hasta Jujuy, con objeto de ir á proteger los insurrectos del Alto Perú; pero, su situación crítica le obligó á replegarse en la primera ciudad, donde se coronó de gloria con la batalla que ganó aquí primero y con la que libró después en Salta.

—¡Ah! exclamó Pepito con satisfacción ¡yo no conocía tan bien como tú esos datos históricos; y me alegro infinito de saberlos, porque se relacionan con la vida histórica y guerrera de nuestros queridos abuelitos, que Dios tenga en su gloria!

CAPITULO II

PROVINCIA DE SALTA

8.—La planta del arroz.—Producciones agrícolas de la provincia de Salta.—La vicuña y su lana.—Naturaleza física de las Sierras de Salta.—Su Kaolín.—Hecho glorioso sobre el río Juramento.—Extensión — Habitantes.—Clima.

Así conversando, pasaron por el pueblecito de *San Antonio*, y llegaron al límite de la Provincia, donde Juan dijo:—¿Ves Pepito? ya estamos en la provincia de Salta.

—¡Oh, bien! repuso Pepito ¿no pararemos pronto en alguna parte?

—Sí, cuando lleguemos al pueblecito *Altos del Sauce*, contestó Juan.

Momentos despues, Pepito vió un arrozal y preguntó:—¿Qué plantitas son esas?

—Pues son las plantas gramíneas que producen el arroz, dijo Juan; el grano está encerrado en un cascabillo que se le extrae artificialmente; para hacerlo muy blanco lo refinan todavía más con otros procedimientos.

Estas plantas prefieren los lugares cálidos y húmedos como éste para producir mucho.

—Yo no hubiera pensado eso, interrumpió Pepito; y ¿qué producciones más hay en la provincia de Salta?

—Pues generalmente las de la zona tropical, dijo Juan, así aun cuando hay poca agricultura, se recolecta la caña de azúcar, el tabaco, café, etc. y además el maíz, trigo, etc.

Tiene tambien grandes bosques en varios puntos y, sobre todo en los departamentos *Orán y Rivadavia* que limitan: este con la gobernación de Formosa y aquel con la del Chaco, tan ricas en inmensas selvas.

Los bosques de Salta contienen de toda clase de madera de construcción, como algarrobos, coronillos, etc. y además de

las de ebanistería, como el palo santo, laurel y grandes cedros de unos 30 á 33 metros de altura.

—¿No hay mucha ganadería? preguntó Pepito.

—No, contestó Juan, pues difícilmente se contará un millón de cabezas de ganado vacuno, lanar y caballar.

En esto rodeaban un elevado cerro y, al ver trepar un animal, Pepito preguntó:

—¡Toma! ¿qué animalito es ese tan vivo que trepa tan ágilmente entre las encrespadas rocas?

—Pues es la vicuña, dijo Juan, en esta provincia hay muchas, así como también llamas, que se crían aquí muchísimas mas que en otras.

—¡Diantre! exclamó Pepito. ¡Su pelo parece lana!

—Parece lo que es, apoyó Juan, pues precisamente la lana de la vicuña es muy apreciada para vestidos.

En el Perú, hay una especie de vicuña como un carnero, sin joroba y del género de las llamas, cuya fina lana se usa para hacer sombreros, paños, medias, etc; ésta habita las crestas de las mas altas cordilleras; es mansa, pero muy tímida.

—¡Oh! pues es un animal muy útil la vicuña, exclamó Pepito y ¿cuál es la naturaleza física de las montañas de Salta? preguntó él;

—¡Toma! interrumpió Juan, la Sierra de *Santa Bárbara*, es de formación silúrica, calcárea y dolomita, y la del *Maíz Gordo*, contiene esas mismas materias; además, la Sierra de la *Victoria*, que como te dije, se extiende por las provincias de Jujuy y Salta, contiene pórfido diorítico y negro, y al Este de estas montañas hay la formación silúrica, calcárea y dolomita.

—¡Diantre! repuso Pepito. ¡Si que te hallas fuerte en geología! y dime ¿no se explotan minas en esta provincia?

—No, contestó Juan, sin embargo, sus montañas contienen oro, plata y cobre. El oro se halla sobre todo en los llanos *Calchaquies*, en la Sierra de *Santa Bárbara*, y en fin, hasta en los suburbios de *Trulla*.

Como entonces veían unos muchachos que rebuscaban entre la tierra, Pepito exclamó:—¡Diablo! ¿qué se les habrá perdido á esos niños, que con tanto afán buscan?

—¡Oh! no han perdido nada interrumpió Juan, y sin embargo ellos buscan el Kaolín que se halla en el departamento de *Caldera* que ahora atravesamos.

—¡Oh! ¿qué es eso de Koalín? preguntó Pepito.

—¡Toma! repuso Juan, el Koalín es una especie de tierra en la que se hallan ontremezclados unos cuerpecitos brillantes y como cristalinos.

—¿Para qué sirve eso? interrogó Pepito.

—La tierra koalín sirve para fabricar la porcelana dijo Juan,

en la China se elabora mucha vajilla fina de esta clase, por que tienen mucha materia de esta naturaleza; luego preguntó:—¿No sabes, Pepito, que hecho glorioso tuvo lugar sobre el rio *Juramento* que se halla al Sud-este de esta provincia ó sea á nuestro Este?

—¡Oh! á fè que no, interrumpió Pepito, y preguntó:—¿Qué hecho fué?

—Pues bien, continuó Juan, el ilustre general Belgrano atrevesando el rio *Juramento*, sobre la *Posta del Pasaje*, presentó la *Bandera Argentina* al Ejército de la Patria que iba á libertar el *Alto Perú* ó *Bolivia*: él hizo jurar á sus tropas ser fiel á ella y á la Independencia Nacional.

—¡Oh! exclamó Pepito, me alegro infinito de saber eso, pues siempre es bueno conocer los hechos gloriosos de nuestra querida Patria; despues de una breve pausa preguntó él.

—¿Cuál es la extensión de esta provincia?

—Bastante extensa, contestó Juan, pues mide sobre 132,500 kilómetros cuadrados.

—¿Qué número de habitantes tiene? demandó Pepito.

—Pues encierra sobre 167.000 almas repuso Juan.

—¿Cuál es el clima de esta provincia? preguntó Pepito.

—Es frio en las montañas y cálido en los llanos, contestó Juan, su temperatura máxima es de unos 57° á 41° G, y su mínima de 2° á 4° G.

9.—Fundación de Salta.—Las industrias de esta Provincia.—Sus vias de comunicación.—Coloquio sobre la batalla de Salta.—Dos hechos históricos.

Despues llegaron al pueblecito Altos del Sauce, donde hicieron noche. Al siguiente dia partieron, y Juan dijo:—Si no tenemos novedad, hoy llegaremos á Salta.

—¡Oh, qué bien! exclamó Pepito; así ¿podremos visitar la ciudad?

—Si, contestó Juan, pues la visitaremos esta tarde porque llegaremos temprano; mañana continuaremos la marcha.

—¡Oh! ¡pues me alegro mucho de eso! interrumpió Pepito.

Así pasaron por *Posta*, *Caldera* atravesaron el riachuelo *Mojotoro* y llegaron á Salta, donde se hospedaron en una fonda económica, cuyo gasto ajustaron de antemano, pues ellos se acordaban siempre del escamoteo de que fueron víctimas en la fonda de los vagabundos ó atorrantes de Gualeguay, donde servían el macarrón en baño.

Así, despues que ellos hubieron echado su buena ración de

maíz al Independiente, restauraron bien sus fuerzas y salieron á dar un paseo por la ciudad, al objeto de ver lo que tenía de notable.

En efecto, vieron la catedral, la sede episcopal, que comprende además de Salta, Jujuy, Santiago del Estero y Catamarca; y en fin, contemplaron otros edificios que hallaron muy lindos por su arquitectura.

—Veamos Pepito ¿quién fundó la ciudad de Salta?

—¡Diantre! contestó Pepito, la ciudad de Salta fué fundada por don *Hernando de Lerma* el 17 de Abril de 1582, sobre el río Arias.

—Es verdad, apoyó Juan, mas Lerma fué quien la trasladó al lugar que hoy ocupa; pues en 1580, Salta fué edificada por don *Gonzalo Abreu de Figueroa* en el valle de *Ciancas*; tiene 19.000 almas.

—¡Oh! exclamó Pepito, yo no sabía eso.

Después, al contemplar algunos grandes comercios, el niño continuó:

—¿Qué industrias tiene la provincia de Salta?

—¡Toma! contestó Juan, tiene ingenios de azúcar ó trapiches, tenerías ó establecimientos de curtumbre, fábricas de licores y aguardientes; el comercio exporta, además de esos productos, pieles, cueros, lanas, y en fin, caballos, mulas y vacas en pié al extranjero.

—¿Qué vías de comunicación tiene? preguntó Pepito.

—Hoy día no hay sinó caminos que llegan hasta Bolivia y el Pacífico, atravesando las Cordilleras; y la exportación tienen que hacerla á lomo de mulos, dijo Juan; más dentro de algunos años llegará aquí el ferro-carril Central del Norte que ha de construirse hasta la frontera de Bolivia, como te dije, pasando también por Jujuy. (1)

—¡Oh! repuso Pepito, me alegraría de conocer eso luego, para que puedan progresar así estas provincias.

—Yo también celebraré mucho eso, apoyó Juan; pues, entonces nacerían aquí varias fuentes de riqueza que están paralizadas por la falta de vías de comunicación; así, Salta y Jujuy llevarían sus productos fácilmente á Bolivia, y á las provincias de la Pátria.

—Si es verdad, sí, repuso Pepito; pues, comprendo bien que las vías de comunicación hacen progresar á los pueblos.

Entonces, salieron á pasear por los alrededores de la ciudad, y Juan preguntó:—¿No te recuerda, Pepito, esa gran cruz algún hecho glorioso é inmortal?

—¡Oh, sí! interrumpió el niño, pues despierta en mi me-

(1) El ferro-carril Central del Norte llega hoy día hasta la ciudad de Jujuy. según hemos dicho en el 2º Tomo, pág. 65.

moria la célebre batalla de Salta, que tan brillantemente ganó el bravo general Belgrano el día 20 de Febrero de 1813.

—En efecto, apoyó Juan, se libró en este mismo terreno que pisamos, y este monumento sirve para recordar esa victoria.

Esta completa victoria y la de Tucumán, donde se batieron nuestros abuelitos á las órdenes del general Belgrano, 4 meses antes, obligó á los realistas á evacuar nuestro territorio, siendo perseguidos por el Ejército de la Patria hasta el alto Perú, donde obtuvo otras varias victorias.

—¡Oh! si que me acordaré siempre de esto, exclamó Pepito, y no para hablar solo, sino para obrar si llega el caso.

—¡Bravo! repuso Juan, eso mismo, como aquellos valientes guerreros y nuestros buenos abuelitos.

Después de una pausa, Juan continuó:—En Salta y Jujuy, el tirano Rosas tenía apostado el caudillo Latorre, y á Heredia en Tucumán, donde mortificaban á estos pueblos con su espionaje y crueldades.

Pero, felizmente, el 7 de Abril de 1840, don Manuel Sola, gobernador de Salta, se pronunció con su provincia contra Rosas; después, invadió la provincia de Tucumán que se unió al pronunciamiento; y, en fin, se nombró jefe de la nueva alianza al valiente general don Gregorio Araoz de la Madrid.

—¡Oh! exclamó Pepito, yo no sabia eso, así amo bien al buen don Manuel Sola y demás compatriotas que se unieron al movimiento, para combatir al gran Coloso de los países del Plata.

—En efecto, apoyó Juan, yo también los amo y venero de veras.

Dicho esto, como anochece ya, se retiraron al hospedaje.

10.—El bravo general D. Manuel Belgrano.—Cargos que desempeñó.—Triunfos de las batallas de Tucumán y Salta.

Una vez que hubieron llegado, arreglaron todo para la partida del siguiente día; y después, Pepito dijo:—Puesto que tenemos que esperar la cena, voy á leer la vida del ilustre general Belgrano, de quien hemos hablado hace poco.

—Muy bien, apoyó Juan, y eso acabará de instruirnos sobre este Grande Hombre además aprovechamos el tiempo en algo útil.

Así, Pepito sacó el librito y se puso á leer en alta voz lo siguiente:

«Queridos niños, uno de los más ilustres patricios que más se han sacrificado por el triunfo de nuestra Independencia, fué el bravo general D. Manuel Belgrano.

Principió á servir á su Patria con el cargo de secretario del Tribunal del Consulado, establecido el 2 de junio de 1794.

Este distinguido Patriota fué uno de los miembros de la *Sociedad de los Siete* formada para convenir los planes que debían ponerse en ejecución, al objeto de llevar á cabo la Revolución que habia de darnos nuestra Independencia. (1)

Al estallar la inmortal Revolución del 25 de Mayo que ocasionó la destitución del virey Cisneros, el gran Belgrano fué nombrado vocal de la primera Junta de Gobierno de nuestra naciente Patria.

Después, al ordenar la citada Junta la intervención armada, este noble Patriota fué nombrado general de las fuerzas que debían operar en el Paraguay.

Así, emprendió la marcha con unos 950 hombres á los que se unieron algunos otros hasta más de 1000. Con esta fuerza atravesó el río Paraná el 19 de Diciembre de 1810, y logró sorprender una avanzada paraguaya, que fué hecha prisionera al pisar ese país, en el lugar llamado *Campichuelo*; así, el siguiente día, logró ocupar el pueblo de *Itapua*.

Desgraciadamente el 18 enero de 1811, el Gobernador del Paraguay Velazco, á la cabeza de 6000 hombres lo atacó y le destruyó sobre la quinta parte de su pequeña columna.

Retirado sobre el río Tacuari, se dispuso á llevar á cabo una nueva tentativa; pero el 9 de mayo fué de nuevo atacado por fuerzas muy superiores: perdió así la mitad de su ejército y se le obligó á rendirse so pena de ser pasados todos á degüello.

El bravo general Belgrano rechazó tal intimación y resolvió llevar á cabo un ataque desesperado, con la esperanza de un convenio.

Por fin, mandó un parlamento al Jefe enemigo Cabañas, y se le acordó evacuar el territorio mediante algunas indemnizaciones.

Así, á la cabeza de 300 individuos desfiló con 4 cañones y demás bagajes ante 2,500 soldados enemigos, que se maravillaban de ver tanto valor en esta pequeña columna ¡Creís, niños, que su temeraria empresa fué estéril? ¡Oh, nada de eso! ¡pués él dejó sembradas las semillas de la Independencia!

Después él sirvió á la revolución en Montevideo á la cabeza de su ejército; fué procesado, y entregó sus tropas al jefe Rondeau.

(1) La célebre Sociedad de los Siete la formaban los señores Manuel Belgrano, Agustín Donas, Nicolás Rodríguez, Juan José Passo, Hipólito Vieytes, Mannel Alberti y Juan José Castelli.

Después este hábil general fué encargado de la Dirección del Ejército de la patria, cuando éste había sido deshecho en el alto Perú y obligado á retroceder hasta Tucumán.

Este ilustre general partió de Jujuí á Tucumán. Su retaguardia fué alcanzada por las tropas de Tristán en el río de las Piedras, el 3 setiembre de 1812, y se empeñó la lucha en la que el enemigo perdió sobre unos 100 hombres.

El halló en Tucumán al comandante D. Juan Ramon Balcarce con 400 individuos que se le unieron; y, la dificultad de continuar la retirada, lo obligó á fortificarse en esta ciudad.

Al intentar los realistas apoderarse de Tucumán, Belgrano hizo fornar á los patriotas en combate en el arroyo de las carretas, cerca de la ciudad el 24 de setiembre de 1812.

Trabada la lucha, el bravo Belgrano obligó á retroceder al enemigo que perdió 450 hombres muertos, y sobre 60 Jefes y oficiales prisioneros, con 620 individuos de tropa; y, en fin, les tomó 7 cañones, sobre 400 fusiles y bagajes.

El 20 de febrero de 1813, él libró la batalla de Salta sobre esta ciudad, donde se hallaba el jefe realista Tristán á la cabeza de sus tropas.

Después de un reñido combate, Belgrano obligó al jefe enemigo á pedir capitulación, que le fué concedida, rindiéndose el enemigo con los honores de la guerra.

En esta batalla, el enemigo perdió sus cañones y fusiles; tuvo sobre 500 muertos; 20 oficiales y 300 soldados prisioneros; y, en fin, se rindieron, por capitulación, sobre 2,000 individuos, 117 oficiales, 7 jefes y 2 generales.

Esta victoria obligó al enemigo á retroceder de nuestro territorio hácia el Alto Perú.

Este general avanzó y ocupó Potosí, ocasionando con este hecho el pronunciamiento en masa de los pueblos del Alto Perú ó Bolivia.

En 1814 fué encargado con Rivadavia de la misión diplomática que les fué retirada poco después.

Luchó también contra las montoneras, que comprometían la Revolución.

Y en fin, en el mes de junio de 1820 falleció este gran General, víctima de una enfermedad contraída en servicio de la Independencia de la Patria.

Terminada la lectura, Pepito dió un suspiro y exclamó:— ¡Dios tenga en la gloria al bravo general Belgrano! ¡Yo veneraré siempre este grande hombre!

¡Yo también! añadió Juan ¡Pues él ha sido uno de los primeros padres de la patria por la que ha sacrificado su vida!

11.—Los distinguidos generales don Juan Ramon Balcarce y don Antonio González Balcarce.— Victoria de la batalla de Suipachá.

Despues de una breve pausa, Pepito dijo:—Veamos lo que dice el librito de don Juan Ramon Balcarce.

Eso es, apoyó Juan, y despues lee tambien la vida de don Antonio González Balcarce, que tambien ha sido otro ilustre patriota.

—Muy bien, repuso Pepito, y comenzó á leer lo siguiente:

«Niños, don Juan Ramon Balcarce fué uno de los bravos patriotas de la Revolución del 25 de Mayo.

Se distinguió como comandante de caballería en la batalla de Tucumán, pues, cuando Belgrano se concentró en esta ciudad, él se hallaba en ella organizando una división de 400 hombres de caballería, con los que se unió á ese ilustre general.

En 1819, reemplazó al general Diaz Velez, derrotado al atacar la provincia de Santa Fé, que se habia aislado y proclamado el federalismo.

Así, él luchó valientemente contra el caudillo López en todo el territorio que se extiende desde Córdoba hasta San Nicolás de los Arroyos; él recibía auxilios de Buenos Aires, más su enemigo los tenía muy superiores de Entre-Ríos y Corrientes.

En fin, muy hostilizado por las montoneras, fué atacado en San Nicolás de los Arroyos, y despues reemplazado por Viamonte, que no tuvo mejor éxito que él.

En otra ocasión invadió con nuevas fuerzas la provincia de Entre Ríos, y fué derrotado en el *Saucesito*, cerca del Paraná en 1818.

La Legislatura le nombró gobernador de Buenos Aires, el 17 de Diciembre de 1832, cuando Rosas, rehusando ocupar ese puesto, se retiró á la campaña.

Don Juan R. Balcarce que era un hombre de nobles cualidades, trató de emancipar al gobierno de la páfida influencia de Rosas; pero éste burló los buenos deseos de Balcarce, y consiguió alcanzar el poder por tiempo ilimitado. Para esto, el tirano contaba con el apoyo de los soldados que llevó en su expedición al Sud, al objeto de destruir los indios; así la Legislatura le acordó, por miedo á su tiranía, todo el omnímido poder que tuvo á bien tomarse.»

Terminada esta lectura, Pepito exclamó:—¡Diantre! tambien ha sido un grande hombre don Juan Ramon Balcarce, y yo lo venero bien.

—Yo tambien, apoyó Juan; pues, al fin, ha sido uno de los héroes de la Revolución, y además ha luchado por la Independencia, y contra las funestas montoneras que asolaban la Patria.

—Bien, interrumpió Pepito, veamos lo que nos dice sobre este otro grande hombre, que tambien se llamaba así.

—Eso mismo, apoyó Juan, lee siempre, pues la lectura aumenta gradualmente el caudal de nuestros conocimientos.

Pepito pasó hoja y comenzó á leer lo siguiente:

«Niños, don Antonio González Balcarce ha sido otro de los grandes hombres de la Patria que han luchado por la Independencia.

El fué el segundo general del ejército expedicionario al Alto Perú, en reemplazo de Ocampo, que fué el primero.

Con su columna, reforzada con tropas de *Tariga, Córdoba, Salta, Tucumán y Santiago*, el continuó la marcha hácia el Alto Perú.

Al llegar á la frontera, el 17 de Octubre de 1810, libró un ataque al enemigo en *Santiago de Cotagaita*; esto le facilitó el hacer un minucioso reconocimiento.

El 10 de Diciembre siguiente, él ganó la batalla de *Suipachá* á los realistas, mandados por José Córdoba y Rojas.

En esta victoria, tomó al ejército enemigo 4 cañones, algunas municiones, bagajes y una bandera.

Este triunfo facilitó al Ejército de la Patria la toma de *Cotagaita* y el dominio de nuestros patriotas hasta el rio *Desaguadero*, que era el límite Norte del Virreinato: estos fueron los primeros triunfos en el Alto Perú.

A la cabeza de 6,000 hombres fué batido en *Huapí*, el 20 de Junio de 1811.

Esto ocasionó un cambio en la forma de gobierno: se suprimió la Segunda Junta y se formó el Triunvirato compuesto de los señores Chiclana, Saratea y Passo.

En Abril de 1816, fué nombrado director interino, por renuncia de Alvear: ese cargo lo desempeñó hasta el 9 de mayo del mismo año en que el Congreso nombró, como efectivo, á don Martin de Pueyrredón.

En fin, el bravo A. G. Balcarce se batió valientemente á las órdenes del gran San Martín, en la victoriosa batalla de Maipó, el 5 de abril de 1818.

Terminada la lectura, Pepito dijo:—Tambien venero al gran don Antonio G. Balcarce!

—Y yo, añadió Juan; pues, fué tambien grande héroe de nuestra Independencia.

Entonces cenaron y se acostaron; Al siguiente día, continuaron la marcha por los valles bañados por los ríos *Salta* y *Santa María*, que atravesaron en 5 días. Pasaron por *Cerrillos*, *Chicoana*, *Viña*, *San Carlos*, *Cafayete*, que son villas importantes; y en fin, por otros pueblecitos.

CAPITULO III

PROVINCIA DE CATAMARCA

12.—Producciones agrícolas de la Provincia de Catamarca.—Naturaleza física de sus montañas.—Sus numerosas minas.—Extensión.—Habitantes.—Clima.

Al dejar la provincia de Salta, Juan dijo:—Ya entramos, Pepito, en la provincia de Catamarca.

—¡Oh! pues me alegro mucho, contestó el niño; y como veía unos hombres que trabajaban á larga distancia, preguntó:—¿Qué hacen aquellos trabajadores? ¡Se diría que vendimian!

—Eso mismo, apoyó Juan; pues, nos hallamos á primeros de mayo, época de la vendimia.

Entonces, pasaban junto á *Fuerte Quemado* y Pepito preguntó:—¿Qué otras producciones hay en esta provincia de Catamarca?

—Las de la zona templada, contestó Juan, además de la uva, se cosecha maíz, trigo, algodón, etc.

Los bosques de esta provincia producen nogales, álamos, durazneros, granados, etc.

Además tiene de notable sus apreciadas aguas termales que son muy útiles para ciertas enfermedades.

—¿Hay también ganadería? demandó Pepito.

—Sí, mas es también muy limitado, como en las provincias del Norte, dijo Juan; apenas hay un millón de animales vacunos, caballares y lanares.

—¿Cuál es la naturaleza física de las montañas de la provincia de Catamarca? preguntó Pepito.

—Varia, contestó Juan, al Sud de la provincia de Aconquija hay granito, la formación granítica y gneis cuarzo; en las montañas del Centro y Oeste, hay también granito, y en fin, á continuación de las materias de la citada sierra, hay en el límite de la provincia de Tucumán la subformación terciaria cretácea superior.

Hay además, en la llanura, las salinas de *Pepinaco*, otras mas al Sud; y, en fin, una tercera en el Oeste.

—¡Diantre! exclamó Pepito. ¡Aquí debe haber minas!

—En efecto, apoyó Juan, hay muchísimas de plata y cobre; se explotan las de *Santa Clara*, *Romay*, *Rosario*, *Ortiz*, *Restauración* y *Capillitas* por donde pasaremos.

—¡Oh! ¡veremos tambien alguna mina? interrogó Pepito.

—¡Hombre! si nos lo permiten sí, contestó Juan; pues, cuando pasemos por una donde haya fundición, suplicaré eso.

—¡Ah, pues me alegraría mucho de ver eso! repuso el niño y qué extensión tiene la provincia de Catamarca preguntó él.

—¡Toma! contestó Juan, pues tiene sobre 78.600 kilómetros cuadrados.

—¿Qué número de almas encierra? interrogó el niño.

—Pues encierra sobre 103.000 habitantes, contestó su hermano.

—Y ¿cuál es su temperatura? demandó Pepito.

—Su clima es vario; en los valles bastante cálido y frio en las sierras que conservan nieve eternamente, dijo Juan, el termómetro marca en estío ó verano 43^o, y en invierno baja de cero en las sierras.

Así, hablando de varias cosas, llegaron por la tarde á *Santa María*, capital del departamento de este nombre, y se hospedaron para pasar la noche.

13.—Modo divertido de pisar las uvas.—Cómo se conoce el ácido carbónico.—El niño asfixiado.—Abnegación y cuidados con que Juan lo salva.

El dueño de la posada, donde se habían hospedado los niños, era además viticultor, y entonces, se hallaba recogiendo su gran cosecha de uvas.

Esta circunstancia facilitó á los niños el poder contemplar las operaciones de la vendimia, despues que hubieron dejado á su *Independiente*, comiendo cebada y paja.

—¡Toma! ¡toma! exclamó Pepito ¡cómo bailan estos hombres! ¡Parece que están muy contentos y divertidos!

—En efecto, apoyó Juan, y hay razón para ello, puesto que el propietario les obsequia con la deliciosa música de su guitarra; cuyos acordes vibran muy armoniosamente,

—Sí, sí, dijo Pepito en la oreja de Juan; pero, me parece que el dueño, no tiene cara de tener tanto amor como eso á la música.

—En efecto, apoyó Juan; pues, si él se molesta y mortifica sus dedos tanto tiempo, debe ser por utilidad, es decir, para

que los pisadores danzantes no se desanimen y le hagan mucho más trabajo.

Así, los niños contemplaban esta forzada danza que, gradualmente, estrujaba las uvas; los granos, arrojaban su jugo llamado mosto y quedaban convertidos entre las raspas en estrujados orujos.

Mientras tanto, dos hombres, que llevaban al hombro una tina, agarraban en ella los restos de las uvas, y las echaban en las cubas.

—¿Cuánto tiempo necesita el jugo para convertirse en vino? preguntó Pepito.

—Pues unos días solo, contestó Juan, durante ese tiempo que dura la fermentación, no se debe descender á la bodega, porque se desarrolla un gas irrespirable, llamado *ácido carbónico*.

—¿Cómo se conoce la existencia de ese gas? preguntó Pepito.

—Pues porque priva la respiración y apaga la luz de una bujía, repuso Juan; así para descender donde hay uvas pisadas en fermentación, se debe llevar una luz delante; si ésta no se apaga, se puede bajar ó entrar; pero, si se extingue no, porque existe este gas que mataría á cuantos intentasen permanecer adentro unos momentos.

—¿Cómo se realiza la fermentación? interrogó Pepito.

—Por una especie de hervor que hace ruido, y produce burbujas contestó Juan.

—Entonces, se oyó la voz suplicante de la posadera que gritaba amargamente:—«¡Auxllio! ¡auxilio que fenece mi hijo!...

En efecto, su hijo acababa de caer en la bodega, donde habia descendido á coger un trompo que se le habia caído.

Entonces, el posadero tiró la guitarra, que casi se convirtió en astillas, y corrió seguido de los niños y peones.

Juan, que no conocía jamás el miedo al sacrificarse por la humanidad, se lanzó á la bodega y, en cuatro segundos, logró sacar al niño.

—Aun se puede salvar, dijo él á los demás que no sabían que hacerse; traigan agua, aguardiente y una plumilla y que llamen al médico.

Juan prestó al paciente los auxilios útiles para los *axfixiados*, tal como lo habia hecho dos veces á sus hermanitas Aurora y Rosita.

Al llegar el doctor ya daba señales de vida, y dijo:—No teman Vds., pues el enfermo está salvado con los auxilios prestados.

Entonces, la madre volvió en sí y el padre y demás familia

se consolaron, viendo como el paciente se animaba de cada vez más.

El médico ordenó lo acostasen en cama, y le prodigase algunos cuidados con los que se salvó perfectamente; pero, el atrevido é imprudente muchacho no se acordó mas del trompo, que permaneció en la bodega, hasta que hubo desaparecido el *ácido carbónico*.

14.— La recompensa.—Revelación del viticultor.—Por qué se hizo músico sin afición.—Danzas que animan y que adormecen á los pisadores.—Lo que dice y contesta don Cornelio.

El posadero, ébrio de alegría, abrazó á Juan y, presentándole 25 \$ fuertes, dijo:—¡Aquí tienes esta gratificación por tu heroicidad y noble acción!.

—Muchas gracias, repuso Juan, mas no puedo aceptar ni un peso por el cumplimiento de mi deber; eso me avergonzaría á mí; así todo cuanto Vd. insista será inútil.

—Bien, querido, interrumpió el hostelero, pues en cualquier caso, pedíme tú ó tu hermanito lo que queráis.

El malicioso Pepito que, picado de curiosidad, quería saber por qué tocaba tanto la guitarra á sus obreros, aprovechó este ofrecimiento.

Perfectamente, dijo él, así nos creeremos bien pagados, si Vd. nos dice por qué ha tomado tanta afición á la música de su guitarra.

—¡Oh, niños! exclamó el posadero, la verdad de esto, no la he dicho á nadie, ni aun casi á mi mujer.... pues esto sería el calificar me yo mismo de egoísta y explotador de unos pobres trabajadores, que sudan pez coca.

Mas la voy á decir á vosotros, porque habéis salvado á mi hijo, sois aves de paco y os considero tan discretos.... como habéis sido nobles....

—Reservados siempre, interrumpió Juan, así pierda Vd. todo cuidado.

—Eso es, apoyó Pepito, lo que Vd. nos diga no lo sabrá nadie, como si cayese á insondable pozo ó hablase á la pared que no tiene orejas ni lengua.

—Así me lo figuro y por eso voy á comunicároslo, interrumpió el viticultor, y continuó:—Yo no he sido jamás aficionado al divino arte musical, ni ménos puedo serlo ahora que soy viejo y me voy del mundo; la necesidad de mi utilidad me ha obligado á ser discípulo de *Apolo* sin tener afición.

Cuando yo no tocaba la guitarra por no saber, á medio día mis obreros se desanimaban y me hacían poco trabajo y por la tarde ménos, por estar muy fatigados de tanto danzar todo el día.

Al ver esto, yo que no soy un bestia me dije:—«¡Oh, lá, lá! es menester que yo aprenda á tocar la guitarra, como un verdadero artista, para animar á mis danzantes pisadores, sino van á echarme á la limosna.»

Busqué un profesor especial y me enseñó tan bien que, en pocas semanas, llegué á rascar la guitarra mejor que mi maestro; pues me convertí en un divo ó especialidad del divino arte.

«¡Bravo me dije yo, tengo lo que me conviene y levantará mi casa.»

Así, cuando veo que se fatigan mis danzantes, les toco cuatro boleros, fandangos y jotas, y ellos se animan al son de mis filarmónicos acordes, y me hacen mucho mas trabajo, quo es lo que yo quiero.

—¡Por qué no les toca V. polcas, redovas y habaneras, interrumpió Juan sonriéndose, mientras Pepito no podía impedir su risa.

—¡Toma! exclamó él; tú crees que yo soy tan imbécil como eso?

Las milongas, americanas y habaneras, etc. estan compuestas en aires muy moderatos, como dicen en italiano los grandes genios del arte; así esas danzas, lejos de animar á mis bailarines, los adormecerían.

—Mas Vd. debe saber ejecutar esas danzas, interrumpió Pepito.

—¡Oh, niño, tu no lo entiendes! repuso el viticultor ¿para que quiero yo saber esas danzas cuando su ejecución me arruinaría? así no he querido romper mi cabeza en aprenderlas, y continuó:

—Con mis vivos aires, paso horas muertas tocándoles la guitarra; y, al verme así las gentes y sobre todo mis danzantes, me califican, segun dicen, de viejo chocho, papa-moscas que me he bebido el juicio y estoy loco.

—¡Por qué le califican á Vd así? interrumpió Juan.

—¡Que quieres! contestó él, ¡ahí tienes lo que son las gentes, despues que uno les hace música y los divierte le pagan con coces y apodos denigrantes!

—En efecto, apoyó Pepito, son muy ingratos; lejos de eso, se lo debían agradecer á Vd. eternamente.

—Es verdad, niño, interrumpió el posadero; mas, no me importa ni un pito; cuantos más feos apodos me inventen más

bonitos aires les tocaré; los chochos, papa-natas y locos son ellos, que no me comprenden por qué lo hago.

Algunos me dicen en broma: «Don Cornelio, no toque Vd. tanto la guitarra, porque agarrará esa mania y se volverá loco.»

«¡Loco? digo yo, ¡Oh, sonso, esto despierta más mi juicio.»

Otros, me dicen: «Señor Cucufate, cuando Vd. muera, yo le haré música y le colocaré en su tumba una guitarra, para que se divierta en el otro mundo eternamente.»

«¿Morirme yo? les digo; calla bobo, esto me rejuvenece y, áun puede ser tenga yo la dicha de hacerte á tí esa fúnebre música.

¡Pucha! cierro mis orejas á cuantos dicharachos me dicen y me digo: «¡Dame pan y llámame tonto!» Yo rascaré siempre mi guitarra que es lo que me conviene; mientras ellos revientan de trabajar, yo alegre mis orejas con mis filarmónicas notas; y lo que es mejor que eso, me hacen mucha más labor y yo engordo más enriqueciéndome, mientras tanto, ellos son siempre pobres y, á fuerza de danzar, quedan tísicos como don Quijote de la Mancha.

Vamos, vamos, interrumpió Juan, riéndose, veo que Vd. lo entiende bien.

—En efecto, apoyó Pepito soltando la carcajada, comprende bien el mundo.

—Oh, lá lá! exclamó el posadero ¡Entonces ¿de qué debían de servirme mis 60 años de vida, y de ellos 45 de viticultor y 40 de músico?

¡A mi edad y con tanta práctica es menester que un hombre sea demasiado asno para no comprender el mundo!

15.—La generosidad de don Cornelio.—Carta de recomendación que da á los niños para ver una fundición. Partida, llegada y buen recibimiento en la fundición.

Al amanecer el siguiente dia, Juan se dispuso á pagar el gasto, mas el posadero se opuso á cobrarlo, diciendo:—Eso jamás; basta vuestra noble acción para que podáis estar cuanto queráis sin costaros nada.

—Muchas gracias y así lo suponemos, interrumpió Pepito, y además estaríamos muy divertidos con su armónica música guitarrera...

—Eso mismo, apoyó el posadero, y también la tendríais gratuitamente, como mis saltarelos pisadores.

—Bien, bien, exclamó Juan, puesto que V. no quiere recibir lo que vale nuestro gasto, me retiro la plata.

—Justamente, repuso el posadero, y además pedidme lo que queráis.

—Una sola cosa deseo de V., si puede servirnos, dijo Juan.

—Tú dirás, interrumpió amablemente el posadero.

—Pues bien, continuó Juan, en vista de que hay una fundición y mina en Capillitas, por donde pasaremos, suplico á V. me facilite, si puede, una recomendación, para que nos enseñen eso.

—No os puedo servir en otra cosa mejor, contestó don Cornelio, precisamente el principal capataz ó encargado es amigo mio, á quien le sirvo mis mejores vinos.

—¡Oh, que bien! interrumpió Pepito, dando un saltito de alegría ¡vamos á ver una fundición!

Don Cornelio escribió la carta en la que suplicaba á su amigo les exhibiese bien todo, y les diese buen hospedaje.

Una vez cerrada en un sobre, escribió la dirección y la entregó á Juan, diciendo:—No tenéis mas que presentaros y darla á esta persona: don Manuel Pozas quien os recibirá muy bien.

—Muchísimas gracias, dijeron los niños, y entonces se despidieron.

Don Cornelio los abrazo y ellos montaron; entonces él añadió:

—Que llevéis buen viaje, queridos, pues yo siempre me acordaré de vosotros como de unos bienhechores, que habéis salvado á mi hijo.

—Gracias, y que V. lo pase bien, repuso Juan, nosotros tambien nos acordaremos por su buena y espléndida hospitalidad.

—Eso mismo, apoyó Pepito sonriéndose, y por lo mucho que nos ha divertido con los armoniosos acordes de su famosa guitarra.

Así, partieron, pasaron por el pueblecito de *San José*, siguieron la via telegráfica, y fueron á dormir á una casa de negocio.

Al siguiente dia, continuaron por el citado camino y llegaron temprano á la fundición y mina de *Capillitas*, en el departamento del *Fuerte de Andalgala*.

Una vez allí, preguntaron por el señor Pozas que, al presentarse, fué saludado por los niños, quienes le entregaron la carta.

Despues que la hubo leído:—Perfectamente, dijo él, quedaréis bien servidos en todo cuanto me suplica mi amigo Cucufate, quien me sirve los mejores vinos de Catamarca, que yo estimo tanto.

Entonces los niños entraron sus equipos y despues el caballo Independiente que fué bien alojado en una caballeriza, á donde le llevaron una gran ración de maiz, que les dió el capataz señor Pozas.

—Bueno, dijo él, ahora vosotros merendad este pan y queso, con un traguito de vino que beberéis del que me sirve don Cornelio.

Comida la merienda, tomaron su copita y Pepito exclamó:

—¡Oh, es un vino exquisito este de la Provincia de Catamarca!

—En efecto, apoyó Juan, es un nectar viejo, muy clarificado, pues, cuanto más tiempo tiene tanto más se purifica y adquiere más fuerza y precio.

—Eso es, interrumpió el capataz llegando, como éste que tiene dos años.

—Y que está fabricado al son de los acordes de la famosa guitarra del viticultor don Cornelio, añadió Pepito con gracia.

—¡Cáspita! exclamó el capataz sonriéndose; así, vosotros habéis tenido el gusto de contemplar el prurito guitarresco del señor Cucufate.

—Justamente, afirmó Juan, además nos reveló la idea egoísta que le condujo á convertirse en músico sin afición, y á contraer la manía por su querida guitarra y música ratonera.

—Ciertamente, apoyó el capaz, el buen Cucufate piensa que nadie comprende sus miras egoístas, y la monomanía por su guitarra y música cencerril; pero, todo el mundo lo sabe; se chinguean y se rien de sus macanazos ó pavadas, considerándolo un idiota usurero.

16.—El grande horno.—Fusión del mineral férreo.—Cómo se separan sus impurezas.—Arroyito de hierro.—Por qué se rompen los objetos de hierro colado.

Después continuó:—Bueno, puesto que habéis calentado un poco el interior de vuestro cuerpo, venid y calentaréis ahora el exterior.

Los niños siguieron, y fueron conducidos ante el grande horno.

—¡Oh, oh! exclamó Pepito maravillado ¡parece esto un fuego de infierno!

—En efecto, niño, apoyó el capataz, es el fuego infernal más intenso de las industrias, con que los hombres luchamos y padecemos.

—Tiene V. razón, don Manuel apoyó Juan, puesto que una vez encendido el fuego continúa día y noche, hasta que casi se funden también los muros.

—Mas ¿qué es lo que se cuece en este ardiente brasero? interrogó Pepito.

—¡Oh, niño! contestó el capataz riéndose, en este alto horno no se cuecen legumbres, sino el mineral férreo, y piedras que se derriten y convierten en líquido.

—¡Convertirse en líquido el mineral! exclamó Pepito ¿cómo se hace eso que yo no acierto á comprender?

—Pues sencillamente, repuso el capataz, por la abertura superior del horno, echamos una gran cantidad de carbón mineral ó vegetal que encendemos; despues, lanzamos sobre este fuego el mineral que deseamos derretir; y así sucesivamente arrojamos capa sobre capa hasta que el grande horno queda perfectamente lleno.

Para animar el fuego, hay este fuelle que sopla su gran corriente de aire, entre las citadas capas de combustible y mineral.

Cuando el hierro es sacado de la tierra contiene piedras, tierra y otras impurezas y, para obtener el hierro, lo fundimos todo.

—Mas ¿cómo se separa el hierro de las impurezas? preguntó Pepito.

—Pues bien, interrumpió el capataz, este tórrido calor convierte en un líquido el hierro y las piedras, como te he dicho; pero el hierro, que es más pesado, se separa de las piedras y cae en un recipiente, que se halla en el fondo del horno.

Dentro de poco vais á ver cómo sale el hierro por este orificio ó agujero del fondo, cual un espeso líquido deslumbrador.

—¡Oh! exclamó Pepito, eso será bien maravilloso, el ver el hierro correr como el agua!

—En efecto, apoyó Juan, eso es una cosa muy admirable.

Mientras tanto, el capataz se habia separado para dar órdenes y, al instante, se presentó con unos obreros, y abrieron el orificio del fondo del horno.

—¡Mira, mira! exclamó Juan, ahí tienes el hierro fundido, que cae y corre por esas regueras ó canales del suelo.

—¡Oh! interrumpió Pepito dando una palmada de admiración. ¡Parece uu arroyito de hierro candente que corre! ¡A no verlo, diria que era imposible que el hierro se convirtiese en pasta flúida!

—¡Ah! interrumpió el capataz, ten presente, niño, que eso no es hierro puro, sino carbonoso, es decir, que contiene algo de carbón; este es el llamado hierro colado ó fundido, con que se fabrican columnas, estufas, marmitas, ollas, etc.

—¡Oh, y que se hacen pedazos si reciben un gran golpe ó caen por tierra! interrumpió Juan.

—Yo sabia tambien eso, añadió Pepito, aunque no he roto ninguna olla.

—Es verdad, apoyó el capataz, ese es precisamente el gran defecto del hierro colado; se rompe muy fácilmente y no tiene la solidez ni maleabilidad del hierro puro.

17.—Modo de fabricar objetos de hierro fundido.—Fabricación del hierro puro.—Los obreros armados. El martillo mazo.—Su maniobra.—Su potencia y granizada de chispas.

Después, llevándolos al taller de fundición, continuó:—Este hierro colado, una vez enfriado, se somete á otra fusión en un pequeño horno, donde se purifica y se pone mas fluido y útil para llenar los huecos de los moldes que vais á ver.

Llegados ya, Pepito exclamó:—¡Oh! ¿qué hacen esos obreros?

—Pues fabrican objetos, repuso el capataz; para ello no tienen mas que llenar de metal ese gran vaso, que puede contener millares de kilos.

Suspendido por la gruesa cadena á esa cabria, un obrero la hace girar á voluntad; dos más inclinan el gran vaso, por medio de esas barras horizontales en forma de una T.

El metal cae y se introduce por la abertura del molde, que se llena y queda construido el objeto al estar el metal frío.

De un modo parecido, pero con distinta mezcla ó *aleación*, se funden los cañones, campanas y estatuas de bronce, etc.

—Mas ¿cómo se fabrica el hierro puro? preguntó Pepito.

—Para eso se hacen otros trabajos, continuó el capataz; así este metal se derrite en otro horno, el carbón se quema y aparecen las impurezas sobrenadando y el hierro puro queda sólido para poderlo sacar en forma de una masa ó bola.

En este estado le quedan algunos huecos que contienen escorias; pero éstas desaparecen martillándolo con la máquina, llamada martinete, movida á vapor.

Cuando la masa es grande, el hierro se martilla de un modo muy ingenioso; venid conmigo y veréis.

Los niños siguieron y entraron en el taller, donde se hallaba el gran *martillo mazo*, que los obreros hacían funcionar.

Los niños se sorprendieron al ver que, varios trabajadores, tenían la cara cubierta con un antifaz de enrejado metálico, los pechos y brazos protegidos por una especie de coraza de tela; y con grandes botas hasta las rodillas.

—¡Caramba! exclamó Juan. ¡Los obreros están armados como para un torneo ó lucha!

—En efecto, apoyó el capataz, es una temible lucha la que sostienen estos bravos operarios contra la salpicadura de fuego y chispas infernales, que se extienden por todos lados.

—¡Oh! interrumpió Pepito; se diría que estamos contemplando á los agricultores de la provincia de Santiago del Estero, donde tambien se ponen careta, como las máscaras, para luchar contra las abejas, y agarrarles su rica y dulce miel.

—En efecto, apoyó Juan, no pueden ser menos temidas las chispas que deben saltar de ahí, que las picaduras de las abejas.

—Naturalmente, añadió el capataz, sinó llevasen esas caretas y demás, el fuego les abrasaría el cuerpo y la cara.

Este martillo mazo se usa para las grandes piezas de máquinas, puentes, etc., en las que el mallo manejado á brazo no puede hacer nada.

Esta máquina, movida á vapor, puede dar de 200 á 500 terribles golpes por minuto.

18.—El milagro del martillo mazo.—Cinzel, laminadores y cepillos.—Cómo se fabrica el acero del mismo hierro.—El temple, sus cualidades y utilidad.

Mientras tanto, los obreros retiraban del horno, con sus grandes tenazas, las masas de hierro rojo, que colocaban en un carrito.

Una vez lleno, lo llevaron junto al martillo mazo, para forjarlo.

—Ahora vais á ver, niños, como funciona esta maravilla de la industria, dijo el capataz; este martillo pesa de 3000 á 4000 kilos; figuraos la violencia de sus golpes.

Entónces, el martillo se levantó, un obrero colocó, sobre el yunque, una masa de hierro candente é hizo un signo.

La gran maza férrea descendió de repente y aplastó la bola de hierro, arrojando en todas direcciones una granizada de relumbradoras chispas.

Los niños horrorizados, no obstante de hallarse bastante lejos, cerraron sus ojos, por temor de ser cegados.

—¡Cáspita! exclamó Pepito; se me ha figurado el fagonazo que nos lanzó, con su tiro, el borracho Napolitano, junto al boliche del camino de *Gualeguaychú!*

—En efecto, apoyó Juan riéndose, no hay para ménos.

—Ahí, tenéis, niños, el terrible golpe de este martillo, dijo el capataz; pero, lo mas admirable es la precisión y suavidad con que pega sus golpes: esta enorme maza metálica que acaba de abollar la gran bola de hierro, puede tambien romper la cáscara de un huevo duro, casi sin tocarlo.

—¿Es eso posible? exclamó Pepito muy admirado.

—Sí, amiguitos, repuso el capataz y, puesto que paran ahora

á merendar, lo vais á ver; y, dirigiéndose á un trabajador, añadió:

—Haz el favor, Pedro, de los huevos que vas á merendar.

El capataz recibió un par de huevos duros que colocó sobre el yunque, y habló al que hacía maniobrar al martillo.

El martillo se levantó, mientras que los niños pensaban que los huevos iban á deshacerse y desaparecer como el vapor; pero, descendió suavemente hasta llegar á rozar los huevos, cuyas cáscaras quebró ligeramente.

—¡Ah! exclamó Pepito admirado ¡eso parece un milagro!

—Además, niños, continuó el capataz, en la fundición se hacen otros trabajos con maravillosas máquinas: existe el cincel mecánico que aquí veis, y sirve para cortar el hierro; los laminadores que son unos cilindros por los que se hace pasar el hierro, albo por su candescendencia, y lo convierte en láminas y fajas largas; etc; y en fin los cepillos que, movidos á vapor, alisan las planchas de hierro, arriancándoles virutas metálicas, como si fuesen tablas de madera.

—¿No se hace el acero del hierro? preguntó Pepito.

—Si, dijo el capataz, para obtener el acero, se quita al hierro colado cierta cantidad de carbón ó se añade al puro, haciéndoselo absorber en una caja.

Para hacerlo duro, como el de una lima, cuchillo, etc., se le da el temple, operación que consiste en sumergir el acero candente en agua ó sebo.

Ese frio repentino lo pone duro, quebradizo, y útil para ser pulido, y además es más fuerte que el hierro.

—Ya sé, ya, repuso Pepito; pues, por eso son de acero las limas, sierras, las flexibles hojas de espadas y de los instrumentos cortantes.

—Si, repuso el capataz, mas la mayor parte de los cuchillos y demás solo tienen el filo de acero; lo restante suele ser de hierro, por ser este metal más barato.

19.—Utilidad del hierro.—Lo que maravillaba á Pepito.—Despedida.—La llama y su utilidad.—Fundación de Catamarca.—Sus industrias.—El ferro-carril proyectado.

En esto, los niños seguían al capataz que daba sus órdenes para el relevo de los obreros, que habian de trabajar durante la noche.

—Juan, admirado de cuanto habia visto, exclamó:—¡Oh, cuán maravilloso es todo esto por los servicios que presta á las industrias!

— En efecto, apoyó el capataz; pues si se suprimiese la fundición del hierro y acero, morirían en pocos años todas las industrias; de estos dos metales se construyen todas las máquinas del mundo; así son muchísimo más útiles que el oro y la plata.

— Si, repuso Juan, mas ¡oh cuantas fatigas cuesta todo esto! ¡qué trabajos para conseguir un trozo de hierro.

— Es verdad, añadió Pepito, á mí me maravilla el recordar que la hojita de mi navaja ha sido sacada de la tierra, fundada en estos hornos, y despues martillada y fabricada con los trabajos y penas de muchos obreros.

Entonces, se retiraron con el capataz á su domicilio y, despues de haber cenado, se acostaron muy satisfechos de cuanto habían visto.

Al amanecer, dieron las gracias al capataz por su bondad y porque no les cobró nada del hospedaje, y partieron.

Pasaron por *Choyo* y fueron á dormir en el *Fuerte de Andalgalá*, capital de este departamento; al otro dia, cruzaron *Pilciano Carizalillo*, atravesaron las salinas de *Pipanaco*, y pararon en este pueblo.

A la siguiente jornada, atravesaron *Golpes*, *Pisipanaco*, *San Gil* y anochecieron en *Rincos*; despues pasaron por *Apoyaco*, *Sijan* y durmieron en *Román*, capital de este departamento.

De aquí, en lugar de continuar hácia el Sud, partieron hácia el Este al objeto de ver la ciudad de *Catamarca* y continuar desde aquí por la vía telegráfica hasta la Rioja.

Así, caminaron por la sierra, donde Pepito se sorprendió al ver correr un animal:—¿Qué animalito es ese? preguntó él.

— Una llama, contestó Juan, es del género camello y del tamaño de un ciervo; sus dedos se hallan separados; tiene el lomo liso y el pelo áspero y castaño.

En algunas partes de América, la domestican, porque puede servir como el ganado mular, caballar ó vacuno.

— ¡Oh! exclamó Pepito, es un animal útil.

Al llegar á *Catamarca*, se hospedaron, dieron su pienso al caballo y despues de cenar se acostaron.

Al amanecer, se levantaron y salieron á ver la ciudad cuyos edificios públicos les agradaron por su obra arquitectónica.

— Veamos, Pepito, dijo su hermano ¿quien fundó *Catamarca*?

— ¡Diantre! contestó Pepito, la ciudad de *Catamarca* fué fundada por *don Fernando de Mendoza Mate de Luna* en 1680; tiene 12.000 almas.

— Es verdad, apoyó Juan, mas éste la trasladó al lugar que hoy ocupa, sobre el arroyo de Tala, y le puso por nombre *San*

Fernando de Catamarca. En 1555, se fundó en otro lugar, por don Juan Pérez de Zurita.

En fin, en 1686 la fundaron definitivamente sobre las orillas del arroyo de Tala, por haber sido destruida por las inundaciones.

—¡Oh! exclamó Pepito, yo no sabía todo eso, y me alegro bien de habértelo oído, pues lo recordaré siempre.

Después, contemplaron algunos establecimientos industriales, y Pepito preguntó:—¿Qué industrias hay en la provincia de Catamarca?

—Pues hay varias, contestó Juan, y las principales son sus telares mecánicos, como los de Santiago del Estero, y además fábricas de vinos y aguardientes.

Se esporta estos artículos y, en fin, los de la minería, agricultura, y además ganado vacuno, caballar y mular en pie á Chile y Bolivia.

Dicho esto, se dirigieron al hospedaje, dieron un pienso al Independiente y, mientras él comía, ellos se pusieron también á restaurar sus fuerzas, para continuar la marcha.

Una vez que el caballo y ellos hubieron estado satisfechos, pagaron el gasto, montaron y partieron siguiendo la marcha por el camino, á lo largo de la vía telegráfica, que se extiende hasta la ciudad de La Rioja.

Pasaron por el pueblecito de *Bonete* y después por las importantes villas *Miraflores*, *Villa Prima*, capital del departamento de *Capallán* y, en fin, llegaron á esta última población donde anochecieron.

Al amanecer, partieron y, al llegar á la villa de *Chumbicha*, Pepito dijo:—Por aquí hay un ferrocarril proyectado ¿no es así?

—Sí, contestó Juan, un ramal que empalmará en el *Central del Norte*, cerca de la villa de *Recreo*, y llegará á *Chumbicha*: de aquí partirá hácia Nor-Este y Sud-Oeste, hasta llegar á Catamarca y La Rioja (1)

(1.) hoy día se halla esta vía en explotación, poniendo en comunicación á Catamarca y La Rioja con las provincias del interior.

CAPÍTULO IV

PROVINCIA DE LA RIOJA

20.—Producciones de la provincia de La Rioja.—Naturaleza física de sus montañas.—Extensión.—Habitantes.—Clima.

Después los niños salieron de la provincia de Catamarca y Juan dijo: — Ya estamos, Pepito en la provincia de la Rioja.

—Bien, repuso el niño ¿no descansaremos luego?

—Sí, contestó Juan, tan pronto como hallemos un hospedaje.

Así, al encontrar una casa de negocio, ellos pararon para pasar la noche. Al amanecer continuaron la marcha, y, al observar por todo el camino inmensos alfalfares, Pepito exclamó:

— ¡Diantre! ¡parece que esta provincia es muy rica en alfalfares!

— Sí, apoyó Juan, las provincias de la Rioja y San Juan, son especiales para este producto, que les procura algunos millones de pesos al año (moneda antigua.)

—¿Qué otras producciones hay? preguntó Pepito.

—Las de la zona templada contestó Juan, así se cultiva el maíz, trigo, vid, cochinilla, etc.

Sus bosques contienen algarrobos, quebrachos, nogales, acacias, etc. y en fin, árboles gomosos y resinosos como el pino que produce mucha brea.

Esta provincia es además muy rica en plantas medicinales, pues tiene tantas como la de Corrientes; por esta razón, se llaman á estos dos territorios las boticas de la República Argentina.

—¿Hay también ganadería? preguntó Pepito

— Sí, contestó Juan, sobre un millón escaso de animales vacunos, cabalares y lanares.

—¿Cuál es la naturaleza física de las tierras de la provincia de La Rioja? preguntó Pepito.

Variada, contestó Juan, la sierra de los *Llanos* contiene la formación granítica, gneis, cuarzo; al Sud y Noroeste hay piedras areniscas réticas y la formación granítica, gneis cuarzo; Al Oeste de la ciudad de La Rioja hay granito y, al Sud de esta misma capital, piedras areniscas réticas.

En fin, hay mucha riqueza minera en esta provincia; pues solamente la sierra de *Famatina* encierra una zona metálica de unas 70 leguas cuadradas.

—Así, deben explotarse también minas ¿no es verdad? interrogó Pepito.

—¡Oh, sí, muchas; contestó Juan; al fin, sus montañas contienen oro, plata, plomo, etc. y además se halla yeso, sosa ó sada, sal, etc.

—¡Ah, ah! exclamó Pepito, pues también es bien rica la provincia de La Rioja; y ¿cuál es su extensión preguntó él.

—¡Toma! contestó Juan, pues la provincia de La Rioja tiene una extensión de 34.700 kilómetros cuadrados.

—¿Qué número de almas tiene? demandó Pepito.

—Pues cuenta sobre 87.000 habitantes contestó Juan.

—Y ¿cuál es su clima? interrogó Pepito.

—Su temperatura es cálida al pié de las sierras y templada en los valles, y nunca hiela en los llanos donde es muy cálida en verano, dijo Juan; en el estío ó verano no excede de unos 43° y en invierno, no desciende de 0° C.

21.—Fundación de la ciudad de La Rioja. —Industrias de esta provincia.—Trágico fin del Atila Argentino, de su escolta y de los ejecutores inmediatos.

Al día siguiente, partieron de Salado, atravesaron el río de este nombre, siguieron la vía telegráfica y llegaron á la ciudad de La Rioja, donde se hospedaron en una posada económica.

Después que hubieron cenado, echaron su gran ración de maíz al Independiente, y se acostaron para madrugar al día siguiente.

Al amanecer, se arreglaron y salieron á dar un paseo por la ciudad que les gustó mucho.

—Veamos, preguntó Juan ¿quién fundó La Rioja?

—¡Cáspita! exclamó Pepito, la ciudad de La Rioja fué fundada por don *Juan Ramirez de Velasco* el 1° de Noviembre de 1591.

—Perfectamente, apoyó Juan, la fundó en el país de los

Diaguitas; dándole por nombre *Ciudad de Todos los Santos de la Nueva Rioja*, en atención á que fué puesta su primera piedra en esta festividad; tiene 8.000 almas.

Despues, como contemplaron algunos buenos establecimientos, Pepito preguntó:—¿Qué industrias hay en esta provincia de La Rioja?

—Hay varias fábricas de vinos y aguardientes que se exportan, dijo Juan, y además los productos de la ganadería, minería; tejidos, frutas, etc.; y, en fin, hasta ganado en pié á Chile.

Dicho esto, se dirigieron al hospedaje y, una vez que hubieron restaurado sus fuerzas, así como tambien el Independiente, partieron, siguiendo siempre la línea telegráfica.

Pasaron por *Talamuyuna Ampiza* y llegaron á *Tudeun* donde pasaron la noche. Al siguiente día continuaron, y Juan dijo:

—Frente á nosotros, hácia el Este, están los llanos y salinas de La Rioja, en el departamento *Independencia*,

—Sí, sí, ya sé, exclamó Pepito, precisamente recuerdo que el bárbaro caudillo, Facundo Quiroga, era hijo de estos llanos y, cual un salvaje, llegó hasta abofetear á su mismo maestro.

—Es verdad, apoyó Juan, Quiroga fué el Atila Argentino, que llevaba la desolación y la muerte en los cascos de su caballo; así La Madrid, Paz y Castillo se han batido con él en sérios combates; mas, si no pudieron destruirlo, llevó el trágico fin que voy á contarte.

El fué encargado por Rosas para conciliar á Latorre y Heredia que habian luchado en *Castañares*; así, partió de Buenos Aires el 1º Diciembre de 1834; Rosas y Quiroga se tenían desconfianza uno á otro; pues aquel deseaba librarse de éste, y éste intentaba formar una liga en el interior para destruir á aquel.

El gobernador de Córdoba, Manuel V. Reinafé, y su hermano Francisco, odiaban de muerte á Quiroga: esto hizo sospechar que López de Santa Fé y Rosas de Buenos Aires, combinaran el plan de asesinarlo.

A su regreso de Tucumán, le avisaron que una partida de Santos Pérez le esperaba para darle muerte.

El despreció el aviso y hasta llegó á suponer que, léjos de eso, la misma partida lo escoltaria.

Mas, el 16 de Febrero de 1835, al llegar á *Barranca Yaco*, fué atacado por la partida que acribilló á balazos su galera.

La descarga mató á Quiroga, al doctor Santos Ortiz, á 9 individuos de escolta y á un muchacho postillón; solo pudo salvarse, por la fuga, el asistente de Quiroga, llamado Santos Funes.

El 25 Octubre de 1837, fueron fusilados en la plaza de la Victoria de Buenos Aires los hermanos Reinafé y José Santos Pérez, como asesinos de Quiroga; pero, las gentes sospecharon que, si estos fueron los ejecutores inmediatos, Rosas ordenó el crimen.

—¡Cáspita! exclamó Pepito. ¡Recibió muy mala escolta Quiroga!

—En efecto, apoyó Juan, lo escoltaron para el otro mundo. ¡Quien á hierro mata á hierro muere! mas, desdichadamente lo pagaron once justos por un solo pecador perverso y cruel, llamado por sobrenombre *El Tigre de los Llanos*.

22.—Modo de recoger la resina.—Utilidad del pino.—Los baratos trompos de Pepito.—El Anta.—La planta tamarindo.—De qué se hace este refresco.

Despues de un momento de pausa, Pepito dió un suspiro y exclamó:—¡Dios haya acogido en la gloria las almas de esas once pobres victimas; pues, á decir verdad, fueron bien injusta é inhumanamente asesinados!

Así hablando, rodeaban el extremo Sur de la Sierra *Abra de San Cristobal* y, al divisar á larga distancia unos hombres, que trabajaban sobre los troncos de unos pinos, Pepito exclamó:

—¡Qué hacen aquellos hombres sobre los troncos de los pinos?

—¡Cáspita! repuso Juan, pues hacen incisiones ó cortes sobre el pino, para extraerle por ahí la resina.

Una vez hecho el corte, le colocan un pote donde va cayendo la resina gota á gota, á medida que el pino la suda; y, al cabo de algunos dias, se llena y la recogen.

—¡Qué es la resina y para qué sirve? preguntó Pepito.

La resina es una materia untuosa, viscosa, inflamable y sirve para muchísimos usos y sobre todo en las artes, contestó Juan.

El pino es muy útil, pues crece sobre las tierras pobres; además fertiliza el terreno y purifica mucho la atmósfera; por eso la higiene recomienda mucho su cultivo.

—¡Oh! interrumpió Pepito, pues es muy útil el pino, y de muy hermosa figura; á mí me agrada porque, más de cuatro veces, me he divertido con sus piñas que, además de procurarme sus piñones, me han servido de trompos, cuando no he tenido plata para comprar otros.

—Es verdad, apoyó Juan, los niños pobres debemos quererlo mucho, porque nos facilita por nada un juguete para nues-

tros recreos y, sobre todo, nosotros que no tenemos papás que nos los compren.

Así hablando pasaron por *Mogotes* y llegaron á *Colorados* donde pasaron la noche. Al amanecer partieron y, como rodeaban el extremo Sud de la Sierra de Vilgo, vieron saltar un animal, y Pepito exclamó:—¡Oh! ¡qué animalito es ese?

—¡Toma! repuso Juan es un anta de las muchas que hay en esta provincia, así como también guanacos y vicuñas.

—¡Oh, se diría que es un ciervo! repuso Pepito.

—En efecto, afirmó Juan, es una especie de ciervo mayor que el común; se diferencia únicamente de él, en que sus cuernos, desde el mismo nacimiento, se hallan divididos como los dedos de una mano.

En arquitectura, los griegos, llamaban anta á una pilastra, que ponían en los ángulos de las fachadas de un género de templos.

—¡Ah, ah! exclamó Pepito, yo no sabía que los antiguos griegos llamasen antas á las pilastras de algunos de sus templos, y tengo gusto de habértelo oído, porque es bueno conocer de cada cosa un poco.

—Es verdad, apoyó Juan, y en nuestra profesión debemos ser cada uno una especialidad, para ganar bien nuestra vida, y poder resistir en las luchas industriales.

Momentos despues, atravesaron el río *Pagansa* y, al ver unas bellas plantas, Pepito exclamó:—¡Qué plantas son esas?

—Pues los tamarindos, dijo Juan, pertenecen á la familia de las leguminosas, son dicotiledóneas y de flores completas, polipétalas y regulares.

Este género comprende un árbol de las Indias, naturalizado en América.

Es muy notable por sus hermosas flores encarnadas y odoríferas, reunidas en racimos.

También se llama tamarindo á la fruta del mismo árbol: ésta forma una vaina prolongada, de color rojizo parduzco; y contiene una pulpa ácida y refrescante, en medio de la que se halla la simiente.

—¡Oh! interrumpió Pepito ¡pues de esa pulpa deben extraer la sustancia, con la que fabrican la refrescante bebida, llamada también tamarindo!

—Eso mismo, repuso Juan, con ese ácido se fabrica el tamarindo.

—¡Oh! pues yo aprecio bien este arbolillo, porque me agrada mucho el refresco llamado así.

—Yo también añadió Juan, pues es una bebida que, léjos de perjudicar, como las alcohólicas, hace bien refrescando la sangre.

Después, llegaron al pueblecito *Aguardo* donde pararon para pasar la noche, hospedándose en una fonda económica.

Una vez que hubieron dejado el *Independiente* en la caballeriza, entraron al comedor y como tenían que esperar para cenar, Juan dijo:

—Saca, Pepito, tu librito y lee algo sobre los grandes hombres de la Patria; así, pasaremos el tiempo mejor, mientras nos disponen la cena.

—Al momento, repuso el niño, y además nos instruiremos sobre las cosas y los hombres notables de nuestra amada Patria.

23.—Patriotas notables en la Literatura (I). —Patriotas insignes en Leyes (II).—Varios patriotas distinguidos en la Guerra de la Independencia (III). —Otros esclarecidos Patriotas (IV.)

Así que Pepito tuvo su tomo entre sus manos, principió á leer lo siguiente:

«Amados niños, además de los prohombres citados en varias historietas de este librito, han existido otros que han honrado á la Patria con su literatura, su sabiduría y su abnegación.

Así vamos á daros una ligera idea de estos notables Patriotas en esta lectura que dividimos en cuatro partes: Patriotas notables en la *Literatura*. Patriotas insignes en *Leyes*.—Varios Patriotas *distinguidos en la Guerra de la Independencia*. Y otros *esclarecidos Patriotas*.

I.—Patriotas notables en la Literatura

Los patriotas notables en la literatura argentina son los siguientes;

D. José Mármol notable poeta, natural de Buenos Aires.

D. Esteban Echeverría, moralista y poeta, nativo de id.

D. Gregorio Funes, insigne historiador, id » id.

D. Juan Bautista Alberdi, ilustre publicista, nativo de Tucumán.

D. Marcos Avellaneda, literato, militar y mártir de la guerra civil, natural de Catamarca.

D. Juan Crisóstomo Lafnur, poeta, publicista, jurisconsulto y militar, natural de San Luis.

D. Eduardo Gutierrez, notable escritor, natural de Buenos Aires.

El ilustre don Eduardo Gutierrez ha escrito obras dramáticas, históricas y novelescas; hé aquí los nombres de ellas:

Juan Moreira	Santos Vega	La Mazorca	El Jorobado
Pastor Luna	Juan Sin Patria	Los Montoneros	El Chaco
Juan Cuello	Dominga Rivadavia	El Tigre del Quequen	La Muerte de B. Aires
Carlo Lanza	Juan M. de Rosas	Hormiga Negra	Los Grandes Ladrones
Antonio Larrea	El Puñal del Tirano	La Gavilla Infernal	Los Hnos. Barrientos

Al terminar, Pepito exclamó:—¡Oh! amo bien esos ilustres patriotas y sobre todo á don Eduardo Gutierrez, porque él solo ha escrito un gran número de libros.

— En efecto, apoyó Juan, debemos recordar sus nombres con veneración porque, al fin, han enriquecido la literatura argentina con sus notables obras, honrando así á la querida patria; además el ilustre Gutierrez ha escrito otra obra que no cita ese librito y se titula *Ignacio Monges*.

Bien, voy á continuar, interrumpió Pepito, y principió á leer esto:

II.—Patriotas insignes en Leyes

«Los patriotas insignes en las leyes son los siguientes:

D. Valentin Alsina, célebre jurisconsulto de Buenos Aires.

D. Francisco Seguí) notables id » Santa Fé.

D. Manuel Leiva)

D. Juan Pujol, insigne id » Corrientes.

D. Dalmacio Velez Sarsfield, célebre legista nativo de Córdoba.

D. Santiago Derqui, notable jurisconsulto nativo de Córdoba y Presidente de la República en 1860, estando el Gobierno Nacional en la ciudad de Paraná.

D. Benjamín Gorostiaga) notables jurisconsultos de S. del E.

D. id Lavaisse)

D. Domingo de Oro) Distínguidos id » San Juan.

D. Guillermo Rawson)

D. Antonio Aberastain)

D. Tomás Godo Cruz, insigne id » Mendoza.

—Me alegro de conocer los nombres de estos Patriotas, dijo Pepito.

—Yo tambien, repuso Juan, han sido brillantes lumbreras del foro.

—Voy á continuar, interrumpió Pepito y comenzó á leer esto:

III—Varios Patriotas distinguidos en la guerra de la Independencia

«Los Patriotas que también se distinguieron, como héroes, en la Guerra de nuestra Independencia, son éstos:

Don *Juan Estéban Pedernera*, (natural de la provincia de San Luís).

Don *Florencio Logones*, don *Juan Felipe Ibarra*, don *Juan Pedro Gallo* y don *Juan Francisco Borges*, todos los cuatro de Santiago del Estero.

Don *Bernabé Araoz* (de Tucumán), don *Nicolás Gabia* y don *Francisco José Ocampo*, (ambos de la Rioja).

Ocampo fué el primer general de la Guerra de la Independencia.

Gabia formó á su costa una expedición militar para libertar á Chile del dominio realista.

Borges suministró con su capital 300 soldados de caballería, armados y equipados, con igual número de caballos, para ayudar á la emancipación de nuestra amada Patria.

—¡Oh! exclamó Pepito, venero mucho estos distinguidos patriotas.

—Yo también, dijo Juan, ellos se han sacrificado por nuestra Independencia.

--Voy á terminar, repuso Pepito, y se puso á leer esto:

IV—Otros esclarecidos Patriotas

«Los otros esclarecidos Patriotas de nuestra República son estos:

Don *Domingo Crespo*, primer Gobernador de su provincia de Entre Ríos.

Don *Pedro Ferré*, gobernador benemérito de su provincia de Corrientes.

Don *Estanislao López* de Santa Fé, cuyo país le debe su posición política como Argentina Provincia Confederada.

Don *José Cuba*, patriota ilustre de la Provincia de Catamarca.

Al terminar, Pepito exclamó:—Amo bien á todos estos patriotas, de quienes me acordaré con respeto y veneración.

—Yo también, repuso Juan, debemos recordarlos con veneración, porque todos ellos han honrado nuestra querida Patria, con sus buenas obras, su sabiduría y su abnegación.

Dicho esto, cenaron y se acostaron; al amanecer el siguiente día, pagaron el gasto y partieron; unas dos horas después, llegaron á cruzar el límite de la provincia de La Rioja y entraron en la de San Juan.

CAPÍTULO V

PROVINCIA DE SAN JUAN

24.—El olivo.—Producciones de la Provincia de San Juan.—Naturaleza física de sus montañas.—Sus catorce minas y dos fundiciones.—Sus aguas termales.—Extensión.—Habitantes.—Clima.

Momentos despues, Juan dijo: Ya entramos en la provincia de *San Juan*.

—¡Oh, me alegro mucho! repuso Pepito, así nos aproximamos al fin de nuestro largo viaje.

Pasaron por *Bañadito* y *Durazno* y fueron á hospedarse en *San Agustín*, capital del departamento Valle Fétil.

Al día siguiente partieron y, al ver sobre las mesetas de unos cerros algunos vegetales, Pepito exclamó:—¡Diantre! ¡se diría que aquellos árboles que se ven allá son olivos!

—Eso mismo, apoyó Juan, Pues tambien se producen en otras provincias andinas, sobre las mesetas de las lomas y montañas, en que la temperatura no desciende en invierno de 7°.

—¡Oh! repuso Pepito, es un árbol muy útil, puesto que nos produce la oliva ó aceituna de la que se extrae el mejor aceite.

—Es verdad, apoyó Juan, mas desgraciadamente no lo gustamos los pobres; gracias que tengamos grasa, ó aceite de adormideras y otros que fabrican con otras producciones, no muy puras y buenas.

—¿Qué otras producciones hay en esta provincia? preguntó Pepito.

—Las de la zona templada, contestó Juan, así, se cultiva el trigo, arroz, maiz, alpiste, lino, cáñamo, algodón, etc.

Los bosques contienen algarrobos, pinos, quebrachos; etc., ce lros, caobas; en fin árboles frutales.

—Tambien hay ganadería ¿no es así? interrogó Pepito.

—Sí, contestó Juan, mas solo hay sobre un millón de animales vacunos, caballares y lanares; hay además abundancia de vicuñas y guanacos.

Como entonces atravesaban una pequeña sierra, Pepito preguntó:—¿Cuál es la naturaleza física de las montañas de esta provincia?

—Muy variada, contestó Juan, la Sierra de la *Huerta*, que se extiende desde donde pasamos hácia el Sud-este, contiene piedras areniscas réticas con carbon; y, en su centro hay la formación granítica, gneis, cuarzo; y, además, caliza granosa, de la formación de gneis.

Al Norte de la Sierra de *Quebrada Talastra* hay la formación silúrica, calcárea y dolomita; la subformación terciaria y cretácea superior.

Sobre la ribera derecha del rio Jachal hay piedras areniscas réticas, con carbón; y, al Oeste de estas materias, existe la formación silúrica, calcárea y dolomita.

Al Oeste de la ciudad de San Juan, hay la formación silúrica y arcáica de cuarcito y pizarra; al Sud-oeste se encuentra la formación jurásica y cretácea; además hay subformación terciaria y cretarea superior, y, en fin traquita, andesita y basalto.

—¡Cáspita! exclamó Pepito ¡debe haber muchas minas en esta provincia, puesto que es muy rica en varios minerales!

Hay muchas y en explotación, apoyó Juan; en el departamento *Angaco Norte* hay dos en la Sierra de la *Huerta*: la de Morayo y *Huerta*; en el de *Angaco Sud*, otras dos, las *Marares*; en el de *Caucete*, una en el cabo de *Guayaguas*; en el de *Jachal*, siete: *Rayada*, *Salado*, *Antecristo*, *Bauchaceta*, *Guachi*, *Pescado* y *Gualdad*, en el de *Puyuta* ó *Desamparados*, dos *Paramillo* y *Dos Amigos*.

—¿Qué se extrae de las minas que has citado? interrumpió Pepito.

—Pues oro, plata, cobre, etc., repuso Juan, cal, mármoles, yeso, etc. cuarzo, ágatas, potasa, alumbre, etc.

—¿No hay también aquí fundición como en la provincia de *Catamarca*? interrogó Pepito.

—Sí, contestó su hermano, hay dos: una se halla en la *Huerta* donde extraen las piedras areniscas réticas con carbón que les sirve de combustible; y la otra al Oeste de la ciudad de San Juan, en el departamento de *Puyuta* ó *Desamparado*.

Además, al Sud de la capital, hay aguas termales en el departamento *Pocito*.

—¿Cuál es la extensión de esta provincia? demandó Pepito.

—La provincia de San Juan tiene de extensión sobre 96.100 kilómetros cuadrados.

—¿Qué número de almas contiene? interrogó Pepito.

—Pues unos 91.000 habitantes, contestó Juan.

—Y ¿cuál es su temperatura? demandó el niño.

—Como la de la Rioja: cálida al pié de las sierras y muy templada en los valles poco elevados, dijo Juan; en verano, la máxima no sube de 36°, y en invierno, la mínima no baja de 8° C.

Dicho esto, pararon en una casa de negocio que se hallaba cerca del río Bermejo, y se hospedaron en ella para pasar la noche.

25.—La planta del cáñamo.—Objetos que se hacen con él.—El aceite del cáñamón y su utilidad.—Propiedad nociva de las hojas del cáñamo.—Temor de Pepito.

Al amanecer el siguiente día, los niños se aproximaron al dueño de la casa que cultivaba unas plantas, y Pepito que no perdía jamás la ocasión de instruirse cuanto podía, cuestionó al momento:

—¿Qué arbustillos son estos, si V. tiene la bondad de decir-melo?

—¡Toma! interrumpió Juan, son las plantas que producen el cáñamo.

—Efectivamente, niño, apoyó el cultivador.

—¡Diantre! exclamó Pepito ¡pues entónces son lo mismo que las del lino!

—Eso mismo, apoyó su hermano Juan, mas su hilaza, aunque es parecida á la del lino, no es tan fina ni tan fuerte.

—Es verdad, repuso el cultivador, además esta planta tiene de excepcional que no produce semillas por un solo pié; así, se necesitan dos: uno macho y otro hembra.

Las flores son incompletas en los dos piés; por tanto es necesario que un pié macho esté cerca de uno ó varios piés hembras.

Así, el macho deja escapar por el aire el polen de sus flores que lo reciben las flores hembras, haciéndolas fecundar y producir buena semilla.

—¿Cáspita! interrumpió Pepito; pues es lo mismo que las palmeras, cuyas flores fecundan por el polvillo que el aire lleva de los machos á las hembras.

—Justamente, repuso el cultivador, ese polvillo es el polen que las hace fecundar; los piés machos del cáñamo no dan semillas; son más pequeños y maduran cuatro ó cinco semanas antes que los otros.

—¿Cuándo se cosecha el cáñamo? preguntó Pepito.

—Cuando se pone amarillo ó sazonan sus semillas; así se

arranca y trata como el lino poco más ó ménos, dijo el cultivador; despues de enriado, se desgrana haciendo pasar el extremo de los granos entre los garfios férreos, fijos á un banco, y se machaca para separar las cañamizas.

—¡Oh! interrumpió Pepito, me agrada mucho la planta del cáñamo por ser muy útil, con él se hacen telas para *sábanas*, *camisas para campesinos*, *servilletas*, *rodillas*, *bolsas* y lienzos para *colchones*, etc.

—¡No solo eso! repuso Juan; pues, tambien se fabrican con cáñamo las *suelas de alpargatas*, el *bramante*, los *cordeles*, *cuerdas*, *sogas*, *cables*, *jarcias* y *amarras* para buques, etc.

—Es verdad, añadió el cultivador, muy satisfecho, al oír que se reconocia tanto mérito al producto de su estimada planta, y continuó:

—Sirve para otras muchas cosas y usos; pero, el que se destina para jarcias y cables de buques, como has dicho, se sumerge en un baño caliente de alquitrán, que tiene la propiedad de pegar las fibras y librarlas de la humedad.

—Además, continuó el cultivador, esta planta nos dá el cañamón del que se extrae un aceite de grande aplicación en la industria.

—¡Toma! interrumpió Pepito, yo solo sabía que el cañamón era bueno para alimentar canarios, papagayos y demás pajaritos ¿qué aceite se extrae, pues, del cañamón? demandó el niño.

—Se obtiene un aceite un poco ménos secativo que el de la linaza, dijo Juan, y sirve para el alumbrado, preparar pinturas y hacer jabón; y, estando fresco, se puede usar para sazonar la ensalada.

—Eso es, añadió el cultivador; y, una vez extraido el aceite, moliendo y prensando el cañamón, los despojos sirven para alimentar al ganado y como abono vegetal, para las tierras.

—¡Oh! interrumpió Pepito; no sabía que tantas cosas útiles nos procura la planta del cáñamo; así lo estimo mucho más!

—En efecto, repuso el cultivador; mas, también tiene una sustancia nociva que, obrando sobre el cerebro, puede ocasionar la locura; pues, se sienten sus efectos respirando el humo de sus hojas.

—¡Caracoles! interrumpió Pepito retirándose de las plantas, si usted enciende fuego, yo disparo como una flecha.

—Pues sí que lo voy á encender, replicó el cultivador, sacando una caja de fósforos.

—¡Vámonos, Juan, sinó perderemos el juicio! suplicó Pepito.

—Pero hombre, no tengas miedo, dijo Juan, pues no son las hojas las que va á encender.

—Justamente, interrumpió el cultivador disponiéndose á

fumar y riéndose; pues, lo que voy á quemar es un cigarrillo.

—¡Oh! repuso Pepito, así ya no tengo ningún temor.

—Para terminar, os diré, añadió el cultivador, que, en algunos países, extraen la sustancia de la semilla del cáñamo para producir la ebriedad.

Entonces el cultivador y los niños entraron á la casa al objeto de retaurar sus fuerzas; y dispusieron para partir.

26.—Tipos de nubes.—Tormenta que moja á los niños.—

El refugio en la cueva.—Guanaco que, Pepito horripilado, toma por tigre.—El incómodo albergue.

Después de haber tomado algo, partieron, y atravesaron luego el río *Jachal* en su confluencia con el *Bermejo*.

—¿Ves? dijo Juan, aquí confluyen el *Jachal* y *Bermejo*, uniéndose en una sola corriente que se resuelve en un bañado del departamento de *Caucete*, y llega hasta el río *San Juan*, cerca de las lagunas de *Guanacache*.

—Bien, repuso Pepito, me parece que hoy va á llover.

—Quién sabe, interrumpió Juan; mas, esas nubes transparentes que se hallan elevadas son *cirros* que anuncian buen tiempo; las que podemos temer son las negras nubes llamadas *nimbos* que caminan muy bajas.

—¡Toma! exclamó Pepito; así ¿las nubes tienen también nombres?

—Si, continuó Juan; el sábio Howard las ha calificado de cuatro modos, segun su forma: 1º Los *extratos*, capa de nubes limitada, que aparece al ponerse el Sol; 2º los *cúmulos*, nubes redondas, acumuladas, parecidas á los balonos de algodón; 3º los *cirros*, que son filamentos blanquizcos, imitando plumas, diseminadas en el espacio; 4º los *nimbos*, nubes tempestuosas que, si se mantienen después de puesto el Sol, y se hacen numerosas, hay seguramente tempestad.

Combinando estos nombres se califican los otros tipos, á saber: los *cirro-cúmulos*, nubes redondeadas, parecidas á vellones de lana; el *cirro-estrato*, compuesta de fajas, estrechas y extendidas por el cielo ó espacio.

Los cirros que ahora vemos y que son las nubes altas se elevan de unos 5.000 á 6.000 metros, y suelen hallarse formados con nieve.

—¡Oh! interrumpió Pepito, me alegro de saber eso; ¡ojalá tengamos todo el día *cirros*, que no dejen aparecer los *nimbos*!

Desgraciadamente, no fué así, después de haber caminado todo el día, rodeando el extremo Norte del monte *Pié de palo*, se les puso el sol sin haber hallado el pueblo *Agua Conejo*,

para hospedarse; los *cirros* habían desaparecido y dejado lugar á los *nimbos* tempestuosos.

—¡Diantre! interrumpió Pepito; segun tú has dicho, vamos á mojararnos.

—Sí, mas tal vez no sea mucho, dijo Juan, disimulando la gran tempestad para que no temiese su hermanito, y continuó: vamos á galopar fuertemente para ver si hallamos antes *Agua Conejo* ó alguna casa.

En efecto, galoparon, pero fatalmente la tormenta principió á despedir su torrente de gruesas gotas que los puso, en breves momentos, como una sopa.

—¡Ay, Dios mio! ¿qué va á ser de nosotros? exclamó Pepito amargamente, al verse mojado hasta la médula de sus huesos.

—¡No tengas miedo! dijo Juan, dándole ánimo ¡fíjate en el monte para ver si divisamos alguna cueva; tengo esperanza de que Dios nos la procurará!

En efecto, Juan exclamó:—¡Albricias, Pepito, allí se vé una cavidad oscura que parece cueva!

—¡Oh, quiéralo Dios que así sea! repuso el niño.

Así, se aproximaron y vieron una gruta natural donde se introdujeron, despues de haber agarrado sus paquetes, la montura y sujetado las riendas del Independiente á uno de los guijarros de la entrada.

Al encender Juan un fósforo, un animal que se habia guarecido allí, dió un salto como una cabra, y se lanzó afuera huyendo precipitadamente.

—¡Oh, Virgen Santísima, un tigre! exclamó Pepito horrorizado, poniéndose pálido y pegado á las rocas.

—¡No tengas temor! dijo Juan ¡no es tigre ni aun jaguar, sino un guanaco!

—¿Qué es eso de guanaco? preguntó Pepito, tratando de disimular su horripilación.

—¡Toma! repuso Juan, pues un tímido y pequeño cuadrúpedo rumiante, parecido al camello, pero sin joroba; es más ligero, rojo por encima, blanquecino por debajo y lleva la cola levantada.

Los inofensivos guanacos, así como las vicuñas, abundan mucho en esta provincia, como tambien en las otras andinas y septentrionales.

—¡Ah, ah! exclamó Pepito, así me tranquilizo; á mí se me había representado un tigre, como el que vimos en la selva del gran Chaco, perseguido y matado por los Indios.

Mientras Pepito hablaba, Juan habia encendido un segundo fósforo y, al dirigir su mirada al rededor, exclamó:—¡Caracoles! ¡cuán pocas comodidades hay en esta casa; conos y raci-

mos petrosos por arriba, guijarros por los costados y punzantes mamelones por el suelo!

—¡Es verdad! apoyó Pepito ¡gracias si no morimos aquí aplastados!

—Cuanto á eso, no tengas miedo, repuso Juan, lo único que podemos temer es el rompernos la cabeza en una de las *estalactitas* del techo ó bien el tropezar en una de las *estalagmitas* del suelo, caer y reventarnos; así, al dar un paso, agáchate bien, levanta los piés y mira donde vas á pisar.

27.—La noche en la gruta.—Caídas y daños.—Grande hallazgo inesperado.—El fuego.—El higiénico cambio de ropa.—Su desecación.—La cena bien distribuida. Partida.

Entonces se pusieron á examinar toda la gruta para ver si hallaban un puesto donde poderse sentar; pero, desgraciadamente, al apagarse el fósforo, Pepito tropezó en un elevado guijarro y cayó por tierra.

—¡Oh, Dios mio, que es esto! exclamó suspirando amargamente.

Para colmo de desdichas, al apresurarse Juan á auxiliar á su hermanito, se dió un coscorrón en un pico del techo y cayó también atontado.

—¡Divina Providencia, asistidnos y amparadnos! suplicó él desconsolado.

Entonces, se levantaron como pudieron y Juan interrogó:

—¿Te has hecho daño, Pepito?

—¡Nada, sino el cuerpo dolorido y magullado! contestó el niño.

—¡Pues yo, un chichón en mi cabeza que casi se me hace pedazos! dijo Juan.

Entonces, éste encendió un tercer fósforo y, al dirigirlo hácia el fondo, exclamó:—¡Magnífico, Pepito, aquí tenemos leña para calentarnos y secar nuestras ropas despues de mudarnos!

—¡Oh, gracias á Dios que hallamos algo para aliviar nuestros males y amargaras! repuso Pepito, pasando las manitas por su herido cuerpo.

Mientras Juan se apresuró á poner el combustible en un montón, Pepito alumbraba y exclamó:—¡Acaba luego de arreglar eso, Juan, pues ya no quedan sino dos ó tres fósforos!

—¡Caracoles! repuso éste, aplica el fósforo y prende fuego; de lo contrario es inútil cuanto hagamos.

Pepito acercó el fósforo que se apagó: — Malo, dijo él, si así hacen los dos restantes, vamos á quedar bien frescos.

—Trae, trae, yo encenderé suplicó Juan 'al ver que á Pepito le temblaba la mano de frío.

Juan aplicó otro que tambien se apagó:—¡Esto es mucho peor, pues ya no queda sino el último en esta va la vencida! dijo él

Así, lo encendió y por fin, el fuego quiso ya prenderse bien.

—¡Bravo! continuó Juan, ya tenemos lo que nos hace falta.

—¡Gracias á Dios que nos podremos calentar y secar! repuso Pepito.

Entonces, se quitaron las mojadas ropas y Pepito exclamó:

—¡Dios mio, me ha quedado el cuerpo lleno de cardenales!

—¡A mí la cabeza atolondrada y abollada! repuso Juan; pero tengamos ánimo, pues ya se curará con paciencia y tiempo.

Entonces, se cambiaron de ropa interior. se pusieron los trajes últimos que los papás les regalaron al partir, y principiaron á enjugar la que se habian quitado, hecha una sopa.

—¿Ves? continuó Juan, mientras Pepito alimentaba el fuego ¡si no nos secásemos bien y no cambiásemos de ropa, agarraríamos un pasmo ó pulmonía, que nos mandaría al otro mundo, como á otros muchos les ha sucedido por descuido ó ignorancia!

—¡Diantre!, es verdad y lo peor hubiera sido que no hubiéramos llegado á ver cumplido nuestro deber! apoyó Pepito suspirando.

—Justamente, interrumpió Juán; así, no somos tan desgraciados: Dios nos ha procurado ropa, fuzo y un albergue que, si no es muy cómodo... nos libra de la tempestad y nos salva; y, en fin, tenemos algo para comer; así, no estaremos ayunando como la noche que pasamos sobre un árbol en la selva del gran Chaco.

Entonces, el Independiente, que no podia joblegarse para entrar, introdujo la cabeza en la gruta y dió un prolongado relincho que, conmovió á Pepito:—¡Pobre animalito! dijo él ¡eres más desgraciado que nosotros, porque no puedes entrar para estar en nuestra compañía!

—Es verdad, apoyó Juan, ahí tienes uno mas desdichado que nosotros que ni cena, ni se seca, ni puede albergarse y sufre la tormenta; sin embargo vamos á darle la mitad de nuestro pan.

—Sí, sí, interrumpió Pepito, ¡no seamos ingratos para quien nos sirve bien!

Enjutas las ropas, Juan sacó dos chorizos y un pan que llevaba de reserva recordando el ayuno nocturno en el bosque; dieron la mitad al Independiente, que lo comió con gusto, y ellos mascarón el resto del pan y un chorizo cada uno.

Entonces mojaron las contusiones con la fresca agua llovida, por ser remedio saludable; se sentaron sobre la montura junto al fuego y Pepito dijo:

—¡Demos gracias á Dios por los beneficios que nos ha procurado!

—Eso es, apoyó Juan, y supliquémosle, nos dé valor en la adversidad.

Así, los dos elevaron al Cielo una ferviente plegaria.

Después, Pepito apoyó su cabeza sobre las piernas de su hermano y se quedó por fin dormido, rendido por la fatiga.

Juan, que estuvo toda la noche en vela, se decía:—¡Pobre hermanito mio, cuántas desdichas llevas sufridas por el deber! Pero, en fin, Dios nos dará la dicha de verlo cumplido y nos recompensará!

Al despertarse el niño al amanecer, Juan dijo:—¡Albricias, Pepito, se nos presenta un buen día; así dispongámonos á partir!

—¡Oh, me alegro infinito! repuso Pepito muy animado.

Así, secaron con un trapo al Independiente, le colocaron la montura y los paquetes de viajeros y montaron, abandonando aquel triste albergue que, mas bien que morada de bandidos ó gentes de baja estofa, era un nido cavernoso, habitable solo por fieras, condores y águilas.

28.—Fundación de San Juan.—Industrias de la Provincia.

—Su via férrea.—Historia antigua del Pais de Cuyo.

Momentos después, Pepito exclamó:—¡Aquél debe ser el pueblecito que buscábamos ayer.

—En efecto, apoyó Juan, es *Agua de Conejo* que nos aparece cuando ya no lo necesitamos; al Nor-Este se halla *Agua Brava*.

A medio día, hallaron una casa de negocio donde pararon para que descansase el *Independiente* y restaurase bien las fuerzas perdidas, la noche pasada, con las raciones de maíz que iban á darle.

Así, lo alimentaron bien y ellos descansaron también. Al día siguiente partieron; pasaron por *San Martín*, *Concepción*, villas importantes y ésta, capital del departamento de este nombre; atravesaron el rio *San Juan* y llegaron á la capital donde se hospedaron.

Al amanecer el siguiente día, salieron á recorrer la ciudad que les pareció muy bonita, hallando algunos edificios públicos bastante notables.

—¿Quién fundó esta ciudad? preguntó Juan.

—¡Cáspita! contestó Pepito, la ciudad de San Juan fué

fundada por don *Juan Jofré* el 13 de Junio de 1562; cuenta unos 10.000 habitantes.

—Es verdad, apoyó Juan, pero, éste la trasladó al lugar que hoy ocupa; en 1561, fué edificada por don *Martín Ruíz de Gamboa*, sobre la ribera derecha del río de San Juan; le dió por nombre *San Juan de la Frontera, Provincia de los Huarpes*.

Después que hubieron visto algunos establecimientos, Pepito demandó:

—¿Qué industrias hay en la provincia de San Juan?

—¡Toma! repuso Juan, pues ganadería, agricultura, minería, cuyos productos se exportan; además ricas pasas, vinos, aguardientes, etc.

—¿No hay vía férrea? interrogó Pepito.

—Hoy no, dijo Juan, pero se construye una que, empalmando en *Villa María*, sobre el *Central Argentino* (Provincia de Córdoba) pasará por *San Luis, Mendoza y San Juan*; esto facilitará á estas provincias el poder llevar sus productos al *Rosario de Santa Fé* y demás ciudades, etc.

—¡Oh! interrumpió Pepito ¡me alegraría de ver pronto esa vía construida!

—Yo también, repuso Juan; esto aumentaría mucho la riqueza de estas provincias (1).

Después de una pausa, continuó:—¿No sabes, Pepito, la historia antigua de este territorio?

¡Oh, á fé que nó y lo siento! interrumpió el niño.

—Pues bien, repuso él, este país fué descubierto por los conquistadores de *Chile, Castillo y Gamboa*; el primero fué mandado á la cabeza de una expedición, por el Gobernador de Chile, general *García Hurtado de Mendoza*, después que él hubo creído haber sometido á los Indígenas de aquel país.

Entonces, *Castillo y Gamboa*, fundaron las ciudades de *San Juan y Mendoza*, después que los misioneros jesuitas hubieron establecido las doctrinas de *Huanacache, Valle de Uns, Diamante, Valle Fértil y Corocoto*.

En 1597 ó sea 37 años después se fundó la ciudad de *San Luis* por *García de Loyola* en el territorio de *Cuyo*.

A este país se le llamó *Chile Oriental* ó *Trasmontano*, que comprendía un corregimiento de los once en que se dividía Chile: se extendía desde los confines de *Tucumán* hasta *Magallanes*, contándose sobre unas 105 leguas al Este de las pampas.

Era habitado por los *Huarpes* de la raza *Quichua* del Norte y, en fin, por los *Pehuenches, Puenches y Huilliches* de la casta *Guarani del Sud*.

Cuando don *Francisco Salcedo*, obispo de *Santiago de Chi-*

(1) Hoy día se halla construida esa vía tal como lo dijo el niño Juan.

le, visitó á Mendoza, San Juan, Valle Fértil y Capallanes, en Mayo de 1826, lanzó excomuni6n mayor y penas pecuniarias contra los encomendados por el rigor con que trataban á los *Huarpes*, que los llevaban en mita á Chile, dejando abandonadas sus esposas.

Estos pueblos vivieron en completa miseria por hallarse lejos de Buenos Aires y separados de Chile por los infranqueables Andes; así, cuando San Juan y Mendoza obtuvieron algún desarrollo, trataron de incorporarse al gobierno del Río de la Plata.

En 1684 y en 1709 dieron algunos pasos con este objeto, elevando un informe al monarca de España, quien encargó al virey del Perú se agregase al nuevo vireynato, además de la provincia de Cuyo, todo el territorio de Chile, en 8 de Octubre de 1773.

El Cabildo Justicia y Regimiento de la capital de Santiago protestó de tal incorporaci6n y reclamó á la Corte que desatendió la súplica; después, en 1^o de Agosto de 1776, fecha de la creaci6n del vireinato del Río de la Plata, fué dictada la cédula real, en la que se ordenó la agregaci6n definitiva de Cuyo al citado vireinato.

—¡Oh! exclamó Pepito; me alegro mucho de saber esas cosas.

—Bueno, interrumpió Juan, así no las olvides jamás, pues es muy útil el saber las cosas de la patria.

Dicho esto, se dirigieron inmediatamente al hospedaje; y, en vista de que tenian que esperar sirviesen el almuerzo, Juan dijo:

—Para no perder tiempo, saca el librito, Pepito, y lee algo sobre el bravo general Acha que libró en este país batallas de héroes legendarios.

—Sí, sí, ahora mismo, interrumpió Pepito, disponiéndose á sacar el tomito sobre los hechos de los *Prohombres de la Patria*.

I—El bravo general don Mariano Acha

29.—Sus primeros combates.—Su luctuosa batalla de Angaco Norte.

Una vez que Pepito hubo sacado su librito, se puso á leer esto:

«Niños, uno de los héroes que combatió valerosamente el caudillaje destructor fué el bravo general *Acha*.

Acha militó con el coronel *Rauch* en su campaña al Sud de

Buenos Aires. En 1827, combatió á los caudillos *Mesa y Molina*, como subalterno del coronel *Isidoro Suarez*, y se distinguió en la victoria de *Las Palmitas*.

En 1828, él se halló en la accion de *Navarro*, como 2º jefe del Regimiento de Húsares.

En 1831, venció en *Miraflores*, provincia de Tucumán, á la vanguardia del bárbaro Quiroga; y además se halló en otras varias acciones:

Acha fué encargado por *La Madrid* de una vanguardia de 500 hombres, al marchar el Ejército de Cuyo sobre *La Rioja*.

Se dirigió á la izquierda de su camino para evitar el encuentro de las tropas del caudillo *Aldao* y, el 12 de Agosto de 1841, se presentó en *Caucele* á 7 leguas de *San Juan*. Desde aquí, dirigió una nota al gobernador Ayuela, á quien le decía que el 13 estaría á su frente con su columna. Le encargaba no comprometiese las tropas de la ciudad; pues, de lo contrario le declaraba guerra á muerte.

Ayuela, que era gobernador delegado de Benavides, en lugar de contestar escapó de la capital, que fué ocupada por Acha.

El 15, se movió de su campamento *La Chacarita* y pasó la noche á la orilla del rio San Juan; el 16 recibió aviso de que el enemigo llegaba, y tomó apresuradamente sus posiciones, aprovechando los accidentes del terreno que le ofrecían una acequia y alameda, donde pudo fortificarse, con sus 500 hombres.

A las 8 de la mañana, del 16, Benavides atacó con su vanguardia y fué obligado á retroceder, después de haber perdido más de la mitad de sus soldados.

Acha se parapetó bien y de nuevo en el lugar del combate, llamado *Punta del Monte* (departamento *Angaco Norte*).

A las 12 de este día, las tropas de *Aldao* atacaron con su caballería, pero los jinetes fueron rechazados con grandes pérdidas.

Después atacó la infantería de *San Juan*, compuesta de 350 hombres, mandados por *Díaz*, y además, la de *Mendoza* con otros 360 soldados, dirigidos por el mayor *Barrena* (chileno).

Estos llegaron hasta la misma acequia, tras de la que se hallaba Acha parapetado; las descargas se hacían á boca de jarro ó á quema ropa, hasta el extremo de herirse con los fogonazos de las armas.

Los asaltantes rabiaban de coraje al verse diezmados por el insignificante número de soldados del valiente Acha.

La lucha trabada era en extremo mortífera é infernal: entre los combatientes solo se veía fuego y humo entre el estruendo

de los disparos que ahogaba las voces de desesperación de ambos ejércitos.

El número de muertos llenó de tal modo la acequia, que facilitaba el paso sin saltar; pero ¡desgraciado de quien lo intentaba! pues quedaba muerto entre los otros cadáveres.

Ante tal carnicería humana, los enemigos de Acha, horrorizados, tuvieron que apelar á la fuga, por el temor de tener que quedar allí cadáveres. Así, á las 6 de la tarde del citado día Aldao huyó completamente derrotado, dejando en el campo de batalla más de 1000 hombres muertos, una infinidad de heridos, 150 prisioneros, cañones, bagajes y otros pertrechos de guerra.

Durante esta encarnizada lucha, al intrépido Acha le mataron tres caballos, casi la mitad de sus soldados, y además los jefes y oficiales de más alta graduación.

El sangriento combate de *Angaco Norte* es el más terrible y luctuoso que refiere la *Historia Patria*.

Ved, niños la terminación en la siguiente lectura.

Al llegar aquí, Pepito exhaló un profundo suspiro, y exclamó:

—¡Dios, mío, fué un bravo héroe el general Acha!

—En efecto, apoyó Juan, pues, solo este combate de *Angaco Norte* le dió gloria y el título de héroe, y añadió él:—Ahora lee la terminación, Pepito, y verás que fin desastroso tuvo este fogoso guerrero.

—Ahora mismo, interrumpió el niño, abriendo su librito.

II—El bravo general don Mariano Acha

30.—Su defensa en La Chacarita y en San Juan.—Su herida y rendición.—Su contestación al oficial que le demandó la espada.—Su prisión y trágica muerte.

Tan pronto como Pepito tuvo á la vista la terminación de la interrumpida lectura, comenzó á leer lo siguiente:

«Niños, el día 17 de Agosto, el esforzado Acha revistó su tropa y solo halló 280 hombres con los que ocupó otra vez á San Juan y se apostó en *La Chacarita*.

El día 18, Benavides lo atacó con 700 individuos: la pelea fué terrible, luchando cuerpo á cuerpo en las tapias de *La Chacarita*, donde quedó una infinidad de cadáveres.

A las 8 de la noche, Acha herido, con su cabeza vendada y su barba impregnada de sangre coagulada, se retiró á la ciu-

dad de San Juan con 100 hombres, único resto de los 500 bravos vencedores de *Angaco Norte*.

El 19 tuvieron lugar varias escaramuzas y guerrillas y el 20 atacaron Benavides y Lucena que fueron rechazados por el héroe Acha.

El 21, los asaltantes supieron que iba á llegar *La Madrid* en defensa de Acha; y, en vista de esto, dieron un nuevo ataque, pero no obtuvieron ningun éxito.

Por fin, Benavides atacó de nuevo con fuerzas muy superiores á las de Acha y logró tomar la ciudad, pero no á los defensores que habian subido á la torre de la catedral donde peleaban heroicamente.

Benavides intimó la rendición al bravo Acha, ofreciéndole la garantía de respetar su vida.

Así, ante la imposibilidad de poder seguir luchando, Acha la aceptó; se presentó un oficial de Benavides á demandar la espada; pero, el Héroe de Angaco Norte, contestó:—«Vuelva V. donde está su superior y dígame de mi parte que, si *Mariano Acha* ha sido rendido, en su derrota, no ha perdido ni su rango ni su dignidad; y, que, mi espada, no será entregada sino á su igual.

Así, Benavides se presentó, ratificó la capitulación, recibió la espada de la mano de Acha, á quien lo agarró por el brazo y, lo condujo á su casa prisionero, en compañía de otros oficiales. El día 22, los mandaron á Mendoza á las órdenes del Teniente coronel *Fonfrías*.

Desgraciadamente, la capitulación no fué respetada por el cruel y traidor *Pacheco*, quien hizo degollar al bravo Acha en la *Posta de la Cabra*, provincia de San Luis, el 21 de Setiembre.

La Madrid, que habia sido esperado por Acha, llegó á *San Juan* dos dias despues de la capitulación de este héroe de *La Chacarita*.

El mandó con tropas al comandante *Peñalosa*, con la misión de rescatar los prisioneros, pero llegó hasta el río *Desaguadero* sin conseguir nada.

La lentitud con que marchó *La Madrid* á defender al desgraciado Acha, ocasionó la pérdida de la vanguardia y su misma derrota; pues, el 24 de Setiembre, Pacheco destruyó sus tropas en la batalla de *El Rodeo del Medio* que se halla á 5 leguas de *Mendoza*.»

Terminada la lectura, Pepito exhaló un triste suspiro, exclamando:—¡Desgraciado Acha, que mal fin tuvo!

—Efectivamente, apoyó Juan, él fué inhumanamente sacrificado por orden del general Pacheco.

—¡Dios lo tenga en la gloria! repuso Pepito, yo lo admiro y venero y me acordaré siempre de él, considerándolo como uno de los más bravos héroes de nuestra Patria.

—Sí, Pepito, interrumpió Juan, Dios debe tenerlo en la gloria; y yo también lo admiro y venero; al fin, él sacrificó su vida luchando contra el caudillaje y en defensa de la integridad de la Patria, y, añadió:—Mira si el librito dice algo de un célebre gobernador, que tuvo esta provincia, llamado don *Salvador M. del Carril*.

—Ahora mismo, dijo Pepito, revisando el índice de su tomito.

31.—Gobernador provincial don Salvador María del Carril.—Los importantes progresos que introdujo en la Provincia de San Juan.—Por qué son sacrificados los redentores.

Una vez que Pepito, hubo ojeado un poco el índice de su librito, exclamó:—Aquí está. Los Progresos del gobernador Carril, página 50.

Así, Pepito buscó esa página de su librito y principió á leer lo siguiente:

«Queridos niños, el Dr. D. *Salvador María del Carril*, fué uno de los grandes hombres de la Patria á quien todos debemos venerar y sobre todo los *Sanjuaninos* por los importantes progresos que realizó, durante su administración gubernativa, en la provincia de San Juan.

El gran Carril fué elegido gobernador en 1825 y, el 15 de Julio de este mismo año, dictó su notable *Carta de Mayo*, cuya declaración era: *Toda autoridad emana del pueblo*.

Fundó la Sociedad de Beneficencia, el censo agrícola, organizó el maestrazgo de los obreros é introdujo en la provincia la primera imprenta; creó la publicación del *Registro Civil* cuyo producto destinó al fomento de la instrucción del pueblo.

Proclamó la igualdad, la libertad religiosa, y en fin, la inviolabilidad del ciudadano, de su propiedad y de su domicilio.

Ante tales reformas, los enemigos de la libertad y del progreso le declararon una guerra sin cuartel: así el 26 de Julio de 1825, estalló contra él una revolución, llevada á cabo por los presos y guardias de la cárcel y lo obligó á huir á Mendoza.

El gobernador Correa de Mendoza lo auxilió con un ejército de 1000 individuos, que dispersó los revolucionarios y repuso en la perdida plaza; pero el 12 de Setiembre, presentó su renuncia, lleno de muchos desengaños.»

—¡Cáspita! exclamó Pepito una vez terminada la lectura;

¡Yo venero bien al gran Carril, por que fué un pequeño ó segundo Rivadavia!

—En efecto, apoyó Juan, él fué un Rivadavia Provincial, así como don Bernardino lo fué nacional.

—¡Diantre! repuso Pepito, yo hallo muy mal el que le declarasen la guerra sin cuartel, en pago de haber hecho tanto bien.

—Yo tambien y toda persona sensata hallará eso muy infame, añadió Juan, pero ¿qué quieres que le hagamos Pepito? ¡mientras existan hombres ignorantes, inconscientes y salvajes que se presten cual autómatas á los enemigos de la libertad y del progreso, los libertadores del Pueblo y redentores de la Humanidad serán siempre abofeteados, escupidos, escarnecidos y azotados y por fin morirán crucificados, como el Divino Martir del Calvario ó Héroe del Gólgota!

—¡Oh, si, si, Juan! interrumpió Pepito, creo comprender eso que explicas: las gentes supersticiosas y fanáticas se venden por un ofrecimiento ó dádiva á los enemigos de la libertad y del progreso, convirtiéndose en Judas, Longinos ó verdugos de los bienhechores de la Patria y de sus compatriotas.

—Eso mismo, y me alegro mucho de que me comprendas, interrumpió Juan, la razón de eso la tienes aquí: la grande influencia que ejercía sobre las muchedumbres ignorantes el general Quiroga, nuevo Atila de este territorio, ocasionó el desprecio y desconocimiento del progresista Gobierno Nacional del Gran Rivadavia, por todos estos pueblos de Cuyo.

—Si, es verdad, si, apoyó Pepito dando un profundo suspiro! quiera Dios que pronto desaparezca la ignorancia para que no veamos jamás esos inicuos crímenes de lesa patria!

32.—La inundación de San Juan.—Sus dos gobernadores ambiciosos y su trágica muerte.—La intervención armada y su influencia en los destinos de la Patria.

Despues de una breve pausa, Juan continuó:—De 1833 á 1834, San Juan fué destruida por las inundaciones de su rio, cuyas olas arrastraban por las calles puertas, árboles etc. y hasta la documentación de la aduana y otras oficinas; los presidiarios salvaron algunos legajos de papeles.

Esto los obligó á construir una obra en zig-zag sobre el rio, cuyo curso quedó en ángulo recto é impide esas catástrofes: el trabajo fué comenzado por Yanzón en 1834 y terminado por el gobernador Benavides.

Este gobernante, que ambicionaba perpetuarse en el poder, fué derrocado dos ó tres veces; él lo recuperó; mas, su ambi-

ción le ocasionó el ser asesinado en el cabildo de San Juan, hallándose engrillado; el jefe de guardia fué quien lo crucificó porque sus partidarios intentaron darle libertad.

El gobierno de Paraná comisionó á Galán, García y Derqui para entender en este asunto: estos asumieron el gobierno de San Juan y mandaron presos á Paraná al gobernador Gómez, á sus ministros y á otros.

Estos comisionados elevaron al poder al coronel D. José Antonio Virasoro que no era natural de la Provincia.

Este tomó posesión del gobierno interino el 14 de enero de 1859; pero el 1º de agosto se hizo nombrar propietario efectivo, por unos legisladores de sus amaños, tratando de eternizarse en el poder.

Como militar incivil, y gobernante déspota, puso en ejecución todo género de tropelías, infamias y abusos: subió impuestos, no pagaba empleados, emitió bonos forzosos hasta 60 mil \$ plata, etc. etc.

Mandó al congreso de Santa Fé dos diputados y dos senadores extraños á la provincia y la Convención los rechazó porque los Sanjuaninos habian protestado de ello; él se vengó desterrando y llevando las cárceles de ciudadanos honrados.

Los Sanjuaninos se quejaron al gobierno del Paraná y amenazaron á Virasoro con una revolución y, al ver que no eran atendidos, la hicieron estallar, pereciendo en su misma casa el citado déspota.

En este día, los generales Mitre, Urquiza y R. Derqui firmaron una nota en la que se le aconsejaba dejase en paz á la Provincia.

La revolución ocasionó la intervención armada encargada al gobernador de San Luis, coronel D. Juan Sáa; quien fué ayudado en su obra destructora por el gobernador de Mendoza, D. Laureano Nazar.

Estos desatendieron las súplicas y razones del gobernador de San Juan y demás comisionados, atacaron la ciudad y, una vez vencida, sacrificaron las vidas de más de 400 ciudadanos, y sembraron el terror con el pillaje.

El gobernador de San Juan, Dr. Aberastain, que huía, fué agarrado en la campaña y fusilado en la villa de Pocito.

Esta hecatombe provocó la indignación de los gobiernos de Buenos Aires, Santiago, Tucumán, Salta y Jujuy y ejerció grande influencia en los destinos futuros de la Patria.

— Ya sé ya, interrumpió Pepito, al ver que el gobierno de Paraná no castigaba á los culpables, el noble general Mitre llamó á concurso las otras provincias, para exigir la responsabilidad; Buenos Aires se armó y al venir Urquiza á sofocar

el movimiento con el ejército del Gobierno de la Nación, fué recibido por las tropas del general Mitre en Pavón.

Urquiza fué derrotado, el gobierno de Paraná, derrocado y Buenos Aires, nombrada Metrópoli de la Patria, que obtuvo gran progreso por la acertada administración del ilustre general Mitre.

—Eso mismo, apoyó Juan, y me alegro infinito de que lo sepas bien.

Entonces almorzaron y partieron y, al llegar á *Cerrillo*, se dirigieron, por una senda que se les había indicado, hácia el Sud-Oeste y durmieron en una casa de negocio. Al día siguiente, pasaron por *Carpentería*, *Acequión*, *Cuevas* y salieron de la provincia de San Juan.

c

CAPÍTULO VI

PROVINCIA DE MENDOZA

33.—El ajuste.—Producciones agrícolas de la Provincia de Mendoza.—Naturaleza física de sus montañas.—Sus cinco minas, dos fundiciones y termas.—Extensión.—Habitantes.—Clima.

Después se hospedarón en una casa de campo, y Juan dijo: —Ya no nos quedan sino dos jornadas para llegar á los baños, pues acabamos de entrar en la provincia de Mendoza.

—¡Oh! interrumpió Pepito, me alegro muchísimo; mas, no obstante, no me hago ninguna ilusión en vista de las contrariedades sufridas.

—Eso es, apoyó Juan, para no llevarnos chasco es preferible pensar mal; si nos equivocamos nuestra satisfacción será mayor.

Al día siguiente, partieron y, al ver unas plantas, Pepito demandó:

—¿Qué plantitas son esas?

—¡Toma! interrumpió Juan, son las que producen el alpiste.

—¡Oh, ya sé! interrumpió Pepito, producen unos granitos llamados así que sirven para alimento de los pajarillos y sobre todo de los canarios.

—En efecto, apoyó Juan, esta planta, generalmente vivaz, produce una panoja oval que contiene los granitos ó su semilla, llamada alpiste.

—¿Qué otras producciones hay en esta provincia? preguntó Pepito.

—Las de la zona templada, contestó Juan, se cultiva la viña, maíz, trigo, mani, etc.

Sus bosques, que son inmensos, contienen también como los de la provincia de San Juan, quebrachos, algarrobos, pinos, álamos, caobas, cedros etc. y, en fin, árboles frutales.

—¿Qué ganadería hay? interrogó Pepito.

—Poco más ó ménos hay como en las demás provincias andinas, es decir sobre un millón de animales vacunos, caballos y lanares, dijo Juan.

—¿Cuál es la naturaleza física de sus sierras? preguntó Pepito.

—Tambien es bastante variada, interrumpió Juan, en los departamentos *Guaymallén*, *Luján* y *San Carlos* hay piedras areniscas réticas con pizarra bituminosa; en los de *San Rafael* y *Malargue*, traquita, andesita y basalto y además, la formación jurásica y cretácea. y, en fin, en el de *Las Heras* y *Tupungato* se halla granito.

—Deben explotarse tambien minas ¿no es así? observó Pepito.

—Naturalmente, apoyó Juan, en el departamento *Las Heras* hay dos: *Uspallata* y *Paramillos* y al Nor este del de *Tupungato* hay otras dos en la *Chacarita*, y en fin, en el de *Luján* hay otra sobre la sierra de *Tumuy-in*.

—Debe haber tambien fundiciones ¿no es verdad? demandó Pepito.

—Sí, apoyó Juan, hay una en *Uspallata* y otra al Norte de *La Chacarita*. Además de las buenas aguas termales del departamento de *Las Heras* donde se hallan los tios, hay otras en el de *Maipú* sobre el cabo de *Levante*.

—¡Oh! interrumpió Pepito, pues tambien son muy ricas en materias las montañas de esta provincia.

—En efecto, apoyó Juan, pues producen oro, plata y otros metales; cal, yeso, mármoles, pizarras y, en fin hasta se ha encontrado carbón mineral en el departamento de *San Rafael*.

—¿Qué extensión tiene esta provincia? interrogó Pepito.

—¡Diantre! contestó Juan; es bastante extensa, pues mide 125.900 kilómetros cuadrados.

—¿Qué número de habitantes contiene? interrogó Pepito.

—Pues tiene sobre 90.000 almas, afirmó Juan.

—Y, ¿cuál es el clima de esta provincia? demandó Pepito.

—Su temperatura es bastante seca y llueve pocas veces, dijo Juan; en verano no pasa de 36°, y en invierno no desciende 0° G.

34.—Cómo se ha ilustrado tanto Juan sobre las cosas de la Patria.—Las capas de nieve.—Las nevadas sierras y la eterna nieve del gigantesco Aconcagua.

Momentos despues, pasaron por *Agua de la Zorra* y Pepito, que habia quedado pensativo sobre los conocimientos que poseía su hermano, exclamó:—¡Diantre! ¡Yo daría cualquier cosa

por conocer lo que tu sabes sobre ganadería, agricultura, minería y demás fuentes de riqueza de la Patria!

—¡Oh! interrumpió Juan, pues harías muy mal en darla, dado caso que fuese posible, por una cosa que no cuesta más que tener un poco de buena voluntad.

Para obtener los conocimientos que yo poseo, sobre las cosas de la patria, no me ha costado mas que el recrearme estudiándolas, durante una hora por la mañana y otra por la tarde desde que sé leer.

Yo me dije al comenzar á deletrear: «Primero voy á tratar de aprender y saber, como el Padre Nuestro, todas las cosas de nuestra Patria, para conocerla bien y poderla amar por lo que contiene y vale; despues aprenderé lo que hay en la América del Sud, y seguidamente lo que posee la del Norte y, en fin, continuaré ilustrándome, durante el tiempo vacante, sobre las cosas notables que se hallan en el Antiguo Continente y resto del Mundo.»

—¡Magnífico! exclamó Pepito. ¡Tuviste una grande idea!

¡Yo hallo muy acertado el aprender primero las cosas de nuestra Casa Patria, para conocerla y amarla, como tú has dicho; ¡despues las de las Casas ó Patrias vecinas y, en fin las del resto del Globo!

¡Oh, Juan, te aseguro que yo haré, desde hoy, lo mismo que tú, hasta que pueda saber y explicar de carretilla todas las cosas de nuestra amada Patria, de la América del Sud, de la del Norte y del Mundo entero!

—¡Bravo! interrumpió Juan ¡Quiera Dios que te apliques como hasta hoy y las llegues á saber mejor que yo!

Entonces, llegaron á *Uspallata* donde se hospedaron para pasar la noche y, al siguiente dia continuaron por la senda que va hácia el Oeste.

Por la tarde, el cielo que habia permanecido todo el dia muy encapotado principió á despedir algunos copos de nieve y Juan dijo:

—¡Diantre! si esto continúa va á cubrir la senda y no tendremos derrotero para caminar y fácilmente nos extraviaremos.

—En efecto, apoyó Pepito ¡Oh, cuán blancas de nieve se ven las sierras que nos rodean! ¡Se diria que están cubiertas de nítidas sábanas!

—¡Oh, Pepito! interrumpió Juan, no te extrañes de eso en el país en que nos hallamos, y sobre todo en el rigor del invierno.

—¡Diantre! repuso Pepito ¿existe en estas sierras nieve durante todo el invierno?

—No solo durante el invierno se hallan nevadas algunas montañas, sino eternamente, apoyó Juan.

—¡Caracoles! interrumpió Pepito ¿es posible eso?

—¡Qué si es posible! Mira, aquella montaña que tenemos en frente es el elevado cabo *Aconcagua*, cuya cima contiene nieve hace algunos millares de años; en fin, desde la remota época en que la tierra sufrió una revolución con la aparición de las sierras y cordilleras.

—¡Caramba! exclamó Pepito. ¿Tiene mucha nieve el *Aconcagua*?

—Una poca, añadió Juan, su cúspide se halla siempre cubierta de una superficie de 2,500 metros de altura sobre su extremo cónico.

—¡Zape! interrumpió Pepito, á no decírmelo tú, no creería eso; si que debe tener algunos kilos de nieve; poco calor sufrirá el elevado *Aconcagua*.

—En efecto, apoyó Juan, y no necesita refrescarse como nosotros, en verano.

35.—El extravío y orientación de Juan.—El lucero del alba ó planeta Venus.—La Estrella del Norte ó Polar.—La Osa Mayor y la Menor.

Al anochecer, el camino quedaba cubierto de nieve, y Juan dijo:

—Si no se arrasa pronto, vamos á parar en cualquier parte.

—¿Es que no nos perderemos si se aclara? interrogó Pepito.

—No es ya tan fácil. interrumpió Juan, yo conozco por las estrellas el medio de orientarme.

En efecto, un poco despues, se dejaban ver algunas estrellas y, una vez que Juan las hubo examinado, exclamó:—Mal negocio, Pepito; nos hemos extraviado.

—¿De veras? repuso el niño, impacientemente.

—Sí, contestó Juan, parando el caballo, en lugar de seguir la dirección de aquella estrella, la hemos dejado á la derecha, y caminamos hácia el Sud en vez de ir hácia el Oeste.

—¿Qué estrella es aquella? demandó Pepito.

—Es el planeta *Venus*, dijo Juan, se le llama tambien estrella *vespertina*, cuando se pone como ahora, despues del sol, y estrella *matutina* ó *lucero del alba* cuando sale ántes que el astro del día y, en fin, tambien se le dice *estrella del pastor*.

—¿No hay otras estrellas para guiarse por la noche? demandó Pepito.

—Sí, repuso Juan, los marineros se guian por la *estrella del*

norte ó polar por estar la más próxima á ese polo, y se halla al extremo de la *Osa Menor*, que está cerca de la *Osa Mayor*.

—¿Qué es eso de la *Osa Mayor* y *Osa Menor*? preguntó el niño.

—¡Toma! interrumpió Juan, la *Osa Mayor* es una de las constelaciones boreales, compuesta de siete estrellas, llamadas los *siete riones* y por eso, á ese polo se le llama *septentrión*.

La *Osa Menor* es otra constelación, cuyas siete estrellas guardan entre sí ménos distancia: tambien se les llama el *Carro Mayor* y el *Carro Menor*.

—¡Toma! ¿eso por qué? interrogó Pepito.

—¡Diantre! interrumpió Juan, pues porque cuatro de sus estrellas forman un cuadrado como las cuatro ruedas de un carruaje, y las tres restantes van delante como el carretero y los caballos.

La *estrella polar* representa el primero de los caballos de la *Osa* ó *carro menor* á la que tambien se le llama *Cinosrua*.

Esa estrella, tan útil á los marinos, permanece inmóvil en el Norte; y, esta es la razón por qué no llega á verse desde aquí; pero sin embargo, tenemos otras varias.

—¡Oh! exclamó Pepito, si que siento no poder ver eso.

—¡Toma! interrumpió Juan, fijate en esas cuatro estrellas que se hallan al Sud formando cuadrado y en las tres que van delante y lo tienes ya visto.

—Sí, sí, representa un carro, carretero y caballos, apoyó Pepito y cerca parece verse otro, imitando el carro ú *Osa Menor*.

—Eso mismo, interrumpió Juan, pues una cosa igual es lo que hay en el Norte, con la sola diferencia de contener la brillante estrella polar.

En esto, los niños habían girado dirigiéndose hácia el Oeste y, al encontrar una casa de negocio, se hospedaron en ella.

36.—El majestuoso espectáculo de la salida del Sol sobre los nevados Andes.—Las neveras y su extensión. Dificultades y peligros al subir por ellas.

Después que hubieron cenado, se mudaron de ropa, porque la nieve les había humedecido la que se quitaron; luego se acostaron, porque se hallaban fatigados por la larga jornada; mas se consideraban felices, al saber que estaban á unas 4 leguas de distancia de los anhelados tios.

Al amanecer, Pepito abrió la ventana y, dirigiendo su vista sobre las montañas nevadas, exclamó muy maravillado:

—Mira, mira, Juan, el bellissimo color de fuego que resplandece sobre el *Aconcagua*: las nieves parecen rojas ¿qué es eso?

—¡Toma! repuso Juan ¡Es la Aurora matutina la que tras-

forma la blanquísima sábana de nieve que cubre al *Aconcagua* en un admirable é inmenso manto de púrpura!

Pepito, el sol principia por iluminar las mas altas montañas; así, en este país, el Aconcagua es el que tiene el honor de ser saludado primero por el astro del dia, porque alcanza la altura de 6990 metros; despues el *Tupungato*, de 6710 metros que se halla más al Sud, al Oeste de ese departamento y en fin, el *Juncal*, de 6000 metros, y que está tambien sobre los Andes, en el centro de los dos cabos anteriores.

—¡Oh, oh! interrumpió Pepito, mira, mira todas las otras cumbres de las demás montañas andinas que se iluminan á su vez; se observo sobre las nieves todos los colores del arco iris: unas son azules ó violetas otras rosadas ó anaranjadas ¡Oh, se diria que se prepara una fiesta entre los cielos y la tierra!

—Pepito, interrumpió Juan, esas son las resplandecientes sonrisas de la aurora: el Sol se eleva sobre el horizonte, bermejo cual globo de fuego; ante él, las estrellas se oscurecen, y mira la Luna que palidece á su vez.

—Mas ¿qué es aquello que resplandece sobre el majestuoso *Aconcagua*, cual si fuesen nítidos espejos? demandó Pepito admirado.

—Son las neveras ó ventisqueros, dijo Juan; pues, esas montañas, cuyas nieves son eternas, tienen en sus costados vastas extensiones de hielo y de nieve endurecida, como roca cristalina.

El Aconcagua debe tener neveras de unas 6 leguas de longitud, por 2 de latitud; el Mont Blanc de los Alpes, en Europa, es mucho más pequeño, y tiene una de esa extensión, sobre su base.

Eso es un mar de hielo, ya unido como vastísima roca de cristal, ya agitado como las olas del Océano por la tempestad.

Para subir sobre neveras accesibles, como las del Mont Blanc se llevan zapatos herrados, para no deslizarse, y palos con garfios para retenerse.

A veces se hallan murallas de hielo que impiden el paso y entonces se hace, á golpe de hacha, una escalera para colocar los piés.

Además, hay *grietas ó precipicios* profundos como pozos y cubiertos por la nieve helada; pero, si uno se aventura á caminar sobre esa nieve poco espesa, cruje, se rompe y cae al fondo de un abismo.

Para no caer, algunos se atan con una cuerda á fin de que, si uno se desliza, pueda ser retenido por los demás, librándolo de rodar hasta abajo; pero, á veces, la caída de uno arrastra á los otros.

Uno se expone tambien á las avalanchas que, al despren-

derse de la cima de la montaña, le puede agarrar y arrastrar con ella hácia abajo, haciéndolo pedazos.

En fin, el frio aumenta de tal modo, á medida que uno se eleva, que debo envolverse la cara con una careta de gasa, para que la piel no se le resquebraje, hasta brotarle la sangre; la respiración se hace tan penosa que difícilmente uno puede aguantarla, y casi se asfixia al carecer de aire; sucede á las personas los mismos efectos que experimentarían unos peces de un estanque que no tuviese la suficiente agua para que ellos pudiesen nadar y vivir: estos morirían lentamente, y las personas, en esas elevadas alturas sufrirían igual suerte.

—¡Oh! exclamó Pepito, me alegro mucho de saber eso; pues, es bueno conocer los raros fenómenos de la Naturaleza.

—Justamente, apoyó Juan, así podemos distinguir las cosas malas de las buenas, para servirnos de éstas, que nos procuran beneficios, y librarnos de aquellas, que nos ocasionan perjuicios.

37.—El sabio Saussure sobre el Mont Blanc.—Efectos de la rarefacción del aire sobre las altas montañas.—Fuego que no arde, tiro sin estrépito, cielo estrellado de día.

Después de una pausa en que Pepito permaneció absorto, demandó:

—¿No ha subido nadie sobre el alto Aconcagua?

—Lo difícil y hasta lo hallo imposible, interrumpió Juan; sin embargo, he leído que han existido hombres atrevidos que han subido sobre el *Mont Blanc* y han hecho experimentos notables, que voy á referirte, porque te agradecerán por su rareza.

El primero que subió al *Mont Blanc* fué un bravo campesino, llamado *José Balmat*; esta vez montó él solo, y después, ayudó á subir al sabio, llamado *Saussure*, quien experimentó raras cosas.

En primer lugar, observó que, á medida que se elevaba, el aire le faltaba y era obligado á respirar mucho más á prisa.

En la cumbre, vió que necesitaba respirar dos veces más que en su pié: esto le indicaba que arriba había dos veces menos de aire que abajo.

—¡Diantre! exclamó Pepito, yo creía que en las cumbres de las montañas, el aire era más puro, respirable y saludable, que en los valles.

—Sí, apoyó Juan, mas es en las alturas no muy elevadas como Córdoba y Tucumán, que solo están a unos 500 metros sobre el nivel del mar.

—¡Oh, ya comprendo! interrumpió Pepito, recuerdo haber aprendido en la escuela que, si uno pudiese elevarse á unas 15 leguas sobre la tierra, no hallaría aire ó atmósfera y moriría asfixiado, lo mismo que un pez que sacan del río ó de la mar.

—Justamente, repuso Juan, nosotros somos unos peces humanos que necesitamos para vivir el Oceano etéreo, ó mar aéreo que rodea á la tierra á modo de esfera: así como los habitantes de las aguas no pueden salirse de ellas sin morir, tampoco nosotros podemos escapar de este fluido sin sucedernos exactamente lo mismo.

—Bien, interrumpió Pepito, comprendo que conforme uno se eleva halla el aire mas extendido, dilatado ó ralo y ocupa más lugar, pero teniendo mucho ménos fuerza ó intensión.

—Eso mismo apoyó Juan, eso se llama *enrarcimiento* ó *rarefacción* del aire que se nota sobre las alturas; y continuó:—Pues bien, el sábio Saussure encendió fuego sobre la cima del *Mont Blanc* y vió que ardía con mucha dificultad, por la falta de aire: esto indica que el fuego sin aire no arde ó no puede existir.

Despues, disparó un tiro de pistola y no hizo mas ruido que si hubiese caido un poroto ó garbanzo al suelo, pues es la conmoción del aire la que produce el sonido, ruido ó estrépito, es decir, como abajo el aire tiene más fuerza, y está más espeso, se conmueve é introduce en el cañón con más violencia y produce mayor estampido; además, hablaba gritando al compañero *Balmat* y, á pesar de tener buen oído no oía nada sino le gritaba en la oreja, con toda la fuerza de sus pulmones: esto indica que, donde hay ménos aire el ruido se hace más débil ó que sin aire no hay sonido.

En fin, el sábio *Saussure*, se sorprendió al ver en pleno dia, y sin haber eclipse de sol, el cielo muy oscuro y tachonado ó sembrado de estrellas; ese color sombrío se produce tambien por la rarefacción del aire: pues, este elemento es el que forma el bello color azul del cielo, al hallarse en grandes masas sobre la altura de las nubes.

—¡Dios mio! exclamó Pepito ¡si que es eso sorprendente y maravilloso!

—En efecto, apoyó Juan, todo eso lo debemos á los sabios que exponen su vida para ilustrarse é instruir á los demás hombres.

38.—Los efectos que se experimentarían sobre el Aconcagua.—Corridas á la ciada de una avalancha.—Por qué se cae.—Daños que hace.—Partida precipitada.

Despues de una pausa, Pepito preguntó:—¿Cuánto tiempo necesitó el sábio *Saussure* para subir sobre el *Mont Blanc*?

—Pues precisó dos dias para subir y uno para bajar, repuso Juan.

—¡Diantre! interrumpió Pepito, no me extraña el que hayas dicho que es imposible el montar al Aconcagua.

—Efectivamente, apoyó Juan: pues, mientras el *Mont Blanc* sólo tiene de elevación 4.800 metros, el Aconcagua se eleva á 6,990, es decir, mide 2,190 metros más de altura, así mientras que en la cima de aquel es necesario respirar dos veces más que en la llanura, en la de éste habría que tomar tres respiraciones, durante el tiempo de una; la vida sería, imposible, y hasta uno moriría pronto sino descendía, y, en fin, el fuego ardería ménos, el sonido sería más débil, la voz humana no se oiría aunque se gritara mucho, y el cielo se vería mucho más oscuro y poblado de estrellas.

—¡Cáspita! exclamó Pepito maravillado! Hallo el aire tanto más útil cuanto que, sin él, no habría ni vida ni sonido, ni fuego, ni luz y ni aún cielo!

—Eso mismo apoyó Juan, el aire es el principal de todos los elementos de la vida animal y vegetal.

Entónces, Pepito elevó sus ojos al cielo y exclamó con fervor:

—¡Oh Divina Providencia, cuán maravillosas y sublimes son todas vuestras obras!

—Si, Pepito, apoyó Juan, haces bien de elevar tus ojos al cielo y maravillarte á la vista de esos magníficos espectáculos que nos representan la omnipotencia del Creador. Hemos visto todas esas nevadas montañas aparecer una trás otra, con los hermosos matices del arco-ires, y sus cristalinas neveras, que nos han representado como una nueva creación.

—Si, si repuso Pepito, démosle gracias por lo que hemos visto.

—Eso es, apoyó Juan, y para que nos libre de una avalancha.

Entonces elevaron sus ojos al cielo sobre el vasto horizonte de los Andes y dirigieron una ferviente plegaria.

Luego, se pusieron á tomar un bocado y, al momento, se dejó oír la voz del hostelero que gritaba corriendo hácia el

campo con un niño al hombro:—¡La avalancha! ¡sálvese quien pueda!

Juan y Pepito, con el bocado en la boca, escaparon volando seguidos de otros individuos y de la hostalera que iba cargada con dos criaturitas más.

Al hallarse á gran distancia, los niños se giraron y vieron enormes masas de nieve que, conforme descendían de la montaña, se iban engrosando.

—¿Cómo sucede esto? preguntó Pepito.

—Toma; repuso Juan, al estar la montaña muy cargada de nieve, basta un golpe de viento ó paso de un animal ó bola de hielo para conmover enormes masas que ruedan y hacen grande estrépito, asolando cuanto hallan en su vortiginosa marcha: ya entierra rebaños ó majadas, ya casas y, en fin hasta pueblos enteros. En Suiza, Suecia y Noruega, las avalanchas ó aludes son muy terribles, pues arrastran consigo árboles, rocas y cuanto agarran á su paso.

Entonces, el posadero dijo:—Ya podemos entrar, porque ha pasado el peligro, deteniéndose el alud en el valle.

Entraron y Pepito dijo:—Vámonos, Juan, ántes de que venga otro alud ó avalancha ¡oh, Dios mio eso es terrible!

—Si, si ahora mismo, repuso Juan ensillando el caballo.

Hecho eso, pagaron el gasto, montaron y partieron.

39.—El invicto general San Martín.—Sus trabajos bélicos en la Intendencia de Cuyo.—Victorias del Ejército de la Patria en Chile y Perú.

Después, Juan dijo:—¿No te recuerda algo este camino, Pepito?

—¡Oh, á fé que nó! repuso el niño.

—Pues por aquí pasó los Andes el general San Martín con el ejército de la patria, que tan brillantes victorias obtuvo en Chile.

—¡Oh, si, si, ya recuerdo! interrumpió Pepito; y, sacando el librito, añadió:—Vamos á ver lo que nos dice el tomito sobre este Grande Hombre.

—Eso es, repuso Juan, lee sobre el caballo como él estudiaba por aquí sus bélicos planes.

Dicho esto, Pepito comenzó á leer lo siguiente:

«Queridos niños, el patricio que mas glorias ha procurado á la Patria sacrificándose por nuestra Independencia, fué el bravo general D. José de San Martín.

El 9 de Marzo de 1812, llegó á Buenos Aires, después de ha-

berse batido contra los Franceses, sirviendo á España, como comandante, en las batallas de Albufera y Bailén donde se hizo prisionero un ejército francés de 20,000 hombres.

Como venía á servir á la Revolución, organizó un escuadrón de granaderos de caballería y, según órdenes recibidas, fué á vigilar las costas del Paraná.

Al desembarcar una escuadrilla de 120 hombres en San Lorenzo, á 5 leguas del Rosario, él la atacó con sus granaderos y la obligó á reembarcarse, el 3 de febrero de 1813; les hizo 40 muertos, 12 heridos y prisioneros.

San Martín recibió muchas heridas y debió su vida á la heroicidad del sargento Cabral; esto, lejos de desanimarle, le dió más valor.

Después mandó el ejército del Alto Perú hasta que fué reemplazado para tomar el gobierno de la Intendencia de Cuyo, formada por las ciudades de San Luis, San Juan y Mendoza: fué nombrado, primer intendente, por el Gobierno de las Provincias Unidas, el 29 de noviembre de 1813.

En los citados pueblos, formó el Ejército de los Andes desde 1814 á 1816 en que llegó á contar sobre 4,000 individuos y además la división de Juan M. Cabot.

Entonces delegó el mando político en el cabildo de Mendoza é hizo el estudio de los pasos de la Cordillera en una extensión de unas 100 leguas.

La aparición de realistas por el paso de *Uspallata*, las *Flechas* y el *Portillo*, le hizo sospechar una próxima invasión. Así concentró en Mendoza las fuerzas de San Juan, formando el principal ejército.

En primer lugar, mandó la división de *Cabot* y *Freire* al objeto de llamar la atención del enemigo por distintos puntos; así, el 12 de enero de 1817, los realistas fueron obligados á fraccionarse para impedir la invasión; después él partió de Mendoza el día 19 por el camino de *Uspallata*.

San Martín dividió el ejército en los *Manantiales*, *Camino de los Patos*; formó dos columnas que debían reunirse en el valle de *Aconcagua*.

La división de Freire invadió á *Talca* y tomó el pueblo de *Curico*; Cabot triunfó en *Barranza*, valle de *Zotaquí*, ocupó *Coquimbo* y *Huasco*, apoderándose de mucho armamento y de algunos prisioneros.

Las columnas del Ejército del Centro, mandadas por Enrique Martínez, triunfaron en la *Guardia Vieja*; el comandante Las Heras tomó á *Santa Rosa de los Andes* y *San Francisco de Curimón*; la división del Norte triunfó con el mayor Arcos en *Pu-tuando* y con el comandante Necochea en *Coimas*: con estas victorias lograron ocupar la ciudad de *San Felipe*.

El 12 de febrero de 1817, San Martín, secundado por los jefes chilenos Soler y de O'Higgins libró la batalla de *Chacabaco* y el 14 ocupó la capital de Chile.

El enemigo perdió sobre 400 hombres muertos, 600 prisioneros, 30 oficiales, 1.000 fusiles, 2 cañones, las municiones y bagajes.

El Presidente de Chile huyó; los Chilenos ofrecieron á San Martín el gobierno de ese Estado; él lo rehusó y se nombró á Bernardino O'Higgins Director Supremo.

San Martín y O'Higgins al ir á batirse contra los realistas reconcentrados en *Talca* fueron sorprendidos y dispersados una noche, en *Cancha Rayada*, por un ataque inesperado:

San Martín corrió bastante peligro, pero gracias á la presencia de espíritu de Las Heras y otros jefes, se salvó el Ejército Libertador, el 19 de marzo de 1818.

El 5 de Abril de 1818, el invicto San Martín libró la batalla de *Maipú* donde el enemigo perdió más de 1,000 hombres muertos, sobre 1,300 prisioneros entre jefes, oficiales, y soldados, los bagajes, artillería y demás armamento.

Los prisioneros se trajeron á San Luis; de ellos 5 jefes y 21 oficiales fueron fusilados, porque se sublevaron el 8 de febrero de 1819.

San Martín mandó una columna á las órdenes de Las Heras, para que atacase á los realistas, fortificados en la *Concepción*: tomó esta población y sitió á *Talcahuano*; por entónces se libró tambien el combate de *Cerro de Gavilán*; la plaza de *Talcahuano* resistió varios combates, más fué tomada por asalto en 1819.

El 20 de agosto de 1820, el ejército argentino-chileno al mando de San Martín, se embarcó en *Valparaiso* y desembarcó en el puerto de *Pisco*, el 5 de Octubre.

Mandó una expedición á la sierra á las órdenes del general Arenales quien, en 2 meses de campaña, obtuvo las victorias de *Cuesta de Jauja*, *Huancavelica* y la del *Cerro de Pasco*, que costó al enemigo la rendición de la columna, mandada por O'Reilly, que quedó prisionero.

Lima se rindió el día 9 de Julio de 1821; esto excitó más la guerra.

Así, se derramó sangre en las victorias de *Calana*, *Junín*, *Río Bamba*, *Pichincha*, *Callao* y *Ayacucho* y en las fatales acciones de *Torata*, *Moquera*, *Matará*, sublevación y asedio del *Callao*, hasta que esta plaza se rindió en 1826.

Como habéis leído, niños, la Bandera Argentina ha tremolado victoriosa desde el Plata hasta el Ecuador, bajo la inspiración de San Martín, héroe de los Andes. »

Terminada la lectura, Pepito exclamó dando un suspiro:—

¡Oh, venero mucho al gran San Martín porque es el que más glorias ha procurado á la Patria!

—Yo también, apoyó Juan, ¡San Martín y Bolívar son los libertadores de la América del Sud, así como Washington es el de la América del Norte! ¡*Los Tres Héroes forman la Trinidad Libertadora de todo el Continente Americano!*

40.—Cuarta y última contrariedad.—Mala noticia.—El desconsuelo—Reflexiones del encargado—Su recomendación—Plegaria y despedida de los niños.

Momentos después, comenzaron á divisar los baños y sus corazoncitos principiaron á palpar, pero no con el entusiasmo de antes, sino con la impaciencia y duda de si hallarían ó no los anhelados tios.

¡Diantre! exclamó Pepito ¡Daría mis fatigas por bien empleadas si aquí hallásemos los queridos tios!

—Yo también, repuso Juan, de todos modos es hora de que los encontremos, pues casi hemos dado la *vuelta á la República Argentina*.

Después, llegaron y preguntaron con ansia y fuertes palpitaciones:

—¿No se hallá aquí Julio Rivadavia, acompañado de su esposa, Antonia Sánchez, que ha venido á tomar las aguas termales?...

—Niños, contestó el encargado, se hallaban y desgraciadamente su esposa Antonia ya no la veréis...

—¡Oh, Dios mío, ha fallecido! exclamó Juan desconsoladamente.

—Hace unos quince días niños, interrumpió gravemente el encargado.

—¡Pobrecita tía mía, después de tanto caminar no tenemos la dicha de verla! añadió Pepito, prorrumpiendo en sollozos y apoyándose en los brazos de su hermano.

—¡Toma! ¡vosotros sois sobrinos! repuso el encargado, pues entrad y reponeros de vuestra aflicción.

Entonces, entraron y Juan se sentó y, sosteniendo á su hermanito entre sus brazos, los dos comenzaron á llorar, arrojando abundantes lágrimas.

El encargado les sirvió un refresco y, haciéndoseles tomar, añadió:

—Niños, todos somos mortales y, por tanto, es menester conformarse con los designios de la Providencia, quien se la ha llevado, porque sería su hora y estaría mejor en el Cielo; así

es menester no desanimarse y no llorar porque nada adelantaráis con eso.

—¡Qué quiere V. que hagamos!...observó Juan, enjugando sus ojos.

—¡Es verdad, si la queríamos tanto!...apoyó Pepito sollozando.

—Y bien, añadió el encargado, yo tambien he perdido muchos seres queridos y, sin embargo, pronto me he consolado, porque no podía hacer yo por ellos sino encomendarlos á Dios.

—Tiene V. razón. apoyó Juan, tambien nosotros la encomendaremos.

—¡Oh, sí sí! añadió Pepito, y le haremos una visita de despedida en el cementerio.

Cuando Juan pudo dominar su aflicción preguntó:—¿No sabría V. decirnos donde se halla el tío?

—Hombre, sí, contestó el encargado, aquí tenéis por escrito la dirección, calle de la Independencia, núm. 5 en Carmen de Patagones.

—¡Oh, Dios mio Carmen de Patagones!...exclamó Juan, para colmo de desdichas se halla al otro extremo de la Patria.

—En efecto, apoyó Pepito, despues de haber perdido la tía, no tendremos la dicha de poder ir donde está el tío.

—Bien, interrumpió Juan, lo peor es el fallecimiento de la tía que ya no veremos más; cuanto al tío, yo no perdería la esperanza de unirnos á él aun cuando se hallase en *Pekin*.—Ya te dije que aquí hay minas y, por lo tanto, ganaría en ellas nuestra vida.

—¡Oh, sí, sí, Juan, ya sé que tú eres más valiente y útil que yo! añadió Pepito abrazando á su hermano.

—Entonces ¿cuál es vuestra idea? preguntó el encargado.

Los niños le contaron la larga Odisea, sus contrariedades y el deseo de unirse al tío.

—Perfectamente, dijo el capataz, veo sois unos niños bravos y activos y, dirigiéndose á Juan, añadió:—Puesto que deseas trabajar y conozco, por tus manos, que eres un laborioso obrero, de los que yo estimo mucho siempre, voy á darte una recomendación para el capataz de la mina de *Uspallata*; él te ocupará porque necesita operarios, y te recibirá bien porque es amigo mio.

—Yo se lo agradeceré mucho á V., repuso Juan, mi deseo es ganar plata para poder unirnos siquiera con el tío.

—Eso mismo, apoyó Pepito, con nuestra compañía él se consolará más de su irreparable pérdida y nosotros tambien, estando unidos los tres como un buen padre y sus queridos hijos.

Despues que se les hubo dicho el lugar donde yacía la fallecida tía, se procuraron una corona, y fueron á depositarla en su tumba.

Una vez que hubieron llegado, la colocaron sobre la cruz de la sepultura. Se arrodillaron y, con el más profundo recogimiento, elevaron al Cielo una ferviente plegaria, encomendando á Dios el alma de la adorada tía.

Despues, se levantaron con la mayor aficción, dieron su último adios á las cenizas del cuerpo de aquel ser querido, y partieron al domicilio.

Despues que hubieron llegado, se les presentó la cena; pero, léjos de tomar un bocado, se acostaron, porque no tenían apetito para ello.

Al amanecer, el encargado les entregó la carta de recomendación y dijo:

—Puesto que vais á partir, que ganéis mucha plata para ver pronto al tío.

—Muchas gracias, dijeron ellos, y que V. tenga mucha salud en compañía de su querida familia.

Entonces montaron y dándose el último adios partieron muy tristes.

41.—El ganado en pié á Chile.—Juan Minero.—Peligros y prevenciones en las minas.—Propiedades del grisú — Lámpara Davy.—Hecatombes.—Los pozos.

Durante la marcha, Juan distraía á su hermanito, mostrándole todo el paisaje y sobre todo los árboles que, cubiertos de escarcha, brillaban al ser heridos por los rayos del Sol, cual si estuviesen cargados de diamantes.

Despues encontraron una gran partida de ganado vacuno y caballar, que tenia que caminar formando una larga cadena á lo largo del estrecho camino ó senda.

—Mira, Pepito, observó Juan, esta partida de ganado la conducen á Chile.

—Si, si, repuso Pepito, como las demás provincias andinas y septentrionales que lo exportan en pié, no solo á Chile, sino tambien al Perú y Bolivia.

—Eso mismo, añadió Juan, este lo introducirán á Chile por el paso de *Uspallata*.

Asi, por la noche, llegaron á la mina á cuyo capataz entregaron la carta y, despues de leerla, dijo:

—Bien, desde mañana tendrás ocupación y basta que eres recomendado por una persona á quien estimo, te daré el mismo jornal que á un peón, si me conduces bien el acarreo del mineral.

—¡Oh! interrumpió Pepito, ¡si mi hermano no puede yo le ayudaré!

—¡Oh, no! replicó Juan, no habrá necesidad, pues creo tener la suficiente fuerza para ello. Tú, Pepito, repasarás tus cuadernos escolares.

—¡Bravo! añadió el capataz, llamado Carlos Rodríguez, no espero ménos de un jóven fuerte y robusto como tú.

Al siguiente día, Juan comenzó su trabajo de minero, arrastrando por las calerías una carreta cargada de mineral, que conducía á donde se le ordenaba.

Pepito se entretenía ya escribiendo, ya estudiando ó leyendo su librito sobre los Grandes Hombres de la Patria y los ratos vacantes, descendía á la mina para ver el trabajo que hacía su hermano y ayudarle si él podía.

El niño se asombraba al ver cómo los bravos mineros, á golpes de pico iban arrancando el mineral en bruto, y abriendo grandes galerías en las entrañas de las macizas montañas.

—¡Cáspita! exclamó Pepito ¡esto horroriza, pues se diría que es la entrada del infierno!

—En efecto, apoyó Juan, la vida del minero es la más terrible que hay; además de sus muchas fatigas, siempre está con un pié en la sepultura, por el peligro de morir aquí enterrado vivo.

—Es verdad, interrumpió Pepito, estas murallas no parecen sólidas.

—Naturalmente, repuso Juan, por eso, la entrada de la mina se halla enmaderada y otras amuralladas; las bóvedas de las galerías apuntaladas; pero, si el trabajo se hace sobre la dura roca, ésta se sostiene bien sin necesidad de asegurar las galerías.

En esto se presentó el capataz Rodríguez y preguntó:—Qué tal Juanito? ¿No te fatiga demasiado el trabajo?

—Un poco, contestó Juan, mas puedo bien soportarlo.

—Yo lo creo, añadió Pepito, ¡lo que se puede temer es morir aplastado!

—¡Oh, niño! repuso el Sr. Rodríguez, si el cielo se cayera á todos nos agarraría debajo: éste mundo es un valle de lágrimas y es menester conformarnos con nuestra suerte, si queremos ser felices.

Aquí no hay gran peligro porque no tenemos el carbón que desprende dos gases irrespirables: el *ácido carbónico* y el *grisú*.

—¡Ah! interrumpió Pepito; sé que el *ácido carbónico* asfixia, pero no conozco la propiedad del *grisú*.

—Pues el *grisú* no solo es asfíctico dijo el Sr. Rodríguez, sino que además es inflamable y, mezclado con el aire, produce una terrible explosión y detonación al aproximarle una luz.

Para evitar catástrofes, el químico inglés *Davy* ha inventado una lámpara, cuya llama arde dentro de una tela metálica

que impide que el *grisú* pueda encenderse; la tela absorbe el calor y solo deja escapar gases apagados.

—¿No suceden así catástrofes? preguntó Juan.

—No tantas como ántes, dijo el Sr. Rodríguez; así, á veces, hay descuidos, el *grisú* se inflama y produce una explosión en la que perecen cientos de mineros.

—¡Pobres hombres, que terrible muerte sufrirán y qué abandonadas quedarán sus familias! exclamó Pepito.

—Además, continuó el capataz, es indispensable la renovación del aire en las minas, para la salud de los obreros.

—Acaso, preguntó Pepito ¿sirven para la ventilación esos pozos que parten desde las galerías hasta la superficie de la montaña?

—Si, contestó el capataz, y además se emplean para penetrar en las galerías, y subir el mineral, por medio de ese tonel ó cajón que transporta mineros y materiales, etc.

Entonces subieron de la mina para ir á descansar y despues cenar.

42.—El cobre, bronce, latón, plomo, estaño, hojalata, zinc, oro y plata.—Sus propiedades, aleaciones y aplicaciones á la industria.

Al día siguiente, Pepito hizo una comisión al Sr. Rodríguez y, deseando conocer algunos metales, preguntó:—¿Qué es el cobre y como se presenta?

—El cobre, dijo el capataz, es un metal fusible, maleable, rojizo, sólido y brillante; se presenta en la forma de cristales y, á veces, se asemeja al cardenillo y otras tiene reflejos verdes y azules. El cobre rojizo se oxida con el aire ó humedad; su orin verdadero no es nocivo, pero la cápa desarrollada sobre el metal es venenosa.

Además, continuó el Sr. Rodríguez, el cobre se presenta á diferentes aleaciones; así se obtiene el *bronce*, mezclando cuatro partes de cobre y una de estaño; el bronce es más duro que el cobre y tiene un color semejante al oro.

Se forma el *latón*, mezclando tres cuartas partes de zinc y una de cobre; el latón es amarillo. mas duro y brillante que el cobre rojizo; no se oxida tan fácilmente y es de mejor pulimento.

¿A qué usos se destinan esos metales? preguntó Pepito.

—¡Diantre! interrumpió Juan, con el cobre se fabrican calderas, calderos, marmitas, y otros objetos de la batería de cocina, y las piezas de uno y dos centavos; con el *bronce*, se funden cañones, campanas, estátuas, etc; y con el *latón* se cons-

truyen alfileres, hebillas, palmatorias, tenedores, cucharas, etc.

—¿Cómo son los mineral de plomo, estaño y zic? preguntó Pepito.

—El mineral de plomo es cristalizado y parecido al estaño y zinc, dijo el capataz; el plomo es maleable, pesado, fusible, dúctil y blando.

Al derretirlo al aire, se forma en la superficie una telícula amarillenta, compuesta de plomo unido al oxígeno del aire y es el óxido de plomo.

Además, se extrae del plomo el minio, el albayalde, el litargirio, que son productos venenosos, útiles para la pintura.

En fin, hasta el agua que pasa por unos tubos nuevos de plomo se convierte en un líquido venenoso.

El *estaño* se halla en vetas ó filones entre piedras, como el mineral de plomo, y tambien entre arenas ó guijaros arrojados de las montañas por las aguas.

El estaño es mucho más duro, dúctil y brillante que el plomo, de color parecido al de la plata, pero mas oscuro, cruje cuando se dobla, y, si se estrega con los dedos, despidе un olor desagradable.

Se reduce á delgadísimas hojas con las que se envuelven cosas como chocolate, frutas confitadas y otros dulces, etc.

La *hojalata* se fabrica limpiando planchitas de hierro, que se sumergen en un baño de estaño.

El *zinc* es más duro que el estaño y plomo, y se extrae de la calamina y de la *blenda* y otras sustancias: el calamina se parece á la arcilla de color blanquizco, el blenda se asemeja al mineral del plomo.

Si se expone á un fuego intenso se enciende, produciendo una llama de gran brillantez y hermosura; por eso lo usan los pirotécnicos y polvoristas con el nitro para los fuegos artificiales.

Si se mezcla el zinc con el estaño lo hace más duro y sonoro.

El zinc se oxida como el plomo; pero, su óxido, no es tan nocivo.

Si se quema al aire da un color blanco que sirve como el albayalde.

—¿Para qué sirven esos metales? preguntó Pepito.

—¡Toma! interrumpió Juan, el plomo sirve para fabricar balas, perdigones, tubos y cañerías; y, en fin para cubrir los techos de las casas.

Con el estaño se fabrican tenedores, cucharas, tazas, etc, y, si se mezcla con plomo, sirve para soldar los metales. La soldadura se hace con un soldador de bronce que, una vez ca-

liente, se aplica sobre el estaño y plomo que se derriten y adhieren uniendo las partes metálicas de un objeto.

La hojalata sirve para fabricar vasos, cajas, medidas para líquidos, etc; mas, los mejores objetos son los de hierro batido que se cubre con una capa de estaño, sumergiéndolo en este metal y tambien se estañan las caceros, para que no se les forme el venenoso cardenillo.

El zinc, reducido á hojas, se usa para cubrir las techumbres, etc.; si se funde, se fabrican estatuas, relojes de sobre mesa, etc. Se les da la apariencia del bronce con un barniz, dorándolos como si fuesen de cobre, asi como tambien otros objetos de hierro como mangos, alambres etc. y así al zinc se le llama hierro *galvanizado*.

—¿Cómo se extrae el oro y la plata? preguntó Pepito.

—El oro se extrae como los otros metales. dijo el capataz, asi se halla en las rocas y arena en pequeñitos granos; en las rocas esta á veces mezclado con plata, cobre, azufre y otros metales.

El oro es muy dúctil, maleable fusible y el más pesado, excepto el platino.

La plata se halla unida al azufre y á otras materias en los minerales de plomo ó cobre; al fundirse estos metales se desprende de ellos la plata.

La plata es dúctil y sonora y el más precioso metal despues del oro y platino.

Para obtenerla es menester á veces pulverizar las rocas que la contienen, y eso se consigue usando el mercurio.

—¿Para qué sirven estos metales preciosos? preguntó Pepito.

—;Diantre! dijo Juan, para fabricar sortijas, pendientes y demás objetos de joyería etc. Para hacer el oro más duro y sonoro se le añade plata ó cobre.

Las monedas de oro contienen sobre nueve partes de este metal y una de cobre, y las joyas encierran ménos oro. El oro sirve para dorar, por medio de una solución ó baño, los metales, maderas, piedras, etc.; y, la plata se usa tambien del mismo modo, para platear cualquier objeto.

Las monedas de plata solo contienen una décima parte de cobre.

Con una preparaci6n de plata, se hacen las imágenes fotográficas. Tambien sirve la plata para los espejos en vez del estaño usado ántes.

—;Oh, oh! exclamó Pepito, ;Me alegro infinito de saber esas cosas!

43.—Niño que Juan extrae de un pozo.—Sus auxilios.—Precauciones para descender á un pozo, etc.—Cómo se conoce el ácido carbónico.—Coloquio sobre la enseñanza antigua y la moderna.

Dias despues, Pepito y un niño del señor Rodríguez se hallaban jugando á la pelota, que desgraciadamente fué á caer al pozo.

El niño del señor Rodríguez no titubeó en bajar á buscarla y Pepito le aconsejó:—No descendas porque te puede suceder una desgracia.

—¡Oh, no hay cuidado, no es profundo! dijo él; y no quiero perder mi pelota.

Así, echó una escala y bajó; pero, al revolver el lodo y demás inmundicias se desprendió el óxido de carbono y cayó por el suelo.

Al ver esto, Pepito corrió cual una flecha y avisó á su hermano y otras personas que se apresuraron á salvarlo.

Con su acostumbrado arrojo, Juan llegó el primero, descendió, agarró al niño y subió con él por la misma escala.

Los papás, medio desmayados, exclamaron;—¡Oh, Dios mío que desgracia, sino da señales de vida!

—No tengan temor, suplicó Juan, pues hay la seguridad de salvarlo.

Entonces, él pidió aguardiente, vinagre y trapos que empapó en esos líquidos mezclados con los que le frotó el cuerpo y, en fin, le prestó los demás auxilios, como ya saben nuestros jóvenes lectores.

Despues, el niño comenzó á dar señales de vida y unos y otros se tranquilizaron y aclamaron al bravo Juan á quien preguntaron:

—¿Qué se debe hacer para conocer ese gas mortífero?

—Antes de descender, dijo Juan, se agita, con un palo largo, el agua, lodo y demás materias putrefactas y despues se descende una bujía encendida.

Si la luz no se apaga, uno puede descender; de lo contrario, no; pues existe ese gas irrespirable y le daría la muerte.

Los obreros llevaron entónces al paciente á una cama donde se restableció pronto, prometiendo no descender á otro pozo, y preguntaron:

—¿Dónde has aprendido tú esas cosas tan importantes?

—¡Toma! contestó Juan, pues en la escuela donde se enseñan otros conocimientos útiles sobre higiene, economía, ins-

trucción cívica, además de la lectura, escritura, contabilidad, gramática, geografía, geometría, etc.

Al ver cómo se explicaba Juan, todos quedaron maravillados y, un anciano, abuelo del paciente, lo abrazó diciendo:— ¡Caramba! ¡Los niños de la Patria sois más felices hoy día que yo en mi niñez! ¡A mí, nada de eso me enseñaron sino leer, escribir y contar mal!

—¡Diablo! repuso un obrero, V. no tiene gran motivo para quejarse y puede considerarse feliz; yo solo aprendí á leer y escribir sin ortografía.—¡Yo sería más afortunado que solo aprendí á leer sin comprender bien la lectura! dijo otro.—¡Por los cuernos de Luzbel! añadió con gracia un gauchazo chistoso ¡Yo habré salido el más sabio, pues, en 8 años que fui á la escuela, no aprendí ni la primera cartilla; hoy no me acuerdo ni del alfabeto! ¡yo no sé si es que el maestro no me enseñó ó fui un grande asno! Así, no he querido mandar los hijos á la escuela, pues, me he dicho:—«Para no aprender nada y romperme calzado yendo y viniendo al colegio durante 8 años, es mejor que estén en casa y, cuando puedan hacer algo, que me ganen plata.—Nosotros hemos hecho así, dijeron otros.

—Pues bien, interrumpió el capataz, todos habéis hecho muy mal; como habéis oído; las escuelas de ahora no son como las de antaño, en que algunos maestros pasaban el tiempo liando y fumando cigarrillos; ellos decían:

«La letra con sangre entra» y descargaban lluvias de sendos latigazos.

—Justamente, apoyó el anciano y, dirigiéndose al gauchazo añadió:—Si tú no aprendiste algo, no fué ni por la negligencia del maestro ni por tu asnería, como has dicho, sino por la desidia de tu padre, quien hacía como otros muchos: te mandaba un día á la escuela y quince ó treinta te hacía trabajar, explotando las débiles fuerzas de tu infancia.

—Es verdad, es verdad, apoyaron los obreros; así en adelante, mandaremos nuestros hijos á la escuela sin faltar un día.

44.—Las buenas noticias del mismo tío.—Viaje gratuito que el capataz Rodríguez les procura.—Entusiasmo y esperanza de los niños.—Remuneración y partida.

Después, el capataz abrazó á Juan y dijo:—¡Toma, querido estos 20 pesos fuertes por la noble acción!

—¡Oh, nada de eso! replicó Juan, no puedo aceptarle ni uno.

El señor Rodríguez insistió y, visto que todo era inútil, continuó:—Pues bien puesto que no aceptas la gratificación, voy

á ver si puedo hacer por vosotros otra noble acción. En esta, semana, iré por mis negocios á Mendoza y, al mismo tiempo hablaré á un hermano mío, para ver si os puede procurar la facilidad de ir donde tenéis el tío, segun me ha dicho mi amigo el encargado de las termas.

Mi hermano es general en jefe de la 2ª division del Ejército que se halla en los Territorios del Sud, sobre los fortines del rio Negro; así tengo la confianza de que os podré facilitar por ahí vuestro viaje.

—Perfectamente, repuso Juan, mientras tanto, escribiré á mi tío para saber con seguridad si se halla allí todavía.

—Eso es, añadió Pepito y para no hacer otro viaje inútil.

Dos dias despues, el capataz partió á Mendoza; Juan y Pepito escribieron al tío, exponiéndole sus deseos.

Felizmente, una semana despues, el señor Rodriguez regresó y, al mismo tiempo, los niños recibieron carta del amado tío quien les decía que fuesen lo antes posible, porque los esperaba con los brazos abiertos.

—¡Oh! exclamó Juan elevando sus ojos al cielo ¡gracias á Dios que tenemos noticias del mismo tío y la esperanza de verlo!

—Sí, apoyó Pepito, abrazando á su hermano, lo peor es que no tenemos bastante plata para el viaje y hay que ganarla antes.

—Nada de eso, interrumpió el capataz entrando, he hablado con mi hermano y me ha dicho que vayáis, pues él tiene que ir á revistar las tropas, á últimos de Junio é iréis en su compañía, hasta el rio *Negro*; aquí os embarcará, y marcharéis recomendados hasta *Cármén de Patagones*.

—¡Oh! interrumpió Juan que no queria tocar el hada.. pero nos falta plata para el viaje.

—Ya os he dicho que nada de eso precisáis, replicó el capataz, he intentado pagar á mi hermano todo el gasto de vuestro viaje y no ha querido tomarme ni un peso por la noble acción que habéis hecho salvando mi hijo, á quien él ama mucho como sobrino.

—¡Oh, qué dicha! exclamó Pepito dando un salto y abrazando á su hermano. ¡Ahora si que tendremos el placer de ver al tío á lo menos y después de unirnos á las hermanitas *Aurora* y *Rosita*.

—En efecto, apoyó Juan, dilatándose su corazón de alegría. Ahora conseguiremos abrazar al tío, ver nuestro deber cumplido y unirnos á los papás y hermanitas.

Así, arreglaron sus paquetes para partir al día siguiente montados sobre el mismo Independiente que, si bien intentaron venderlo, despues lo conservaron, cuidándolo Pepito, al haberles dado esta esperanza.

Al despedirse, el señor Rodríguez dijo:—Aquí tienes, Juan, esta carta para mi hermano y 15 pesos fuertes por tus quince días de minero.

—¡Oh, no señor! replicó Juan, quédese V. la plata, pues bastante ha hecho por nosotros.

—Eso es, apoyó Pepito, ¿con qué hemos de pagarle esta felicidad?

—Ya está bien pagada repuso el capataz, así guardaros la plata.

Los niños fueron obligados á guardarla, se despidieron de la familia del señor Rodríguez y de éste quien dijo:—Que llevéis feliz viaje, queridos, y que halléis bien al tío.

—Muchas gracias, dijo Juan, y que V. siga siempre con salud.

—Eso mismo, apoyó Pepito y en compañía de su querida familia.

Así dieron su último adios y partieron con la mayor alegría.

45.—El general Rodríguez reconoce los niños como hijos de un Rivadavia que le salvó la vida.—Sorpresa y emoción.—Reliquia bélica que le curó el papá de los niños.

Al cabo de la jornada llegaron á *La Chacarita* donde se hospedaron y al siguiente día, á Mendoza y, una vez que hubieron hallado al general, don Emilio Rodríguez, lo saludaron cortésmente y le dieron la carta

—Muy bien, dijo él despues que la hubo leído, podéis estar aquí como en vuestra casa, y preguntó:—¿De dónde sois vosotros?

—¡Cáspita! dijo Pepito, de la villa de Juarez.

—¡De la villa de Juarez!... exclamó el general muy sorprendido.

¡Caramba! allí se fué á vivir un compañero mío con quien nos hemos batido, en varios combates, contra las hordas del tirano Rosas y; hasta sospecho que, si no sois sus hijos, debéis ser sobrinos.

—Bien pudiera ser, repuso Juan, si V. tiene la amabilidad de decirnos su nombre, pronto lo sacaremos de duda.

—Pues bien, interrumpió el general, mi bravo amigo se llama Justo Rivadavia y era hijo de la intrépida Heroína de Cochabamba.

Al oír los nombres de su papá y abuelita, los niños se conmovieron y quedaron pálidos y estupefactos, sin saber lo que les pasaba y, vista esta turbación y palidez de sus rostros, don

Emilio abrió sus brazos para abrazarlos, exclamando:—¿No sois vosotros sus hijos?...

—¡Oh, sí señor, en cuerpo y alma! repuso Juan muy enterrecido.

—¡Y nietos de la intrépida Heroína! añadió Pepito con emoción.

—¡Caramba! repuso el general, abrazándolos. ¿Dónde se halla vuestro papá? ¿No vive aun la brava abuelita?

—¡Oh, Dios mio! exclamó Pepito suspirando y con sus ojitos humedecidos ¡Todos se hallan en el Cielo!...

—¡Oh! interrumpió don Emilio sorprendido ¡Mi bravo amigo Justo ha fallecido también!...

—Lo que V. oye, repuso Juan, dejó de existir 8 años después de nuestra abuelita y, por cierto que, su muerte fué terrible.

—¡Caramba, caramba! interrumpió don Emilio ¡Si me parece imposible que haya fallecido ya un hombre de bronce como él, que ha luchado en cien combates y ha recibido muchas heridas!

—Pues bien, continuó Juan, esas mismas heridas le ocasionaron su trágica muerte: sufría dolores en las piernas y, como no las tenía muy sólidas, un día que se hallaba trabajando sobre un andamio, le fallaron, cayó á tierra y la caída le produjo una terrible muerte,

—¡Pobrecito, amigo mio, Dios lo tenga en la gloria! exclamó el general, engujándose sus humedecidos ojos.

—Así, V. quería mucho á nuestro papá ¿no es eso? interrumpió Pepito.

—¿Qué si lo quería? más que á un hermano, pues yo debo á él mi vida! Entonces se desabrochó la levita y, mostrando á los niños su pecho, continuó:—¿Veis esta cicatriz? pues es una reliquia bélica, cuya primera cura me la hizo vuestro malogrado papá; pues si, él expuso su vida ante el enemigo, para salvarme á mí, cerró bien la herida con un pañuelo, impidiendo así la hemorragia de sangre que me mataba por momentos.

—Ya recuerdo, ya, dijo Juan, segun se nos ha dicho V. cayó herido en la batalla de Pavón, el 17 septiembre de 1861.

—Si, yo también lo recuerdo, repuso Pepito, y por cierto que el Sr. Artigas, á quien nuestro papá curó también en otra batalla, nos dijo que V. era entonces un simple cabo.

—Es verdad, interrumpió el general, el buen Artigas cayó herido en Chascomús, el 7 noviembre de 1839; los tres hemos luchado por la integridad de la Patria y contra el tirano Rosas, á quien derrocamos en Monte Caseros, y donde cayó herido vuestro desdichado papá.

—¡Oh! exclamó Pepito, y papá dijo:—«No solo doy por bien

empleada mi sangre derramada, sino hasta la vida, si renaciése tan cruel tiranía.»

—Es verdad, apoyó el general, pues vuestro papá era un héroe oscuro á quien he oído decir más de cuatro veces esta célebre frase del gran Washington: «*Mas vale ver un campo de cadáveres que un pueblo de esclavos.*»

—Ciertamente, repuso Juan, también nos contó eso el señor Artigas y nuestro papá nos ha repetido esa gran frase del ilustre Washington, inspirándonos el amor al deber, á la Patria y á la libertad.

—Eso es, apoyó Pepito, además, papá nos decía: «Practicad, hijos queridos, mis consejos, si se os presenta el caso; pues, yo preferiría el veros muertos ántes que esclavos.»

—¡Bravo! repuso el general, y ¿dónde se halla el pobre Artigas?

—¡Diantre! dijo Juan, está de puestero en un rancho á unas 10 cuadras de Maipú.

—¡Pobre Artigas! ¡cuán poco ha progresado y cuanto lo siento; pues también lo apreciaba y apreció mucho! así voy á tomar nota de su dirección para escribirle, pues hace muchos años que no sabía su paradero, dijo D. Emilio dirigiéndose á tomar la dicha nota.

Entonces entraron la esposa é hija de D. Emilio; los niños las saludaron y él les contó ese episodio que ellas hallaron muy original y novelesco, sintiéndose poseidas de un gran cariño hácia Juan y Pepito á quienes colmaban de atenciones.

46.—Niña encendida con kerosene.—Salvación que le procuran los niños con sus famosos ponchos.—Modo de apagarlo.—Primera cura.—El papá increpa la mucama.—Dictamen del médico.

Entonces, cenaron todos con grande alegría y, una vez bien restauradas sus fuerzas, D. Emilio invitó á los niños á ir al teatro, pero estos se excusaron diciendo que no le podían complacer en eso por hallarse de luto por el fallecimiento de la tía.

El General y su esposa partieron al teatro y los niños quedaron haciendo compañía á la sirvienta y á la hija que no había acompañado á sus papás, porque se hallaba un poco constipada.

Mientras la mucama fregaba la vagilla, la niña, llamada Eloisa y de 12 años de edad, se dispuso á encender un gran fuego; pero, al ver que éste tardaba á prenderse intentó avivarlo con petróleo ó kerosene.

Al ver esto, los niños se retiraron corriendo del hogar, suplicando:

—No hagáis eso porque el petróleo puede inflamarse y quemaros viva.

Eloisa que era muy atolondrada y tenía poquísima paciencia para encender el fuego:—¡Oh, no hay cuidado, ya lo he encendido así más de cien veces y nunca ha sucedido nada! replicó ella.

—Pero lo que no sucede en cien veces acontece en una, repusieron los niños.

La niña no hizo caso de este saludable consejo, arrojó su chorrito de kerosene al fuego y se produjo una explosión que la envolvió en llamas.

Juan y Pepito se apresuraron á salvarla mientras ella exhalaba terribles lamentaciones; la envolvieron entre sus famosos ponchos y el fuego quedó así ahogado, sin producir mas lesión que algunas fuertes quemaduras en los brazos y manos.

La ignorante mucama que se había presentado con una cubeta de agua para apagar el fuego de la paciente, bautizándola, exclamó muy seria:—¡Pucha! ¿quien había de pensar eso cuando tantas veces lo hemos encendido así? yo la hubiera apagado con agua.

—¡Oh! replicó Juan, eso no hubiera servido de nada. lo más eficaz es ahogar el fuego con mantas ó bien con tierra ó arena si hay; y, de lo contrario, revolcarse por tierra y jamás el correr; pues. así uno mismo hace aire y las llamas se encienden mucho más.

Los niños colocaron sobre las quemaduras unos paños mojados hasta que regresasen los papás y preguntaron:—¿No sentís alivio Eloisa?

—¡Un poco! exclamó ella amargamente. ¡Oh cuan verdad es lo que me habéis dicho, que lo que no sucede en cien veces acontece en una!

Momentos despues, llegaron del teatro: la mamá se asustó mucho y el papá, increpó seriamente á la mucama, diciendo:

—La culpa la tiene V. por haberle enseñado y permitido eso.

—¡Oh, señor! V. me perdonará suplicó ella; pues yó no podía figurarme que eso llegara á suceder.

—Por que Vds. son unas imbéciles, replicó rudamente el General, ya les he dicho, un millón de veces, que los periódicos traen todos los dias desgracias como esta, por cometer esas imprudencias.

—Es verdad, afirmó la señora, y hasta yo misma se las he leído.

¡Dios mío, se diría que intentan morir asadas!

—¡Bien, papá perdón, no lo haré jamás! suplicó Eloisa.

—Perfectamente, replicó su papá, esto te servirá de escarmiento para que, en adelante, sigas mis consejos, y no las imprudencias de otros.

Entonces, Juan fué á buscar al médico que se presentó, hizo la correspondiente cura y tranquilizó á sus papás asegurándoles que las quemaduras no eran graves y curaría pronto como así sucedió.

D. Emilio abrazó á los niños y dijo: «Queridos no me atrevo ni aún á freceros una recompensa porque sé, por mi hermano, hasta donde llega vuestra probidad.

—¡Oh, si, si! repusieron ellos, no tomamos nada por hacer nuestro deber.

—Bien lo creo, apoyó la señora, no se puede esperar menos de unos nobles niños como vosotros, dignos descendientes de grandes héroes.

Dicho esto, unos y otros se fueron á dormir muy tranquilamente.

47.—Fundación de Mendoza.—Su terremoto.—Industrias de la Provincia.—Su vía de comunicación.—La escolta del General.—Despedida y partida.

Al día siguiente, despues que se hubieron levantado, tomaron su buen desayuno y salieron á recorrer la ciudad que les agradó.

¡Diantre! exclamó Pepito, es muy bonita Mendoza.

—Naturalmente, apoyó Juan, es la más bella del Interior, pues al fin no hace muchos años que se reedificó. ¿Quién la fundó? preguntó él.

—¡Cáspita! interrumpió Pepito, la ciudad de Mendoza fué fundada por *Don Pedro del Castillo* el 2 de Marzo de 1561.

—Justamente, apoyó Juan, el 22 de marzo de 1568 fué trasladada á la ribera del *Zanjón* que es un brazo del rio *Mendoza*. Se le dió por nombre *Ciudad de la Resurrección*.

En 20 de marzo de 1861, fué destruida por un terremoto, y se redificó donde hoy se halla, es decir, á pocos kilómetros de distancia de su antiguo lugar; cuenta sobre 12,000 habitantes.

—¡Cáspita! exclamó Pepito; entonces, Mendoza fué destruida dos meses despues que, su gobernador Nazar, hubo ayudado á Saa á llevar a cabo la carnicería humana y ruina de San Juan.

—Justamente, apoyó Juan, pues 67 dias despues, tuvo lugar el terremoto de esta ciudad. Esta coincidencia hizo exclamar

á las personas ignorantes de San Juan estas palabras: «La destrucción de Mendoza no es mas que un castigo de la Providencia, por haber entrado en nuestra ciudad sus tropas, degollando y sembrando el terror y el pillaje.»

—¡Cáspita! interrumpió Pepito, esas gentes pocas ciencias habrían cursado.

—Ninguna, apoyó Juan, pues el sabio Bravard, sin ser ningún adivino, anunció lo que iba á suceder, por que había observado el rápido descenso de la columna mercurial de su barómetro, ocasionado por la elevación del terreno; así el temblor fué un fenómeno natural de los muchos que frecuentemente tienen lugar en nuestro planeta.

—¿Cuáles son las industrias de la provincia de Mendoza? preguntó Pepito.

—Pues la minería, dijo Juan; además hay fábricas de aguardientes y vinos que se exportan, así como tambien ganado á Chile como hemos visto.

—Tambien tiene vía ferrea ¿no es así? interrogó Pepito.

—Sí, apoyó Juan, la que te dije: el *Ferro-Carril Andino* que empalma en *Villa Maria* (provincia de Córdoba) y llega á *San Luis*; y luego pasará por *Mendoza* y llegará hasta *San Juan*. (1)

Dos dias despues. el General y los niños se dispusieron á partir, acompañados de un asistente, un ordenanza y veinte soldados de escolta.

Juan y Pepito se despidieron de Eloisa y su mamá, quien los abrazó, diciendo:—Queridos, que llevéis feliz viaje y halléis bien al tío.

—Yo tambien me alegraré mucho de eso, apoyó la niña, y me acordaré siempre de vosotros, porque me habéis salvado de una terrible muerte.

—Yo tambien me acordaré de Vds. por la buena acogida que nos han dispensado y el feliz viaje que nos facilitan.

—Yo tambien, porque hemos salvado á Eloisa, añadió Pepito.

El General se despidió á su vez y, dandose el último adios partieron.

Pasaron por *Lujan*, capital de este departamento, despues por *Carrizal*, *Corral de Barrancas* y durmieron en *Totoral*. Al siguiente dia, atravesaron *Aguamarga*, *Estacada*, *Consuelo* y anochecieron en *San Carlos*, capital de este departamento.

Los niños fueron alojados con el General en una de las principales casas, donde Dios los destinó para salvar unos angelitos.

(1) Como hemos dicho, hoy se hallan esas tres capitales en comunicacion con el citado ferro-carril, pudiendo llevar sus productos al litoral y á otros lugares de la Patria y del extranjero.

48.—Dos criaturitas medio asfixiadas.—Auxilios prestados por Juan y Pepito.—Modo de evitar el mortífero óxido de carbono.—La intrepidez del águila y del Ejército de la Patria.

En efecto, Juan y Pepito fueron aposentados en un cuarto donde se había encendido fuego, en una estufa, para calentar la habitación, al objeto de que no pasasen frío dos criaturitas que dormían allí.

Juan y Pepito se habían acostado pronto y, fatalmente, la torpe mucama había dejado casi cerrada la llave de la estufa.

Así, no teniendo el fuego la necesaria respiración, comenzó á desarrollarse el ácido carbónico ó tufo.

Juan, que tenía un sueño muy ligero, pronto sintió los efectos que lo despertaron:—¡Uf hizo él! esto es el ácido carbónico!

Entonces salta de la cama y despierta de un tirón á su hermanito, diciendo:

—Pepito, ayúdame para salvar y salvarnos, suplicó él.

El niño saltó á su vez de la cama, y entre los dos abrieron puertas y ventanas, para que se marchase el gas mortífero, y con la rapidez del pensamiento, Juan agarró un niño de 4 años y Pepito una niña de 2, que sacaron medio asfixiados, al ventilado corredor, dando voces en demanda de auxilio que felizmente fueron oídas.

Mientras acudían, los dos bienhechores niños se apresuraron á prodigar á los angelitos los remedios útiles á los asfixiados, como ya saben nuestros jóvenes lectores.

En esto se presentaron el General, los atribulados padres y la sirvienta, que fué á buscar el aguardiente, vinagre y demás.

Una vez que se hubo operado con esto, las criaturas comenzaron á dar señales de vida que animaron á los papás que, en su desmayo, habían sido asistidos por el General y la mucama.

Momentos despues, los angelitos abrieron sus ojitos y sus papás se tranquilizaron completamente al verlos fuera de peligro.

Al ver la causa de la desgracia, el papá increpó á la mucama, diciendo:—¡V. tiene la culpa de lo sucedido por no haber dejado la estufa con la suficiente respiración!

—¡Oh, señor, V. me perdonará! suplicó la sirvienta, yo ignoraba eso; pero, en adelante dejaré la llave abierta con toda seguridad.

—¡Oh! replicó la mamá dolorosamente; yo juro á V. que no se descuidará más, pero será porque no me fiaré de nadie y cuidaré yo misma de la salvación de los hijos de mi corazón!

—Justamente apoyó Juan, y para mayor seguridad, V. debe dejar una pesa ó piedra colgante de la llave: de este modo, es imposible el cerrarse, mientras no lo haga una mano criminal.

Además, se debe poner sobre la estufa una taza con agua, para evitar el calor que despidе; pues, si bien es más fuerte que el de una chimenea, es ménos sano y pone el aire que respiramos muy seco.

Entonces, los niños fueron aclamados y felicitados por el General y los papás, que querían recompensar tan noble acción; pero ellos desistieron tan pronto como supieron por el General, hasta donde llegaba el sacrificio, abnegación y probidad de los niños.

Así los abrazaron y se contentaron con decirles:—De modo que ¿no admitís vosotros recompensas por vuestras nobles acciones?

—¡Oh, no señor! interrumpió Juan, eso jamás; pues, lo consideramos por un egoísmo.

—Justamente, apoyó Pepito, eso no se recompensa sinó con otra acción igual que salve á otro de nuestros semejantes.

—¡Bravo! interrumpió el General, por eso mismo, yo daría por vosotros hasta la sangre de mis venas, si se presentara el caso.

—Así lo suponemos nosotros, apoyaron los niños.

Al día siguiente, despues de despedirse de los dueños del hospedaje, que abrazaron por última vez á los niños, partieron caminando junto al arroyo *Aguada*, y, siguiendo el telégrafo, á la caída de la tarde, tuvieron el gusto de ver un águila que volaba sobre los últimos declives de los macizos Andes.

—¡Toma! exclamó Pepito. ¡Se diría que las águilas son aficionadas á volar por las sierras!

—Justamente, apoyó Juan, pues es la mas fuerte y feroz de todas las aves; tiene la vista penetrante, los pies robustos y armados de aceradas uñas; sus alas extendidas tienen sobre 3 metros de longitud.

Coloca su nido en las más abruptas rocas, en medio de sierras y precipicios donde trasporta, para alimentar sus hijuelos, los animales que agarra con sus rapaces uñas.

—¡Diantre! exclamó Pepito ¡debe ser bien brava el águila para volar por esos elevados precipicios!

—Eso es, apoyó Juan ¡los elevados Andes solo los atraviesan las bravas águilas y el invicto general San Martín con el Ejército de la Patria!

—¡Bravo! ¡Bravo! interrumpió el General, colmado de entusiasmo; tienes razón Juanito: el bravo San Martín y el Ejército de la Patria han volado, cuál águilas, sobre los precipicios de los Andes, para llevar la *Independencia, la Democracia y el Progreso* á tres Estados, que son: *Chile, Perú y Bolivia*.

49.—El volcán Diamante.—Causa de los fenómenos terrestres.—Volcanes de los Andes —La ciudad Herculánium, enterrada por el Vesubio el año 79 de J. C.

Desde el límite del departamento *San Carlos*, continuaron al siguiente día por el de *San Rafael* y, haciendo noche en una casa, pudieron llegar al siguiente día á esta villa, capital del citado departamento.

Desde aquí, siguieron la línea telegráfica hasta que hallaron otra senda, que se dirige hácia el Oeste; continuaron por ella y, al llegar junto al volcán *Diamante*, se hospedaron en una casa, y don Emilio dijo:

—Ahí tienes, Pepito uno de los volcanes de la Patria, pero se halla extinguido y no puede asustarnos con erupciones.

—¿Qué sucede en un volcán estando en erupción? demandó Pepito.

—¡Toma! contestó Juan, arroja, á grandes distancias, enormes masas de fuego, humo y lava, que descienden de la montaña, cual si fuesen impetuosos torrentes flamígeros.

—¡Oh qué horror! exclamó Pepito ¡Se diría que era un infierno!

—Eso mismo se imaginaban los antiguos, repuso el General sonriéndose, mas la ciencia ha demostrado que ese fuego se halla en el centro de la Tierra, desde que ésta principió á tener existencia y, más bien, que el origen de nuestro planeta fué ese elemento.

Los sábios suponen que una inmensa masa de fuego se desprendió del Sol hace miles de siglos; esa materia ha quedado girando alrededor de ese astro, por la fuerza de atracción, y durante millones de años ha ido engrosándose, y trasformándose en los varios elementos y cuerpos que hoy la componen.

La ciencia explica hoy día los volcanes, así como también los terremotos y la formación de las montañas, por medio de la acción del calor central que, levantando desigualmente la corteza del globo, pasa á través en ciertos puntos y produce así las erupciones volcánicas.

—Eso mismo he leído yo, apoyó Juan, y también que los volcanes vomitan, además de fuego, diversas materias combustibles, como azufre, salitre; y, algunos otros, torrentes de agua

hirviente, lodo, aire y gases inflamables, etc. Estas materias, una vez inflamadas, derriten los minerales y calcinan las piedras, que salen por el cráter con el nombre de lava.

—Es verdad, repuso el General, además hay volcanes que permanecen extinguidos durante muchos años ó sea en una calma profunda, que hace dudar de su existencia. De repente, uno se anima, el cráter se abre con tal estampido que conmueve toda la montaña lo mismo que si se arrojasen millares de bombas en una sola descarga.

—¿Hay muchos volcanes en la Patria? preguntó Pepito asombrado.

—¡Oh, no faltan! interrumpió Juan, pero se hallan sobre los Andes y son el *Maipú*, *Tinguiririca*, *Pancho*, *Trilope*, *Callaque*, *Longuimai*, *Yaimas*, *Villa Rica*, *Languin*, *Quetropillan*, *Machinmaxina*, *Corcovado*, *Fitz Roy*: estos están ya en medio de la Cordillera y ya en su falda Oriental, más en la falda Occidental, existen el *Osorno*, *Hornopiren* y *Yanteles*.

—También ocasionan desgracias las erupciones ¿no es así? demandó Pepito.

—¡Oh, querido, más de cuatro! interrumpió el General, el año 79 de Jesucristo, una terrible erupción del *Vesubio* destruyó en parte, y después enterró completamente *Herculanum*, ciudad situada entre *Nápoles* y *Pompeyo*.

Sus ruinas, colocadas bajo la moderna ciudad de *Portici*, fueron descubiertas, en 1713, por un campesino que cavaba un pozo.

En las excavaciones hechas, se halló la ciudad casi entera, pero pocos cadáveres; esto demostró que los habitantes tuvieron casi todo tiempo para huir. Todavía se hallan objetos que dan á conocer el progreso que tenían hecho los antiguos en las artes.

50.—Efecto de las erupciones.—Formas que toma la lava enfriada sobre ríos y sierras: muros y grutas.—Propiedad y utilidad de la lava para construir edificios.

Después de un momento de pausa, en que Pepito quedó abstraído, exclamó:—¡Oh, Dios mio! ¡es una cosa bien terrible el volcán y, sin embargo, es muy admirable... visto de lejos!...

—¡Oh, sí! interrumpió Juan, como espectáculo, la erupción de un volcán es una cosa majestuosa, pero es también de lo más horroroso.

Entonces, todo se desconcierta en la comarca; la fuerza de la

explosión, es tan violenta, que produce, por su reacción, sacudidas bastante fuertes para conmover y hacer temblar la tierra, agitar la mar, derrocar las montañas más elevadas y, en fin, destruir las ciudades y edificios más sólidos á distancias considerables.

—¿Dónde vá á parar la lava? preguntó Pepito.

—A diferentes sitios, contestó su hermano Juan, así se detiene donde halla obstáculos como las sierras, los ríos, etc.; á estas materias volcánicas se les llama ola de lava; la que se detiene sobre un río forma una especie de muros, que despues se quiebran y dividen regularmente, formando como hileras de tubitos sobre los bordes del agua.

—¡Oh, oh! exclamó Pepito, eso debe ser curioso de observar, y preguntó:—Y ¿en qué forma queda la lava que se detiene entre sierras?

—Pues en la sierra queda formando montones informes, repuso Juan, mas lo original es que en ellos se construyen grutas con columnas, de las que muchas tienen las más curiosas formas.

—¡Oh, grutas de lava! exclamó Pepito, eso debe ser muy admirable de ver.

—En efecto, apoyó el General, y lo más chocante es que se forman por si mismas al cabo de muchísimos años.

—¿A qué se parece la lava? preguntó Pepito.

—¡Diantre! repuso Juan, la lava enfriada tiene el color de la pizarra, y es sólida y dura como la piedra ó el mármol.

—La lava debe servir para algo ¿no es así? preguntó Pepito.

—Ya lo creo, dijo Juan, pues lo mismo que la piedra.

—Justamente, afirmó el General, pues en Europa hay comarcas, cuyos pueblos son construidos con guijarros de lava.

—¡Oh; casas de lava, deben parecer prisiones! exclamó Pepito.

—En efecto que son sombrías, repuso el General, pero, sin embargo son muy sólidas. En Francia hay una comarca en que se explotan galerías de lava hace ya cinco siglos, y todas las casas de ese país se hallan construidas así.

—¿No se hallan en nuestra Patria pueblos fundados con lava en lugar de piedras? interrogó Pepito.

—Aquí no es posible, interrumpió Juan; pues, nuestros volcanes y olas de lava se hallan en lejanos desiertos y costaría el transporte como si fuese mármol; lo único que puede haber en nuestra República es algún rancho ó casa aislada.

—Es verdad, apoyó el General; pues, como tenemos muchos volcanes, la lava se halla en abundancia en nuestra Patria.

Entonces cenaron y se acostaron; al siguiente día, partieron

por una senda y, haciendo noche en otra estancia, llegaron en otra jornada al fortin *San Martín* donde se alojaron.

**51.—El Ejército de la Patria.—Sus cuatro divisiones.—
Los buques de nuestra escuadra.—Su tripulación.—
Talleres y colegios militares.—Los nuevos Esparta-
cos.—La Milicia Nacional.**

Después que el General hubo pasado la revista de la guarnición, Pepito interrogó:—Dígame V., D. Emilio, si tiene la amabilidad ¿hay mucho ejército en la Patria?

—Hay algo de las tres armas, contestó el General, pero no esa muchedumbre de los Estados Europeos que llegan á contar hasta un millón.

—¿Oh, ya sabía eso ya! interrumpió Pepito, las tres armas que V. ha dicho son: la *infantería*, la *caballería* y la *artillería*.

—Justamente, continuó el General, la infantería se compone de 3,500 á 3,700 individuos; la caballería, de 2,500 á 2,800 y la artillería de 1000 á 1100.

Nuestro Estado Mayor tiene 27 generales, 375 oficiales superiores y 707 subalternos; en fin el total de nuestro Ejército es de 9,000 á 9,200 plazas.

—Estas tres armas se hallan distribuidas en cuatro divisiones ¿no es así? preguntó Juan.

—Justamente, querido; interrumpió el General, la primera división se halla en la Capital y se compone de 1 general, 22 jefes, 118 oficiales y sobre 2,100 soldados; la segunda es la mía que se encuentra en los territorios del Sud, donde tengo á mis órdenes, como general de división, 47 jefes, 135 oficiales y 1.690 individuos; la tercera se halla en los Fuertes de Acha y Victorica y se compone de 1 general, 38 jefes, 115 oficiales y sobre 1,660 soldados; la cuarta se encuentra en Misiones, Formosa, Bermejo y Salta y se forma de 1 general, 29 jefes, 90 oficiales y sobre 1,330 individuos; en fin hay un batallón de artillería de plaza en la Isla Martín García.

—¿No tenemos también ejército en la mar? preguntó Pepito.

—Naturalmente, interrumpió Juan, pues bien necesitamos que haya siempre una escuadra por la mar para darnos la voz de alerta, si viniese el extranjero á invadir nuestra Patria.

—Eso mismo, repuso el General, la Escuadra Argentina la forman los siguientes buques: 3 *acorazados* llamados *Almirante Brown*, *El Plata* y *Los Andes*; (1) 6 *torpederas*: *Alerta*, *Centi-*

(1) El acorazado *San Martín* se hallaba en construcción el año 1888; ignoramos si está ó nó construido hoy día.

ueña, Pi, Ferré y los números 1 y 2 de 2ª. clase; *1 torpedero*: el *Maipú*; *4 bombarderas*: *República, Constitución, Pilcomayo y Bermejo*; *3 cañoneras-cruceros*: *La Argentina, Paraná y Uruguay*; *2 trasportes á vapor*: *Villarino y Rosetti*; *10 avisos*: *Argentino, Vigilante, Resguardo, Azopardo, Cornejo, Avellaneda, Guardian, Comodoro Py, Coronel Murature y Talita*; *5 buques menores ó cutters*: *Bahía Blanca, Los Estados, Santa Cruz, Patagones y Piedra Buena*; *3 pontones*: *Patagones, Necochea y Bahía Blanca*; *2 lanchas á vapor*: *Monte León y Fulminante*; *3 vapores de la Escuadrilla del Río Negro*: *Limay, Neuquen y Río Negro*; *2 corbetas*: *Chacabuco y Cabo de Hornos*; *3 vapores de la Escuadrilla de los ríos Alto Paraná, Pilcomayo y Bermejo y son*: *Teuco, Gambetta y Sara*.

En fin, el total de nuestra escuadra se compone de 52 buques, con unos 1900 individuos de tripulación, que se hallan mandados por 1 contra-almirante, 1 comodoro, 21 oficiales jefes, 97 subalternos y 156 individuos del personal técnico.

—¡Oh! interrumpió Juan, además la Patria sostiene una Escuela Naval y Preparatoria y otra de Oficiales de Mar; unos talleres militares para la Escuadra y Tambien un Colegio Militar y una Escuela de Sargentos y Cabos para el Ejército.

—Justamente, afirmó el General, la Escuela de Oficiales de Mar funciona sobre la corbeta *Chacabuco*, y los talleres militares se encuentran en el *Arsenal de Zárate y en el Parque de Artillería*.

Pepito, que había reflexionado sobre las fuerzas militares, exclamó:

—¡Cáspita! 9200 soldados del Ejército, mas 1900 de la Escuadra, hacen un total de 11,100 individuos. ¡Poco me parece esto! ¡Qué sería de nosotros los Argentinos si nos viésemos atacados por uno de esos ejércitos de un millón!...

—¡Oh! interrumpió Juan, lucharíamos, cual los 300 Espartacos que, mandados por Leonidas, intentaron impedir la invasión de Jerxes, que tenía un ejército de mas de dos millones de Persas. Si el enemigo decía para asustarnos: «*Mirad que el número de nuestras bayonetas destumbra y eclipsa al mismo Sol*», los Argentinos contestaríamos como aquellos héroes: «*Mucho mejor, lucharemos á la sombra.*»

—¡Bravo! dijo el general, no se puede esperar menos de los dignos descendientes de los héroes de nuestra Independencia, y de la integridad de la Patria.

—¡Oh, sí sí! exclamó Pepito, tienen Vds. razón, además yo olvidaba que, en caso de ser necesaria la defensa de la Patria, tenemos la *Milicia Nacional*, que se compone de unos 450,000 ciudadanos; de estos, 400,000 están disponibles.

—Eso es, dijo Juan, todos los ciudadanos, desde la edad de 18 años hasta la de 50, estamos obligados al servicio de las armas, para defender la Patria y la Ley.

—Es verdad, apoyó Pepito, y hasta los niños que podamos manejar un fusil, debemos agarrarlo para defender nuestra amada Patria.

—¡Bravo! ¡bravo! dijo el General, con soldados así, yo no perdería ni una batalla.

Al siguiente día partieron y, al cabo de tres jornadas de marcha pasaron entre los Andes y el Río Grande y llegaron al fortín de la 4ª división; y, revistadas las tropas, atravesaron el río Colorado y salieron de la Provincia de Mendoza.

CAPÍTULO VII

VIAJE POR LA GOBERNACIÓN DEL NEUQUÉN

52.—Zarza que cominaba.—Grito de Juan.—Tiro del centinela.—Huida de la Indiada.—Cautiverio de los niños.—Lo que se dice y hace el General.—Proyectos de los Indios.

—Cuando hubieron pasado el río, Pepito exclamó: ¡Cáspita! se diría que aquí confluían dos ríos.

—En efecto, apoyó Juan, son el río Grande y Barrancas, que descienden de los Andes y se arrojan en el Colorado.

—Eso es, repuso el General, y el Colorado separa por aquí la Provincia de Mendoza de la gobernación del *Neuquen*, donde entramos ahora.

Al cabo de otras tres jornadas, caminando siempre por una senda, pasaron cerca de la Sierra de *Barrancas* y llegaron al fortín *Nido del Condor*, donde se alojó el General y escolta para hacer su revista.

Por la noche, después que hubieron cenado, el General se entretuvo extendiendo la nota de su visita, y los niños salieron á dar un paseo por los alrededores del fortín, en vista de que estaba la noche muy templada.

Después, se sentaron sobre el verde césped de una pequeña selva, y les vino á la memoria la terrible noche que pasaron colgados en un árbol.

—¡Caramba! exclamó Juan, lo más prudente será retirarnos luego, porque por aquí se hallan Indios.

—Y si nos sorprendiesen, nos harían cautivos, lo que no nos sucedió, por milagro, con los Indios del *Gran Chaco*, añadió Pepito.

—Sí, sí, vamos al fortín, no sea cosa que tengamos un dis-

gusto, ahora que tenemos la seguridad de ver al tío, dijo Juan levantándose.

—¡Oh! repuso Pepito siguiéndole, lo peor sería que seríamos martirizados y muertos ahora que tenemos la esperanza de unirnos pronto á los queridos papás y hermanitas.

Dicho esto, Pepito, que no separaba sus miradas del fortín, vió con sorpresa que se movía en la oscuridad como una especie de breña y exclamó:—¡Diantre! ó mis ojos me engañan ó hácia el lugar donde está parado el centinela, se mueve una especie de zarza.

Entonces, Juan se fijó y repuso asombrado:—¡Sí, sí se mueve y adelanta hácia el centinela; veamos lo que es!

Dicho esto, adelantaron unos doce pasos y, distinguiendo claramente lo que era, Juan exclamó asombradamente al oído de su hermano:

—¡Oh, sí, sí, Pepito, es un Indio que camina á paso de lobo y rebozado con zarzas, para sorprender al centinela! ¡Oh y lo peor es que detrás sigue la indiada arrastrándose por tierra, como culebras!

—¡Oh, Dios mío, estamos perdidos! ¡Qué va á ser de nosotros! repuso Pepito impidiéndose de llorar.

—¡Sea lo que Dios quiera! interrumpió Juan, ¡primero es nuestro deber de avisar! y reuniendo toda la fuerza de sus pulmones, dijo con un gran grito:—¡Centinela los Indios!....

Al oír este aviso, el centinela, cuyos ojos se le cerraban de sueño, se despertó, echó su fusil al hombro, y disparó un tiro sobre el Indio-zarza que, hallándose á unos cuatro pasos de su enemigo, estaba dispuesto á enristrarlo con su acerada lanza.

Casualmente, como el centinela descargó su fusil, sin saber donde disparaba, el indio no fué ni aún herido; pero, al verse perdido, se desprendió del ramaje que lo hacia parecer una zarza y echó á correr.

Los demas indios se levantaron precipitadamente del suelo, agarraron los niños cautivos y, montándolos en unos caballos, que tenían dispuestos más atrás, huyeron cual flechas, para internarse en una espesa selva, llena de breñas, malezas y espinos, donde podían ocultarse y fortalecerse con gran seguridad.

En el fortín, la guardia alarmada se habia puesto sobre las armas; el General por su parte, salió escoltado á recorrer los suburbios del fortín, con objeto de salvar á los niños, que sabia se hallaban afuera.

Cuando él hubo buscado y llamado por todas partes á Juan y Pepito, que no le pudieron contestar, por hallarse ya cautivos á gran distancia, exclamó con la mayor impaciencia y pesar:

—¡Ira de Satanás, es menester que yó rescate á esas desdichadas criaturas, aunque sea á precio de mi vida! O los indios me los entregan ó los persigo á muerte mientras haya unof job, si yo no les pago ni aún con el sacrificio de mi existencia, la noble acción que acaban de practicar por mi salvación y la de mis soldados!

Entonces el General dejó en el fortín la indispensable guardia y, con el resto de su tropa, partió con la intención de caminar noche y día hasta que hallase la indiada y rescatase los niños.

Los indios se habían propuesto dar muerte al sorprendido centinela, degollar toda la guarnición del fortín que hubieran hallado desprevenida, y despues adelantar hácia los pueblos de la provincia de Mendoza, llevando á cabo el saqueo, el incendio, la muerte y otros hechos vandálicos.

Felizmente, la Providencia procuró los bienhechores niños, que prefirieron el avisar y quedar cautivos, á escapar para salvarse, abandonando los compatriotas en el más grave é inminente peligro de muerte.

53.—Proposición á cambio de libertad.—Juan y Pepito prefieren la muerte.—El martirio.—Sus suplicas á Dios.—Los parlamentarios.—Reflexión y exigencia del cacique.

Mientras que el General perseguía los Indios, durante toda la noche, estos se hallaban muy ocultos y tranquilos martirizando á nuestros jóvenes héroes, en un espeso bosque donde no se podía entrar, sin el peligro de ser lanceado y asesinado, sin ver al enemigo á dos pasos de distancia.

Los niños, pálidos, cual la muerte, eran víctimas del más profundo terror; rodeados de Indios que parecían diablos, dispuestos á torturar dos ángeles, se les amenazaba con todos los martirios imaginables, si no se prestaban á sus criminales proyectos.

Uno de ellos era el ir los dos niños, rodeados de malezas, imitando una zarza, como el Indio que habían visto, y debían caminar seguidos de dos Indígenas que, arrastrándose cual reptiles, habían de sorprender al centinela del fortín *Paso de Indios*, para realizar el plan frustrado en el del *Nido del Condor*.

Para seducirlos, el cacique llamado *Tupi-paj*, les dijo en español:

—Si hacéis esto, os daré la libertad, sinó seréis martirizados y muertos.

Al oír esto, los cabellos de los niños se les erizaron y sin poder contestar una palabra, elevaron al Cielo sus ojitos, suplicando

á la Providencia no les abandonase, y les diese el coraje y abnegacion de sus queridos séres fallecidos, para sufrir todo martirio y rechazar todo proyecto criminal.

Visto este silencio, el cacique *Tupi-pai* mandó torturar á dos niños indios que habian hecho una diablura, al objeto de horripilar á nuestros héroes.

Juan y Pepito se pusieron más lívidos que la muerte, al contemplar el martirio aplicado á los jovencitos indios, cuyos alaridos hacian enternecer á las mismas piedras.

Al ver este desfallecimiento Tupi-paj les dijo imperiosamente:

—Si no hacéis lo que os he propuesto vais á ser más martirizados que estos niños, y despues degollados; ¿qué contestais, sí ó nó?

—¡No lo hacemos! preferimos el martirio y la muerte á cometer un crimen de lesa Patria, dijo Juan con entrecortadas frases y dominando su afición.

—¡Sí, sí, venga el martirio y la muerte ántes que hacer una infame traicion á los compatriotas, apoyó Pepito entre amarros sollozos.

Vista esta resolucion, el cacique ordenó que los atasen de piés y manos y los torturasen.

Al oír esto, con el mayor heroismo, presentaron sus manos y piés, que fueron atados hallándose sentados sobre dos duras piedras.

Hecho esto principió el cruel martirio: les aplicaron ascuas á los piés, les pincharon el cuerpo con alfileres, y les calaron, rudamente en la cabeza, coronas hechas de espinosas zarzas; y en fin, entre todas estas fechorías los escarnecian salvajemente danzando alrededor.

Las tiernas víctimas, á pesar de su sangre fría, no podían impedirse de exhalar algun quejido desgarrador; pero, lejos de maldecir á sus crueles verdugos, elevaban al Cielo sus tristes ojos é imploraban con la abnegación del divino *Mártir del Calvario*:—*¡Perdonalos Señor, pues no saben lo que se hacen!*

Además, invocando los manes* de sus adorados seres, supplicaban con el mayor heroísmo:—¡Oh, Divina Providencia dadnos el ánimo de nuestros queridos abuelitos y papá, para resistir estos crueles sufrimientos!

¡Haced, Dios mío, que seamos pronto sacrificados ántes que convertirnos en traidores de la Patria, por la que damos con gusto nuestra sangre!

En esto, ya se hacia de día; los indios habian sido vistos de léjos por unos soldados exploradores, quienes lo comunicaron al General.

Este, permaneciendo á la expectativa fuera del bosque con el grueso de sus tropas, mandó dos parlamentarios que, pre-

sentándose al cacique, dijeron:—De orden de nuestro General suplicamos á V. nos entregue los dos niños que hizo anoche cautivos; pues, de lo contrario, él perseguirá á V. y á toda su gente hasta la completa destrucción.

Tupi-paj, ordenó entónces no martirizasen más las víctimas, reflexionó un poco, y se dijo para sí: «Si los sacrifico, sobre no sacar nada de bueno, tendré unos enemigos que me perseguirán á muerte á mí y á todos los míos; así es mejor ver si puedo obtener algo por esta caza; y contestó á los emisarios:—Decid á vuestro General que le entregaré los niños cautivos, pero á condición de que me ha de mandar por el rescate lo siguiente: 3 grandes botas de aguardiente por el pequeño, y 6 de buen vino por el mayor.

—Así, no tiene mas que tomarlo ó dejarlo; pues queremos refrescar por el trabajo de traerlos; no olviden decirle al General que, si no manda lo que le pido y nos persigue, podrá recuperar los cautivos, si logra destruirnos, pero le juro por mi salvación y el rabo de Satanás, que no los hallar vivos, sinó degollados; pues, al vernos perdidos, les cortaremos sus cabezas.

Entonces, los comisionados partieron volando á llevar este aviso al General, que esperaba con grande impaciencia y dolor; los jóvenes mártires se tranquilizaron un poco, al haber oído al cacique: ellos pensaron que el General no los dejaría perecer, no solo por 3 botas de aguardiente y 6 de vino que pedían para embriagarse, sinó ni aun por 30 de la primera bebida y 60 de la segunda.

54.—El rescate de los cautivos.—Inmensa emoción.—Por qué resistieron el martirio. — Sentimental plegaria de Juan y Pepito ante un crucifijo.

Cuando los comisionados hubieron comunicado la anterior noticia á su General, éste se dijo:—¡Bravo, por esta bagatela no vale la pena de que yo los ataque, haga derramar sangre, y exponga á los niños á ser degollados; pues mejor que lo dicen lo harían!

Entonces, dispuso una escolta á la orden de un oficial, á quien dijo:

—Vaya V. volando con esta gente al fortín, haga llenar las 9 botas de la mejor bebida que piden y traígalas V. aquí donde espero.

—A la orden de vucencia, mi General, dijo el oficial despidiéndose con el respetuoso saludo de ordenanza.

Este y su piquete partieron á escape al fortín, y llenaron las botas que presentaron después á su superior.

El General mandó á los comisionados que les llevaran el liquido al interior del bosque y trajeran los jóvenes cautivos.

Así, entraron las botas una tras otra y, entonces los Indios con sus hurras de alegría, al ver la ambicionada bebida, desmaniataron los niños y los entregaron á los comisionados, quienes los presentaron á su General más lívidos que la misma muerte.

Cuando Juan y Pepito se vieron rodeados de los compatriotas, se arrojaron al cuello del General, que les había tendido sus brazos y, sin poder pronunciar ni una palabra, comenzaron á llorar de alegría.

Cuando hubieron podido dominar su inmensa emoción, Juan abrazó al General exclamando con entrecortadas frases.

—¡Dios mio! ¡con qué hemos de pagar á V. lo que ha hecho por nosotros!

—¡Justamente, pues si no es por V. morimos martirizados! apoyó Pepito sollozando y abrazándolo á su vez.

—¡Oh, queridos! interrumpió el General, abrazándolos de nuevo. ¡No me habléis de eso que me ofende: bastante pagado lo tenéis con las nobles acciones que habéis practicado por mi sobrino é hija querida; por lo que hizo vuestro papá á quien debo la vida; y, en fin por lo que hicisteis ayer por mí, mis soldados y la Pátria!

—¡Si vosotros no dais la voz de alerta al centinela, éste hubiera sido asesinado sin chistar, y á los demás nos hubieran agarrado desprevenidos y hecho pedazos; y, en fin, hubieran invadido la Pátria, llevando la desolación por los pueblos de la provincia de Mendoza!

—¡Os repito que no me habléis así ctra vez, porque me incomodaré: aun cuando yo sacrificase mis bienes, mi vida y mi familia por vuestro rescate no os pagaría lo que habeis hecho por nosotros y por la Pátria!

Nuestro último proceder ha sido una acción tan noble y magna, que merece escribirse en la Historia Argentina con caracteres indelebles de oro, considerándoos los niños bien hechos de la Pátria que os concederá el título honorables de: *Los Tiernos Héroes del Desierto.*

Entonces se pusieron en marcha para el fortín; los niños enjugándose sus húmedos ojos, sentían una profunda emoción que les dilataba el corazón de alegría, al recordar que sus nobles acciones eran exhalzadas por un ilustre general, distinguido guerrero.

Entonces contaron al General la infame accion que les habían propuesto y el martirio que habían, sufrido por no querer ejecutarla.

—;Oh lo creo bien! exclamó el General despues de oirlos; pero; ¡Dios mio! ¿como habéis resistido?

—;Diantre! interrumpió Juan, porque hemos preferido el martirio y la muerte á tener el reinordimiento de haber sido traidores de los compatriotas y de la Pátria.

Es verdad, apoyó Pepito suspirando, y además porque hemos suplicado á Dios que nos ha asistido é invocado las almas de nuestros héroes queridos.

—;Oh, lo creo muy bien! repuso el General, no se puede esperar ménos de los dignos descendientes de unos bravos héroes de nuestra Independencia.

Despues llegaron al fortin; el General les hizo tomar refrescos para aliviarles del susto y ordenó les curasen unas lesiones.

Por fin, tomaron un bocado y el General dispuso se acostasen en una blanda cama para reparar el sueño perdido, durante la noche de cantiverio.

Al entrar en el aposento hincaron en el suelo sus rodillas ante un crucifijo y, con profundo recogimiento, los niños alzaron sucesivamente sus ojos de la efigie del Redentor al Cielo que se veia por la ventana.

Así elevaron sus almás en una ferviente pleglaria en acción de gracias á Dios por haberles dado la abnegación de sufrir la vea-crucis de los Judas del Desierto, así como su Divino Hijo la sufrió de los de la Judea.

Entonces agarraron el crucifijo y terminaron con estas invocacion:

—;Señor, por la gloria de este *Héroe del Gólgota*, damos por bien empleado cuanto hemos sufrido en nuestro martirio, perdonamos á nuestros enemigos y verdugos, y os damos las mas expresivas gracias por la inefable dicha que sienten nuestros corazones al haber contribuido á salvar nuestros compatriotas de la muerte y á la Patria de una invasion!

Entonces se levantaron, besaron la efigie del Redentor, la dejaron en su puesto, y se acostaron en la cama, donde quedaron tranquilamente dormidos, con el mas dulce y profundo sueño.

55.—Hechos históricos de los distinguidos patriotas Rondeau, Alvear, Barcala, Videla Castillo, Pringles, Rauch y Suárez.

Despues que se hubieron despertado se levantaron, y Pepito agarró su librito sobre los grandes hombres, y al verlo, el General preguntó:

¿De que trata ese librito, querido?

—Pues de los hombres ilustres de la Patria, contestó el niño.

—¡Magnífico! exclamó el General, veamos si nos lees algo, pues á mí me agrada mucho eso, y sé bastante de ellos.

—¡Oh, sí señor sí, contestó Pepito, no deseo otra cosa mejor. Dicho esto comenzó á leer lo siguiente en alta voz:

«Niños, el general don José Rondeau fué tambien uno de los héroes de la guerra de la Independencia.

El se halló á la cabeza del Ejército de la Banda Oriental que le fué entregado por el general Belgrano en 1811.

Rondeau ganó la batalla del *Cerrito* donde le atacó el gobernador de Montevideo, Vigodet, que perdió más de cien hombres.

Este hecho ocasionó la caída de Montevideo que, tuvo lugar el 20 de Junio.

Despues fué remplazado por don Carlos Maria de Alvear, y partió como jefe del Ejército del Alto Perú, en reemplazo de San Martín, nombrado para ocupar la Intendencia de Cuyo.»

—¡Oh! exclamó Pepito, fué pues, un grande hombre; veamos otro,—y comenzó á leer lo siguiente:

«Don Carlos Maria de Alvear sirvió tambien la causa de nuestra Independencia. Llezó al país con el general San Martín á quien ayudó á organizar el cuerpo de granaderos de caballería, que tantas glorias conquistó en Chile, Perú y Ecuador.

Luchó en la batalla del *Cerrito*, mandando como coronel el batallón Dragones de la Patria.

Se hizo nombrar general del Ejército de la Banda Oriental y despues de las tropas del Alto Perú; esta vez los soldados rechazaron su nombramiento por medio de sus jefes.

El 10 de Enero de 1815, fué nombrado Director para completar el período de Posadas, y aceptó el mando contra la voluntad del Ejército y pueblo, que lo detestó por su abusiva dictadura.

Así, el 11 de Abril de 1815, se sublevó en *Fuentezuelas* su mismo Ejército, mandado por los coroneles don Eusebio Valdenegro y don Ignacio Alvarez, quienes derrocaron la dictadura de Alvear.

Este huyó para Rio Janeiro, y se nombró como director á uno de los coroneles sublevados, D. Ignacio Alvarez.»

—Tambien parece que fué un ilustre hombre el general Alvear, exclamó Pepito.

—En efecto, apoyó Juan, más no tiene muy pura su historia por haber ejercido una imprudente dictadura que, en 3 meses, acabó de hartar al pueblo y fué arrojado del poder.

—Efectivamente, queridos, repuso el General, el buen Alvear era vanidoso y orgulloso hasta querer rivalizar con San Martín.

—Bien, interrumpió Pepito, veamos otro; y comenzó á leer:
«Don Lorenzo Barcala fué un militar distinguido de nuestras guerras civiles y de la campaña del Brasil.

Resistió en Jocoli al primer Batallón de Cazadores de los Andes, sublevado en San Juan en 1820.

Luchó en la *Tablada* con el general Paz y en la Ciudadela de Tucumán, donde quedó prisionero de Quiroga.

Se sabe que éste le dijo: «Qué hubiera hecho V. de mí, si me hubiera agarrado;»—Barcala contestó: «Yo lo hubiera fusilado General.»

Como Barcala gozaba de grande influencia en los pueblos del interior, Quiroga trató de conquistarlo para su causa, así como hizo Rosas con Paz.

Después se encargó como de ejecutor de una conspiración tramada entre los prohombres de San Juan y la cooperación de otras provincias, para separarse de la de Buenos Aires, y dejar en ella aislado al tirano Rosas.

Descubierto el plan, el gobierno de Mendoza pidió su extradición al de San Juan.

Este le ofreció seguras garantías; pero después, cometió la fea acción de entregarlo y, el desdichado Barcala fué fusilado en Mendoza, el 1º de Agosto de 1835.»

—¡Diantre! dijo Pepito ¡D os haya llevado á la gloria al pobre Barcala.

- Eso es, apoyó Juan, fué un bravo que no temió al bárbaro Quiroga.

—En efecto, repuso el General, han existido otros que tampoco le temieron, como Videla Castillo, que fué derrotado por Quiroga en las *Catitas* y además el coronel Pringles, héroe de los *Pescadores*.

Este pobre fué víctima de las hordas de Quiroga, cuando tomó á Rio Cuarto y el *Morro* donde incendió y mató con la mayor crueldad.

Además, el coronel Rauch, que obtuvo el triunfo de las *Vizcacheras*, en Marzo de 1829.

Y en fin, entre otros muchos, el coronel Suárez que ganó la victoria de *Las Palmitas*, sobre las montoneras.

¡Oh! dijo Pepito, yo los venero porque han luchado por el bien de la Patria.

—¡Oh, yo también, apoyó Juan, pues se han sacrificado por la Integridad Nacional.

Después, cenaron y se fueron unos y otros á descansar.

CAPÍTULO VIII

NAVEGACION SOBRE EL RIO NEGRO, OCEANO ATLANTICO Y RIO DE LA PLATA

56.—Fortines revistados en 5 dias.—El vapor que parte. — El General se queda el Independiente.— Despedida y partida.—País, fortines y pueblos vistos desde el Río Negro.

Al día siguiente, se hizo en primer lugar una nueva cura á las lesiones de los niños; despues se desayunaron y partieron.

Caminaron sobre la ribera derecha del río *Neuquen*, y entre la cuchilla de lomas que se halla sobre la línea de los fortines.

En unos 5 dias, el General revistó las tropas de los fortines *Paso de Indios*, *Mangrullo*, *Vidal*, *Confluencia* y otros; éste se llama así porque allí confluyen los ríos *Neuquen* y *Limay*; y, por fin, un día despues llegó á la villa de *Roca*, capital de este departamento donde alojó su tropa.

Una vez allí, el General mandó á un ordenanza se presentase en la agencia á preguntar si salía algún buque para Patagones, y le trajo la noticia de que partía el *Constitución* al día siguiente.

Así, llamó á los niños y dijo:—¡Albricias, queridos! mañana parte el vaporcillo *Constitución* donde iréis bien porque os recomendaré al mismo capitán.

—Perfectamente, repuso Juan, no deseamos otra cosa mejor, aun cuando sentimos el separarnos de V.

—¡Oh, qué bien! exclamó Pepito, dando un salto de alegría y abrazando á su hermano; ahora sí que veremos pronto al tío!

—En efecto, apoyó Juan, mas ¿qué haremos ahora del Independiente.

—¡Toma; repuso Pepito, pues que se lo quede don Emilio.

—Es verdad, interrumpió Juan, no había pensado en eso.

—¡Oh, eso jamás! replicó el General, yo me lo quedaré para evitaros la pena de perder tiempo buscando comprador; pero, será á condición de entregaros su justo valor ó lo que os costó.

Así decidime ¿cuánto os ha costado el caballo y la montura?

—¡Diantre! interrumpió Pepito; pues 20 el caballo y 5 la montura, 25 pesos fuertes.

—Bien, repuso Juan, mas no queremos cobrarle ni un peso.

—Ya os he dicho que eso jamás, replicó el General, vosotros sois unos pobres niños y lo necesitáis mucho más que yo; así, aquí teneis 25 que os costó todo, y 5 más por los cuidados que habéis prodigado al bravo Independiente: pues, á decir verdad, se diría que ha engordado desde que se halla á vuestro servicio.

Entonces, entregó á los niños los 30 \$ fuertes que no querían recibir, mas les obligó á tomarlos introduciéndolos en el bolsillo de la chaqueta de Juan, y le dieron las más expresivas gracias.

Así, pasaron el día muy divertidos y, á la siguiente mañana, los niños, provistos de sus paquetes de viajeros, fueron acompañados hasta el puerto por el mismo General.

A la hora de partir, el General los abrazó diciendo:

—Que llevéis feliz viaje, queridos, y que halléis bien al tío á quien daréis mis recuerdos; en fin os ruego me escribáis vuestra llegada.

—Muchas gracias, quedará V. servido, repuso Juan, y que viva V. muchos años en compañía de su adorada familia.

—Eso mismo, apoyó Pepito, y para bien de sus subordinados y de la Patria.

—Gracias, queridos, interrumpió el General, y dando á Juan una carta añadió:—Entregarás esta cartita al capitán del buque á quien hablé ayer; y, además, aquí tenéis los boletos de vuestros pasajes.

—Perfectamente, repuso Juan; y, dándose el último abrazo, subieron al buque, que dejaba oír su último aviso con un largo silbo.

Al momento el vapor partió y se dirigieron el último adios con sus pañuelos y sombreros, quedándose unos y otros muy tristes.

Después, entregaron la carta al capitán del buque, que les dijo:

—Perfectamente, seréis bien servidos basta la persona que os recomienda á quien estimo mucho.

Así, una vez que los niños hubieron dejado los paquetes en su cámara, se pusieron á contemplar el paisaje.

—¡Oh, Dios mío, cuán despoblado está todo este territorio! observó Pepito.

—En efecto, apoyó Juan, al Sud de este río Negro se halla la Patagonia y al Norte, la Pampa, cuyos habitantes son casi todos Indios.

—Así, ellos se distrajeron, ya leyendo, ya contemplando el país. Por babor vieron los departamentos de la Gobernación de la Pampa que se hallan entre el río Negro y el río Colorado y por estribor, observaban los de la gobernación del Río Negro, pertenecientes á la Patagonia.

Contemplaron tambien los fortines *Chichonal*, *Chilfloro*, *Chimpay*, *Avellaneda*, *Choel-Choel*, *Negro Muerto* y *Conesa* que estan sobre la ribera izquierda del río Negro, y además el pueblecito *Guardia Nueva*.

Por la ribera derecha, vieron el fortín *Castre*, las colonias *Aguirre* y *Murga* y la de *Frias*; los pueblitos *Cubanca* y *San Javier*, y además *Mercedes* ó *Biedma*, villa importante y capital de este departamento y en fin, la isla *Choel-Choel* y dos islotes más: uno al Este y otro al Oeste.

Cuando hubieron llegano á *Biedma*, Pepito preguntó con ansia:

—Dígame V. señor capitán, si gusta, ¿cuándo llegaremos á Patagones?

—Dentro de unas dos horas, si no hay novedad, le dijo el capitán.

—Gracias, repuso Pepito y, abrazando á su hermano, añadió:

—¡Oh, que bien, Juan! dentro de dos horas llegaremos á Patagones.

—En efecto, apoyó su hermano, así es menester arreglemos nuestro equipaje para poder saltar pronto á tierra y abrazar á nuestro amado tío.

57.—Llegada á Carmen de Patagones.—Reconocimiento del tío.—La recepción en el puerto.—Grande entusiasmo.—Amor y abnegación que se ofrecen tío y sobrinos.

Los niños se pusieron á liar sus equipajes y, hecho esto, se colocaron sobre babor contemplando el paisaje, al objeto de ver si se destacaba el pueblo de llegada en la inmensidad del horizonte visible.

Momentos despues, Pepito dió un salto de alegría y exclamó:

—Mira, mira, Juan, aquella población debe ser *Patagones*.

—En efecto, apoyó Juan, es *Carmen de Patagones*.

—¡Oh, que dicha de hallar al tío! interrumpió Pepito, arrojándose al cuello de su hermano.

—Efectivamente, afirmó Juan ¡gracias á Dios que vemos nuestro deber cumplido, despues de haber dado *la vuelta á la República Argentina!*

En esto, el vapor *Constitución* se iba aproximando al puerto y á medida que acortaba su distancia, los corazoncitos de los niños, colmados de inmensa emoción, redoblaban con más violencias sus palpitaciones.

Al llegar al antepuerto, se arrojaron anclas, el buque paró y se echó la escala para descender.

Entonces, los niños, provistos de sus paquetes de viajeros, se despidieron del capitán á quien dieron las gracias por el buen trato recibido y descendieron á la lanchilla que iba á llevarlos á tierra.

Los niños pagaron por ello los centavos convenidos, y se pusieron á contemplar un grupo de individuos que esperaba en el puerto.

Pepito, que no quitaba la vista del grupo, destacó un hombre que miraba con impaciencia hácia la lancha y dando un golpe con sus manos exclamó frenético de alegría:—¡Mira, mira, Juan, ó es aquel nuestro tío ó ya no está en el mundo!

Juan se fijó en el citado individuo y afirmó con entusiasmo:

—¡Sí sí Pepito, él es, el hermano de nuestro malogrado papá: su barba, musculatura y estatura son idénticas!

En esto, la lanchilla llegaba á tierra, y al ver que el citado individuo se aproximaba hasta los bordes del agua, los niños reconocieron con toda seguridad que era el anhelado tío que se aproximaba á recibirlos abriendo ya sus brazos.

—¡Tío de mi corazón! gritó Pepito, dando un fuerte salto que hizo oscilar la lanchita, que acababa de pararse, por que había tocado el desembarcadero.

—¡Gracias á Dios que tenemos la dicha de hallar á V! añadió Juan, al mismo tiempo que saltaban á tierra y se arrojaban entre los tendidos brazos del tío.

—¡Queridos míos! exclamó él besándolos y estrechándolos contra su emocionado corazón.! Cómo me habéis conocido, cuando tanto me he desfigurado por las desgracias sufridas?

—¡Oh! interrumpió Pepito con sus ojitos humedecidos de júbilo. V. se parece tanto á nuestro papá, que hemos pensado era él mismo!

—El tío abrazó y besó de nuevo á los niños, diciendo:

—¡Oh, queridos niños, en adelante no le parecere solo por

mi cara, sino también por mi corazón que os amará como él, basta que hayáis quedado huerfanitos desheredados!

—¡Oh, así lo suponemos, querido tío! exclamó Juan, si antes nos amaba V. mucho, ahora nos amará más.

—Justamente, interrumpió Pepito, nosotros queremos á V. más que ántes, considerando á V. como nuestro papá.

—Eso mismo, queridos, repuso el tío, desde hoy viviremos como un buen padre y dos hijos; así, podéis contar en mi paternidad adoptiva hasta con la sangre de mis venas.

—¡Oh! repuso Juan, V. hallará en nosotros el amor, sacrificio y abnegación de unos verdaderos hijos.

—¡Es verdad! apoyó Pepito ¡seremos el báculo de su vejez!

—¡Lo creo, amados míos! terminó él besándolos y abrazándolos por tercera vez,

58.—Lo que pensaba Pepito.—La comida en familia.—La inesperada y grata carta de Rosita para Pepito.

Entonces se dirigieron al domicilio y Pepito que iba agarrado de la mano de su tío, levantaba su cabeza con aire de satisfacción y, mirando á los niños de Patagones que hallaba, pensaba:

—¡Oh, también yo tengo, como vosotros, un tío que me sirve de papá, casa y además otros papás y hermanitas que pronto veré y abrazaré.

Una vez que hubieron llegado al domicilio, tío y sobrinos comieron con el mayor entusiasmo al verse reunidos en familia.

Durante la comida, los niños contaron al tío toda la larguísima odisea: contrariedades, episodios trágicos, comicos etc.

Esto maravilló extraordinariamente al buen tío quien, al al oír el encuentro de los papás adoptivos, exclamó levantándose:

—¡Caramba! no recordaba, aquí hay una carta que recibí ayer y viene dirigida á tí, Pepito; por el sobrescrito se comprende que está escrita por un niño ó niña: tiene que ser de los papás ó hermanitas que decís.

—¡Oh, debe ser de nuestras hermanitas, interrumpió Pepito.

—O de los papás, que viene á ser lo mismo, repuso Juan.

—En fin, tómala Pepito, añadió el tío entregándosela.

Pepito la tomó y al ver el sobrescrito, dió un saltito sobre la silla y exclamó:—Sí, sí lo que yo pensaba: es de nuestra

hermana Rosita, y rompiendo el sobre, añadió, veamos lo que dice de los papás.

Entonces comenzó á leer en alta voz lo siguiente:

«Estancia de la Magdalena, 12 de Junio de 1881.

Queridos hermanos: Recibimos vuestra última en la que nos comunicábais las dos fatales contrariedades: una en la Estancia de Tortugas y otra en Jujuy.

Estas desdichas y la enfermedad de la tía nos hicieron arrojar abundantes lágrimas; pero nos consolamos al recuerdo de que tenáis la esperanza de hallar los tíos, y regresar con ellos á esta vuestra casa.

Desgraciadamente, vuestra tardanza en escribir la llegada y encuentro de los tíos, nos hace sospechar otra contrariedad, que nos atormenta mucho.

Los papás me encargan os repita pidáis la plata que necesitáis para regresar vosotros y vuestros tíos, y que no useis de esa exagerada probidad; pues, cuanto tenemos, os debemos por habernos salvado la vida dos veces, á Aurora y á mí.

Decid á los tíos que aquí se podrán dedicar á la ganadería ó á la agricultura, con ventajas que los papás no han concedido á ninguno.

Cuanto á tí, Pepito, ya sabes que papá dijo á Juan se te costearía una de las mejores carreras que quisieras seguir.

Cuanto á Juan los papás le ofrecen lo mismo, si no tiene vocación por la ganadería ó agricultura; ellos no desean siga el oficio de albañil, por que nada progresaría y estaría expuesto á morir terriblemente como vuestro malogrado papá legítimo.

Solo me resta suplicaros contestéis sin pérdida de correo, para salir de penas, sinó nuestra amargura será inmensa é interminable.

Entre tanto, quedamos suplicando á la Divina Providencia vuestro feliz regreso; mil recuerdos á los tíos de los papás y Aurora de quienes recibiréis mil abrazos y disponed de vuestra hermana que os ama —*Rosita Hernández*.

Post-data.—Pepito, me dispensaréis de mi incorrecta letra, pues es debido á que esta carta es la primera que escribo en mi vida; pero, no obstante, con mi aplicación, espero poderla trazar pronto bien, según dice á los papás nuestro amado Preceptor, que tambien se acuerda de vosotros.—Vale».

59.—Recto juicio que el tío formó sobre los papás adoptivos.—Juan ofrece su plata para el viaje.—Sorprendente carta del excoasociado de Jujuy.

Terminada la lectura, Pepito exclamó conmovido hasta las lágrimas:—¡Oh, Dios mío, queridos papás y hermanitos, cuantas amarguras sufrís por el cumplimiento de nuestro deber!

—En efecto, apoyó el tío, veo que os aman como si fueseis verdaderamente hijos; la carta no puede estar escrita con más afección paternal y fraternal.

—¡Oh, eso sí! añadió Juan, y entregando al tío otra carta, continuó:

—Vea V. esta otra que nos mandó la hermana Aurora en nombre de los papás: en ella se suplica lo mismo.

Desques que el tío la hubo leído, repuso con emoción:

—No me cabe duda, queridos, no solo os aman como hijos sinó que además desean ardientemente hacer vuestra felicidad. Yo, que os amo bien, no quisiera la perdieis por mí; pues, aun cuando no suplicasen que yo fuese os mandaría con ellos, en vista de que soy un pobre arruinado que solo puedo hacer procuraros un pedazo de pan, que gano trabajando ruidamente.

Por esto solo iría con mucho gusto ahora mismo con vosotros, y tambien porque me agradan los ofrecimientos que me hacen para dedicarme á la ganadería; pues fatalmente es menester que esperemos algún tiempo, porque hoy no tengo todo el dinero que se necesita para el pasaje de los tres.

Entonces, Juan sacó toda la plata que llevaba y entregándola á su tío dijo:—Y bien, ¿no tendríamos bastante con estos 40 ps. fts., fruto de nuestro trabajo y de nuestras economías?

—Sí, sí tío, apoyó Pepito, además tenemos más plata entre el forro de mi chaleco, donde mamá la puso; y, para obligarnos á llevarla, solo nos dijo que era un hada.... pero Juan no la quiere tocar y desea devolvérsela intacta.

—Justamente apoyó el tío, eso es lo que se hace, Juan. Cuanto á vuestros 40 pesos tampoco quiero tocarlos, sinó guardarlos, basta que los habéis ganado con el sudor de vuestro rostro y son vuestras economías.

Por otra parte, á mí me prestarían lo que necesitamos; pero, no quiero molestar á nadie, porque tengo la esperanza de obtener pronto, con mi trabajo, el importe de nuestros pasajes; entónces os prometo que partiremos.

—Bien, repuso Juan, yo ayudaré á Vd. á ganar lo que pueda, mas, tenga V. la bondad de guardarme la plata..

—Yo tambien ayudaré á lo que pueda para ganar plata, añadió Pepito.

—Así lo supongo, queridos, dijo el tío; yo te guardaré, Juan. tus economías, como deseas, y el hada.... dejadla donde se halla.

En esto, entró el cartero y entregó una carta al tío quien, al ver el sobrescrito exclamó: ¡Diablo! es de mi ex coasociado de Jujuy ¡qué querrá de mí este desdichado!...

—¡Diantre! interrumpió Pepito; puede ser le mande á V. la plata que perdió en sus manos!...

—En efecto, apoyó, Juan, precisamente nos encargó dijéramos á V. que, tan pronto como tuviese plata; le abonaría todo en seguida; además, añadió que ponía mucho á la lotería; pero que, aun cuando no la ganase, por abí tenía la esperanza de obtenerla con alguna herencia ó con el sudor de su rostro.

¡Oh, que bueno sería que hubiese obtenido el premio mayor de la lotería y mandase la plata! interrumpió Pepito.

—¡Oh, querido! repuso el tío, no es muy fácil que eso suceda; lo que se pierde tarde se recupera; en fin veamos lo que dice.

Entonces rompió el sobre y comenzó á leer para sí lo siguiente:

Señor don Julio Rivadavia.

Jujuy, 15 de Junio de 1881.

Muy señor mío y amigo: Tomo la pluma para comunicaros la noticia mas grata que puedo dar en mi vida: acabo de ser agraciado con el premio mayor de la lotería nacional de *Montevideo*.

Mi alegría es tanto más inmensa, cuanto que, me considero el hombre más feliz de la tierra, no por la fortuna que he ganado, sino por tener la dicha de poder pagar todas mis deudas, y ver así, reabilitado mi nombre, firma y honor en todo el orbe comercial.

Así, como sois el más pobre de todos mis acreedores, me apresuro á mandaros la adjunta letra por valor de pesos fuertes 2.500 á cargo del *Banco Nacional* donde los podréis cobrar.

Os mando 500 pesos más para indemnizaros de los réditos y demás pérdidas que habéis tenido por mi fatal bancarota ó quiebra.

Solo me resta suplicaros me dispenséis de los disgustos que os ocasionó mi ruina; entre tanto, mis afectos á la esposa y sobrinos y disponed de mí en todo cuanto os pueda ser útil.

Claudio Gómez.

P. D.—Os mando los recuerdos para los sobrinos; porque supongo se hallarán con vosotros; pues, cuando llegaron á ésta

con objeto de estar en vuestra compañía, yo les comuniqué mi catástrofe, y las buenas ideas que me animaban, como os lo habrán dicho. Además, les dí vuestra dirección, hácia donde partieron, según me dijeron.—Vale.

**60.—Entusiasmo producido por la carta de don Claudio.
—Milagro llovido del Cielo.—Resolución que hace tomar al tío.—Propósito de Pepito.—Preparativos de marchá.**

Cuando hubo terminado de leer la carta, don Julio exclamó:
—¡Oh, Dios mio! ¿qué es esto? ¡sí me parece un sueño!

—¡Diantre! ¿Qué sucede? interrumpió Pepito. ¡Le manda á lo ménos la esperanza de cobrar!...

—¡Oh, la esperanza, no: es la plata! repuso Juan que había visto la letra dentro del sobre todavía.

—¡Oh, Divina Providencia, es posible eso...añadió Pepito.

—Sí, queridos, sí, repuso el tío lleno de emoción ¡tomad, leed la carta; esto es un milagro como llovido del cielo; sino lo viese no lo creería!

Juan leyó la carta y despues la entregó á Pepito, y se abrazó á su tío, diciendo:—¡Al fin, querido tío, la Providencia recompensa en algo sus desgracias!

Una vez que Pepito la hubo leído, se colgó al cuello de su tío y exclamó:—¡Oh sí, tío, Dios principia á premiar nuestra constancia y abnegación por el cumplimiento de nuestro deber.

—Efectivamente, amados míos, añadió el tío, la Divina Providencia protege siempre la virtud; así, desde que habéis entrado en casa todos los dones del Cielo llueven sobre nosotros.

Mas ¡oh! continuó él, me manda recuerdos para vuestra tía, ignorando que ha fallecido ¡Pobre Antonia!...

¡Cómo ha de ser! ¡cuando Dios se la ha llevado sería su hora! así es menester conformarnos con sus designios!

—Es verdad, interrumpió Juan, no nos queda mas remedio que encomendarla á Dios en nuestras oraciones.

—Justamente, repuso Pepito, suplicándole la tenga en la gloria.

—Pues bien, queridos, continuó el tío, las cosas nos han salido mejor que podíamos desear y, en vista de esto, vamos á disponer nuestro viaje.

En primer lugar, iremos á Buenos Aires donde cobraremos la letra y despues partiremos para la estancia de la Magdalena.

Allí, vosotros estaréis unidos á las hermanitas y-bajo la pro-

tección de los papás adoptivos, quienes harán vuestra felicidad; yo estaré á vuestro lado y, con la plata que cobraré, compraré una majadita de ovejas, unas vacas y potrillos y me dedicaré á la ganadería.

De todos modos, aunque me arruine de nuevo como en la agricultura y el comercio, me quedará la satisfacción de que habré obrado bien, llevandos allá donde conseguiréis vuestro bienestar.

—Así lo creemos, tío, dijo Juan; pues, nuestra gratitud para con V. será eterna por el bien que desea procurarnos.

—Eso mismo, interrumpió Pepito, muy contento, y yo le cuidaré á V. las ovejas, las vacas y los potrillos.

—¡Oh, Pepito, exclamó el tío, tú tendrás bastante trabajo con ir á la escuela y aplicarte en cuantos conocimientos necesitas, para ser un hombre instruido y útil á la humanidad y á la Patria.

—Es verdad, apoyó Pepito, mas cuidaré los animales cuando me halle vacante, á fin de aprovechar el tiempo. Así, añadió él, voy á escribir á los papás nuestra llegada y partida para esa.

—¡Oh! no tenemos tiempo, interrumpió el tío, escribirás en la mar y la echarás en Bahía Blanca, donde hará escala un buque que parte mañana.

Hoy tenemos que correr para deshacernos del mueblaje de la casa; para evitar gastos solo llevaremos la ropa y las camas.

Entonces, el tío partió con los niños á despedirse de sus conocidos y amigos, que le compraron todos los muebles; por la noche, vió el capitán del buque en que habían de partir y les ofreció viaje económico que el tío aceptó, diciendo á los niños:

—Albricias, queridos! el capitán me ha ofrecido pasaje gratuito para los tres á condición de que yo trabaje de mi oficio y que tú, Juan ayudes un poco á los camareros. Lo harás ¿no es así?

—¡Oh, sí! interrumpió Juan, no deseo otra cosa mejor.

—En efecto, apoyó Pepito dando un salto, yo tambien ayudaré á servir á la mesa, á fregar los platos, á bárrer y á todo lo que pueda hacer.

—Así lo supongo, querido, añadió el tío abrazándolo; así, vamos á casa y liaremos nuestra ropa.

En efecto, se fueron al domicilio, dejaron arreglados sus paquetes de ropa y se acostaron.

Al amanecer del siguiente día, se levantaron y se arreglaron; liaron sus colchones, y ataron las camas que embarcaron con sus paquetes de ropa.

Despues, entregaron al propietario la llave del domicilio, cu-

ya mensualidad se hallaba ya pagada; se despidieron de él y entraron á tomar un desayuno en una fonda.

Restauradas ya sus fuerzas, el tío pagó el gasto y partieron con grande alegría de los tres al puerto, donde se embarcaron en el vapor *Esperanza*, que estaba para darse á la vela el 20 de Junio de 1881.

61.—Partida en la nave La Esperanza.—Ultima victoria de la guerra del Brasil en el río Negro.—Impresión que recibió el niño Bartolomé Mitre.—Temporal y avería.

Después de los silbidos de costumbre, la nave *La Esperanza* partió en dirección á Buenos Aires; el tío se puso á trabajar á su oficio de herrero mecánico; Juan comenzó á prestar su ayuda á los camareros, y Pepito á contemplar el paisaje por todos lados, y esperando le mandasen algo.

Cuando llegaron al islote que hay en la desembocadura del río *Negro*, el tío se aproximó á los niños y dijo:

—No os recuerda algun hecho glorioso esta rompiente?

—¡Diantre! interrumpió Pepito, este islote me recuerda las gloriosas victorias que obtuvimos en la guerra del Brasil.

—Justamente, apoyó Juan, sobre esta rompiente se hizo pedazos y se fué á fondo la corbeta *Duquesa de Goya*. Esta venía acompañada de la corbeta *Itaparica* y del bergantín *Escudero* y goleta *Constancia*, con 35 cañones y unos 650 marinos brasileiros, que entraron por aquí para invadir la Patria.

Felizmente, los cuatro barcos de guerra se rindieron á los buques corsarios de nuestra Patria, y á las milicias de tierra.

—Eso mismo, añadió el tío, los habitantes de Patagones se armaron y rechazaron la invasión. Entre ellos se hallaba el padre de nuestro general Mitre, que se impresionó mucho al ver armarse al autor de sus días, en defensa de la Patria.

Este recuerdo glorioso se le grabó en el corazón, inspirándole el amor y sacrificio que debemos á nuestra República Argentina.

—Sí, sí, interrumpió Pepito, he leído su gloriosa historia y tendría el gusto de verlo en Buenos Aires.

—Hombre, dijo el tío, ya veremos, preguntaremos en la redacción de su ilustrado periódico *La Nación* y, si está en ella me parece que no se negará á ello, porque él ama los niños de la Patria, y además os mostraría su grande imprenta y administración.

—¡Oh! interrumpió Juan, no desearía otra cosa mejor que ver y saludar á este ilustre hombre.

—Yo tambien, añadió Pepito y le suplicaría me enseñase su histórico Kepis, al que debe la vida.

—En efecto, repuso el tío, y os lo mostraría con gusto; pues sé que lo guarda como una santa reliquia:

De-pues, Pepito exclamó:—¡Diablo! aquí las aguas son muy cristalinas y azuladas-

—En efecto, interrumpió Juan, acabamos de salir del río Negro y entramos en el Océano Atlántico.

—¡Oh me alegro mucho! contestó Pepito, ahora tendremos el gusto de poder contar que hemos navegado por la mar.

—Naturalmente, repuso Juan, y despues de haber viajado por cuatro caudalosos rios y dado la vuelta á la República Argentina.

Así fueron caminando sin novedad hasta llegar á la Bahía de Todos los Santos, donde fueron sorprendidos por un temporal.

El violento viento agitaba furiosamente la mar y hacía oscilar extraordinariamente el buque, con peligro de estrellarse sobre la isla de Gama.

Los marinos se pusieron á sus maniobras recogiendo velas y demás para conjurar el peligro.

De repente se oyó uu gran ruido, como si se hubiese estrellado *La Esperanza* sobre una roca.

Pepito horrorizado cayó por el suelo exclamando:—¡Oh Dios mio, qué es esto! ¡somos perdidos!

—No temas, dijo Juan, levantándolo, no es más que el extremo de un mástil que se ha roto; pero, felizmente lo van á componer entre el tío y otros obreros.

En efecto, carpinteros, mecánicos y demás gente técnica de lá tripulación prestaron apresuradamente sus servicios; en unos momentos repararon el daño y, dichosamente, desapareció todo peligro

Horas despues, el viento se paralizó, los niños y demás gente de la tripulación se calmaron al ver conjurado todo naufragio, y hallándose muy separados de la *Isla de Gama*.

Entónces, encontrándose frente á las bahías *Anegada* y *Unión*, los niños dieron gracias á Dios por el peligro de que se habían salvado y Pepito dijo:—¡Diantre! es menester escribir á las hermanitas.

—En efecto, apoyó Juan, ahora mismo que está tranquilo el mar puedes hacerlo; por mi parte, voy á escribir nuestra llegada y partida al general don Emilio, que tanto nos ha protegido, procurándonos nuestra salvación al hallarnos cautivos de los Indios.

—Eso mismo, repuso Pepito; así, al llegar á *Bahía Blanca*, no tenemos mas que echarlas al correo.

Así, provistos de los efectos de escritorio, que les procuró el

tío. los niños se pusieron á escribir su correspondencia epistolar.

Juan, que escribió primero su breve carta, se apresuró á dar á Pepito algunas instrucciones sobre las cosas de la mar, para que pudiese comunicar á las hermanitas Aurora y Rosita, algunas de las maravillas del Océano Atlántico.

**62.—Afectuosa carta que Pepito escribe á Rosita.—
Perspectiva de la mar.—Sus bellas cosas.—Salida del Sol.—La Luna.—Las molestias en un buque.—Lo que prefería Pepito.**

Pepito terminó de escribir despues su carta que decia así:
«Carmen de Patagones, 22 de Julio de 1881.

Queridas hermanitas: Hemos recibido vuestra grata que nos ha colmado de alegría al saber os halláis buenas en compañía de los papás.

Mas ¿no sabéis Rosita donde la hemos recibido? Pues en Cármen de Patagones á donde habia ido el tío, quien la recibió un día antes de nuestra llegada. Esto os parecerá extraño, pero es la pura verdad. Vuestra carta dirigida á los baños, la mandaron á la miua de Uspallata donde Juan había trabajado y, como aquí no nos hallábamos, la mandaron á Patagones.

Parece chocante que los empleados de correos se hayan dado tanta pena por un pedacito de papel; pues si no lo hubiera visto no lo hubiese creído.

Ahora pensaréis ¿cómo no cito la tía? ¿dónde habrá quedado? ¡Oh, Rosita, la pluma se me resiste á decirlo! ¡Pobrecita tía, cuande llegamos á los baños, nos dijeron que hacia 15 dias que había fallecido: hé ahí por qué os escribo en carta de luto. Nosotros la hemos llorado, pero nos ha sido forzoso el consolarnos, encomendándola á Dios, y conformándonos con sus designios, que son los que más nos convienen.

Hemos sentido mucho la pena que habéis pasado por nosotros al no haberos contestado pronto; mas esto, como podéis comprender, no fué por culpa nuestra, sinó porque desdichadamente no hallamos al tío, como os he dicho y preferimos no escribir, para evitaros nuevos disgustos, hasta que llegásemos á Patagones, donde teníamos la seguridad de hallar al tío á quien escribimos y nos contestó.

El que ha leído vuestras dos cartas se ha alegrado mucho del bien que nos desean los papás á quienes venera, á pesar de no conocerlos.

Hallándonos sobre mesa, el tío explicaba las dificultades que

teníamos para el viaje y nos prometía el ir cuando tuviese ahorrada la plata necesaria, pues él no creía prudente pedirla ni tomarla prestada.

Entónces, se ha presentado la coincidencia feliz de recibir carta del ex coasociado de Jujuy, incluyéndole una letra de pesos fuertes 2.500 sobre Buenos Aires, en pago de la deuda que le debía al quebrar.

Visto esto, el tío ha dispuesto el viaje y, para colmo de felicidad, lo hemos obtenido sin ningún gasto: solo á cambio del servicio que el tío y Juan prestan, durante la travesía, en la que nos hallamos.

Mas ¿no sabéis, Rosita en dónde os escribo?—No; jamás lo adivinaríais. Así voy á decíroslo: os escribo en alta mar en el *Océano Atlántico* y sobre el puente del buque llamado *La Esperanza*.

—¡Oh, hermanitas! no os figuraréis lo que es la mar ¿no es así? Pues bien, voy á explicaros algo de lo que veo.

En alta mar, no se vé sino una inmensa circunferencia de agua cuyos límites visibles parecen tocar á los cielos.

Las aguas, unas veces están tranquilas, como una balsa de aceite, y otras se agitan formando grandes olas que, al estrellarse sobre el buque, se deshacen y convierten en torbellinos burbujantes de blanquísima espuma, que se deslizan sobre las aguas, cual si fuesen nítidos montículos de nieve.

El buque, cual cascarilla de nuez, se conmueve todo y parece un punto negro perdido en la inmensidad. Lo chocante es que, cuanto más camina, tanto más parece hallarse en el centro de la circunferencia á cuyo alrededor solo se vé por todas partes cielo y agua.

Al aproximarse otra nave, lo primero que se vé es la cúspide de los mástiles, despues las velas y en fin el casco; y, al alejarse sucede lo contrario.

Esto es debido á la curvatura ó redondez de la tierra, según nos han enseñado en la escuela y lo creo así, porque no es posible de otro modo.

También se ven aves acuáticas sobre las olas, grandes peces y en fin, hasta bandadas de otros, como sardinas, que salen y entran en el agua volando lo mismo que pájaros y por esto se llaman *peces voladores*.

La salida del Sol es más majestuosa que en la tierra: á la aparición de la aurora las aguas se enrojecen como el Cielo; despues aparece el Sol cual inmenso globo de fuego que saliese de entre las olas y, por la tarde, al ponerse, se diría que se sumerge en la már para tomar un baño.

Por la noche, la Luna imprime en la mar, á lo largo de su

curso, una inmensa faja plateada que brilla como un espejo bañado por el Sol.

Tal vez pensaréis: «¡Oh Pepito debe ser feliz al ver esas cosas!» mas nada de eso, pues aquí se sufren grandes contrariedades. En primer lugar, uno se marea y vomita, como yo el otro día. Los marinos decían: «Eso no es nada, amiguito, solo el mareo» mas yo sufría; despues, cuando la mar está agitada uno cae por el suelo, como un borracho, y las gentes aun se rien en lugar de darle á uno la mano; al ir á beber, la oscilación del buque le hace arrojar por la camisa y el cuello, el agua ó vino; y, en fin, uno está espuesto á tempestades, como la que sufrimos ayer, así hermanitas, pedid á Dios no haya más tempestades; los marineros dicen que son ahora frecuentes.

Así, á pesar de ver estas cosas notables, preferiría hallarme ya á vuestro lado cuidando las ovejas, donde se corre sin peligro por el campo y se disfruta de la felicidad de vivir en familia, bajo la protección de los papás.

Sin más, recuerdos á los papás de Juan y el tío, mil abrazos á Aurora y disponed de vuestro hermano, que pronto os abrazará.—*Pepito Rivadavia.*

P. D. Dispensad de mi garabateada letra, pues es la oscilación del buque la que me ha hecho trazarla mal, bien á pesar mío.—Vale.

63.—La tempestad.—Choque de la nave.—Horror de Pepito.—La salvación en la lancha.—Destrozo del buque.—El vapor Esperanza se vá á pique.

Una vez escrita la carta, Juan la leyó y dijo:—Está muy bien; así colócala en un sobre, pon la dirección y dámela para que yo la guarde en mi cartera con la del General.

Pepito hizo lo que su hermano le indicó y después le entregó la carta para que la guardase hasta Bahía Blanca.

Al llegar á media noche, frente á la bahía *Brighthman*, Pepito se despertó con gran sobresalto al oír los marinos que corrían por cubierta gritando fuertemente.

Además, oyó el estruendo de los truenos, el silbo del huracán y el rugido de las olas.

—¡Oh Dios mio! exclamó él ¡tenemos otra tempestad! y llamó:

—¡Juan, Juan! ¡Oh, debe ayudar á los marineros!

Entónces, él trató de levantarse, pero el buque dió una gran sacudida que lo arrojó sobre el suelo.

Se levantó y apoyándose sobre un pasamanos, pudo llegar hasta cubierta en busca de su hermano.

Entonces, un relámpago lo cegó al extremo de obligarle á cerrar los ojos, y un terrible trueno lo estremeció y confundió el rugido de las encrespadas olas, que saltaban á cubierta.

De repente, un terrible crujido se hizo oír; la nave tembló desde los mástiles hasta la quilla y el pobre Pepito recibió otra gran sacudida, que lo arrojó otra vez sobre cubierta: el navio acababa de estrellarse contra una punta de bahía *Falsa*.

Así se hizo oír á bordo una serie de gritos ahogados por los silbidos del huracán y el bramido de las olas y de los truenos.

Pepito horrorizado comenzó á gritar:—Juan, tío, Juan, tío...

Entonces, su hermano lo agarró y estrechándolo contra su corazón, dijo:—No temás Pepito, el tío ayuda para salvarnos.

—¡Oh, hermano mio, no me abandones! suplicó Pepito.

—¡Oh, jamás, ántes pereceré yó! le dijo Juan.

En efecto, el bravo muchacho tenía la misma sangre fría que la noche del incendio al salvar á las hermanitas. Había ayudado á los marinos; pero, al ver el buque perdido, solo pensó en su hermanito; así apoyado contra un mástil lo tuvo en brazos para impedir que las olas le azotasen las piernas.

El violento choque recibido por la nave, había abierto sobre babor una gran grieta, por la que entraba borboteando un torrente de agua en el casco.

Vista toda esperanza perdida, el capitán grito:—¡Lancha al agua y salvemonos como podamos!...

Al resplandor de los relámpagos que enrojecían las aguas y fragor de los truenos, los marineros se apresuraron á desatar la lancha de salvamento; pues, la nave se sumergía cual si una fuerza poderosa le hiciese descender al fondo del Océano.

Una vez la lancha dispuesta, todos se apresuraron á ocuparla.

El tío de los niños que había montado de los primeros, tendió sus brazos hácia Juan, diciendo:—Entrégame á Pepito.

Juan que lo tenía todavía en sus brazos lo entregó al tío y se embaicó á su vez.

Después que todos hubieron embarcado, la lancha quedó llena de náufragos que, con gran dolor vieron sumergirse completamente la nave *La Esperanza* en la insondable profundidad del Océano *Atlántico*.

64.—Temor á los arrecifes.—Pepito arrojado á la mar. Heroísmo de Juan.—Ola que los salva.—Lancha sin remos destrozada.—Los náufragos en un islote.—El auxilio.

Como los marinos sabian que por allí habia algunos arrecifes, trataron de dirigir la lancha hácia el Este, separándola de la costa.

Mas los escollos no se veian, el rugido de las olas que se estrellaban contra ellos se oía bien, y hasta la blanca espuma que se produce se veía al resplandor de los relámpagos.

Entonces, una ráfaga de viento agitó violentamente las olas; los remos se destrozaron y lo peor de todo, Pepito fué arrojado á la mar.

Al ver esto, Juan que era buen nadador se arrojó al agua diciendo:—¡O salvo á mi hermano ó perezo con él!

Felizmente al haberlo agarrado del brazo, otra furiosa ola empujó á los dos, con tal fuerza, que los introdujo á la misma lancha; ésta se llenó casi de agua, mojando á todos.

El tio que se habia puesto más pálido que la muerte al ver los sobrinos entre las olas, se apresuró á auxiliarlos; pues Pepito se hallaba desmayado con el susto mortal y agua que habia tragado.

Los demás marinos se apresuraron á desembarazar la lancha de la mucha agua que habia, pues su excesivo peso amenazaba sumergirla con todos los tripulantes.

Cuando Pepito volvió en sí, se arrojó al cuello de Juan y dijo:

—¡Oh, querido hermano, por tí me he salvado!

—¡Oh sí! interrumpió Juan ¡y gracias tambien á la presencia de espíritu que me ha dado la Divina Providencia!

—¡Y á la que daréis las gracias! añadió el tio abrazándolos.

Mas como los remos se hallaban inservibles, la lancha caminaba al capricho del viento y de las olas. Esto ponía muy impacientes á los náufragos á pesar de que ya se hacia de día.

Entonces divisaron un punto blanco entre las olas y el capitán dijo:

—¡Diablo! por allá lejos pasa un barco; hacédle señal el mejor mozo.

Así, el piloto que era de elevada estatura colocó un pañuelo sobre un palo y lo enarboló á modo de bandera; pero, no fueron vistos, y el buque desapareció del horizonte visible.

Así la esperanza quedó perdida con gran zozobra de los

náufragos cuya lancha era empujada por el viento hácia un islote de bahía *Falsa*.

Así, unos momentos despues, la lancha fué arrojada por las olas contra la isla donde quedó en seco destrozándose; los náufragos fueron lanzados á tierra; pero, se salvaron todos, pues solo recibieron algunas contusiones.

Los niños y su tio salieron ilesos, así como tambien otros varios y todos se levantaron como pudieron.

Los unos se pusieron á buscar moluscos, al objeto de no perecer, si se veian acosados por el hambre; los otros trataron de fijarse por todas partes, para ver si algun buque se aproximaba.

Felizmente despues de 4 horas de observación, el tio de los niños exclamó:—¡Albricias! ¡por allí se vé una nave!

Los náufragos muy alegres sacaron sus pañuelos que, atados sobre barillas, los agitaban en el aire en señal de aviso.

El buque principió á aproximarse al ver las señales y se paró á gran distancia del islote. Así, como la mar se habia calmado mucho, el capitán mandó dos botes de salvamento para recoger los náufragos.

Estos saltaban de alegría y sobre todo Juan y Pepito; se apresuraron á reembarcarse y fueron conducidos al buque auxiliador, llamado *Constitución*.

65. — Los niños reconocen el buque auxiliador.—La plenamar y la Bajamar.—Las plantas de la mar.—Los moluscos.—Recolección de Pepito y Juan.

Cuando los niños se vieron en la nave auxiliadora se arrojaron al cuello del tio con grande entusiasmo, y dieron gracias á Dios por el peligro de que los habia salvado.

Al dominar la emoción, Pepito exclamó:—¡Diantre! si es el buque *Constitución* el que nos ha salvado y traído á Carmen de Patagones.

—En efecto, apoyó Juan, vamos á saludar al capitán.

Así, se presentaron á él y se alegró mucho al verlos otra vez allí.

Despues, llegaron sin novedad á Bahía Blanca donde Pepito dijo: ¿No añadimos á las cartas el naufragio?

—No, repuso Juan, se asustarian; ya lo diremos allí, si llegamos bien.

Así, las echaron al correo y se dirigieron al puerto, y como el buque no partía aún, el tio dijo:—Venid y daremos un paseo por la playa.

Así, siguieron y Pepito exclamó:—¡Cáspita! pues hay un espacio de tierra mojado á lo largo de la mar.

—Es producido por la marea, repuso Juan.

—Eso es, apoyó el tío, el agua del Océano, avanza durante 6 horas hácia la tierra como una inundación; despues, durante otras 6 horas desciende, y uno puede caminar, como ahora, por el sitio que antes estaba bajo la mar: esto se llama *flujo y refluxo* y sucede desde que existe el grande Océano.

—¿A qué abedece ese fenómeno? interrogó Pepito.

—¡Toma! interrumpió Juan, es debido á la fuerza de atracción de la luna que solevanta las aguas. En el mediterráneo y otros mares no sucede esto; el agua salta, como la de un río, pero no avanza. Despues, Pepito exclamó:—¡Diantre! ¡se diria que hay plantas en la mar! ¡por aquí se ven algunas!

—Sí, interrumpió el tío, la mar contiene como la tierra, praderas, bosques de lianas y toda clase de plantas de colores muy bellos.

Cuando Colón vino á descubrir América halló una gran parte del Océano cubierto de lianas; los marinos no querian avanzar, porque temian que las naves se verían apresadas; hay lianas que miden hasta 50 metros de largura.

Despues que hubieron caminado un poco mas, Pepito exclamó:—¡Oh ya veo que son bonitas las flores de la mar! Unas parecen cintas, otras blondas, encajes, y sus colores son tan bellos como los del arco-iris ó la cola del pavo real.

En efecto, apoyó Juan, las principales plantas de la mar son las algas, coralinas; y hay zoófitos, como corales, esponjas, medusas, etc.

—Es verdad, apoyó el tío, además hay montañas y valles impenetrables y prados, donde se alimentan los animales de la mar.

—¡Oh! exclamó Pepito, hay tambien conchas; así, voy á coger unas cuantas y algunas flores que las llevaré á las hermanitas y les diré que se las llevo de la playa de Bahía Blanca.

—Eso es, dijo Juan, las apreciarán mucho, yo voy tambien á llevarles algunas.

—Eso es, apoyó el tío, estos animales llamados moluscos son bonitos, los más comunes son las ostras y los caracoles.

Una vez hecha la recolección, se dirigieron al buque que partió á las 5 de la tarde.

66--Los faros—Los diferentes mares.—La mar fosforescente.—Los mares polares.—Las auroras boreales ó luz polar.

Por la noche, Pepito exclamó:—¡Toma! ¡allí se ve una luz!

—En efecto, dijo el tío, es el faró de Monte Hermoso, que se halla al sud-este del partido da Bahía Blanca.

—¡Diantre! repuso Pepito, es una gran luz.

—Naturalmente, añadió Juan, alumbrá á muchos miles de metros de distancia, y sirve para guía de los marinos, y para prevenirles que allí hay una isla ó tierra; así se evitan grandes desastres.

—Es verdad, apoyó el tío, hay faros que son tan grandes como un rancho ó casita; giran y con sus varios cristales presentan alternativamente los colores rojo, azul, verde, etc. Esto sirve á los marinos para saber donde se hallan.

—¡Oh, si que es eso bonito! repuso Pepito y dígame V., ¿toda el agua de la mar tiene el mismo color?

—No, contestó el tío, los mares presentan sus diferentes aspectos como los países; así el Atlántico, donde nos hallamos, es verdoso, el Mediterráneo, azul, el mar del Japón y de la China, tienen un color amarillento, y por esto se les llama mar Amarillo; y en fin, el mar de California, es rosado, y se le titula Bermejo.

—¿Por qué se producen estos colores? preguntó Pepito.

—¡Oh! repuso Juan, por varias causas, ya es por las arenas ó rocas, ya por las plantas y ya por el reflejo luminoso de un hermoso cielo como el azul del mar mediterráneo; y en fin, existe además la mar fosforescente que es un magnífico espectáculo.

—¿Qué es eso? preguntó Pepito.

—¡Toma; repuso el tío, la mar fosforescente es una parte del Oceano que brilla, como si se hallase lleno de diamantes.

Si hace aire las olas parecen torbellinos de luz y, al llover, se diría que cae sobre el agua una lluvia de perlas.

—¿Cómo y dónde se produce eso? interrogó Pepito.

—¡Oh! dijo el tío, se produce entre los trópicos, por miríadas de animales, que tienen la propiedad de brillar como las luciérnagas.

—¡Oh! interrumpió Pepito, eso debe ser bello y creo se parecería á la llanura de la provincia de Buenos Aires, si estuviese llena de luciérnagas.

—Ciertamente, apoyó el tío, mas tambien existen mares

muy tristes como los de los Polos, donde solo se vé hielo sin fin.

Hay mares de hielo flotante, que relucen á la luz del sol y de la luna; son enormes como palacios y si choca en ellos un buque se hace pedazos. Allí no hay mas habitantes que osos blancos y focas que amamantan sus hijos á veces sobre la costa.

—Eso es, repuso Juan y además los días y las noches acostumbra á durar sobre 6 meses. (1)

—¡Oh, Dios mio! exclamó Pepito ¿qué luz tienen en noches tan largas?

—¡Toma! contestó el tio, se ven iluminados por las auroras boreales; las mas bellas se muestran en los polos, pero tambien en otras partes.

Esta aurora, llamada tambien luz polar, se observa muchas veces en *Siberia, Zelandia, Noruega, Laponia*, y otros países vecinos al Norte; generalmente es una especie de arco inflamado, muy inmenso, que se eleva sobre el horizonte.

La aurora boreal se representa por resplandores rojos que se elevan, como un incendio, sobre el cielo, cual torbellino de fuego, que cambian de color, ya verde, ya azul y ya deslumbrador de blancura; todo esto se reproduce por la electricidad, que se halla en la atmósfera.

—¡Oh! exclamó Pepito, si que me agradaria ver esas bellas cosas.

67.—Hechos históricos de los ilustres patricios de la Independencia Dr. Moreno, Saavedra, Passo y Pueyredon.

Así, los niños pasaban el viaje distraídos, ya hablando y ya leyendo sobre los ilustres personajes de la Patria; un día en que pasaban frente al cabo de Corrientes, Pepito que se hallaba con el librito, dijo:

—¿Quiere V. tio, que lea algo sobre los grandes hombres de la patria?

—Si, querido, lee, contestó el tio, y oiremos Juan y yo.
Pepito abrió su librito y comenzó á leer lo siguiente:

(1) Cuando el sol se halla sobre el *Trópico de Cáncer*, tiene lugar esa larga noche, en las tierras del *Polo Austral* y, en las del *Polo Boreal*, el día dura igual tiempo.

Cuando el Sol está sobre el *Trópico de Capricornio*, sucede lo contrario, es decir, en las tierras del *Polo Boreal*, la noche es de seis meses y, en las del *Polo Austral*, dura el día igual tiempo.

Mas, esa duracion de los días y de las noches, en esos países, varía como en el nuestro, según se aproxima ó se aleja el astrc del día de los referidos trópicos: *Cáncer y Capricornio*.

«Niños, el Dr. D. Mariano Moreno fué uno de nuestros grandes padres de la patria.

Fundó el periódico *La Gaceta de Buenos Aires* en 1809.

En él sembró las ideas de redención que un año despues fructificaron en la revolucion del 25 de Mayo.

Cuando ésta estalló, fué nombrado secretario de la Primera Junta de Gobierno.

Con su inspirada palabra defendió, en el parlamento, las doctrinas redentoras de nuestra Independencia.

En la Junta fué el génio creador de las carteras de gobierno y guerra.

Publicó un célebre memorial, que vino á ser el establecimiento de la libertad de comercio, y además fundó la Biblioteca Nacional, y dió gran desarrollo á la educación del pueblo.

Al manifestarse la idea localista de varios diputados de provincias, que deseaban formar parte del gobierno, Moreno y Passo firmaron en contra y expusieron con otros miembros de la Junta, que ésta era provisional y que cesaria en sus funciones al convocarse un congreso.

Además como en la Junta se habían formado dos partidos: el conservador y el democrático, él se vió atacado por sus contrarios, como jefe de este último.

En fin, lleno de desengaño presentó la dimisión y se encargó de una mision diplomática que se le confió ante el gobierno de Inglaterra.

Se embarcó en Buenos Aires el 24 de Enero de 1811, y falleció en alta mar, sobre los 28°29' latitud sud, el 4 de marzo del mismo año, exclamando: ¡Viva mi Patria aunque yo fenezca!

—¡Oh! exclamó Pepito, Dios tenga en la gloria al Dr. Moreno: yo lo venero bien.

—Yo tambien, dijo Juan, fué uno de los mas ilustres padres de la patria.

—En efecto, apoyó el tio, su rehuncia ocasionó la separación de Larrea y Azcuénaga, la derrota de su partido y destierro de algunos ciudadanos, bajo el pretexto de una revolucion, que tuvo lugar el 8 de abril.

—Bien, interrumpió Pepito, veamos otro y leyó:

«Niños, otro de nuestros principales padres de la patria fué el comandante de milicias, D. Cornelio Saavedra.

Fué uno de los bravos jefes que libraron la patria de las dos invasiones inglesas.

Tambien fué uno de los jefes comprometidos para llevar á cabo la revolucion, que tuvo lugar el 25 de Mayo, pues cuando el virey Cisneros lo exhortó á él en union de otros oficiales encargándoles la obediencia al soberano, acogieron el mandato.

con frialdad: esto indicaba que, lejos de ignorar el plan, deseaban secundarlo.

Después de la gloriosa revolución del 25 de Mayo, el bravo Saavedra fué nombrado presidente de la Primera Junta de Gobierno, al haber sido destituido el virey Cisneros (1).

—Muy bien, exclamó Pepito, ha sido un grande hombre don Cornelio Saavedra; veamos otro, y comenzó á leer de nuevo:

«Niños, D. Juan José Passo fué otro de los patricios que trabajaron por la revolución.

Así, fué uno de los miembros de la célebre sociedad de los siete.

Desempeñó también el cargo de secretario de la Primera Junta de Gobierno en unión del Dr. Mariano Moreno.

Al ser convocado el pueblo por el Cabildo el 22 de Mayo, él pidió con su elocuencia, que se declarase incompatible la autoridad del virey con la tranquilidad pública; demandó además la deposición en el Cabildo que había de nombrar la Primera Junta de Gobierno de estas provincias.

El 22 septiembre de 1811, fué nombrado miembro del primer Triunvirato que se creó en sustitución de la citada Junta. Así, los tres patriotas del Triunvirato fueron: D. Juan José Passo, D. Feliciano Chiclana y D. Manuel Larrea.

—También ha sido un grande hombre Passo, exclamó Pepito, leeremos otro:

«D. Juan Martín de Pueyrredón fué otro de los ilustres patriotas que han servido á la patria. Fué uno de los jefes que mandó las tropas que rechazaron las invasiones inglesas.

Se nombró jefe del ejército del Alto Perú y luchó con mal éxito en Quebrada de Nazareno; y, por enfermedad, entregó las tropas al general Belgrano.

El 9 de mayo de 1816, el Congreso le nombró Director de las Provincias Unidas; este cargo lo desempeñó hasta el 9 de junio de 1814 en que presentó su dimisión.»

—¡Oh! exclamó Pepito, también fué grande hombre Pueyrredón; y los venero á estos cuatro porque han hecho bien á la patria.

—Yo también, añadió Juan, son de los principales padres de la patria.

—Justamente, apoyó el tío, son de los que primero la sirvieron.

(1) Los demás miembros de la junta fueron: Vocales, D. Miguel Azcuénaga, don Manuel Alberti, D. Juan José Castelli, D. Manuel Belgrano, D. Domingo Matheu, don Juan Larrea; Secretarios, D. Mariano Moreno y D. Juan José Passo.

68—Las dos invasiones' inglesas: 6 de Junio de 1806 y 28 Junio de 1807.—Los bravos jefes de la defensa : Liniers, Alzaga y Pueyrredon.

Al llegar frente á Lavalle, capital del departamento de Ajó, Pepito exclamó :

—¡Diantre! aquí no son las aguas verdosas, ¿hemos entrado ya en el Plata?

—Ahora estamos, Pepito, dijo su hermano; aquí tienes la Punta del Norte que está en su desembocadura y á continuación, la ensenada de San Borombón.

Al llegar frente á la Magdalena, Pepito dió un salto y exclamó :

—¡Oh, que contento estoy, ya me parece estar abrazando las hermanitas!

—¡En efecto, si aquí desembarcamos, no tardariamos 4 horas á verlas!

—Es verdad, apoyó el tío, mas cuando tanto habeis tardado, tened paciencia unos 4 dias más, y nuestro gozo será cumplido.

Al llegar á la Ensenada, Juan preguntó: ¿no te recuerda esta playa algun hecho glorioso?

—¡Oh, sí! interrumpió Pepito, las invasiones inglesas y Liniers, que era comandante de la Ensenada y el principal jefe que las combatió; veamos lo que dice el tomito. Entonces sacó el libro y se puso á leer lo siguiente :

« Niños, D. Santiago Liniers, súbdito francés, mandó la escuadra que le encargó el virey Melo, de Montevideo, para vigilar las costas del Plata, en vista de que las colonias españolas del Norte de América habian sido atacadas por los Ingleses en 1795.

En 1806, los Ingleses en número de 1,600 invadieron la patria por Quilmes; dispersaron una columna que perdió 7 cañones y ocuparon á Buenos Aires, donde enarbolaron bandera en el Fuerte. (1)

Visto esto, Liniers, acompañado del español Alzaga y del patriota Pueyrredón, empezaron la obra de reconquistar la capital; Liniers fué mandado á Montevideo en demanda de auxilios.

El gobernador Huidobro lo acogió bien y se encargó de la expedición auxiliadora.

(1) El fuerte se hallaba donde hoy está la Casa de Gobierno y la de Correos.

Esta desembarcó en Las Conchas el 4 de Agosto con 1140 hombres de artillería é infantería. Mientras Liniers desempeñó la anterior comisión, Pueyrredon movilizó milicias en el Pilar y Luján.

Una vez en la Conchas, trató de reconquistar la capital; despues de un fuerte combate, tomó el Retiro y Parque ocupado por los ingleses.

El pueblo se puso sobre las armas y redujo al enemigo al Fuerte y Plaza.

En fin, despues de un reñido ataque, los ingleses pidieron parlamento, se rindieron y fueron introducidos prisioneros, al interior del país, despues de haber perdido sobre 250 hombres, y haber permanecido dueños de Buenos Aires mes y medio.

Entonces, á petición del pueblo, la Junta de notables nombró virey á Liniers, que ocupó esta plaza en reemplazo del cobarde Sobremonte. Este habia huido á Córdoba á la aproximación de los ingleses, llevándose todo el caudal de la Tesorería. Este fué entregado á los ingleses despues de la ocupación de Buenos Aires y, con los fondos de la aduana y otras sumas, reunieron un capital de pesos 1.138,198 que embarcaron para Inglaterra.

Despues, suponiendo una nueva invasión, el gobierno determinó organizar las milicias que llegaron á contar hasta 8,000 ciudadanos.

En efecto, en Diciembre, los ingleses se presentaron otra vez con 20 y buques, 9,800 soldados al mando de tres generales y del almirante Murray, jefe de la escuadra.

Sacaron fuerzas de Maldonado y atacaron Montevideo que lo tomaron por asalto el 3 de febrero de 1807, antes de que Liniers llegara con sus batallones.

La plaza perdió 700 individuos y quedó prisionero su jefe Huidobro que lo mandaron á Inglaterra. Sobremonte que no precipitó su marcha para atacar al enemigo, fué preso y remitido á España; la audiencia tomó el mando.

En la Colonia los ingleses se dividieron en cuatro divisiones.

Murray desembarcó sus tropas en 28 de junio de 1807, en la Ensenada de Barragán, y el de 2 julio la vanguardia llegó á Quilmes.

Liniers salió á recibir la invasión con 6,800 individuos y 53 cañones y formó en batalla sobre la costa del Riachuelo. El enemigo esquivó el encuentro; cruzó el Paso Chico y marchó á la ciudad que estaba casi sin tropa.

D. Martin Alzaga organizó la que tenia y se preparó á la defensa; el dia 3 rechazó la rendición que le imponia el enemigo.

Los ingleses atacaron la madrugada del día 5 en dos divisiones: la del sud de 2,000 hombres y la del Norte de 3,500 para apoderarse á la vez del Centro y Fuerte; dejó 1,100 soldados de reserva en los corrales del Miserere y 2,000 en Quilmes.

Las tropas del Norte se apoderaron del Retiro, pero las de los jefes Vandeleur y Duff, se rindieron á los Patricios y arribeños; los demás se refugiaron en el Retiro.

En fin, el general Craufurd quedó prisionero con toda su división; las fuerzas del coronel Codogán se rindieron por completo en el convento de Santo Domingo.

La reserva, que iba por las calles, se refugió en el hueco de Lorea é iglesia de la Piedad.

El día 3, Liniers les intimó la rendición, ofreciéndoles los prisioneros de la primera invasión. Whiterloke propuso suspensión de armas para recoger heridos y demás, pero Liniers mandó hacer fuego sobre la Resistencia, ocupada por un batallón.

Así, se rindieron; el 7 se firmó un tratado y el ejército invasor evacuó nuestra patria del 8 al 13 en número de 7,800 hombres, de los 13,400 de las dos expediciones».

—¡Oh! exclamó Pepito, ¡sí que los ingleses partirían escamados!

—En efecto, apoyó Juan, no les quedó ganas de atacar otra vez á los Americanos Bonaerenses.

—Sí, añadió el tío, nos atacaron porque creían que éramos unos ilotas, incapaces de defendernos como los de varias tribus de sus colonias indias.

69.—Discusión sobre la más bella Provincia Argentina.

—Juan y su tío cortan la cuestión.—Hechos históricos de la Matanza.—Llegada á Buenos Aires.

Así, los niños se pusieron á contemplar la costa con otros jóvenes, y al llegar frente á Quilmes, Pepito exclamó entusiasmado.

—¡Oh, qué gran provincia la nuestra, por toda la costa hemos visto producciones vegetales y, en fin, es la mas rica en ganadería, la mas ilustrada y la que mas grandes hombres ha dado á la patria y más hechos gloriosos ha conquistado!

—¡Oh, alto, amigo! replicó un joven santafecino, si vuestra provincia de Buenos Aires es la mas rica en ganadería, por ser la mas extensa, la mía de Santa-Fé, es la mas rica en agricultura. En un territorio de 800,000 hectáreas,

se cosecha en abundancia trigo, cebada, avena, maíz, frutas, hortalizas y, en fin, todas las producciones de la tierra.

—Perfectamente, repuso un muchacho riojano, si la mia no posee gran cosa en ganadería y agricultura, en cambio es de las más ricas en minería. Solo la Sierra de Famatina encierra metales en mas de 70 leguas cuadradas. Las montañas contienen toda clase de minerales como oro, plata, plomo, etc., yeso, sal, alumbre, soda, etc.

Tenemos los inmensos alfalfares, como la de San Juan y, una infinidad de plantas medicinales como la de Corrientes.

Las selvas que se burlan de las avalanchas y, en fin, la más variada vegetación de los Andes: allí bay plantas criptógamas, gramíneas y orquídeas; musgos, lorantos, titilancias y pothos, etc. Así el botánico halla vegetales de Bengala, Liberia, Tartaria y Ecuador.

—¡Bravo, bravo! interrumpió Juan, para concluir digamos que la patria entera es para nosotros la cosa más querida del mundo.

—Eso mismo, añadió el tío, todas las provincias tienen su riqueza especial con arreglo á las cualidades de su clima y territorio; y todas sus producciones nos son igualmente útiles; así terminaré gritando: ¡Viva la patria argentina!

—¡Viva!... contestaron con entusiasmo todos los presentes.

Despues, llegaron frente á la desembocadura del Riachuelo de Barracas, y Juan preguntó:—¿No te recuerda algun acontecimiento antiguo este Riachuelo de Barracas?

—¡Oh, sí! interrumpió Pepito, he leído en mi historia que los Querandies se retiraron al pago de la Matanza, sobre este rio, porque no querian soportar las cargas que les imponian los conquistadores.

—Justamente, apoyó Juan, murieron algunos soldados de infantería y caballería, y además un tal D. Diego, hermano del primer adelantado, D. Pedro de Mendoza.

—Es verdad, añadió el tío, victoriosos los indios incendiaron la embrionaria ciudad de Buenos Aires, compuesta de unos ranchos, protegidos por una muralla de tierra, y, despues prendieron fuego á las embarcaciones fondeadas en la Boca de este riachuelo. Los incendios los produjeron arrojando manojos de hierba seca encendida.

Quando Garay fundó definitivamente á Buenos Aires, los Quenandies atacaron otra vez la población, pues los españoles los derrotaron en este lugar, llamado hoy partido de *Malanza*.

Los indios, escarmentados, se retiraron y se confundieron con los de las Pampas; tomaron el nombre de *Puel-ches* ó gente del Este; otros se llamaban *Guilli-ches* ó del Oeste; *Picum-ches* ó sea del Norte; *Pehuen-ches* ó de los pinares; *Raquel-ches* ó de los cardales; *Molum-ches* ó de guerra.

Entonces, se aproximaban al puerto, y Pepito exclamó:

—¡Oh, cuánto buque! ¡llegamos á Buenos Aires, no es así?

—En efecto, apoyó Juan, aquí se ven siempre anclados una infinidad de buques que, al verlos de gran distancia, se pensaría si era una espesa selva introducida en el gran Plata. Este puerto es el más importante de la América del Sud, ¿ves? añadió él, ahí tienes la Escuadra Argentina que parte al Atlántico.

—¡Oh! exclamó Pepito, me alegro de verla y mucho mas porque llegamos al fin de nuestro viaje.

—Yo tambien, repuso Juan; pues dentro de 4 dias veremos los papás y hermanas.

—Sí, querido, añadió el tío, y me creeré feliz al vernos todos reunidos.

El buque principió á disminuir su velocidad y, al momento, los marinos arrojaron anclas y quedó inmóvil en medio del caudaloso Estuario.

Entonces Pepito exclamó:—¡Gracias á Dios que hemos llegado!

—En efecto, repuso Juan, y felizmente salvados.

—Sí, apoyó el tío, y eso á la Providencia lo debemos.

Una vez dicho esto, el tío descendió con los sobrinos á un vaporcito golondrina que, en un momento, los llevó á tierra. Aquí se abrazaron los tres, llenos de alegría y dieron su adios á los demás compañeros de naufragio, llegando felizmente á la ciudad de Buenos Aires el 28 de junio de 1881.

Entonces, los tres entraron en la capital, con grande admiración de Pepito al ver tanta gente, y se hospedaron en una fonda económica de la calle Cerrito.

Como se hacia de noche, se pusieron á descansar de las fatigas del viaje y despues cenaron y se acostaron.

CAPÍTULO IX

LA CAPITAL FEDERAL

70.—Plazas, Hospitales, Asilos, etc.—Recuerdo de Pepito.—Caridad de las Damas Bonaerenses.—Estátua de Belgrano.—Bibliotecas.—Periódicos.—Asociaciones Científicas.—Museo Público.

Al amanecer el día siguiente, se levantaron y el tío dijo:

—Queridos, ya que nos hallamos aquí, voy á mostraros en 3 días la capital de nuestra patria para que sepais lo que es.

—¡Oh! interrumpió Juan, no deseo otra cosa mejor.

—Ni yo tampoco, añadió Pepito, dando un salto de alegría.

Así, despues que hubieron tomado el desayuno, salieron á recorrer el centro de la capital. Los bazares, tiendas y demás establecimientos principiaban á abrirse; los tranvías y ómnibus se ponian en movimiento; las calles se poblaban de gente y Pepito se maravillaba de ver todo eso.

Así, vieron la plaza de Lorea y la de 11 de Septiembre donde Pepito preguntó:—¿Hay muchas plazas como ésta?

—Pues hay 18 plazas y además la del Mercado, contestó el tío.

Entonces se dirigieron hácia el Sud y visitaron *San Roque, Cancha Pelota y Hospital Francés*.

—Aqui debe haber muchos hospitales ¿no es así? demandó Juan.

—Sí, contestó el tío, además de este Hospital Francés, existen otras asociaciones de Españoles, Italianos, Ingleses y Alemanes que sostienen sus Hospitales de hombres como éste.

Además, la capital tiene para todo el mundo que lo necesite dos Hospitales de hombres, uno de mujeres, uno de niños y otro militar, y otros como la Casa de Aislamiento y el Lazareto de variolosos.

—¿Qué asilos hay para huérfanos y demás? preguntó Pepito.

—¡Toma! repuso el tío, existe el *Hospicio de las Mercedes*, asilo para dementes, el de *Mendigos*, el del *Buen Pastor*, el de

Inválidos, el de *Inmigración* y, en fin, el *Maternal*, el de *Huérfanos* y la *Casa de Expósitos*, etc.

—¡Oh, Dios mío! exclamó Pepito al oír estos últimos nombres, ¡no quisiera ver el Asilo Maternal!

—¿Por qué, querido? preguntó el tío muy admirado.

Por toda contestación Pepito exhaló un profundo suspiro y Juan contó al tío que, á su hermano le causaba pesar el oír los tres últimos asilos porque le recordaban que, las queridas hermanitas, habian sido allí abandonadas por los papás legítimos y que, los que tenían, solo eran adoptivos.

Cuando Juan hubo terminado, el tío continuó: —Querido Pepito, si tienes estas hermanitas, puedes dar gracias á los nobles corazones de las matronas porteñas ó bonaerenses que con su caridad y abnegación sostienen estos establecimientos de *Beneficencia*. En ellos, los tiernos huerfanitos desheredados, hasta del amor paternal, como Aurora y Rosita, hallan protección y unos buenos papás adoptivos como los vuestros; así debes recordar con cariño estas santas casas y las humanitarias señoras que las sostienen.

—Si, si, repuso Pepito, yo recordaré y veneraré esas damas.

Después, entraron en un restaurant á tomar un bocado y á descansar, pues Pepito se fatigaba algo.

Eutonces el tío dijo:—Después de almorzar iremos á visitar la Biblioteca Nacional y el Museo Público.

—Bien, repuso Juan, eso me agrada mucho.

—A mi también, añadió Pepito, me gustará ver esas cosas.

Restauradas las fuerzas, fueron á la calle de Perú y entraron en la *Biblioteca Nacional*, donde Pepito exclamó:—¡Oh cuánto libro! . . .

—En efecto, apoyó Juan, contiene de 40 á 45,000 volúmenes (1). Es un establecimiento público que hace honor á la Patria y al Dr. D. Mariano Moreno que lo fundó.

—¿No hay más bibliotecas? preguntó Pepito.

—Si, querido, contestó el tío, hay también la de *Rivadavia*, la del *Departamento Nacional de Escuelas*, la de la *Universidad*, la del *Colegio Nacional* y la de la *Sociedad Tipográfica Bonaerense*.

—¡Oh! exclamó Pepito, si que hay mucha ilustración en la capital.

—Naturalmente, apoyó Juan, además se publican sobre 50 periódicos políticos, 25 que tratan de intereses industriales, etc. y en fin un ciento de publicaciones científicas y literarias.

—Es verdad, añadió el tío, además hay asociaciones científicas como la *Sociedad Geográfica*, la del *Instituto*, la de *Ciencias*, etc.

(1) Hoy cuenta la Biblioteca Nacional sobre 43,000 tomos.

En esto se dirigieron al *Museo Público*, que se halla en la misma cuadra, esquina á la calle de Alsina.

Aquí Pepito se maravilló extraordinariamente; pues, en varios salones, él admiró magníficos cuadros, estatuas, ejemplares de Historia Natural, de antigüedades y, en fin, una infinidad de cosas curiosas y raras, como esqueletos de animales antediluvianos; al verlos el niño interrogó con admiración:— ¿De qué animales son estos esqueletos.

—¡Toma! contestó Juan, son de unos animales que existieron antes del diluvio, *Megaterios* y *Clyntones*.

—Ciertamente, apoyó el tío, este grande esqueleto es de *Megaterio* ó *megatherium*; y, este otro, de *Glyptodón* que mide metro y medio de largo.

—¡Oh! me alegro de saber eso, interrumpió Pepito, y preguntó:

—¿Dónde se han hallado estas osamentas ó esqueletos?

—Pues en nuestra misma Patria, contestó Juan.

—Justamente, apoyó el tío, pues en la Pampa del Nor-Oeste de la provincia de Buenos Aires, y sobre todo cerca de Salta, se hallan varios fósiles de estos animales antediluviales, y además de otros como *Toxodon*, *Megalonyse*, *Milodon* etc; en fin, para terminar te diré que debemos este Museo á *Don Bernardino Rivadavia*, que fué su fundador.

—¡Oh! interrumpió Pepito, he leído que él fundó el Museo Público, mas no podía figurarme que era una cosa tan notable.

—En efecto, repuso Juan, aquí se admira todas las cosas raras del mundo, uno pasa un rato divertido sin gastar un peso, y lo más importante es que se pueden hacer muchos estudios en estos salones.

71.—Hechos históricos del 22 y 25 de Mayo de 1810— Casa de Justicia.—Jefatura.—Municipalidad.—Palacio Arzobispal.—Diócesis.—Fundación de Buenos Aires.—Templos.

Después, entraron en la Plaza del Mercado donde Pepito exclamó:—¡Oh Dios mio, cuanta cosa! ¡montañas de verduras, sierras de frutas y en fin una infinidad de caza, pesca y otros comestibles!

—En efecto, apoyó Juan, bien hace falta todo esto para mantener á todo Buenos Aires, que consume al año sobre 225,000 animales.

De aquí se dirigieron al *Banco Nacional* donde el tío presentó su letra, y se le entregó al momento sus 2.500 pfts.

—Magnífico! exclamó él al salir ¡ya tengo la plata en el bolsillo!

Este es el *Banco Nacional* que posee un capital de 20 millones de pesos; en la próxima cuadra está el *Provincial* que tiene sobre 37 millones y hay otros como el de *Londres y Río de la Plata*, el *Hipotecario*, etc.

Entonces, se dirigieron á la plaza 25 de Mayo y Juan dijo:

—¡Ves, Pepito, esta estatua ecuestre? pues representa al general Belgrano.

—¡Oh! interrumpió el niño, me alegro mucho de verla.

Caminaron hasta la de la Victoria donde Pepito añadió:

—¡Toma! esta debe ser la Pirámide 25 de Mayo.

—Sí, repuso Juan, se erigió en conmemoración del grande acontecimiento de ese día.

—Si que es linda, añadió Pepito y ¿qué palacio es aquel de la parte Sud?

—Es la *Casa de Justicia*, dijo el tío, en sus galerías se reunió la comisión de Patricios que, en nombre del Pueblo pedía la destitución del virey, el día 22 de Mayo de 1810.

El Cabildo que presidía la asamblea dijo:—«¡Fiel y noble pueblo de Buenos Aires! hablad con toda libertad, pero con la dignidad que os es propia, y demostrando que sois un pueblo prudente.»

Entonces, los Dres. Castelli y Passo, consiguieron, como leiste el otro día, que se declarase incompatible la autoridad del virey con la tranquilidad del pueblo, y que el Cabildo asumiese el mando provisional, hasta que se nombrase la Junta que había de encargarse de esa autoridad.

Así, el 25, las tropas se pusieron sobre las armas en sus cuarteles; los revolucionarios Beruti y French, al frente de las masas populares que mandaban, pidieron á gritos la deposición del virey y el nombramiento de una Junta de Gobierno.

El virey presentó su dimisión al momento y proclamó como Junta de Gobierno la que el pueblo deseaba y que ya conocéis.

—Ciertamente, apoyó Juan, esta primera autoridad de nuestra Patria, se instaló en el Fuerte, hizo saber esto á los pueblos del interior y les ordenaron eligiesen diputados por provincias, para el Congreso que debía tener lugar en Buenos Aires.

—Pues bien, continuó el tío, en la parte Sud, está también la *Jefatura Política* y la *Municipalidad* en el antiguo Cabildo.

Entonces, se dirigieron al frente del Norte y continuó:—Aquí teneis el palacio arzobispal y catedral.

Aquí, habita el arzobispo, que tiene bajo su dirección cinco diócesis y son: *Buenos Aires, Litoral, Cuyo, Córdoba y Salla.*

La más elevada jerarquía es Arzobispo, los demás que dirigen las diócesis de provincias no son más que Obispos.

Entonces llevó á los niños á la esquina de la catedral, y añadió:—¿No os recuerda, queridos, algo esta gran piedra?

—¡Oh, sí! dijo Juan, esta piedra, según he leído, fué la cuna de esta inmensa capital.

—¡Oh! exclamó Pepito, dándose una palmadita en la frente, á mí me recuerda que la ciudad de *Buenos Aires*, fué fundada por *don Juan de Garay*, el 11 de Junio de 1580, con el nombre de *Ciudad de la Santísima Trinidad*; contiene unos 300.000 habitantes. (1)

—Justamente, repuso Juan, pues la incendiada por los indios la fundó *don Pedro de Mendoza* el 2 de Febrero de 1535, llamándola *Puerto de Santa María de Buenos Aires*.

—Eso es, apoyó el tío, *Garay* se sirvió de esta piedra, como punto de partida, para la distribución de tierras entre los primeros pobladores.

Dió á cada uno un cuarto de manzana en la ciudad, una manzana entera en el éjido y una estancia de tres cuartos de legua cuadrada.

Esta tierra no valía entonces nada y hoy vale más que el oro.

Así, entraron á ver la Catedral que agradó á los niños y, al salir, Pepito preguntó:—¿Hay muchas iglesias en Buenos Aires?

—Algunas, contestó el tío, las principales son la de *San Salvador*, *Santo Domingo* y *San Francisco* que son conventos; hay unos quince templos católicos y otras tantas capillas; además, otros cultos que cuentan con unos cinco templos.

En la iglesia de la *Merced* se colocaron cuatro banderas que el Ejército de la Patria arrebató á los realistas en la batalla de Tucumán; además, hoy día se conservan dos de las tres que tomó en la de *Salta*.

—Sí, sí, interrumpió Pepito, recuerdo haber leído eso en mi historia argentina, y me alegraría de verlas.

—Bueno, repuso el tío, ya las veremos si pasamos por allí.

72.—Gobierno Nacional.—Casa de Correos y Telégrafos.

—Congreso Nacional.—Los tres poderes patrios.—

Atribuciones de los gobiernos provinciales y del Nacional.

Después en la misma plaza 25 de Mayo vieron la *Bolsa de Comercio* que ocupa un gran palacio.

(1) La Capital Federal contiene hoy día sobre 400.000 almas

—¿Véis? dijo el tío, aquí se reúnen los banqueros, industriales y comerciantes, etc., para hacer sus operaciones de bolsa, vendiendo ó comprando los valores y demás efectos públicos.

—Es verdad, dijo Juan, mas según he leído, la bolsa es un abismo que absorbe y consume los pequeños capitales.

—Sí, añadió el tío, y también los grandes se consumen aquí, pues más de cuatro millonarios se han quedado en la miseria y se han suicidado.

Entonces, indicándoles el lado Oriental de la plaza, añadió: —Allí tenéis el *Gobierno Nacional* y la *Casa de Correos y Telégrafos*.

El Departamento de Correos recibe al año sobre cuatro millones de cartas, tres de impresos, ochenta mil notas oficiales y expide casi otro tanto.

La *Oficina Central de Telégrafos* recibe sobre 190 mil despachos y expide otro tanto poco más ó menos.

—¡Oh! exclamó Pepito, si que pesarán miles de kilos tantos millones de cartas; sacaré esa cuenta á razón de cinco gramos por carta.

—Hallarás, dijo el tío, que cuatro millones de cartas pesan 20 mil kilogramos.

Entonces entraron en un edificio y Pepito preguntó:—¿Qué es esto?

—¡Toma! contestó el tío, aquí se halla el *Congreso Nacional* donde los diputados, representantes de la Patria, legislan ó discuten las leyes y su administración.

Felizmente, había sesión pública y una vez adentro, el tío continuó:—Mirad, allí en frente se halla el presidente y vice-presidentes de la Cámara, delante está la tribuna, donde ahora habla el orador y en las gradas se hallan los diputados.

—Ya sé, ya, repuso Juan, pues en la Patria hay tres poderes que son el *Legislativo*, el *Ejecutivo* y el *Judicial*.

—Justamente, apoyó el tío, el *Poder Legislativo* se compone de dos cámaras: la de *Diputados* que es ésta y la de los *Senadores*.

Los diputados son elegidos por el Pueblo á razón de uno por cada 20.000 ciudadanos y desempeñan el cargo durante cuatro años; los senadores se eligen por las legislaturas provinciales y están en esta plaza durante nueve años. Así los diputados y los senadores forman el *Poder Legislativo*, es decir, el que hace las leyes y las aprueba en nombre del Pueblo.

Una vez que las dos Cámaras han aprobado un proyecto lo entregan al *Poder Ejecutivo*, que es el que hace observar las leyes aprobadas por los senadores y diputados.

¡Oh! exclamó Pepito, según yo comprendo, el *Poder Ejecutivo* lo forman: el *Presidente de la República* y, en su ausencia, el

Vice-presidente y estos cinco ministros: el del *Interior*, el de *Relaciones Exteriores*, de *Hacienda*, de *Justicia*, *Culto é Instrucción Pública*, y de *Guerra y Marina*, que tienen á su cargo el despacho de los negocios de la Nación.

—Eso es, apoyó el tío; además, el *Poder Judicial* se halla constituido por la *Suprema Corte de Justicia*, Jueces federales, de primera Instancia y de Paz.

El principal tribunal es la *Suprema Corte Federal* de Buenos Aires.

Se compone de cinco magistrados, un procurador general y secretarios.

Cada provincia tiene su tribunal Superior de Justicia, compuesto de vocales y un fiscal, además existen los Juzgados de Primera Instancia y los de Paz que son subalternos.

—Mas ¿no tiene cada provincia su Gobierno? interrogó Pepito.

Sí, contestó el tío, nuestras provincias son autónomas, bajo el punto de vista de su política y administración.

Cada provincia tiene su constitución y sus tres poderes: legislativo ejecutivo y judicial, como los de la Nación.

—¡Oh, Pepito! añadió el tío, tú no reflexionas; si los unos administran sus intereses provinciales el otro los nacionales.

Así, el gobierno de la Nación administra los intereses generales de la Patria como son: leyes sobre adunana y aranceles, caminos de hierro y vias telegráficas, tratados con el extranjero, organiza el ejército, marina y milicias, sanciona los tres códigos: civil, comercial y penal, y en fin, tiene la misión de intervenir en las provincias para defenderlas contra una invasión y para asegurar la paz, justicia y administración, etc.

—Sí, apoyó Juan, el *Gobierno de la Nación* es el primer timón que dirige la nave de la Patria Argentina.

—¡Oh, oh! exclamó Pepito, entonces no es un lujo como yo suponía, y comprendo que presta sus servicios importantes, apesar de ser las provincias autónomas ó libres para gobernarse.

Dicho esto, partieron y, momentos despues, fueron al hospedaje á descansar; por la noche, despues de cenar se acostaron.

73.—La estatua del Dr. Alsina y de San Martín—Vías férreas.—Tranvías.—Extensión de la Capital.—Penitenciaria.—Departamento de Agricultura y otros.—Cuartel de Artillería.—Hipódromo.

Al día siguiente por la mañana, el tío dijo:—Hoy vamos á visitar el norte de la ciudad y sus jardines.

—Bien, bien, dijeron los niños muy alegres.

Así despues de tomar el desayuno, partieron y vieron, en primer lugar, la gran plaza del *General Lavalle*; despues la de la *Libertad*, donde Pepito dijo:— ¡Oh, tambien hay aquí una estatua!

—En efecto, apoyó Juan, es de bronce y representa al tribuno popular Doctor D. Adolfo Alsina.

Despues, llegaron á la plaza del *Retiro* ó *San Martín* en la que Pepito exclamó de nuevo:— ¡Pues aquí hay otra estatua ecuestre!

— Sí, apoyó Juan, y se halla erigida en honor al bravo general *San Martín*, héroe de los Andes.

—Es verdad, añadió el tío, y por cierto que se la merece bien.

Entonces, subieron al tranvía y, al atravesar la calle *Paraná* el tío dijo:—Al norte de esta cuadra se halla la plaza 6 de Junio.

—Es verdad, apoyó Juan y nos recuerda la primera invasión inglesa de 1806.

—Bien, interrumpió Pepito; mas observo que hay muchos tranvías.

—Sí, apoyó el tío, existen cinco compañías, cuyos carruajes recorren sobre 140 á 150 kilómetros por calles y suburbios y, en fin, hasta los pueblos de *Barracas*, *Flores* y *Belgrano*.

— ¡Oh, Dios mio! exclamó Pepito, es inmenso Buenos Aires.

—Sí, repuso Juan, tiene sobre 4.500 hectáreas de extensión.

—En efecto, apoyó el tío, para recorrer todas sus calles necesitaríamos caminar durante tres ó cuatro días al galope.

Despues, atravesaron una vía y el tío dijo:—Esta vía férrea que parte de la del Norte es la del Oeste; más abajo al Sud, parte de esta misma vía el ferro-carril de Basuras.

—Bien, bien, me alegro saberlo, interrumpió Pepito.

Más adelante, se apearon y visitaron el Hospital de mujeres y despues la Penitenciaria, que son grandes establecimientos.

— ¡Cáspita! exclamó Pepito, aquí dice: «Odia el delito y compadece al delincuente». ¡Oh, recordaré y observaré esta máxima!

—Justamente, apoyó Juan, todo hombre sensato debe hacer eso.

—Ciertamente, añadió el tío, como hicisteis vosotros en *Sierra Chica* para con los penados *Pincha* y *Murga*, segun habéis dicho.

Despues vieron el *Polvorín* y el *Departamento de Agricultura*, donde Pepito dijo:— ¡Oh, hallo que es una cosa muy útil este establecimiento y estoy contento de verlo!

—Naturalmente, repuso Juan, además hay otros que son:

el de *Educación*, el *Nacional de Higiene*, de *Crédito y Obras Públicas*, la *Comisaría General de Inmigración*, la *Junta Central de Lazaretos*, la *Prefectura Marítima* y otros.

—Es verdad, apoyó el tío, además hay una *Casa de Moneda* y dos *Aduanas* y *Depósitos*.

En esto, llegan á la avenida *Sarmiento*, que agradó mucho á los niños por sus bellas alamedas. Al haber atravesado dos vías, el tío dijo:

—La primera vía férrea es la del *Ferro-carril al Pacífico* y esta segunda, la del *Rosario*; las dos parten más abajo, es decir, de un ramal, que empalma en la vía férrea del *Ferro-carril del Norte*.

Al extremo de la avenida, vieron el cuartel de artillería; el tío dijo:

—¿Veis? desde este gran paseo se extiende el *Parque de Palermo* hácia el *Nor-oeste* y se limita por el arroyo *Maldonado*; un medio kilómetro más allá se encuentra el hipódromo, donde tienen lugar las corridas de caballos.

74—Visita á Palermo y Parque 3 de Febrero.—Sus colecciones de fieras y demás animales.—Sus bellos jardines y frondosas alamedas.

En primer lugar, los tres repararon sus fuerzas en un pequeño restaurant, y después se dirigieron á ver las fieras.

Una vez allí, los niños vieron con grande admiración una infinidad de animales, y Pepito, exclamó ¡Oh, aquí que gran león!

En efecto, apoyó Juan, es un león africano con sus largas crines.

—Sí, sí, repuso el tío; aquí teneis otros: uno se agita con impaciencia, otro bosteza y en fin, otro duerme.

—Mas, y este que no tiene crines, ¿qué es? demandó Pepito.

—¡Toma! interrumpió, Juan, esa es la leona.

—Después, vieron el tigre real á cuya vista Pepito exclamó:

—¡Oh, á este sí que no le temo, como al del Chaco!

—Ciertamente, repuso Juan, mas es porque está prisionero.

—Sí, sí, apoyó Pepito; ¡oh, cómo se agita de un lado á otro y nos mira de vez en cuando con sus ojos hipócritas!

Después, se presentaron ante la jaula del oso, que se ponía derecho sobre un palo, y Pepito exclamó:—¡Toma, toma, pues es bien hábil el oso para ser un animalote grosero!

—Ciertamente, apoyó el tío, el oso salta á los árboles, nada bien y, además, los titiriteros le enseñan á bailar.

Al momento visitaron al elefantes (1), y Pepito exclamó:

—¡Oh, cuán grande es! á no verlo, no lo hubiera creído, y cómo puede comer con esa trompa?

—Muy fácilmente, como vas á ver, dijo Juan y, al sacar su trocito de pan, se lo presentó.

El animal agitó su cabeza, dando á entender que no podía agarrarlo al través de la verja.

Entonces levantó la cabeza y abrió su boca capaz de contener una docena de panes; Juan le arrojó el trozo de pan y lo comió con gusto.

Después visitaron los monos y Pepito exclamó:

—¡Oh, como saltan y qué gestos hacen estos animalitos!

—Sí, apoyó el tío, son llamados cuadrumanos; saltan por los árboles y otros se enganchan con el rabo en las ramas y, por esto, se les llama *caudimanos*.

—Sí, repuso Juan, allí tienes uno que nos mira.

—¡Ah! añadió Pepito, pues tampoco le tengo miedo.

Entonces el niño arrojó un trozo de pan á un mono, que lo olfateó y lo tiró.—¡Toma! exclamó él, pues no quiere el pan.

—En efecto, apoyó el tío, más es porque le arrojan terroncitos de azúcar que le agradan más, y porque no tiene hambre, sino lo comería.

Después vieron la jirafa cuya altura maravilló á los niños:— ¡Oh, qué grande es! dijo Pepito.

Sí, apoyó el tío, llega á medir 7 metros de altura y para beber tiene que arrodillarse, y el león aprovecha esta ocasión para destrozarla.

Al momento admiraron otros muchos animales, como camello, bisonte, hipopótamo, rinoceronte, llamas, vicuñas, cabras, etc., etc.

Después contemplaron las grandes aves, como el aveztruz, águila, buitres, etc., y en fin, en unas jaulas, una infinidad de pajarillos de vistosos colores.

Por último visitaron los invernaderos, donde vieron una infinidad de plantas así de la zona templada del Norte, como de la del Sud y de los Trópicos.

Además contemplaron las frondosas alamedas y bellos jardines del Parque 3 de Febrero y después se marcharon á la estación.

(1) Hoy día hay en Palermo dos elefantes.

75—La entrada gratis.—Visita á la Recoleta.—Su cementerio.—Lujo para enterrar muertos.—La gruta.—Recuerdos de Pepito.—Lo que vieron por el Paseo de Julio.

Al montar en el Ferro-Carril del Norte para dirigirse á la Recoleta, Pepito, que se recordaba maravillado de cuanto habia visto, exclamó:—¡Oh, Dios mío, cuántas cosas se ven en estos Parques!

—En efecto, repuso el tío, una visita á Palermo es lo mismo que si uno contemplase toda la Naturaleza.

—Cierto, apoyó Pepito, mas me extraña no se pague nada por ver tantas cosas.

—Naturalmente, dijo Juan riéndose, esto no es como la *Receptoría* y mercado de Córdoba donde nos hicieron pagar 9 pesos de derechos.

—¡Diantre! repuso él más admirado, ¿quién paga todas estas cosas?

—¡Oh! interrumpió el tío, las pagamos todos los ciudadanos: así si el Municipio embellece la capital, lo hace con los fondos que obtiene de los derechos de entrada, mercados y otros impuestos.

—¡Ah, ah! interrumpió Pepito, así me hace menos duelo lo que nos hicieron pagar en Córdoba, porque sirve para recreo del pueblo.

En esto el tren llegó á una estación, se apearon y entraron en la Recoleta, donde Juan exclamó:—¡Toma, allí hay un cementerio!

—Sí, apoyó el tío, y vamos á visitarlo porque es el principal donde reposan las cenizas de muchos grandes hombres de la patria.

Así entraron y, despues de haber recorrido todo lo más notable, Pepito exclamó maravillado:—¡Oh, Dios mío, aquí en Buenos Aires se gasta mucho lujo hasta para enterrar los muertos!

—¡Oh, Pepito! interrumpió el tío, no creas que todos los muertos de Buenos Aires tienen la dicha de poseer un pequeño palacio marmóreo en el otro mundo; los más son pobres como nosotros y, como nada ¡han poseído en vida, se creen muy felices al heredar en la muerte unos terrones de tierra que los cubran en sus fosas.

—¡Oh! repuso Pepito, así solo vienen aquí los muertos ricos.

—Eso es, apoyó Juan, pues quien no ha poseído en vida ni

un mal rancho, choza ó barraca, mal puede hacerse enterrar en un panteón que vale muchos miles de pesos.

—Naturalmente, apoyó el tío, pues los más son de magníficos mármoles, los otros de piedras talladas con gran gusto artístico y los otros contienen suntuosas capillas, construidas con piedras de jaspé y adornadas con artesonados, coronas, cruces, florones, etc.

En esto salieron y recorrieron las principales avenidas de la Recoleta, donde Pepito exclamó:—¡Pues también aquí hay magníficos jardines!

—Sí, contestó el tío, y por cierto que se hallan muy frecuentados, porque están casi dentro de la capital.

Después entraron en la gruta y Pepito admirado exclamó:—¡Diablo! ¡esto me recuerda una triste noche!...

Y un susto de muerte, debías añadir, repuso Juan riéndose.

—Es verdad, agregó Pepito, pues el sentir saltar aquel guanaco se me figuró que era un tigre como el que vimos matar en el Chaco.

—Vamos, vamos Pepito, repuso el tío sonriéndose, es menester tener presencia de espíritu y no asustarse por cualquier cosa.

—Sí, tiene Vd. razón, apoyó Pepito y, mirando las bóvedas continuó:—¡Caramba! yo observo en esta gruta que parece una caverna natural, como la del monte del *Palo*, en la provincia de San Juan.

—En efecto, apoyó el tío, ésta la han hecho los hombres á imitación de las de la naturaleza.

—Sí, sí, exclamó Pepito, que se acordaba del porrazo que cayó y lesiones que recibió; también la naturaleza podía haber hecho el no formar en el suelo los guijarros de aquella gruta, dónde casi me hice pedazos.

—Es verdad, apoyó Juan, yo casi me destrocé la cabeza en los del techo.

—¿Qué queréis que hagamos? interrumpió el tío, las estalactitas de las bóvedas y estalagmitas del suelo son conos ó marmelones formados por la infiltración y evaporización de las aguas, que se hallan en las entrañas de la tierra; así son cosas que no se pueden remediar.

—Es verdad, apoyó Pepito, más; ¡oh, yo me hubiese creído feliz si hubiera encontrado en aquella gruta un suelo llano y duro como este para poder dormir!

—¡Ah! Pepito, interrumpió Juan, debes considerarte dichoso al haber hallado aquella caverna, sino hubiésemos fenecido tal vez.

—Sí, repuso el tío, recuerda Pepito que la felicidad no se halla en poseer riquezas, sino en conformarse uno con su suerte.

Entonces montaron en el tren y se apearon en la estación Retiro.

Vieron la usina ó fábrica del gas, el Muelle de las Catalinas, el Canal de Entrada y la Dársena Norte.

Después descendieron por el Paseo de Julio donde Pepito exclamó:—¡Toma, aquí hay otra estatua!

—Sí, apoyó el tío, es de mármol y representa á Mazzini.

Después vieron el cuarto Dock, Muelle de Pasajeros y entraron en la ciudad.

Al pasar por la calle *San Martín núms. 344 y 350*, Juan que admiraba la fachada de este bello edificio exclamó:

¡Toma! ¡aquí se halla la imprenta de *La Nación*!

—¡Oh, sí! apoyó Pepito, y debe vivir aquí el ilustre general *D. Bartolomé Mitre*, á quién yo desearía ver y saludar.

—Sí, añadió Juan, yo también tendría gran gusto de visitarlo.

—Bien repuso el tío, vamos á ver si está visible; pues, en ese caso, creo que os concederá el honor de recibiros bien, porque ama á los niños.

Así, preguntaron y, habiéndoles contestado que no se hallaba entonces en casa, se retiraron con gran tristeza de los niños que tan vivas simpatías sentían por el preclaro Patricio.

Luego llegaron al hospedaje, esperaron les sirviesen la cena y, una vez que hubieron restaurado sus fuerzas, se acostaron á dormir tranquilamente.

76.—Plazas y edificios al Sud de la Ciudad.—Barracas y la Boca.—Paseito por el puerto.—Su movimiento anual.—La Babilonia de la América del Sud.

Al levantarse al día siguiente, el tío dijo:—Queridos, hoy vamos á visitar el Sud de la capital y mañana partiremos á nuestro destino.

—¡Oh, sí, sí! exclamó Pepito á ver las hermanitas y papás.

—Justamente, añadió Juan, pues ya es hora lleguemos á la casa paterna.

Dicho esto, tomaron el desayuno y partieron. Subieron al tranvía y descendieron en la plaza *Constitución* que agradó á los niños; el tío dijo:

—Al Sud de esta plaza está la estación del Ferrocarril del Sud y al Este, el Hospital Inglés.

—Bien, dijo Pepito; pues, ésta es una gran plaza.

—En efecto, repuso el tío, ahora vamos á ver otra.

Así se dirigieron hacia el Oeste y llegaron á la plaza 29 de Noviembre.

—Tambien ésta es magnífica, exclamó Juan.

—Sí, apoyó el tío, pues ocupa dos cuadras como algunas otras.

Despues, visitaron el Parque de Artillería, Hospital Militar, Lazareto Municipal, donde el tío dijo:—al Oeste se halla el Matadero Público.

Dicho esto, partieron hácia el Este y vieron la plaza Inválidos, el edificio de los Inválidos, el de Hombres y Mujeres Dementés.

Entonces, entraron en Barracas donde contemplaron los Talleres del Ferro-carril del Sud, donde el tío dijo:—Unas 6 cuadras hácia el Este se halla otra fábrica de gas.

—¡Oh! repuso Pepito, bien se necesita para alumbrar una población como ésta.

—¡Oh! repuso Juan, tambien alumbran á los establecimientos y casas particulares.

—En efecto, apoyó el tío; pues, por una inmensa ramificación de cañerías y tubos que se hallan bajo el piso de las calles, conducen el gas á los más elevados y recónditos lugares.

Entonces vieron la plaza Herrera y, dirigiéndose hácia el Sud llegaron hasta el Lavadero, que se halla cerca del Riachuelo.

Se aproximaron á la corriente de agua donde el tío dijo:—Desde la fábrica del gas hasta aquí se extiende Barracas Norte, y al otro lado del Riachuelo se halla Barracas Sud.

—¡Oh, sí, que es esto inmenso, exclamó Pepito, pues, revientan estas calles tan largas á los que no estamos acostumbrados á caminar mucho.

—Bien, dijo el tío, ten paciencia; pues, por aquí no hay tranvías, mas ahora montaremos en el tren donde caminaremos bien.

En efecto, llegaron á la Estacion 3 Esquinas y montaron.

Al pasar junto al Riachuelo, Pepito exclamó:—¡Toma! observo que este rio se halla canalizado.

—Es verdad, repuso Juan, y eso es una gran cosa, para la seguridad de los habitantes de estos barrios.

—Justamente, añadió el tío, así se impiden las inundaciones que podrían tener lugar, asolando todas estas cuadras próximas al rio.

Así llegaron á la Estación Brown donde se apearon y, una vez en tierra, el tío dijo:—Aquí tenéis el pintoresco barrio, llamado La Boca. Por el Oeste se halla limitado por la via del Ferro-carril Buenos Aires y Ensenada; por el Norte y Nor-Este por el Plata; y por el Sud y Sud-Este por el Riachuelo.

—¡Oh! exclamó Pepito, debe ser un barrio bien ameno.

—Sí, apoyó Juan, al fin se halla rodeado del Plata y puerto.

Entonces, entraron en una fonda, restauraron sus fuerzas y descansaron.

Después partieron y el tío dijo:—Ahora, vamos á dar un pa-seito por el río.

Sí, repuso Pepito, mas no iremos lejos por temor de nau-fragar ¿no es así? á mí me horroriza el recordar nuestro nau-fragio.

—¡Oh, no tengas temor! replicó el tío, solo iremos por aquí alrededor.

Así, se embarcaron y vieron los talleres Lloyd Argentino y Recreo, que se hallan cerca del Riachuelo; después navegaron por el Plata y contemplaron la Dársena Sud frente á la aduana.

—¡Oh, cuánto barco! exclamó Pepito, se diría que aquí existe otra ciudad ó Buenos Aires flotante sobre las aguas del gran puerto.

—Sí, apoyó Juan; los grandes buques parecen palacios, los pequeños casas, los vapores-golondrinas casillas y las lanchas ranchos y garitas.

Es verdad, repuso el tío, al fin este puerto es visitado por los buques de todos los países del mundo. Durante un año llegan aquí sobre 3700 vapores y 7600 barcos de vela, trayendo al todo un cargamento de unos 7 millones de toneladas de diferentes artículos de importación; salen poco mas ó ménos igual número de ambas clases de navíos, llevando á los diferentes estados del Viejo Mundo, casi otro tanto número de toneladas de objetos y productos de exportación.

—¡Oh, que gran movimiento para llevar eso á su destino! observó Pepito.

—En efecto, apoyó Juan, Buenos Aires es otra gran Babilonia.

—Sí, repuso el tío, es la gran Babilonia de la América del Sud.

—Al haber rodeado á La Boca, desembarcaron frente á la Aduana, llegaron á la estación Casa Amarilla y montaron en el tren.

Así vieron el Paseo Colón, Plaza de los Andes, donde el tío dijo:—Aquí en frente se hallan los tres docks restantes, desde la estación Casa Amarilla hasta la Central; sobre el tercero está el Muelle de la Aduana.

Entonces se apearon en la estación Central, que agradó á los niños por su gran movimiento y se dirigieron á la ciudad.

77.—Casas principales de educación.—División de Buenos Aires en catorce distritos.—Su administración.—Triple regalo que los niños compran para las hermanitas.

Al entrar por la calle de Cangallo, vieron un gran número de colegiales que regresaban en formación al colegio.

—¡Toma! exclamó Pepito, estos deben ser estudiantes.

—Sí, repuso el tío, hay varios establecimientos de enseñanza, donde tienen alumnos internos y los sacan á pasear de cuando en cuando.

—¿Cuáles son los principales establecimientos de educación? preguntó Juan.

—Pues, en primer lugar, se halla la *Universidad* en la que se cursan las tres facultades, dijo el tío, además existen las *Escuelas Normales* y las *Mixtas* y, en fin, el *Colegio Nacional* y otros muchos.

Después, llegaron á la plaza la Victoria que contemplaron de nuevo y entraron á descansar y tomar un refresco en un café.

Allí, Pepito que se recordaba maravillado de cuánto había visto, exclamó:—¡Dios mío! y como hacen para administrar esta gran ciudad de Buenos Aires.

—Fácilmente, repuso el tío, la gran Capital se halla dividida en catorce distritos que parten desde aquí, y son: *Catedral al Norte, Catedral al Sud, San Telmo, San Cristóbal, San Miguel, San Nicolás, San Juan Evangelista, Santa Lucía, Concepción, Pilar, Piedad, Socorro, Monserrat y Balvanera.*

Además, á estos distritos se les dá tres nombres diferentes segun el ramo de que se trata.

Así en lo *civil* se denominan *Juzgados de Paz*; en lo *policial*, *Secciones*; y, en lo *eclesiástico*, *Parroquias*.

Cada juzgado está á cargo de un Juez de Paz, que es subalterno del de primera instancia; la policia de cada distrito está bajo las órdenes de un comisario, que se halla á su vez subordinado al Jefe Político de la Ciudad; y cada parroquia está bajo la dirección de un cura párroco que se halla bajo las órdenes del Arzobispo de Buenos Aires.

—En fin, las catorce divisiones componen el gran *Distrito Federal de Buenos Aires*.

—¡Oh! interrumpió Pepito, así comprendo que la administración puede hacerse con orden, regularidad y economía.

—Si hay buena fé para ello, observó Juan ingenuamente.

—¿Hace mucho que existe esta división? interrumpió Pepito.

—No, contestó el tío, se creó hace un año, según la Ley 25 Septiembre de 1880; la aceptó la Cámara de Diputados de Buenos Aires el día 6 de Diciembre del mismo año citado.

—La *Administración comunal* debe estar á cargo de un *Consejo Municipal* ¿no es así? interrogó Juan.

—Sí, contestó el tío, y el Municipio tiene á su cabeza un *Intendente*, que lo propone el Presidente de la República y lo nombra el *Senado*.

Además, los consejales son elegidos á razón de dos por cada distrito. Así son veintiocho y éstos á su vez eligen su Presidente por mayoría de votos.

—Bien, repuso Pepito, me alegro mucho de saber eso.

Entonces, salieron del establecimiento y Juan exclamó:

—¡Oaramba! es menester llevar á las hermanitas un recuerdo de nuestra permanencia en Buenos Aires.

—Justamente, apoyó Pepito, sinó pensarán y con razón que no nos hemos acordado de ellas; que todo lo bueno merecen.

—Es verdad, repuso el tío, y podrían suponer que erais ingratos.

—¿Qué les llevaremos de útil? observó Pepito.

—¡Diantre! exclamó Juan, pues un abanico para cada una, en vista de que vamos para el verano.

—Bien pensado es eso, dijo Pepito, y además una sombrilla para cada una; así cuando salgan á paseo, podrán burlarse de los rayos del sol de la campaña que pican y quemar mucho.

—¡Bravo! repuso el tío riéndose; y, para completar el regalo debéis llevarles algo para la estación presente; por ejemplo, unos dulces finos, para que regalen su paladar, en vista de que son unas niñas de 8 y 12 años respectivamente, según me habéis dicho.

—¡Magnífico! exclamó Pepito, no habia pensado en eso.

—Efectivamente, apoyó Juan, tiene Vd. muchísima razón, tío.

Así, entraron en un bazar donde compraron dos abanicos y dos sombrillas de lás más elegantes que habia para niñas; despues, en una confitería, unas pastas y dulces finos que Pepito probó y halló muy exquisitos.

78.—Principales teatros.—Iluminación de la Ciudad.—Sus bellas calles.—Impresiones de Pepito y de Juan sobre Buenos Aires.—Sus progresos: ¿á qué y á quién los debemos?

Como entónces se oscurecía, se dirigieron al hospedajo y, al llegar frente al teatro, el tío dijo:—Aquí teneis el Politeama

y además hay otros varios teatros, pero los principales son la Opera, el Nacional, el Colon y éste.

Me dispensaréis no os lleve, pues, como podeis comprender, no es posible, porque nos hallamos de luto riguroso.

—¡Oh, sí! apoyó Pepito, por lo mismo no quisimos ir al de Mendoza cuando el general Rodriguez nos invitó.

—Justamente, añadió Juan, y así es como obra todo hombre sensato.

—Lo creo bien, queridos, exclamó el tío con emoción.

Momentos despues ya era completamente de noche y, al observar Pepito la infinidad de luces que iluminaban las calles, plazas, bazares y demás, exclamó:—¡Oh qué bella iluminación

—En efecto, dijo el tío; pues, son muchos miles de luces los que alumbran á estas horas la Capital Federal.

—Lo que á mi me admira, repuso Juan, es la belleza, con que están trazadas todas las calles de esta inmensa Metrópoli Argentina.

—Sí, dijo el tío, están en ángulo recto y forman cuadras de 29 metros de lado, unas se extienden de Este á Oeste y otras de Norte á Sud.

Así, llegaron al hospedaje y cenaron; luego, dejaron los paquetes arreglados para partir al siguiente día.

Después, el tío preguntó:—¿Qué os ha parecido Buenos Aires?

—¡Cáspita! dijo Pepito, es una ciudad muy bella, que parece una jauja al ver tanta gente como pasea, y tan elegante.

—¡Oh! interrumpió el tío, todo lo que brilla no es oro; así, por muy flamantes que vayan, los más están léjos de ser rentistas y no son más que simples empleados y cajetillas cesantes que, á veces, tiran al diablo de la cola.

—Sí, apoyó Juan, lo que á mí me admira es el gran desarrollo de Buenos Aires desde este siglo, ó sea desde nuestra Independencia.

Justamente, repuso el tío, en 1767, al expulsar los jesuitas, no había aquí ni alumbrado público, ni imprentas, ni teatros, ni casa de expósitos.

Esto se hizo con el producto de los bienes confiscados á los jesuitas, por medio de una comisión, llamada «Junta de Temporalidades» y que era presidida por el virrey.

Vertiz, virrey americano, que gobernó desde 1778 hasta 1784, hizo nivelar las calles, construir pasos de piedra en las boca-calles y otras obras.

A primeros de este siglo, no había ni Universidad, ni Museo, ni Bibliotecas, ni Consejo de Higiene, ni Colegio Nacional, ni Archivo Público, ni nada de las buenas instituciones que hoy tenemos.

Segun el Sr. Alzaga, la población de Buenos Aires era en 1801 de 72,168 almas; la Capital contenía 40,000 y la Campaña .

las 32,168 restantes. Hoy cuenta sobre 555,000 habitantes: la Capital 300,000 y la Campaña, 255,000 (1).

—¿A quién debemos estos progresos? preguntó el tío.

—¡Cáspita! interrumpió el niño, á mí me parece que á la Independencia y á la Libertad.

—¡Y á los héroes, Padres de la Patria, que nos han legado tan preciosos dones! repuso Juan con entusiasmo.

—¡Bravo, queridos! exclamó el tío, me alegro que lo comprendais; así sabreis venerar esos Patricios y os sacrificaréis por el Progreso, la Libertad y la Independencia de nuestra amada Patria.

Dicho esto se acostaron á dormir tranquilamente.

79.—Partida de la Capital.—Recepción que les hace papá en la Ensenada.—Las paternas demostraciones de cariño.—Comida.—El Sultán y el Musulmán.

A la mañana siguiente se levantaron muy temprano, y se arreglaron perfectamente, mientras venia el carruaje que los debia de conducir á la estación.

Al momento, tomaron el desayuno y, tan pronto como el vehículo llegó, agarraron sus paquetes de ropa y montaron.

Un poco después, llegaron á la estación Central, el tío tomó los boletos para la Ensenada, y subieron los tres en uno de los coches.

Los niños, á pesar de lo prendados que habian quedado de Buenos Aires, se hallaban ébrios de alegría, cual si partiesen á la gloria.

Entonces, el tren dió su último silbido y partió; los corazoncitos de los niños principiaron á latir al recuerdo de caminar hácia la casa paterna, de la que se hallaban próximos.

Antes de haber llegado á Barracas, Pepito dió un salto sobre su asiento y exclamó:—¡Oh, qué felicidad, tío; hoy vamos á tener la dicha de abrazar á los papás y hermanitas!

—Justamente, repuso Juan colmado de grande emoción, al fin la divina Providencia se ha dignado concedernos esa gracia; pero, desgraciadamente, nuestro gozo no es cumplido por el fallecimiento de la pobrecita tía. (Q. E. P. D.)

—Es verdad, querido, añadió el tío, más, tenemos que conformarnos con los designios del Altísimo; además debemos

(1) Hoy día la Provincia tiene sobre 1.000,000 de almas: la Capital, 400,000 y la Campaña, 600,000.

consolarnos al recuerdo de la máxima que dice: «*No hay gozo cumplido en el mundo*». ¡Cómo ha de ser, Dios lo ha querido así, cúmplase su santa voluntad!

Así, no podemos quejarnos: ya porque he obtenido milagrosamente la mitad de mi perdido capitalito, y un refugio á vuestro lado, y vosotros, porque habeis hallado unos buenos padres adoptivos y habeis visto vuestro deber cumplido, después de haber dado la vuelta á la República Argentina.

—Es verdad, apoyó Pepito; y en gran parte lo debemos á Dios á quien hemos suplicado constancia y paciencia para buscar á V.

—Ciertamente, añadió Juan, y nos ha escuchado y protegido; de lo contrario, no hubiésemos podido resistir tantas desdichas en nuestra larga odisea alrededor de la Patria Argentina.

Así hablando, pasaron por *Barracas, Quilmes*, capital del departamento de este nombre; después atravesaron las estaciones de *Berazategua, Godoy, Huergo y Pereira*.

A medida que el tren adelantaba, los corazoncitos de los niños redoblaban sus palpitaciones; así, con esta grande emoción, llegaron á la Ensenada donde el tren fué disminuyendo su velocidad, hasta que se introdujo en la estación, donde quedó inmóvil.

Así, nuestros viajeros agarraron sus paquetes y al abrir la portezuela para apearse, Pepito, que se había fijado en unos individuos que se hallaban sobre el andén, reconoció al mas anciano.

Entonces, abriendo la portezuela, exclamó con toda la fuerza de sus pulmones:—¡Oh, papá de mi vida!....

—¡Hijo querido!.... repuso el Sr. Hernandez, tendiendo los brazos al niño que se apeaba.

—¡Gracias á Dios, amado papá que tenemos la dicha de verlo! añadió Juan colmado de inmensa alegría.

—¡Oh, sí querido mio! y despues de haber dado la vuelta á la *República Argentina*, repuso el anciano, tendiendo á Juan sus brazos; despues, el tio descendió á su vez y se apresuró á saludar al Sr. Hernandez, abrazándose ambos; en fin, el anciano abrazó de nuevo á los niños con la mayor efusión y dándoles mil besos.

—¡Mamá y hermanitas? preguntó Pepito con gran júbilo.

—¿Cómo se hallan? interrumpió Juan con inmensa alegría.

—Buenos están y os esperan con los brazos abiertos, dijo el anciano.

—Me alegre infinito, dijeron tio y sobrinos.

—Gracias, dijo el Sr. Hernández y, dirigiéndose al tío, añadió:—Ahora tengan la bondad de seguir y tomemos algo antes de partir.

Así, se dirigieron á una fonda donde se pusieron á comer opíparamente.

—¿Por qué se ha incomodado V. en venir á buscarnos, papá? dijo Juan.

—¿Qué queríais que hiciese hijos? repuso el Sr. Hernández, era tanto el deseo que tenía de abrazaros, que creía no iba á llegar jamás este momento feliz; así como yo os traje á la Ensenada, he querido venir á buscaros yo mismo.

—Sí, apoyó Pepito y hasta las hermanitas hubieran venido de buena gana.

—Justamente, repuso el anciano, querían venir, mas no lo he permitido, porque tenían que ayudar á mamá y hacerle compañía.

En esto, acabaron de comer. el Sr. Hernández pagó el gasto y dió orden de que uncieran los caballos al carruaje.

Mientras se hizo esto, tomaron un café y se dispusieron á partir.

Al llevar los niños sus paquetes á la volante, Pepito que se había fijado en los corceles exclamó:—¡Toma! este blanco es el bravo Sultan que nos trajo aquí hace unos nueve meses.

—Sí, apoyó Juan, y este tordo es el buen Musulmán, que también nos trajo en compañía del Sultán.

—Justamente, añadió el Sr. Hernández, son ellos mismos. Además, guardamos el pío de Rosita que ya monta bien y el tordo tuyo que se halla mucho más amaestrado, gracias á la habilidad del desbravador Picón.

—¡Oh! me alegro, dijo Pepito haciendo caricias con Juan, al Sultán y Musulmán.

Entonces, montaron y partieron hácia la estancia. A media jornada pararon á tomar un bocado en una casa de negocio.

Después, continuaron la marcha con la más inmensa alegría; los corazoncitos de los niños, no podían por menos que latir, al recuerdo de que llegaba el momento feliz de entrar en la casa paterna.

Así, mientras ellos hablaban de su nueva vida en la estancia, el Sr. Hernández explicaba al tío los negocios de la ganadería y demás.

80.—Llegada á la casa paterna.—Recepción que hacen á los niños mamá y hermanitas.—Muestras de fraternal cariño.—Ofrecimientos.—Picón, preceptor y su señora.

Una vez anochecido, llegaron al campo del Sr. Hernández y los nobles corazoncitos de los niños redoblaron sus palpitaciones con más violencia.

Juan, que lo había conocido, exclamó:—Papá, ya estamos en el campo de casa, ¿no es verdad?

—Sí, querido, apoyó el Sr. Hernández, dentro de media hora estaremos todos en casa.

—¡Oh, que dicha! interrumpió Pepito, dando un salto sobre su asiento; ya me parece estar abrazando á mamá y hermanitas!

Después, Juan continuó:—¡Toma, allí se vé una luz!

—¡Oh, sí! repuso Pepito, ¡y es de nuestra casa!

—Justamente, apoyó el Sr. Hernández, es la misma luz que os sirvió de norte y llamada, la noche en que fuisteis robados, os hallasteis mi cartera y pedisteis hospitalidad en nuestra estancia ó vuestra casa,

Al aproximarse á la estancia, los niños, que no separaban la vista de la luz, divisaron sobre la puerta un grupo de cuatro personas.

—¡Oh, Dios mío! exclamó Juan pegando una palmada; allí nos esperan con ánsia mamá, hermanitas y Picón!

—¡Ah, sí, divina Providencia! repuso Pepito, dando un gran salto y quedando derecho para ver mejor. ¡Vamos corriendo para abrazarlos! añadió él.

Estando á unos pasos de la estancia, el Sr. Hernández tiró las riendas de los caballos y paró la volanta al ver que, los niños impacientes, estaban en actitud de arrojarlos á tierra.

Entonces, Juan y Pepito saltaron al suelo y echando á correr hácia las niñas gritaron con emoción:—¡Oh, hermanitas amadas!

—¡Oh, mamá de nuestro corazón! añadieron ellos con mayor efusión,

Las niñas que á su vez corrieron para acortar la distancia, se arrojaron á los brazos de sus hermanitos exclamando:

—¡Hermanos queridos! dijo Rosita con frases entrecortadas por la más frenética emoción.

—¡Al fin tenemos la dicha de veros! añadió Aurora, dando expansión á su corazoncito oprimido por su inmensa alegría.

—Justamente, hijos míos, apoyó doña María, abrazando y besando á los niños con sus ojos humedecidos por su intensa emoción; tenemos la dicha de veros regresar al hogar paterno, despues de haber dado la vuelta á la *República Argentina*

Despues dirigiéndose á las niñas, suplicó:—¡Hijas de mi corazón abrazad de nuevo y besad á los hermanitos! ¡Tened presente que solo ellos os dulcificarán la existencia en este valle de lágrimas, cuando nosotros dejemos de vivir!

Dicho esto el tío que ya habia abrazado y besado á las niñas, se apresuró á saludar á la virtuosa doña María.

Mientras tanto, los niños y las niñas, se abrazaron sucesivamente de uno á otro, dándose mil besos con la mayor efusión y, cual verdaderos hermanitos que se consideraban y amaban.

Era tan inmenso el entusiasmo que sentían en estas demostraciones de fraternal cariño, que tenían sus corazoncitos embargados de placer y no podían pronunciar una palabra.

Un momento despues, unos y otros dominaron su emoción y entraron á descansar en la pacífica morada de la estancia.

Una vez sentados adentro, el Sr. Hernández se dirigió al tío de los niños, diciendo:—Puede V. estar en esta casa como si fuese la suya y contar conmigo en todo cuanto le pueda ser útil, cual si fuese su verdadero hermano.

—Justamente, basta que sea tío de nuestros queridos hijos adoptivos para que le estimemos así, apoyó doña María con la mayor amabilidad.

Muchas gracias, repuso D. Julio, yo tambien venero á Vds. desde que ví, por las cartas de las niñas, el amor que profesan á mis sobrinos, y basta que los amen así para que yo los aprecie de corazón y me sacrifique por Vds. como si realmente fuesen hermanos míos.

—Gracias, dijo el Sr. Hernández, así lo suponemos, pues no se puede esperar menos del tío de unos niños modelo, que se sacrifican por la humanidad, como grandes héroes.

—Ciertamente, apoyó doña María, creemos que Vd. se sacrificaría por nosotros lo mismo que hicieron los niños con nuestras adoradas hijas en dos ocasiones.

Entonces, las niñas sirvieron un refresco que tomaron todos, y se pusieron á preparar la mesa en regla para cenar un poco despues.

Al momento entró Picón que habia estado desatalajando y dando el pienso á los caballos y abrazando á los niños, exclamó:

—¡Oh, amiguitos, cuánto me alegro de veros!

—Yo tambien de saludar á Vd., dijo Juan, recuerdo que Vd. nos acompañó á la Magdalena.

—Yo tambien, dijo Pepito, pues V. me domó el caballo tor-do y me dió las primeras lecciones de equitación.

Entonces entró el preceptor y su señora y corrieron para abrazarlos.

—¡Oh, amado preceptor, cuánto me alegro de ver á V.! dijo Pepito.

—Y yo tambien, repuso Juan, pues siempre me he acordado de V. y de las sábias lecciones que me ha dado.

—Nosotros tambien nos hemos acordado, repuso la señora del preceptor.

—Y nosotros, añadió Pepito, pues siempre que he sacado para leer el librito de «Los Grandes Hombres» que V. me regaló, nos hemos acordado de Vds.; y por cierto que aún lo conservo.

—Lo creo bien, querido, interrumpió el preceptor amablemente.

81.—La cena.—Los niños modelo ó bienhechores héroes.

—Por qué han sufrido tantas desdichas.—El hada...

—Sorpresa de niños y niñas: el cambio de los regalitos.

Momentos despues, las niñas dejaron la mesa y cena dispuestas y se pusieron á restaurar sus fuerzas opipara y alegremente.

Entre plato y plato que servían las niñas sentándose despues á la mesa, los niños contaron las principales aventuras, desdichas y desgracias de su larguísima odísea.

Los papás y hermanitas escuchaban maravillados y, despues que nuestros héroes hubieron terminado su relato, D. José exclamó:

—¡Dios mío, y cómo habéis tenido valor y resignación para sufrir tanto!

—¡Oh! interrumpió Pepito, yo que no soy tan bravo como Juan, ya me acobardaba en Jujuy y quería volver á casa; pero, mi hermano me dió ánimo, recordándome nuestro deber.

—Es verdad, apoyó Juan, tambien yo hubiese regresado con gusto; pero, nuestro deber nos lo impedia.

—Tienes razón, querido, repuso el Sr. Hernández, mientras hay esperanzas de cumplirlo se debe proseguir; de lo contrario, se desiste porque ya no existe tal deber.

—Es verdad, apoyó el tío, mas eran tantas las contrariedades que habían sufrido al llegar á Jujuy que, si ellos se hubiesen vuelto á casa, yo los hubiera dispensado muy bien.

Mas habiéndolo cumplido estoy muy satisfecho al ver que son dos niños modelo, que imitan en todo á su malogrado padre.

—¡Oh! exclamó doña María, no solo imitan al virtuoso papá-legítimo, Q. E. G. E. (que en gloria esté) sinó tambien á los grandes héroes de la patria. Cuando conocí sus inteligencias, sus nobles corazones y el arrojo con que me saludaron las dos hijas, dije: «Si fuese cierta la metempsicosis jugaría que las almas del gran Rivadavia y San Martín habian encarnado en sus cuerpos infantiles para bien de la patria.»

Hoy que acabo de saber las infinitas aventuras que han sufrido alrededor de la patria y los sacrificios que han hecho por la vida de otras criaturas, no me cabe la menor duda de que, en sus cerebros, se hallan encarnadas las almas de dos grandes héroes bienhechores de la humanidad.

—Sí, apoyó D. José, lo que han hecho es superior al esfuerzo de muchos hombres; yo mismo no hubiese sido capaz de resistirlo y, desesperado, hubiera regresado á casa.

—¡Oh! interrumpió Pepito, nosotros no nos hemos desanimado, y hemos tenido esperanza y fé en la Providencia.

—Justamente, apoyó Juan, y hemos invocado las almas de nuestros héroes queridos, que han sabido rogar á Dios por nosotros.

—Es verdad, dijo el tío, pero de todos modos parece imposible el que hayáis podido soportar tantas desdichas.

—¡Oh! replicó Pepito; pues eso no parece tan imposible si se tiene presente tambien que, mamá y hermanitas, han suplicado á toda hora á la Divina Providencia nos concediese el cumplimiento de nuestro deber y el regreso al hogar paterno.

—Justamente, apoyó Juan, y el Todo-poderoso ha escuchado y atendido sus repetidas súplicas, cual si se las hubiese dirigido una santa, como es mamá, y dos puros ángeles, cual nuestras hermanitas.

—¡Oh, gracias, hijos míos! exclamó doña María; mas yo solo he hecho el sagrado deber de una cariñosa madre.

—Sí, dijo Rosita, el deber de pedir á Dios la salvación de los hermanos.

—Ciertamente, apoyó Aurora, de unos hermanos amados á los que debemos la vida por dos veces.

—Cierto, exclamó doña María; pero Dios mio ¿por qué no habéis pedido plata cuando se os ha terminado, en vez de ponerlos á trabajar?

—¡Oh, mamá! interrumpió Pepito, si aún llevamos el hada!.....

—Sí, dijo Juan, y que vamos á devolverla á Vds., amados papás.

—Eso jamás, replicó D. José, guardároslos, sino me enfadaré.

—Bien, papá, dijo Juan, la guardaremos y la haremos despues producir.....

Entónces, sirvieron confitura de postre y Pepito exclanó:— ¡Toma! ¡voy á buscar los recuerdos que traemos de la capital para las hermanitas!

—Tambien nosotras os guardamos otros que voy á buscar, dijo Rosita.

Los niños presentaron sus paquetes; Juan tomó dos abanicos y, entregando el mayor á Aurora y el pequeño á Rosita dijo:—Aquí teneis estos argentinos abanicos para que os refresquéis este verano, haciéndoos aire.

Pepito tomó las sombrillas y añadió:—Aquí teneis estas sombrillas que os he comprado para que os burléis del sol de la campaña que pica mucho.

—Bueno, añadió el tio, pues, aquí teneis estos dulces que os traen, porque yo les recordé os los compraran, queridas, para dulcificar el paladar.

—Gracias, dijo Rosita, los dulces los comeremos con los hermanitos.

—Sí, apoyó Aurora, y las sombrillas y los abanicos los conservaremos como recuerdo, y continuó:—Aquí teneis cada uno media docena de pañuelos finos de hilo, á los que Rosita ha hecho sus dobladillos y yo he bordado sus ramos.

—Eso es, repuso Rosita, yo os entrego á cada uno media docena de calcetines que hemos hecho entre Aurora y yo, poniendo vuestras iniciales.

—Bien, terminó mamá, y aqui esta confitura que he hecho para vosotros.

—Bueno, dijo Juan, la confitura la comeremos y lo demás lo guardaremos para que dure.

—Sí, repuso Pepito, quisiera que estas prendas no se rompiesen jamás.

—Bien, hijos míos terminó el Sr. Hernandez al ponerse todos á tomar café, á mí solo me resta echaros mi bendición, suplicando á la Divina Providencia os conceda vida eterna en esta, vuestra casa paterna.

Despues de tomado el café, niños y niñas, colmados de la más inmensa alegría, retiraron sus correspondientes regalitos.

En resúmen, antes de partir á dormir, todos juntos dirigieron al Cielo una ferviente plegaria, en acción de gracias, por tener realizada la dicha de hallarse ya en el hogar paterno los *Huerfanitos desheredados* que, por el cumplimiento de un solo deber, acababan de dar *La vuelta á la República Argentina*.

EPÍLOGO

82.—El tío ganadero.—Lo que produjo el hada.—Juan sigue la ganadería.—Pepe estudiante.—Ascendiente de Juan sobre Aurora.—Amor de hermanos unido al de enamorados.

Desde el día 1º de Julio de 1881 en que nuestros héroes entraron en el hogar paterno hasta hoy, han tenido lugar en esta familia modelo notables acontecimientos que vamos á referir.

El tío se dedicó á la ganadería con el capitalito que le restituyó el comerciante de Jujuy, y se puso á prestar sus servicios en la finca del Sr. Hernández como encargado ó administrador.

Juan y Pepito descosieron el forro del chaleco y encontraron la famosa hada, que consistía en 100 pesos fuertes; añadieron á este capitalito, los 30 que les había dado el general Rodríguez por el Independiente y 20 mas que poseían.

Con estos 150 pesos compraron unas ovejas de las razas *lincoln*, *rambouillet*, y un carnero marrueco ó padre de la raza *merina*. Esta fina majadita, compuesta de unos 30 animales la juntaron con la del tío, que era tambien de raza superior. Siguieron el consejo de D. José que les dijo: «Mas producen 4 animales de raza fina que 16 de la ordinaria.»

El Sr. Hernández ofreció á los niños el costearles la mejor carrera que deseasen seguir.

El juicioso Juan optó por dedicarse á la ganadería y agricultura: él se decía: «Así estaré al lado de los papás y les serviré como de báculo en su ancianidad.»

Pepito, á quien en adelante llamaremos Pepe, tambien quería dedicarse á la ganadería y agricultura, pero, en virtud de la fina complexión de su musculatura, toda la familia le aconsejó que no lo hiciese, porque no podría soportar las fatigas de

la campaña y se perdería el fruto de su especial inteligencia.

Así, determinó seguir los estudios y en 1882 lo llevaron á Buenos Aires y lo colocaron en un colegio donde comenzó á estudiar el grado de bachiller.

Las niñas y el niño sintieron mucho esta separación; pero se consolaron pronto al recuerdo de que se hallaba bien hospedado, y seguía una decente profesión que le era indispensable; además él hacia de cuando en cuando una visita á la casa paterna.

Aprendido el bachillerato, principió á estudiar la medicina y cirugía, por ser esta profesión la que más le permitía sacrificarse por la humanidad.

La presencia de Juan y el tío convertía la estancia en un verdadero paraíso: la prudencia y laboriosidad de Juan rejuvenecían de gozo á los papás y fascinaban á las hermanitas, que no se atrevían á dar un paso sin consultarlo con él y pedirle consejos.

Así, á sus 17 primaveras, la bella Aurora tenía sus pretendientes que se disputaban el honor de conquistar su noble corazón.

Ella lo consultaba á sus papás, quienes le informaban bien de algunos; despues se aconsejaba de Juan, quien le decía siguiese los sábios consejos de los padres.

Ella decía: «Tienes razón, Juan; pero sin embargo, necesito que tú me apruebes el mismo consejo que los papás, de lo contrario no amaré jamás á otro hombre sinó á tí como hermano.»

En fin, Juan no creía jamás prudente el aconsejarla sobre tan delicada cuestión; así Aurora rechazaba cuantos enamorados se le presentaban, á pesar de que eran hijos de ricos hacendados, que poseían muchas más riquezas de cuantas tenían sus papás.

Juan comprendía bien el ascendiente ó influencia moral que ejercía sobre Aurora, y llegó á sospechar que la hermana sentía la misma pasión que la que él experimentaba hácia ella, es decir, que el amor de hermanos se hallaba unido al de enamorados.

Despues se le presentó otro pretendiente; hijo de uno de los más ricos hacendados de la Magdalena y Aurora volvió otra vez á consultar.

Juan que deseaba el bienestar de la hermana, quiso tener la completa seguridad de su sospecha y le dijo:—Bien, casa-ros con él, hermano, puesto que los papás lo aprueban y él hará vuestra felicidad.

Aurora le contestó clara y desconsoladamente:—Mientras permanezcáis soltero, yo no amaré á ningun hombre, ni me

casaré, porque me parece que eso sería renunciar al cariño fraternal que os profeso.

—Bien, repuso Juan, tampoco yo me casaré mientras os halléis soltera.

Así como Dios nos ha echado al mundo para amarnos unidos, y no para vivir aislados como ascetas ó célibes, podeis contar eternamente conmigo, adorada hermana, si es que creies que, siendo vuestro esposo, yo puedo hacer vuestra felicidad.

—¡Oh, sí hermano de mi alma! exclamó Aurora arrojándose á los brazos de Juan; os prefiero á vos con la ropa puesta, á todos los hombres del mundo cargados de riquezas! ¡Nadie puede hacer mi felicidad, como esposa, sino un hermano adoptivo, como vos, á quien debo por dos veces mi vida!

83.—Boda de Juan y Aurora.—Pepe y Rosa enamorados.—Brindis por la Independencia.—Invitación á otra boda.—Nuevos brindis.—Luna de miel.—Juan y Aurora padres de un niño.

Así, comunicaron al tío la resolución de contraer matrimonio, para que la hiciese saber á los papás.

D. José dijo, colmado de inmensa emoción:—Yo no solo entrego esta hija querida á Juan, sino también la sangre de mis venas.

—Sí, apoyó doña María, al fin á él debe dos veces la vida,

Así obtuvieron los documentos curiales, se distribuyeron invitaciones y el día 8 de Julio de 1887 se celebró en La Plata y en la iglesia de San Ponciano la pomposa boda, acompañada por distinguidas personas de la *Magdalena*.

Mientras Juan y Aurora recibían la bendición nupcial, Pepe, elegante estudiante de 17 años de edad, se hallaba detrás de los concurrentes y junto á su Rosita á quien llamaremos en adelante Rosa.

Así, aprovechando esta circunstancia, deslizó suavemente unas dulces palabras en la oreja de su hermanita, cuyas finas mejillas se encendieron y enrojecieron cual la escarlata.

La encantadora Rosa, de 15 floridas primaveras, quedó fascinada por la más inmensa emoción y contestó al hermanito con un *sí*... que, á pesar de no haber sido oído por nadie, era tan grande como la misma iglesia de San Ponciano que los cobijaba.

Los padrinos que eran ricos propietarios de la *Magdalena*,

habían regalado entre otras cosas á los desposados, el traje para la ceremonia.

El airoso Juan vestía su magnífico traje de fino paño negro y su esbelta Aurora, uno de riquísimo terciopelo del citado color.

En fin el robusto Juan con su aire gentil y su Aurora, cual diva de chispeantes ojos negros y cabellos de ébano, formaban una gallarda parejita.

Celebrada la boda, montaron en coches y se retiraron al próximo hotel de París, donde se celebró el banquete, brindando por los nuevos cónyuges.

Por la noche, hubo baile y los recién enamorados se sirvieron también del tío á quien imploraron comunicase á los papás que también ellos se amaban.

Estos que no deseaban otra cosa mejor, los llamaron, á parte y les dijeron:

—Lo tenéis concedido para cuando tú, Pepe, termines la carrera.

—Eso mismo habíamos pensado nosotros, amados papás, contestaron ellos.

El día 9 estuvieron visitando los edificios notables de La Plata.

A la hora de la comida y mientras las músicas tocaban en la plaza de *La Legislatura*, todos los concurrentes á la boda, incluso los ancianos papás, brindaban por la Independencia de la patria que se conmemoraba en el día.

Además D. José dijo:—Señores, quedan Vds. invitados para la nueva boda de Rosa y Pepe que se celebrará, si Dios quiere, al concluir él su carrera.

—¡Bravo, bravo! aplaudieron todos, brindemos por los recién prometidos.

—¡Y porque llegue pronto ese día feliz! añadieron los papás.

El día 10 se retiraron los concurrentes y los desposados partieron para Buenos Aires, donde disfrutaron durante 3 días en compañía de la familia.

En abril de 1888, se vió aumentada la familia con un niño muy robusto que la Providencia se dignó conceder á Juan y Aurora.

Este nuevo vástago se parece en todo á su papá en su musculatura y en su fisonomía y á su mamá en sus ojitos negros y bien torneados miembros.

Fué bautizado en la iglesia de la Magdalena, y tuvo por padrinos los tíos Pepe y Rosa, que le pusieron por nombre José.

Como era natural este chiquitín, tan parecido á sus papás, vino á aumentar la felicidad de éstos y de los buenos abue-

litos que, ébrios de inmensa alegría, le prodigaban infinidad de mimos por ser el primer nietecito y atendido al refrán que dice: *Quien no sabe de abuelo, no sabe de bueno.*

Mas, como ellos son personas sensatas y educadas, saben criar bien este nietecito y otro más, que ya tienen, como pronto os lo indicaremos; así, solo los miran cuando hay razón para ello; pues, tienen muy presente este otro refrán ó proverbio que dice: *Criado por abuelo nunca bueno.*

84.—Pepe y Rosa reciben la bendición nupcial.—Brindis por el 25 de Mayo y gloria de sus Patricios.—Luna de miel.—Objeción de Pepe á Rosa.—Familia inseparable.

Pepe que deseaba con ánsia terminar pronto la carrera, para unirse eternamente á su idolatrada Rosa, trató bien de estudiar mucho para no perder ningun curso.

Así, se aplicó tanto á sus estudios que, en todos sus exámenes, obtuvo una gran victoria que admiró hasta á sus mismos catedráticos: en la mayor parte de sus asignaturas se le concedía la honorable nota de sobresaliente.

Así á sus veinte años de edad terminó su brillante carrera y poco despues, obtuvo el honorable diploma con el título de Doctor en Medicina y Cirujía.

Los papás, ébrios de alegría, al ver tan preclara inteligencia, recabaron al momento los documentos curiales, que se necesitaban para celebrar el nuevo matrimonio.

Así, el 24 de Mayo de 1890, Pepe y Rosa, recibían la bendición nupcial, tambien en La Plata y en su iglesia de San Ponciano, donde se hallaban acompañados de los concurrentes de la anterior boda y de algunos estudiantes, amigos de colegio del desposado.

Los padrinos fueron los mismos que tuvieron Juan y Aurora. Así, como eran personas que podían gastar, no escatimaron nada, para obsequiar á sus apadrinados; pues además de los correspondientes anillos y otras joyas, regalaron tambien á los desposados los ricos trajes de ceremonia.

El gentil Pepe cual un doctor que era, vestía de aristocrático frac negro, sombrero de copa y bota de charol cual un milord.

La bellísima Rosa, uno de terciopelo blanco con adorno celeste que, primorosamente combinado, imitaba la bandera argentina, y, además, sobre sus sienes se ceñía la corona de

azahar que la convertía en una virgen, de ojos de záfiro, rubicundo y fino cutis y dorados cabellos.

En fin, el donoso Pepe por su aristocrática elegancia y la encantadora Rosa, deslumbradora de belleza, formaban una admirable pareja, que atraía las miradas de todo el mundo.

Celebrado el matrimonio, salieron del templo, montaron en sus carruajes y se dirigieron también al hotel de París donde tuvo lugar el banquete de boda, y se brindó por la felicidad de los jóvenes cónyuges.

Por la noche hubo gran baile á toda orquesta.

El día 25, se recrearon visitando los establecimientos públicos de La Plata y sus grandes edificios.

Felizmente en este día, oyeron también los armoniosos acordes de la música que tocaba en la plaza de la Legislatura; así como en este momento se hallaban en opíparo banquete, llenaron todas las copas del espumoso champagne que bebieron, brindando por la gloriosa revolución 25 de Mayo que se conmemoraba entonces.

Los joviales estudiantes que habían tomado gusto al exquisito nectar, no pudieron impedirse de beber otra copa, en un segundo brindis que lo dirigieron á la gloria de los ilustres patricios, que llevaron á cabo tan grandioso acontecimiento.

El día 26 se despidieron los invitados y los jóvenes cónyuges partieron á Buenos Aires, para gozar allí la luna de miel en compañía de la familia.

Visitaron todo lo más notable y, sobre todo, algunos establecimientos de caridad y asilo maternal donde Aurora y Rosa habían sido abandonadas. Estas, acordándose de la ingratitud de algunos padres y de sus hijos que allí gimen, sin conocer el amor paternal, no pudieron por menos de conmoverse hasta las lágrimas; sacaron una fuerte suma de plata y la entregaron como caridad, para aquellos desventurados angelitos, de los que muy poquitos obtienen la felicidad que han hallado ellas.

Al cabo de tres días quedó terminada en la capital la luna de miel, porque se hallaban ya fatigados; así partieron para la estancia.

Rosa suplicó á Pepe el permanecer justo á los papás; más él objetó:

—¡Oh! eso bien me agradaría á mí, para hacerles compañía y asistirlos en sus dolencias con los recursos de la ciencia y mi abnegación. Más, como puedes comprender Rosa, aquí no podemos obtener ni clientela ni *modus vivendi*; así es indispensable busquemos una villa donde podamos vivir con mi profesión.

Rosa que sentía en el alma separarse de los papás, hermanos y casa paterna en que se había educado, replicó:—¡Oh, no

Pepe, les suplicaremos nos permitan estar en su compañía para asistirlos, como has dicho, en la vejez.

Así se pusieron á las órdenes de los papás exponiéndoles si querían permaneciesen en casa ó se retirasen á un pueblo para ejercer la profesión.

Aloir esta prudente exposición, D. José dijo:—¡Oh, no, hijos míos! mientras nosotros vivamos deseamos teneros en nuestra compañía. Si no ganas, Pepe, para mantener la esposa, no importa; pues, de la hacienda obtendremos sobrados recursos para vivir todos desahogadamente.

—Ciertamente, apoyó la virtuosa doña María; además, aquí ya ganaréis la vida con los cuidados que nos prestaréis á nosotros y las visitas que tú, Pepe, harás gratuitamente á los pobres puesteros y á otros vecinos que se hallen enfermos.

—¡Oh sí, mamá! dijo Pepe, yo me sacrificaré siempre por los desgraciados.

—Eso es, apoyó Rosa, y nosotros dos por la dicha y paz de Vds., papás.

Así, como unos y otros no deseaban otra cosa mejor, quedaron en la estancia, alojados en su separada sala, como igualmente se hallaban y están hoy día Juan y Aurora.

85.—Los jóvenes cónyuges visitan la villa de Juarez y al Sr. Artigas y esposa.—Pepe y Rosa padres de una niña —Labores y felicidad actual de toda la familia modelo.

A mediados de Mayo de 1890, Juan y Pepe recibieron permiso de los papás, para ir á visitar su villa natal de Juarez, en compañía de Aurora y Rosa; así, fueron muy contentos, primero porque hacía varios años que ellos no habían visto su pueblo, que deseaban enseñar á sus esposas; y segundo, por que iba á tener lugar la bendición é inauguración de la nueva iglesia.

Así, contemplaron esta ceremonia, hallando muy bonito el templo; después, pasearon por el pueblo que les pareció muy lindo á Rosa y Aurora; en fin, presentaron sus esposas á los amigos de infancia y al querido preceptor, que se alegró mucho del bien que disfrutaban.

Además, hicieron alguna caridad á varios pobres. Fueron al cementerio donde oraron sobre las tumbas de los papás legítimos y de la abuelita y, al despedirse colocaron sobre las cruces de las sepulturas las correspondientes coronas de siemprevivas.

Al regreso, visitaron al señor Artigas y esposa quienes los abrazaron y felicitaron mucho por la completa felicidad que que habían obtenido.

Ellos también se alegraron mucho al decirles que el general Rodríguez le había escrito por la dirección que le dieron, y que le había mandado como donativo 100 pesos oro.

Así, partieron y llegaron á la casa paterna donde hallaron muy buenos á los papás y tío, que se alegraron de este feliz viaje.

Para colmo de felicidad, en Marzo de 1891, el Cielo concedió á Pepe y Rosa una niña muy linda, que se parece por su viveza y gracia á su papá, y por la rubicundez y hermosura á su mamá.

Los padrinos fueron los tios Juan y Aurora, quienes la cristianaron también, en la iglesia de la *Magdalena*, con el nombre de *María*.

Así, todos los miembros de esta venerable familia son hoy muy felices; los abuelitos gozan extraordinariamente con los solícitos cuidados que les prodigan los hijos, y con las agudezas de los nietecitos; Juan, Pepe y sus amadas esposas, mediante el amor que se profesan, disfrutan de un verdadero paraíso, al lado de los papás y de sus hijitos, que miman con ternura; y el tío también se cree dichoso al ver que su fina majada ha aumentado y posee su tropilla de potros y vacas. Además se dedica á la agricultura, pero asegura la cosecha por si se le quema otra vez; y en fin, cultiva también, siendo ayudado por Juan y Picón, los frutos necesarios para el consumo de la familia y forrajes para animales finos.

Pepe al dedicarse al estudio, cedió á Juan su parte de majadita, que ha progresado mucho; hoy se halla unida á la fina de los papás, porque al fin todo es de casa.

Como el año 1892 el anciano preceptor quedó vacante y sin jubilación, D. José y Doña María se compadecieron y ofrecieron hospitalidad mientras quisiera estar con su señora; esto lo hicieron agradecidos en recompensa de la esmerada educación que había dado á sus queridos hijos é hijas.

Así, el buen preceptor, que no sabe estar parado, presta sus servicios como tenedor de libros; la preceptora acompaña á Doña María y ayuda á lo que puede á Rosa y Aurora, á cuyos hijitos cuida cuando hay necesidad.

Y Pepe ¿qué hace? pensaréis tal vez ¡oh, niños! él trabaja tanto como los demás; jamás falta labor á quien es aplicado como él.

Pepe presta los recursos de la ciencia á toda la familia y sobre todo á los ancianos papás, á quienes ha curado varias dolencias, y además hace visitas gratis á los puesteros y á otros pobres; á estos les evita algunas enfermedades con sus con-

sejos higiénicos y profilácticos, que les da al visitar los ranchos.

Reposa sus asignaturas y estudia las obras que se publican sobre medicina y cirugía. Esto lo hace por amor á la ciencia; él se ha prometido, con su adorada Rosa, continuar en la estancia, dedicados á la ganadería aún después de fallecidos los amados papás. Ellos lo desean así por estar juntos á los hermanos, y además porque esto les presenta un seguro porvenir, que no hallarian tan fácilmente en un pueblo, donde cuesta mucho conseguir una clientela para gañar la vida.

Después, ayuda al preceptor en la contabilidad. El tiempo vacante agarra la escopeta y va de caza, acompañado por su antiguo maestro. Ya mata perdices, ya patos, etc., que los comen bien sazoados por su esposa en compañía de toda la familia.

Pues, en la estancia, aunque existen tres matrimonios de seres queridos, no forman mas que una especie de *trinidad conyugal*, compuesta de los venerables y ancianos papás, y de los antiguos hermanitos ó *huerfanitos desheredados*.

D. José y Doña María han hecho su testamento ológrafo é irrevocable: dejan á los cuatro hijos amados una legua de campo para cada matrimonio, su correspondiente parte de la ganadería, la estancia y cuanto posean el dia de su fallecimiento.

El tio lo ha hecho también declarando herederos universales á sus queridos sobrinos.

Ahí tenéis, amados niños, bosquejado el cuadro de una familia modelo, cuyo bienestar ha sido conquistado por el constante trabajo y la economía; hé ahí unos esposos felices que gozan de un glorioso paraíso, sólo porque saben amarse entrañable y mutuamente; y en fin, ved también ahí unos dignísimos patriotas, antiguos *huerfanitos desheredados*, á quienes la Divina Providencia ha concedido unos adoptivos y buenos papás, unas virtuosas esposas, unos hijitos adorados, una rica fortuna y, además, una gloria terrenal y felicidad inmarcesible en recompensa del cumplimiento de un sólo sagrado deber, por el que han dado *La Vuelta á la República Argentina*.

APÉNDICE

TERRITORIOS NACIONALES

*División, Extensión, Naturaleza Física, Producciones,
Industrias*

La República Argentina posee cuatro extensos territorios que son: Gran Chaco, Misiones, Pampa, y Patagonia (con la Tierra del Fuego).

Estos Territorios se titulan Nacionales porque se hallan bajo la jurisdicción del Gobierno de la Nación.

Los *Territorios* se dividen en *Gobernaciones*; estas en *Departamentos*.

TERRITORIO DEL GRAN CHACO

El *Gran Chaco*, que se halla al *Norte*, se divide en dos gobernaciones, que son: *Chaco* y *Formosa*.

Resistencia es la capital de la gobernación *Chaco* que se divide en nueve departamentos; y *Villa Formosa* es la de *Formosa* que tiene cuatro departamentos.

La *extensión* del *Gran Chaco* es de 249.300 kilómetros cuadrados.

La naturaleza física del Gran Chaco es de aluvial y diluvial, formación pampeana. Este territorio forma una inmensa llanura.

Al Sud Oeste hay un *aerólito*, es decir, una piedra caída del cielo.

Las *producciones* son inmensas selvas de excelentes maderas de ebanistería y construcción que proveen las obrajerías, de las que hemos hablado, y que se hallan sobre los ríos *Paraná* y *Paraguay*.

Hay muchas fieras, como tigres, jaguares, pumas ó leones americanos y una infinidad de reptiles.

La agricultura se halla desarrollada en unas doce colonias, en las que se cosecha trigo, tabaco, caña de azúcar, etc.

Se comercia algo con los Indígenas que ofrecen miel, cera, pieles, á cambio de comestibles y herramientas, etc.

TERRITORIO DE MISIONES

Misiones, que se halla al Nord Este, no forma mas que una gobernación, dividida en seis departamentos; la capital es *Posadas*.

Su *extensión* es de 61.000 kilómetros cuadrados.

El territorio es muy montañoso y contiene algún mineral.

Las *producciones* son maderas de ebanistería, construcción y curtiembre; algodón, azúcar, tabaco y yerba mate.

Su *industria* consiste en la exportación de esos productos.

TERRITORIO DE LA PAMPA

La *Pampa* que se halla al Sud, se divide en dos gobernaciones que son: *Pampa* y *Neuquen*.

General Acha es la capital de la gobernación *Pampa* que se divide en doce departamentos; y *Campana Mahuida*, es la de *Neuquen*, que se divide en seis departamentos.

Su *extensión* es de 370.100 kilómetros cuadrados.

El territorio es una inmensa llanura con varias lagunas.

La naturaleza física de la gobernación de la *Pampa* es aluvial y diluvial, formación pampeana y sobre el río *Colorado* hay algo de cuarzo pórvido, y pórvido silúrico de ángulos; la de la gobernación *Neuquen*, al Este, es también aluvial y diluvial, formación pampeana; al centro, formación jurásica y cretácea y además piedras areniscas réticas y algunos terrenos no explorados; al Norte hay traquita, andesita y basalto.

Las *producciones* de la *Pampa* son las citadas, es decir, selvas, sobre todo al Norte, Sud y Este. Al Oeste hay una vasta zona, llamada *región de las manzanas*, porque se halla poblada de un sinnúmero de manzanos. Hay además una infinidad de fieras y reptiles que facilitan buenas pieles.

La *agricultura* se halla desarrollada en alguna colonia, donde se cosecha maiz y otros vegetales.

TERRITORIO DE LA PATAGONIA

La *Patagonia*, que se halla al Sud del río *Negro*, se divide en tres gobernaciones, que son: *Río Negro*, *Chubut* y *Santa Cruz*. *Viedma* es la capital de *Río Negro* que se divide en siete depar-

tamentos; *Chubut* es la capital de esta gobernación que contiene dos extensos departamentos; y *Santa Cruz* es capital de esta gobernación, que se divide en cuatro grandes departamentos.

La *extensión* superficial de la Patagonia es de 614.600 kilómetros cuadrados.

La *naturaleza* física es variada: en la gobernación Río Negro y sobre la sierra de San Antonio hay traquita, andesita y basalto; y en la de Santa Cruz: al Norte y desembocadura del *Deseado*, conglomeración, tosca y piedras brecciolares; al Este del lago San Martín, sobre el río Chico, mesetas de basalto; sobre los ríos *Gallego* y *Santa Cruz*, terreno basáltico; y en la desembocadura de los ríos Chico, Santa Cruz y Oeste del lago Argentino, sub-formación terciaria y cretácea superior.

No hay mas que la colonia *Viedma* y *Chubut* sobre el río Negro.

La industria consiste en cueros, de los que, una gran parte, se obtienen de los Indígenas, cuyo número se eleva á unos 30.000.

TIERRA DEL FUEGO

La *Tierra del Fuego*, que se halla al Sud de la Patagonia, se compone de cuatro extensas islas y de otras varias menores.

Este territorio no forma mas que una gobernación, cuya capital es *Ushurvia*; se halla dividida en tres departamentos que son: *Buen Suceso*, *San Sebastian* y *Ushurvia*.

La *extensión* de la *Tierra del Fuego*, con la *Isla de los Estados* que forman la gobernación, es de unos 29.000 kilómetros cuadrados.

Además de la citada *Isla de los Estados*, pertenecen también á la Patria otras pequeñas, que se hallan al Este del estrecho de *Le Maire*.

ISLAS MALVINAS Ó DE FALKLAND

Las *Islas Malvinas ó de Falkland*, situadas al Este del *Estrecho de Magallanes*, pertenecen también á nuestra República, sin embargo, los Ingleses las ocupan desde el año 1833.

ÍNDICE

CAPÍTULO I

PROVINCIA DE JUJUY

<u>Núm.</u>	<u>Páginas</u>
1.—Nueva tristeza de Pepito y reflexión de Juan.— Por qué bautizaron al caballo con el nombre de Independiente.—Recuerdo de los seres queridos.— Deseos y propósitos de Juan y Pepito.....	5
2.—Arboles útiles para la curtumbre.—Producciones de la Provincia de Jujuy.—Naturaleza física de sus sierras.—Extensión.—Habitantes.—Clima....	6
3.—Por qué Juan piensa mal.—La segunda contra- riedad.—Bancarota de D. Claudio.—Ruina de los tios de Juan y Pepito.—La hospitalidad del ex- coasociado.....	8
4.—La esperanza que Pepito ve perdida.—Animo que Juan le infunde, recordándole su promesa.— Fundación de Jujuy.—Sus industrias.....	10
5.—Sorpresa de Juan y Pepito al recibir la inespera- da carta de Aurora.—Las sentimentales y afectuo- sas frases de la citada carta.....	12
6.—Contestación de Juan.—Consoladoras y afectuosas frases de su carta.—Las buenas promesas de don Claudio.—Despedida y partida de Jujuy.....	14
7.—El antiguo Perú.—Los padres de nuestro ganado lanar y cabruno.—El alto Perú ó Bolivia.—Bata- llas y jefes del Ejército Patriota en el citado país.	15

CAPÍTULO II

PROVINCIA DE SALTA

- 8.—La planta del arroz.—Producciones agrícolas de la Provincia de Salta.—La vicuña y su lana.—Naturaleza física de las sierras de Salta.—Su Kao-lín.—Hecho glorioso sobre el río *Juramento*.—Extensión.—Habitantes.—Clima 18
- 9.—Fundación de Salta.—Las industrias de esta Provincia.—Las vías de comunicación.—Coloquio sobre la batalla de Salta.—Dos hechos históricos.. 20
- 10.—El bravo general Belgrano.—Cargos que desempeñó.—Triunfos de las batallas de Tucumán y Salta..... 22
- 11.—Los distinguidos generales D. Juan Ramón Balcarce y D. Antonio González Balcarce.—Victoria de la batalla de Suipacha..... 25

CAPÍTULO III

PROVINCIA DE CATAMARCA

- 12.—Producciones agrícolas de la Provincia de Catamarca.—Naturaleza física de sus montañas.—Sus numerosas minas.— Extensión.—Habitantes.—Clima 28
- 13.—Modo divertido de pisar las uvas.—Cómo se conoce el ácido carbónico.—El niño asfixiado.—Abnegación y cuidados con que Juan lo salva..... 29
- 14.—La recompensa.—Revelación del viticultor.—Por qué se hizo músico sin afición.—Danzas que animan y que adormecen á los pisadores.—Lo que dicen y contesta D. Cornelio..... 31
- 15.—La generosidad de D. Cornelio.—Carta de recomendación que da á los niños para ver una fundición.—Partida, llegada y buen recibimiento en la fundición..... 33
- 16.—El grande horno.—Fusión del mineral férreo.—Cómo se separan sus impurezas.— Arroyito de hierro.—Por qué se rompen los objetos de hierro colado..... 35
- 17.—Modo de fabricar objetos de hierro fundido.—Fa-

<u>Núm.</u>	<u>Páginas</u>
bricación del hierro puro.—Los obreros armados. —El martillo mazo.—Su maniobra.—Su potencia y granizada de chispas.....	37
18.—El milagro del martillo mazo.—Cinzel, lamina- dores y cepillos.—Cómo se fabrica el acero del mismo hierro.—El temple, sus cualidades y utili- dad.....	38
19.—Utilidad del hierro.—Lo que maravillaba á Pepi- to.—Despedida.—La llama y su utilidad.—Fundación de Catamarca.—Sus industrias.—El ferro- carril proyectado.....	39

CAPÍTULO IV

PROVINCIA DE LA RIOJA

20.—Producciones de la Provincia de La Rioja.—Naturaleza física de sus montañas.—Extensión.—Habitantes.—Clima.....	42
21.—Fundación de la ciudad de La Rioja.—Industrias de esta Provincia.—Trágico fin del Atila Argentino, de su escolta y de los ejecutores inmediatos.	43
22.—Modo de recoger la resina.—Utilidad del pino.—Los baratos trompos de Pepito.—El anta.—La planta tamarindo.—De qué se hace este refresco.	45
23.—Patriotas notables en la Literatura (I).—Patriotas insignes en Leyes (II).—Varios patriotas distinguidos en la Guerra de la Independencia (III).—Otros esclarecidos patriotas (IV).....	47

CAPÍTULO V

PROVINCIA DE SAN JUAN

24.—El olivo.—Producciones de la Provincia de San Juan.—Naturaleza física de sus montañas.—Sus catorce minas y dos fundiciones.—Sus aguas termales.—Extensión.—Habitantes.—Clima.....	51
25.—La planta del cáñamo.—Objetos que se hacen con él.—El aceite del cáñamón y su utilidad.—Propiedad nociva de las hojas del cáñamo.—Temor de Pepito.....	53
26.—Tipos de nubes.—Tormenta que moja á los niños.	.

<u>Núm.</u>	<u>Páginas</u>
	—El refugio en la cueva.—Guanaco que, Pepito horripilado, toma por tigre.—El incómodo albergue.....
27.	55
	—La noche en la gruta.—Caídas y daños.—Grande hallazgo inesperado.—El fuego.—El higiénico cambio de ropa.—Su desecación.—La cena bien distribuída.—Partida
28.	57
	—Fundación de San Juan.—Industrias de la Provincia.—Su vía férrea.—Historia antigua del País de Cuyo.....
	59
	I.—EL BRAVO GENERAL D. MARIANO ACHA
29.	61
	—Sus primeros combates.—Su luctuosa batalla de Angaco Norte.....
	II.—EL BRAVO GENERAL D. MARIANO ACHA
30.	63
	—Su defensa en San Juan.—Su herida y rendición.—Su contestación al oficial que le demandó la espada.—Su prisión y trágica muerte.....
31.	65
	—El gobernador provincial D. Salvador María del Carril.—Sus importantes progresos que introdujo en la Provincia de San Juan.—Por qué son crucificados los redentores.....
32.	66
	—La inundación de San Juan.—Sus dos gobernadores ambiciosos y su trágica muerte.—La intervención armada y su influencia en los destinos de la Pátria.....

CAPITULO VI

PROVINCIA DE MENDOZA

33.	69
	—El alpiste.—Producciones agrícolas de la Provincia de Mendoza.—Naturaleza física de sus montañas.—Sus cinco minas, dos fundiciones y terrinas.—Extensión.—Habitantes.—Clima.....
34.	70
	—Cómo se ha ilustrado tanto Juan sobre las cosas de la Pátria.—Los copos de nieve.—Las nevadas sierras y la eterna nieve del gigantesco Aconagua
35.	72
	—El extravío y orientación de Juan.—El lucero del alba ó planeta Venus.—La Estrella del Norte ó Polar.—La Osa Mayor y la Menor.....

<u>Núm.</u>	<u>Páginas</u>
36.—El majestuoso espectáculo de la salida del Sol sobre los nevados Andes.—Las neveras y su extensión.—Dificultades y peligros al subir por ellas.	73
37.—El sabio Sanssure sobre el Mont Blanc.—Efectos de la rarefacción del aire sobre las altas montañas: fuego que no arde, tiro sin estrépito, cielo estrellado de día.	75
38.—Los efectos que se experimentarían sobre el Aconcagua.—Corridas á la caída de una avalancha.—Pór qué se cae.—Daños que hace.—Partida precipitada	77
39.—El invicto general San Martín.—Sus trabajos bélicos en la Intendencia de Cuyo.—Victorias del Ejército de la Patria en Chile y Perú.	78
40.—Cuarta y última contrariedad.—Mala noticia.—El desconuelo.—Reflexiones del encargado.—Su recomendación.—Plegaria y despedida de los niños.	81
41.—El ganado en pié á Chile.—Juan Minero.—Peligros y prevenciones en las minas.—Propiedades del grisú.—Lámpara Davy.—Hecatombes.—Los pozos.	83
42.—El cobre, bronce, latón, plomo, estaño, hojalata, zinc, oro y plata.—Sus propiedades, aleaciones y aplicaciones á la industria.	85
43.—Niño que Juan extrae de un pozo.—Sus auxilios.—Precauciones para descender á un pozo.—Como se conoce el ácido carbónico.—Coloquio sobre la enseñanza antigua y moderna.	88
44.—Las buenas noticias del mismo tío.—Viaje gratuito que el capataz Rodríguez les procura.—Entusiasmo y esperanza de los niños.—Remuneración y partida.	89
45.—El general Rodríguez reconoce los niños, como hijos de un Rivadavia, que le salvó la vida.—Sorpresa y emoción.—Reliquia bélica que le curó el papá de los niños.	91
46.—La niña incendiada con kerosene.—Salvación que le procuran los niños con sus famosos ponchos.—Modo de apagarlo.—Primera cura.—El papá increpa á la mucama.—Dictamen del médico.	93
47.—Fundación de Mendoza.—Su terremoto.—Industria de la Provincia.—Su vía de comunicación.—La escolta del General.—Despedida y partida.	95
48.—Dos criaturitas medio asfixiadas.—Auxilios de	.

<u>Núm.</u>	<u>Páginas</u>
	97
49.--	99
50.--	100
51.--	102

CAPÍTULO VII

VIAJE POR LA GOBERNACIÓN DEL NEUQUEN

52.--	105
53.--	107
54.--	109
55.--	111

CAPÍTULO VIII

NAVEGACIÓN SOBRE EL RÍO NEGRO, OCÉANO ATLÁNTICO Y RÍO DE LA PLATA

56.--	
-------	--

<u>Núm.</u>	<u>Páginas</u>
. Despedida y partida.—País, fortines y pueblos vistos desde el Río Negro.....	114
57.—Llegada á Cármen de Patagones.—Reconocimiento del tío.—La recepción en el puerto.—Grande entusiasmo.—Amor y abnegación que se ofrecen tío y sobrinos.....	116
58.—Lo que pensaba Pepito.—La comida en familia.—La inesperada y grata carta de Rosita para Pepito.....	118
59.—Recto juicio que el tío forma sobre los papás adoptivos.—Juan ofrece su plata para el viaje.—Sorprendente carta del excoasociado de Jujuy...	120
60.—Entusiasmo producido por la carta de don Claudio.—Milagro llovido del cielo.—Resolución que hace tomar al tío.—Propósito de Pepito.—Preparativos de marcha.....	122
61.—Partida con la nave «La Esperanza».—Ultima victoria de la guerra del Brasil en el Río Negro.—Impresión que recibió el niño B. Mitre.—Temporal y avería.....	124
62.—Afectuosa carta que Pepito escribe á Rosita.—Perspectiva de la mar.—Sus bellas cosas.—Salida del sol.—La luna.—Las molestias en un buque.—Lo que prefería Pepito.....	126
63.—La tempestad.—Choque de la nave.—Horror de Pepito.—La salvación en la lancha.—Destrozo del buque «La Esperanza» que se va á pique....	128
64.—Temor á los arrecifes.—Pepito arrojado á la mar.—Heroísmo de Juan.—Ola que los salva.—Lancha sin remos destrozada.—Los náufragos en un islote.—El auxilio.....	130
65.—Los niños reconocen el buque auxiliador.—La pleamar y la bajamar.—Las plantas de la mar.—Los moluscos.—Recolección de Pepito y Juan...	131
66.—Los faros.—Los diferentes mares.—La mar fosforescente.—Los mares polares.—Las auroras boreales ó luz polar.....	133
67.—Hechos históricos de los ilustres patricios de la Independencia, Dr. Moreno, Saavedra, Passo y Pueyrredón.....	134
68.—Las dos invasiones inglesas: 6 de Junio de 1806 y 28 de Junio de 1807.—Los bravos jefes de la defensa: Liniers, Alzaga y Pueyrredón.....	137
69.—Discusión sobre la más bella Provincia Argentina.—Juan y su tío cortan la cuestión.—Hechos	

<u>Núm.</u>	<u>Páginas</u>
históricos de la Matanza.—Llegada á Buenos Aires.....	139

CAPÍTULO IX

LA CAPITAL FEDERAL

70.—Plazas, Hospitales, Asilos, etc.—Recuerdo de Pepito.—Caridad de las damas bonaerenses.—Estatua de Belgrano.—Periódicos, Asociaciones científicas.—Museo Público.....	142
71.—Hechos históricos del 22 y 25 de Mayo de 1810.—Casa de Justicia.—Jefatura.—Municipalidad.—Palacio Arzobispal.—Diócesis.—Fundación de Buenos Aires.—Templos.....	144
72.—Gobierno Nacional.—Casa de Correos y Telégrafos.—Congreso Nacional.—Los tres poderes patrios.—Atribuciones de los Gobiernos Provinciales y del Nacional.....	146
73.—La estatua del Dr. Alsina y de San Martín.—Vías férreas.—Tranvías.—Extensión de la Capital.—Penitenciaría.—Departamento de Agricultura y otros.—Cuartel de Artillería.—Hipódromo.	148
74.—Visita á Palermo y Parque 3 de Febrero.—Sus colecciones de fieras y demás animales.—Sus bellos jardines y frondosas alamedas.....	150
75.—La entrada gratis.—Visita á la Recoleta.—Su cementerio.—Lujo para enterrar muertos.—La gruta.—Recuerdo de Pepito.—Lo que vieron por el Paseo de Julio.....	152
76.—Plazas y edificios al Sud de la ciudad.—Barracas y La Boca.—Paseo por el puerto.—Su movimiento anual.—La Babilonia de la América del Sud.....	154
77.—Casas principales de educación.—División de Buenos Aires en catorce distritos.—Su administración.—Triple regalo que los niños compran para las hermanitas.....	157
78.—Principales teatros.—Iluminación de la Ciudad.—Sus bellas calles.—Impresiones de Pepito y de Juan sobre Buenos Aires.—Sus progresos: ¿á qué y á quién los debemos?.....	158
79.—Partida de la Capital.—Recepción que les hace papá en la Ensenada.—Las paternas demostra-	

<u>Núm.</u>	<u>Páginas</u>
	ciones de cariño.—Comida.—El Sultán y el Mulsulmán
80.—	Llegada á la casa paterna.—Recepción que hacen á los niños mamá y hermanitas.—Muestras de fraternal cariño.—Ofrecimientos.—Picón, Preceptor y señora.....
81.—	La cena.—Los niños modelo bienhechores héroes.—Por qué han sufrido tantas desdichas.—El hada... Sorpresa de niños y niñas: el cambio de regalitos.....
	160
	163
	165

EPÍLOGO

82.—	El tío ganadero.—Lo que produjo el hada...—Juan sigue la ganadería.—Pepe estudiante.—Ascendiente de Juan sobre Aurora.— Amor de hermanas unido al de enamorados.....	168
83.—	Boda de Juan y Aurora.—Pepe y Rosa enamorados.—Brindis por la Independencia.—Invitación á otra boda.—Nuevos brindis.—Luna de miel.—Juan y Aurora padres de un niño.....	170
84.—	Pepe y Rosa reciben la bendición nupcial.—Brindis por el 25 de Mayo y gloria de sus patricios.—Luna de miel.—Objeción de Pepe á Rosa.—Familia inseparable.....	172
85.—	Los jóvenes cónyuges visitan la villa de Juarez, al señor Artigas y esposa. — Pepe y Rosa padres de una niña.—Labores y felicidad actual de toda la familia modelo.....	174

APÉNDICE

TERRITORIOS NACIONALES

DIVISIÓN.—EXTENSIÓN.—NATURALIZA FÍSICA.—PRODUCCIONES—INDUSTRIAS	
Territorio del Gran Chaco.....	177
» de Misiones.....	178
» de la Pampa...	178
» de la Patagonia.....	178
Tierra del Fuego.....	179
Islas Malvinas ó Falkland.....	179

